

CHRIS RYLANDER

LA
LEYENDA DE GREG

LA LEYENDA DE GREG

CHRIS RYLANDER

CHRIS RYLANDER

LA
LEYENDA DE GREG

Traducción de
María Angulo Fernández



Rocaeditorial

Título original: *The Legened of Greg*

© 2018, Temple Hill Publishing

Primera edición: septiembre de 2019

© de la traducción: 2019, María Angulo Fernández

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

www.rocalibros.com

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788417805593

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

LA LEYENDA DE GREG

Chris Rylander

UN JOVEN DESCUBRE QUE SU DESTINO ES MUY DISTINTO AL QUE ESPERABA EN ESTA DIVERTIDÍSIMA AVENTURA DE FANTASÍA ÉPICA.

Un libro ideal para los fans de Rick Riordan.

Greg Belmont es un chico al que no le gustan los riesgos, vive contento siendo un joven normal. Tiene un amigo —sí, tan solo un amigo— en su divertida escuela y un padre que es de lo más cool (incluso cuando está obsesionado con jabones orgánicos que apestan a una mezcla entre cerdo cocinado y pantano islandés).

EL PROBLEMA ES QUE GREG NO ES UN CHICO NORMAL... ¡ES UN ENANO FANTÁSTICO!

Greg descubre la verdad el día que su padre trae a casa un asqueroso té que despierta nuevas y extrañas habilidades en él. Al poco tiempo, un trol asesino secuestra a su padre y los enanos se llevan a Greg al lejano Submundo, donde han vivido durante siglos, justo debajo de las calles de Chicago.

Con la ayuda de unos nuevos e increíbles amigos y de un hacha que habla, Greg aprenderá la historia de los enanos, quienes han sido señalados a través de leyendas épicas desde el inicio de los tiempos. Sin embargo, el regreso de la magia que una vez ejercieron traerá grandes peligros que afrontar, sobre todo la batalla contra los elfos, los grandes enemigos de los enanos.

LLENA DE HUMOR Y DE ACCIÓN, LA LEYENDA DE GREG ES UNA NOVELA DE AVENTURAS TREPIDANTES A LA QUE LOS LECTORES NO SE PODRÁN RESISTIR.

ACERCA DEL AUTOR

Chris Rylander es autor de otras dos series de literatura juvenil. Es fan del chocolate y de las patatas fritas. Vive en Chicago, donde está escribiendo la segunda entrega de esta serie.

ACERCA DE LA OBRA

«Una potente mezcla entre magia, aventuras y humor.»
KIRKUS REVIEWS

Dedicado a todo aquel al que alguna vez le han hecho sentirse pequeño

¡ALTO!

Antes de que empieces a leer este libro, ¿qué día es?

Si es jueves, cierra este libro inmediatamente y empíezalo mañana.

Si lees esto un jueves, solo pueden pasar cosas malas.

Hazme caso

1

DONDE SE HABLA DE UNA DAMA A LA QUE SE LE QUEMA LA BARBA, DE MONSTRUOS QUE DEVORAN HOMBRES Y DE CIERTA ALERGIA A CIERTAS PIEDRAS CON LAS QUE TE PUEDE ESTALLAR LA CARA

No debería sorprender a nadie que el día en que un monstruo cruel casi me arranca la cara fuera jueves.

Desde prácticamente el principio de los tiempos (según mi padre y su padre y el padre de su padre y el padre del padre de su padre, etcétera), a mi familia siempre le han pasado cosas malas los jueves. Aquí van unos cuantos ejemplos:

- La tía abuela Millie se quemó su legendaria barba un jueves. Esa belleza perfecta que había sido la envidia de todo Belmont (ya fuera hombre o mujer) nunca volvió a crecer del mismo modo.

- El banco Second Midwestern embargó la vieja granja familiar de los Belmont allá por 1929, con lo que condenó a la familia a llevar una monótona existencia en la ciudad de ahí en adelante. A partir de entonces, todos mis tíos y mis tías lo llaman un asqueroso banco *pointer*. Aunque nunca nadie me ha explicado qué significa esa palabra, casi seguro que es una palabrota, puesto que fue eso precisamente lo que gritó la tía Millie cuando se dio cuenta de que tenía la barba en llamas.

- Mi primo Phin perdió su coche recién estrenado un jueves. Aún hoy, seguimos sin tener ni idea de dónde está. Lo aparcó en una calle de la ciudad, pero luego, simplemente, se le olvidó dónde lo había dejado. Después de buscarlo durante más de una hora, se rindió y se fue a casa en autobús. Si creéis que es imposible perder un sedán de tamaño mediano, eso es porque no habéis estado con un Belmont un jueves.

Hay muchos más ejemplos, pero a lo que voy es lo siguiente: no debería haberme sorprendido que estuviera a punto de acabar despedazado un jueves. Desde luego, esperaba que sucediera algo malo, ya que casi siempre ocurría. Pero no algo tan brutal. Pensaba que a lo mejor acababa con un chicle pegado en el pelo. O que tal vez Perry intentaría meterme en el retrete del cuarto baño del vestuario de chicos otra vez, lo cual era «casi» tan malo como ser atacado por un monstruo, ya que este retrete en particular era tan famoso que tenía su propio nombre: el Estanque Dorado. Nadie había tirado de la cadena del Estanque Dorado desde 1954, debido a cierta tradición supersticiosa del colegio cuyas raíces eran tan profundas que incluso el inspector jefe de Sanidad de la ciudad

(un antiguo alumno) hacía la vista gorda. No os puedo ni describir las cosas tan horribles que he visto en ese baño, y del olor prefiero no volver a hablar jamás.

Pero lo cierto es que no me quejo por lo de los jueves. Simplemente, es una de las cosas que tiene ser un Belmont. Algunos chavales nacen siendo ricos, otros siendo pobres; algunos nacen con ocho dedos en los pies, otros con el pelo rubio; y otros resulta que han nacido con la maldición de los jueves.

Por suerte, a toda mi familia se le da bastante bien lidiar con ella. Hasta tenemos un lema: «¡Los jueves son la razón por la que los demás días parecen ser tan geniales!». Vale, no es un lema muy pegadizo, pero funciona. Comparados con los jueves, los demás días de la semana parecen unas vacaciones. En serio.

Ese jueves en particular empezó muy normal: con una excursión escolar al zoo del parque Lincoln, que, supuestamente, iba a transcurrir sin pena ni gloria.

El Patronato Isaacson de Sabiduría (te reto a que intentes decir con cara de póquer que vas a un colegio cuyo acrónimo es PIS) es uno de los colegios privados más caros y prestigiosos del país. Si quisieran, podrían comprar su propio zoo, porque dinero les sobra. Pero en vez de hacer eso, nos mandaban a hacer excursiones para enriquecernos culturalmente una vez al mes a sitios como el acuario Shedd, o a un manzanar local, o a otro colegio mucho más pobre del lado oeste para que mis compañeros de clase pudieran comprobar de primera mano que sus vidas eran mucho mejores que las de los demás chavales.

Ese jueves, un convoy de autobuses chárter de lujo llevaba a todo el colegio por Lake Shore Drive en dirección al zoo. El lago Michigan nos flanqueaba por la derecha y se asemejaba a un océano con una brillante superficie azul cuya extensión no parecía tener límites.

Después de bajar del autobús en la entrada del zoo del parque Lincoln, mi primer objetivo era localizar a Edwin. Eso era lo mejor de las excursiones de los jueves: que podía estar todo el día con mi mejor amigo.

Edwin era, indudablemente, el chaval más popular del PIS, y tal vez también el más rico. A lo mejor eso no era una coincidencia, ¿verdad?

Para los estudiantes del PIS, ser rico era algo de lo más normal (yo era una de las pocas excepciones a esa regla). De los cuatrocientos cuarenta estudiantes, solo cuarenta y cinco pagábamos mucho menos de lo habitual por nuestra educación. El resto eran miembros de familias lo bastante ricas como para poder permitirse el lujo de pagar cuarenta y tres mil dólares al año por algo que podrían haber tenido gratis.

Pero la familia de Edwin estaba en otro nivel totalmente distinto (o dos, o cuarenta niveles más arriba); esos sí que estaban forrados. Yo me pasaba los veranos trabajando en la tienda de productos orgánicos y saludables de mi padre, mientras que Edwin se pasaba los veranos viajando en *jet* por todo el mundo con la flota de aviones privados de lujo de sus padres. Sí, he dicho aviones, ya que eran dueños de más de un avión privado. Ni siquiera sabía a qué se dedicaban exactamente los padres de Edwin para ganarse la vida. Trabajaban en el centro de la ciudad, haciendo algo muy difuso que tenía algo que ver con las finanzas; como ser presidente de una firma de inversión y gestión de fondos, o director ejecutivo de comercio o presidente administrador financiero analista de portafolios e intermediario de mercados.

Pero a lo que voy es a esto: a pesar de que pertenecíamos a dos mundos muy distintos, Edwin y yo habíamos sido grandes amigos desde el mismo momento en que nos habíamos conocido tres años atrás.

Ese jueves, me lo encontré en medio de aquella multitud rodeado por una horda de chicas de octavo muy guapas. Todas pusieron mala cara cuando me sumé al grupo. Di por sentado a que, en parte, se debía a que olía a una mezcla de pata de cerdo salada y pantano islandés (sí, mi padre fabricaba sus propios jabones orgánicos y me obligaba a usarlos). De todas formas, ignoré las miradas de furia que me lanzaban esas muchachas mientras se dispersaban, tal y como siempre hacían cuando yo aparecía.

—Hola, Greg —me saludó Edwin, con una enorme sonrisa de oreja a oreja—. ¿Descubrió algo molón tu padre en su viaje? ¿La savia de algún árbol noruego extinto? ¿Una nueva cepa de musgo de turba? ¿A lo mejor por fin ha dado con el escaso y elusivo champiñón arconiano?

Parte del trabajo de mi padre como «obrero de la artesanía» (él se definía con esas palabras, no son invención mía) consistía en viajar por todo el mundo en busca de nuevos ingredientes para fabricar sus jabones, sus tés y demás productos sanos y naturales.

Había estado toda la semana en Noruega, buscando.

—No lo sé, vuelve mañana —respondí—. ¿Por qué? ¿De verdad tienes tantas ganas de probar su nuevo té?

Edwin me miró como si le hubiera pedido que me metiera un dedo en la fosa nasal izquierda.

—Eh, después de lo de la última vez, no —contestó con una carcajada—. Por culpa de su última remesa de té, casi me estalla la cara, ¿recuerdas?

—Si he de ser justo, debo decir que mi padre no tenía ni idea de que fueras alérgico al esquisto —le recordé.

—Eso es porque el esquisto es una roca —afirmó Edwin, con una amplia sonrisa—. Nunca antes lo había comido, porque, por regla general, la gente no come rocas.

—Oye, que fuiste tú el que le pidió probarlo. Mi padre nunca te obliga a probar nada. Normalmente, yo soy su conejillo de indias.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo, tu padre me cae muy bien —dijo Edwin—. Me hace reír. Es graciosísimo.

—Me alegra que a uno de los dos le parezca gracioso —mascullé.

En el fondo, también adoro las rarezas de mi padre, pero no me gusta demostrarlo.

—Bueno —dijo Edwin con una sonrisa de hiena—, ¿estás listo para el asombroso mundo del zoo del parque Lincoln?

Puse cara de circunstancias.

Ser tan rico como Edwin tenía esta pega: cuando uno se puede permitir el lujo de hacer cualquier cosa que desee, y no exagero, las cosas más normales se vuelven aburridas. El verano anterior, sus padres lo habían llevado a sobrevolar en helicóptero una reserva natural siberiana del este de Rusia: una visita al zoo no podía competir con eso. Tal vez por eso adoraba tanto a mi padre: una de las pocas cosas que el dinero no podía comprar era un padre chiflado, excéntrico y graciosísimo (aunque esto último es opinable).

—Oye, nunca se sabe —contesté—. A lo mejor ver a unos animales deprimidos, dando vueltas sin hacer nada en una jaula, sea más emocionante de lo que parece, ¿eh?

Edwin se echó a reír. Le hacía mucha gracia mi optimismo extrañamente melancólico. Si era así, era por culpa de mi padre, o eso pensaba yo.

—No seas tan *gwint* —me espetó.

Edwin me llamaba «gwint» cuando creía que estaba siendo demasiado «pesimista». No tenía

ni idea de qué significaba «gwent», pero siempre me pareció un apodo extrañamente adecuado. Edwin tenía un don para inventarse mote extrañamente apropiados. Como Salsa Picante, por ejemplo. Así llamaba a uno de los profesores de inglés del PIS, que también hacía de monitor en las excursiones. Su verdadero nombre era «señor Worchesteshire» y, por supuesto, todos sabemos que la salsa Worchesteshire no es realmente una salsa picante, pero cuando Edwin acuñó el apodo, no sabía con exactitud qué clase de salsa era la Worchesteshire. Además, Salsa Picante era un mote mucho mejor que Condimento Variado. Así que se quedó con él.

—Lo que tú digas —repliqué—. Por cierto, te toca mover ficha. ¿O estás dejando pasar el rato con la esperanza de que me olvide de cuál es mi plan maestro?

Edwin se rio y sacó el móvil.

Desde un principio, nos habíamos dado cuenta de que el ajedrez era una de las cosas que teníamos en común. No había muchos chavales que lo jugaran. De hecho, solo había conocido a otro crío que también jugara al ajedrez: Danny Ipsento, que había vivido en mi misma calle. Pero resultó que, además de jugar al ajedrez, tenía otras aficiones, como provocar incendios y lanzarles zapatos a las palomas. Así que nunca llegamos a ser amigos de verdad; prefería no tener un amigo con unas aficiones tan peligrosas, porque no quería que corriera peligro mi salud.

Pero a lo que iba: como no conocía a gente aficionada al ajedrez, la primera vez que vi a Edwin abrir en el móvil la aplicación de Ajedrez con amigos, creí que se me abrían las puertas del paraíso. Yo había empezado a jugar únicamente porque mi padre estaba tan obsesionado que me enseñó a jugar cuando yo tenía solo tres años. Mi padre nunca paraba de hablar de lo perfecto que era el ajedrez: de lo antiguo que era, de que era el «único» juego que existía donde la suerte no era un factor importante y donde uno controlaba totalmente su propio destino. Cada movimiento, cada victoria, cada derrota estaba completamente en tus manos, algo que nunca sucedía en la vida real (sobre todo, a los Belmont). Por esa razón, llegué a adorarlo, a pesar de que rara vez ganaba alguna partida. En cada nueva partida, las posibilidades de ganar solo se veían limitadas por mis propios actos, lo cual era algo inmensamente reconfortante para alguien de una familia que sufría la maldición de tener una suerte horrible.

Aún no había alcanzado el nivel de mi padre, ni de lejos. O ni siquiera el de Edwin, ya puestos. Quizá le ganara una de cada diez o quince partidas, e incluso entonces me imaginaba que me había dejado ganar para que siguiera interesado en jugar. Él adoraba el ajedrez por la misma razón que yo, al menos en parte: porque aprendió a jugar de muy niño. Su padre, aparte de ser obscenamente rico, también había sido en su día un campeón mundial de ajedrez. Como Edwin siempre lo había admirado mucho, solía intentar imitarle en su forma de moverse, para poder caminar y hablar y actuar como él algún día. No obstante, también amaba el ajedrez a un nivel más profundo, quizá por la misma razón que era capaz de hacer tantísimos amigos: porque le encantaba descifrar lo que a los demás les pasaba por la cabeza.

Edwin por fin hizo su movimiento mientras Salsa Picante, nuestro monitor, guiaba al grupo por un camino en concreto.

—Jo, tío, no quiero saber qué tramas —comenté.

Como yo no tenía móvil (es una larga historia), tendría que esperar hasta más tarde, cuando pudiera entrar en la sala de ordenadores, para ver qué movimiento había hecho.

—No le des muchas vueltas —me aconsejó Edwin burlonamente—. Disfruta de la espectacular excursión que el PIS ha organizado para nuestra diversión y entretenimiento.

Me reí.

El recorrido comenzó con la Exposición de grandes osos, como si hubiera otra clase de osos. Luego entramos en una zona rodeada por tres lados de espinos cervales europeos (sí, ¿qué pasa?, también me gustan los árboles) y vallas de madera de poca altura. Delante de nosotros, una gruesa hoja de vidrio transparente separaba a los visitantes del zoo de esta parte de la exposición de osos, que consistía en una pendiente de piedra salpicada de rocas aquí y allá. Varios osos polares descomunales hacían el vago en la cuesta rocosa que teníamos delante.

Los demás críos lanzaron varios «oohs» y «aahs» en cuanto los gigantescos osos giraron la cabeza para mirarnos.

Se me pusieron los pelos de punta cuando el más grande de todos clavó sus ojos en mí. Lanzó un rugido tan intenso que pudimos oírlo a través de varias capas de cristal blindado.

La verdad es que nunca he sido un gran amante de los animales. Las mascotas de los demás normalmente me evitaban como si estuviera enfermo, lo cual era bastante penoso si tenemos en cuenta que los perros han evolucionado durante milenios hasta llegar a amar a los seres humanos, y no estoy exagerando.

Pero mientras permanecía ahí quieto y mirando pasmado a aquel oso enorme que me rugía dentro del zoo del parque Lincoln, tuve la sensación de que aquello era muy distinto a cuando los perros y los gatos me esquivaban porque no les caía bien. Es difícil de explicar, pero supe que algo iba mal inmediatamente, sin ninguna duda. En ese momento, me quedó muy claro que ese oso me odiaba más que a nada en el mundo.

Todo el mundo observó, en medio de un silencio sobrecogedor, cómo el oso daba unos cuantos pasos en dirección hacia nosotros. Erguido sobre dos patas, tenía, fácilmente, tres veces mi altura. Además, poseía unas garras tan grandes que podría haberme arrancado la cara con un solo zarpazo.

El oso abrió la boca para lanzar otro rugido.

Entonces se agachó y cogió un pedrusco con las zarpas delanteras. Los demás críos lanzaron un grito ahogado. Unos pocos se rieron mientras el oso se acercaba arrastrando los pies hacia nosotros con esa piedra gigante entre las garras.

—Tío, ¿de verdad ese oso acaba de coger un pedrusco? —preguntó Edwin.

Una joven empleada, en cuya identificación podía leerse el nombre de Lexi, se colocó delante de nuestro grupo de estudiantes alucinados.

—No tenéis por qué alarmaros —nos aseguró Lexi con una sonrisa llena de orgullo—. A Wilbur y a varios de los otros osos adultos les encanta jugar con las piedras. Lo hacen todo el rato. Los osos, como los perros y los gatos, pueden ser unos animales sorprendentemente juguetones.

Wilbur lanzó otro rugido salvaje.

A pesar de que Lexi seguía riéndose, lanzó brevemente una mirada nerviosa hacia atrás, en dirección a los osos. Wilbur avanzó unos cuantos pasos más, con el pedrusco agarrado. Ahora estaba justo al otro lado del cristal.

Y seguía mirándome directamente.

El oso polar alzó la piedra y golpeó con ella el cristal de seguridad.

PUM.

Mientras el vidrio vibraba, la multitud lanzó un grito ahogado y dio un paso atrás. Todos al mismo tiempo. Pero el cristal no se rompió, ni siquiera se agrietó. Lexi ya no sonreía, sino que

hacía todo lo posible para calmarnos y asegurarnos que todo iba bien.

—El cristal de seguridad está formado por cinco láminas distintas de vidrio reforzado —nos explicó, con voz temblorosa—. No tenéis de qué preocuparos.

Wilbur soltó otro rugido y volvió a golpear el cristal con la piedra.

PUM.

La capa de vidrio más próxima al interior del recinto se agrietó. Los murmullos nerviosos que circulaban entre la multitud se transformaron en algo que bordeaba el pánico.

«Los osos no destrozan cristales blindados irrompibles.»

Eso lo tenía tan claro como que los duendes no existían y que el jabón de mi padre en realidad olía fatal; eran unos hechos incontestables. Aun así, lo único que podía hacer era contemplar horrorizado a este oso en particular, en el que mi mera presencia había despertado una ira sobrenatural, mientras golpeaba el grueso cristal una vez más con el pedrusco.

PUM.

Unas esquirlas de cristal llovieron sobre el oso dentro del recinto. Había hecho añicos varias capas más de vidrio con gran facilidad. El gentío fue retrocediendo sin parar, e incluso algunas personas ya habían echado a correr. Ya no quedaba ni rastro de calma en el rostro de Lexi mientras hablaba con rapidez por un *walkie-talkie*.

Wilbur, el oso polar, se arqueó hacia atrás con la piedra en las zarpas y lanzó un último golpe.

¡CRASH!

Las dos últimas capas de vidrio se hicieron añicos, cayendo al suelo partidas en un millón de diminutos fragmentos.

Los chavales y otros visitantes del zoo chillaron a la vez que buscaban cobijo. Wilbur pasó a su lado corriendo como si ni siquiera estuvieran ahí. Tenía un objetivo muy claro *in mente* y nada ni nadie podría interponerse en su camino.

Wilbur, el oso polar de tres metros y medio, arremetía directamente contra mí.

2

DONDE WILBUR ME HACE SABER QUE LOS JABONES ORGÁNICOS DE MI PADRE LE REPUGNAN TERRIBLEMENTE

Mientras avanzaba, el rugiente Wilbur iba dejando sobre el pavimento un reguero de espumosas babas blancas que le caían lentamente de la boca.

Eso estuvo a punto de distraerme lo suficiente como para que me quedara estúpidamente quieto mientras me machacaba hasta convertirme en un montón de carne picada humana. Pero en el último segundo, me espabilé y me tiré al suelo, para apartarme del camino de ese oso polar que se abalanzaba sobre mí.

Me puse en pie rápida y torpemente, pues sabía que aquel animal enloquecido no se iba a rendir sin más. Esa impresión quedó confirmada cuando unas zarpas colosales pasaron a gran velocidad por delante de mi cara, a escasos centímetros.

Wilbur rugió de nuevo.

La gente chilló.

Yo corrí.

Mientras atravesaba en zigzag esa multitud que se estaba dispersando, pude oírme a mí mismo decir algunas palabras entrecortadamente entre un jadeo y otro.

—Oso, oso, oso, oso —repetía, ya que, al parecer, mi subconsciente tenía la impresión de que algunas de las personas ahí presentes eran incapaces de ver a esa bestia de tres metros y medio de altura que me perseguía—. ¡Oso, oso, oso!

Llegué corriendo hasta una enorme señal de madera, donde se informaba a la gente de que Wilbur era el oso polar más viejo y grande que tenían en cautividad (bueno, más bien, que habían tenido «hasta entonces» en cautividad). Me agaché detrás del letrero de madera como si este fuera una fortaleza.

Wilbur lo destruyó muy fácilmente de un solo zarpazo.

Una lluvia de astillas cayó sobre mi cabeza y, al instante, eché a correr como alma que lleva el diablo. Pero no llegué muy lejos. Me tropecé con la esquina del carrito de un puesto de venta de comida. Me trastabillé, caí y rodé hasta detenerme enfrente de un banco, aplastando de paso un perrito caliente que se le había caído a alguien.

Wilbur se frenó y continuó la persecución caminando con paso firme, pues sabía que estaba atrapado y no tenía adónde ir (además, ahora estaba generosamente aderezado con mostaza).

Aterrorizado, me incorporé y observé cómo el oso se aproximaba para matarme, con una

mirada vacía, iracunda y negra que contrastaba con su pelaje blanco. De repente, recibió el impacto en la espalda de tres dardos tranquilizantes al menos, pero esas sustancias no le afectaron lo más mínimo en ese estado de furia.

Lo flanqueaban dos empleados del zoo vestidos con uniformes marrones, uno a cada lado. Se fueron acercando lentamente, mientras uno de ellos recargaba la escopeta que disparaba tranquilizantes y el otro sostenía un palo en cuyo extremo tenía un lazo con un nudo corredizo. Con mucha facilidad, Wilbur apartó a uno de los empleados de un zarpazo. Aquel tipo salió despedido hasta estrellarse contra un árbol cercano (un olmo americano). El otro empleado dudó. Wilbur se giró y le rugió. El tipo tomó las de Villadiego después de lanzarme una mirada de compasión con la que también me pedía perdón.

Me encaré con el oso... y con una muerte segura.

Pero entonces, de repente, vi que tenía a alguien delante, protegiéndome del furioso animal. Se trataba de Edwin, muy erguido y confiado. Tenía su mirada clavada en el oso polar, el cual con casi toda seguridad nos consideraba dos ligeros tentempiés.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté aterrado, ya que pensaba que lo último que iba a ver en esta vida era cómo aquel oso se comía a mi único amigo como si fuera un aperitivo.

Edwin me ignoró y continuó encarándose con el oso. Wilbur se irguió todo lo que podía y gruñó agresivamente. Edwin no dijo nada, se limitó a mirarlo fijamente.

Unos instantes después, a Wilbur se le velaron los ojos. Ahora tenía una mirada ausente. Se tambaleó levemente sobre las patas traseras por un momento y, acto seguido, se derrumbó sobre el pavimento con un suave PUM. Los empleados del zoo, armados con un equipo para controlar animales, corrieron hacia al animal inconsciente para ponerlo a buen recaudo.

Edwin se giró, pasmado. Se llevó una mano temblorosa al pecho. La falta total de miedo que había mostrado unos segundos antes había dado paso a una ola de terror que parecía estar recorriéndolo mientras le temblaban las rodillas.

—Tío, ¿cómo...? ¿Cómo has...? —tartamudeé, todavía demasiado alucinado como para hablar coherentemente.

—No..., no lo sé —respondió Edwin, negando con la cabeza; no había duda de que también estaba desconcertado—. Solo... Solo...

Pero no tuvo la oportunidad de terminar la frase, porque un montón de chavales se le echaron encima. Le dieron unas palmaditas en la espalda y lo felicitaron por ser un héroe. Poco les faltó para acabar echándole un cubo lleno de Gatorade por la cabeza y subirlo a hombros. Aunque Edwin insistía una y otra vez en que los dardos tranquilizantes debían de haber hecho por fin efecto y que todo había sido una pura cuestión de suerte, todo el mundo pasaba de su modestia y no paraba de colmarle de halagos.

Lentamente, me puse en pie.

Una larga sombra me cubrió el rostro y, por un segundo, pensé que tal vez otros osos habían seguido a Wilbur y habían atravesado el agujero que había abierto en el recinto. Pero entonces miré hacia arriba y vi que Salsa Picante me contemplaba con cara de pocos amigos.

No era ningún secreto que yo no le caía bien.

—¿Qué ha hecho ahora, señor Belmont? —preguntó Salsa Picante.

—Nada —contesté muy nervioso—. No puede pensar que he causado esto...

—Sin lugar a dudas, el olor de esa cosa que vende su padre y a la que se atreve a llamar jabón

ha alterado a los animales —afirmó Salsa Picante, quien me miraba como si lo mío no tuviera remedio.

—Oiga, sé que los jabones de mi padre son un poco fuertes, pero...

Fui incapaz de completar la frase porque se me hizo un nudo en la garganta. Lo cierto era que todavía no había digerido lo que acababa de ocurrir. Había estado muy ocupado corriendo para intentar salvarme como para detenerme a preguntarme: «¿Por qué?». ¿Por qué aquel oso me había elegido a mí? ¿Cómo era posible que hubiera cabreado tanto a un oso polar como para que este hubiera hecho añicos un cristal supuestamente irrompible solo para demostrarme en persona lo mucho que le repugnaba?

¿Los jabones de mi padre realmente olían tan mal?

Durante el viaje de vuelta al colegio, los demás chavales comentaban entusiasmados lo que había pasado.

Yo no hablé con nadie, ya que Edwin había acabado montándose en otro autobús durante el caos posterior al ataque. No obstante, pude oír a muchos chavales cuchichear sin parar a mi alrededor:

—Edwin es un héroe, tío.

—¡Ha hipnotizado al oso de alguna manera!

—Greg sí que es un bicho raro... ¿Has visto con qué ganas quería comérselo ese oso?

—Para él, debía de ser como una enorme hamburguesa de queso con doble de carne humana...

—Me muero de ganas de postear mi vídeo del ataque, se va a hacer viral...

—Este fin de semana, me lo voy a montar con Edwin, eso seguro...

En cuanto estuvimos de vuelta en el PIS, me abrí paso a empujones por los abarrotados pasillos hasta llegar a mi taquilla. Qué ganas tenía de llegar a la tienda de mi padre antes de que mi turno empezara a las cuatro de la tarde. Normalmente, trabajar en la Fábrica Libre e Independiente de Productos Armónicos y Orgánicos (a la cual llamaba por su acrónimo: FLIPAO) era realmente aburrido. Y eso era justo lo que necesitaba en ese momento: un entorno tranquilo donde no hubiera osos y pudiera pensar con claridad para intentar encontrarle un sentido a todo lo ocurrido.

Cuando pasaba a su lado, mis compañeros de clase me miraban como si fuera un fantasma. Y tal vez eso era lo que «debería» haber sido: un crío que había muerto en un espantoso incidente durante una excursión, que ahora sufría la maldición de tener que estar toda una atormentada eternidad apareciéndose a los privilegiados alumnos del PIS.

Unos minutos después, doblé una esquina situada cerca de la salida norte del PIS, muriéndome de ganas de salir del colegio antes de que algún chaval más se me quedara mirando boquiabierto como si yo fuera un zombi. Pero una furiosa montaña de músculos me bloqueó el camino.

—Por aquí no puedes pasar, Gordinflont —me amenazó esa figura colosal—. No sin haber pagado la tarifa.

Gordinflont era uno de los motes que tenía en el PIS (porque estaba gordo y mi apellido era Belmont, ¿sabes?). Otros eran Barrilete (porque parecía un barril humano) y Zampabollos (porque se supone que a los gordos les encantan los bollos, lo cual, para ser sincero, en mi caso era cierto).

Los descomunales hombros que se elevaban sobre mi cabeza pertenecían a Perry Sharpe, un

estudiante de octavo que podría haber sido confundido fácilmente con un pequeño rinoceronte. Su verdadero nombre era Periwinkle, pero solo alguien que deseara morir le hubiera llamado así. Era el chaval más cruel del PIS. La mayoría de los matones se conformaban con cosas tan básicas como insultar o dar alguna colleja, pero a Perry le satisfacía mucho más explorar formas de tortura más creativas, como meterme la cabeza en el Estanque Dorado, o colocar trampas mortales en mi mochila, donde metía lápices afilados boca arriba cuando yo no estaba mirando.

—¿Me has oído, Gordinflont? —preguntó Perry—. No puedes pasar si no pagas la tarifa.

Me clavó uno de sus dedazos en el hombro y estuve a punto de caer, pero logré mantenerme en pie.

Me hubiera gustado informar a Perry de que, siendo precisos, una tarifa era un precio fijo estipulado oficialmente por un servicio o trabajo o una lista de precios, derechos o impuestos que pagar por algo y, por tanto, no podía aplicarse en esta situación. Que la palabra que probablemente quería usar era «peaje», la cual solía usarse para referirse al derecho que debe pagarse para transitar por un lugar.

Pero no dije nada de eso; simplemente respondí:

—Podría ir por otro camino, sin más...

Perry se rio.

—Pues entonces vas a tener un problema, Gordinflont —dijo—. La tarifa lo abarca todo. Tienes que pagar vayas donde vayas. Y es muy alta, tan alta que te garantizo que no vas a poder pagarla, no con los miserables márgenes de beneficio que tiene la estúpida tienda *hippy* de tu padre. Así que vas a tener que soportar el castigo por no pagar, que consiste en que te voy a pegar en el brazo lo más fuerte posible. Y no podrás encogerte de dolor porque, si no, lo haré otra vez y otra vez a perpetuidad.

Tragué saliva con dificultad, casi como si me ahogara con mi propia lengua.

—¿Sabes lo que significa «a perpetuidad»? —preguntó Perry, como si fuera él quien hubiera entrado en el PIS con una beca escolar y no yo.

Por cierto, para que quede claro:

a perpetuidad

1. Loc. adv. Durante toda la vida, para siempre.

Haber escapado por los pelos del ataque de un oso polar un jueves siendo un Belmont había sido un pequeño milagro. Pero el azar no me iba a salvar dos veces el mismo día. Llevaba siendo un Belmont el tiempo suficiente (trece años) como para saberlo.

Suspiré, sintiéndome derrotado.

Si el oso me hubiera desmembrado, al menos habría sido algo rápido e indoloro.

3

DONDE EL JUEVES SUPEROSCURO Y GRIS AÚN NO HA ACABADO, Y ESO ES ATERRADOR

Con el paso del tiempo, acabaría refiriéndome a ese jueves en particular como el Jueves Superoscuro y Gris.

El nombre de Jueves Negro ya estaba pillado por algo casi igual de malo: el gran hundimiento de la bolsa durante la Gran Depresión, lo cual también me llevó a sospechar que un Belmont tuvo que estar involucrado en ello de algún modo.

Como me había resignado a sufrir ese destino, me puse de perfil ante Perry, ofreciéndole el brazo.

Ser un Belmont hacía que se me diera extraordinariamente bien recibir golpes con calma, por muy dolorosos que pudieran ser. La vida no era justa, eso ya lo tenía más que asumido. Cambiar tales certezas universales era imposible. Limitarse a enfrentarse a la injusticia con cierta dignidad y aplomo era mucho más fácil.

Cerré los ojos y esperé a sentir dolor.

Pero entonces, oí una voz familiar.

—¡Ah, ahí estás, Greg!

Abrí los ojos; Edwin se interponía entre Perry, que estaba muy enfadado, y yo.

—Te has ido corriendo tan rápido, tío —me dijo Edwin—. Se te ha debido de olvidar eso que tenemos que hacer. Ya sabes, eso. A menos que estés muy liado.

Negué con la cabeza.

Perry puso mala cara. Siempre había pasado bastante de Edwin (con casi toda seguridad, era el único chaval del PIS que le trataba así) y nunca le había acosado como hacía con todos los demás críos. Era como si le tuviera miedo por alguna razón, a pesar de que era el doble de grande que él.

—Como queráis —dijo Perry, mientras se alejaba cabreado—. Ya te pillaré por banda, Greg.

—Gracias —le dije a Edwin, respirando por fin de nuevo—. Ya van dos veces en un solo día. Me has salvado de una horrible bestia peluda a la que le olía el aliento a rayos y tenía el cerebro del tamaño de un guisante... y antes de un oso polar.

—Pero ¡qué gracioso eres! —bromeó Edwin—. Vamos, te acompañaré a la tienda. Después de todo, es jueves, así que estarás mucho más seguro si no te apartas de mí. Eso está claro.

Sonreí de oreja a oreja y asentí.

—Sí, creo que no hacerte caso sería «osado» por mi parte —respondí.

—¡Buen juego de palabras! —exclamó Edwin entre risas—. Aunque sea un poco forzado.

No se reía de que mi chiste hubiera sido inteligente (que no lo era), sino de lo malo que era (era espantoso). Nos molaban los chistes malos. No me pidas que te explique por qué nos parecían tan graciosos, porque no lo sé. El año anterior, en clase de mates, solíamos pasar notas con chistes hasta que acabábamos con la cara roja y temblando porque apenas podíamos contener las risas. Incluso nos habíamos confabulado para intentar que algún día se aprobara una nueva ley federal en Estados Unidos por la que se exigiera a cualquier persona que estuviera a punto de contar un chiste malo a subirse a una silla y avisar formalmente de que iba a contarlo, alzando la mano en alto y con el dedo índice señalando hacia arriba. Lo más gracioso de todo era que los padres de Edwin eran, con casi toda seguridad, lo bastante ricos y poderosos como para poder hacer eso realidad si quisieran.

Edwin y yo salimos del colegio y recorrimos las pocas manzanas que nos separaban de la estación Clark/Division de la línea roja del metro. Nos subimos a un tren abarrotado, donde encontramos unos cuantos asientos libres al fondo, en una esquina. Casi siempre iba y venía del cole, de casa y de la tienda de mi padre en metro. A pesar de que ninguno de esos sitios estaba cerca el uno del otro, sí se podía llegar a ellos usando la misma línea, lo cual me facilitaba mucho las cosas. Edwin solía acompañarme los pocos días que no tenía alguna actividad extraescolar. En realidad, tenía su propio chófer, pero, por alguna razón que nunca he llegado a entender del todo, Edwin recurría a sus servicios lo menos posible.

—Esta noche, deberías pasar por mi casa después de trabajar —me comentó Edwin mientras el tren arrancaba—. Ya les he contado a mis padres lo que ha pasado y van a celebrar una fiesta en mi honor por ser un héroe. Igual hasta se presenta el presidente para condecorarme con la Medalla al Honor..., bueno, eso es lo que se rumorea.

Me eché a reír.

Edwin solía bromear sobre su supuesta perfección; esa era su manera de quitarle hierro al asunto. Solía sentirse incómodo con los halagos que le hacían frecuentemente los demás chavales y los profesores. En una ocasión, me comentó que yo era la única persona a la que era capaz de confesarle eso, ya que el resto, o bien se mosqueaban y luego le cogían tirria, o bien simplemente pensaban que era un desagradecido. Decía que yo era la única persona que conocía que fuera consciente de que una cosa era creer que uno fuera perfecto y otra muy distinta que realmente lo fuera.

—Todos los amigos de mis padres —me había dicho cuando quiso explicarme lo que quería decir— donan un montón de pasta a asociaciones caritativas en eventos benéficos y cosas parecidas. Pero solo lo hacen si el resto del mundo se entera de que lo están haciendo. Bueno, también hay que tener en cuenta las deducciones de impuestos... Pero a lo que voy es que nunca se han planteado siquiera ir a un comedor social a echar una mano de forma anónima. Aunque todo el mundo los considera generosos, que es lo único que les interesa, y esa generosidad resulta útil a pesar de todo, no es de verdad.

Cuanto más conocía a Edwin y a sus padres, más entendía a la perfección lo que quería decir.

—Creo que paso de ir a la fiesta de esta noche —dije.

Edwin puso cara de disgusto de un modo teatrero.

—¡Venga ya, Greg! —exclamó—. Ya sabes lo mucho que me aburren los demás chavales del PIS. Mis padres han contratado a un DJ y han encargado un amplio surtido de las mejores pizzas

de Chicago. Sé que te encanta la pizza. Y te prometo que no dejarán entrar a ningún oso.

Me volví a reír.

Lo de comer pizza gratis era muy tentador.¹

—Me lo pensaré —dije—. Quizás «ose» soportar estar ahí un par de horas. Siempre que pueda escaparme de las «garras» de mi padre y cerrar la tienda pronto.

Esta vez fue Edwin el que se rio.

—Has estado sembrado.

—Hablando en serio, ¿qué es lo que ha pasado hoy en el zoo? —pregunté al fin.

A Edwin se le borró la sonrisa de la cara. Me contempló por un momento y, acto seguido, clavó sus ojos en la ventanilla que teníamos delante. El tren iba dejando atrás a gran velocidad los tejados de las altas casas hechas de piedra gris de Chicago. Normalmente, tenía un brillo natural en sus ojos que rara vez desaparecía, como en esta ocasión.

—Bueno, lo único que sé es que has hecho unas fintas alucinantes para poder esquivar al oso, sobre el resto no tengo ni idea —contestó por fin—. Esperaba que tú pudieras explicármelo. ¡Has sido tú el que, no sé cómo, ha provocado que a ese oso polar lo dominara una ira asesina!

Negué con la cabeza porque no podía creerme lo que me estaba diciendo.

—No puedes pensar que yo...

—Cálmate —dijo Edwin, sonriendo de nuevo de oreja a oreja—. Estoy de coña. Tengo entendido que Salsa Picante intentó echarte la culpa después de todo el desaguizado. Qué narices tiene ese tío.

—Sí —admití—. Aunque me acabó preguntando si estaba bien...

—Casi seguro que para cubrirse el culo, legalmente —afirmó Edwin—. Para proteger la gran reputación y los recursos económicos del PIS.

—Pero ¿cómo hiciste que el oso retrocediera y se desmayara con solo mirarlo fijamente?

Edwin se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, a lo mejor justo en ese momento los dardos tranquilizantes empezaron a surtir efecto —respondió—. Sabía que tenía que hacer algo. No me iba a quedar ahí, cruzado de brazos, mientras veía cómo un oso polar cortaba en rodajas a mi mejor amigo como si fuera un salmón. O sea, estoy seguro de que estabas acojonado, pero, en el fondo, creo que me hubiera sentido mucho peor si hubiera visto cómo te comía que si me hubiera comido a mí.

—Bueno, hoy me has salvado la vida —dije—. Dos veces.

—Quizá —me corrigió Edwin.

—No, hablo en serio —insistí, puesto que no quería cambiar de tema—. Podrías haber muerto. Tal vez deberías haber muerto. Ahora mismo, los dos deberíamos estar mezclándonos dentro de las heces de ese oso...

—Qué asco, Greg —me espetó Edwin.

Una señora mayor que estaba sentada junto a nosotros en el tren me lanzó una mirada asesina y, a continuación, se apartó rápidamente unos cuantos centímetros. Eso era habitual, en cierto modo. Cuanto más tiempo pasábamos juntos, más brutas tendían a ser nuestras ocurrencias. Nos reíamos de cosas que nadie más parecía comprender que realmente eran graciosas.

—A lo que voy es —dije, bajando la voz— que quiero darte las gracias.

—Eh, ¿para qué están los amigos si no? —contestó Edwin—. Qué menos que evitar que tu mejor amigo acabe convertido en caca de oso.

Lo último lo dijo muy alto, cosa que hizo que la anciana nos fulminara otra vez con la mirada. Intenté disimular una sonrisilla.

—Bueno, supongo que tuvimos suerte de que el oso decidiera hibernar cuando lo hizo — comenté.

—Sí, si no, la hubiéramos «cagado» —apostilló Edwin.

Ahora que ambos nos estábamos riendo, la anciana tenía cara de que, sin lugar a dudas, le repugnaba la juventud de hoy en día.

—Sí, desde luego, la situación era para quedarse *osiplático* —añadí.

Ambos fruncimos el ceño con ese último chiste, el cual, por supuesto, no funcionaba para nada. Así es como siempre terminaban nuestras cadenas de chistes patéticos, cuando a uno de nosotros se nos ocurría uno tan malo que ni siquiera nosotros podíamos darle el visto bueno.

—Así que de verdad no tienes ni idea de por qué el oso te persiguió de esa forma, ¿eh? — preguntó Edwin unos instantes después—. No llevabas escondido beicon en los bolsillos otra vez, ¿verdad?²

Aunque negué con la cabeza, no pude evitar sonreír.

—No..., pero quizá, quizá Salsa Picante tuviera razón —sugerí—. A lo mejor el oso odiaba con toda su alma cómo huele el jabón de mi padre, como le pasa a todo el mundo. Últimamente, me ha obligado a probar más de lo habitual esos productos que fabrica. Está un poco raro.

—¿Un «poco»? —bromeó Edwin.

—Vale, más de lo normal —aclaré.

—Supongo que es posible que los jabones, o los tés o lo que fuera tuvieran algo que ver con cómo reaccionó —dijo Edwin, pensativo.

—Sí, pero eso sería ridículo, ¿no? —pregunté—. Aunque ahora que lo pienso, también lo es que un oso parta un cristal irrompible con una piedra...

Durante un momento, medité sobre eso que se suele comentar acerca de que los animales son capaces de ver la verdadera naturaleza del alma humana. Como esa teoría que afirma que los perros pueden detectar a un sociópata, o reconocer la verdadera maldad en personas que parecen buena gente. Si eso era lo que había ocurrido hoy, entonces quizás estuviera destinado a convertirme en una especie de asesino en serie tarado que colecciona pulgares humanos para construir una escultura a tamaño grande de Pulgarcito en su sótano, aunque en este caso habría que llamarlo Pulgarzote.

—Oye —dijo Edwin con cierta malicia—. Sé sincero: seguro que, mientras el oso te perseguía, te ha dado tiempo a identificar todos los árboles que ibas dejando atrás, ¿no? Dime que tengo razón...

Negué con la cabeza, intentando dar a entender que sería absurdo fijarse en tales cosas mientras uno corre para salvar el pellejo. Pero me dio un leve codazo, haciéndome saber así que eso le parecería descacharrante, como siempre, y no una rareza, como le parecería a casi todos los chavales.

—Sí, así es —respondí, intentando evitar reírme—. Hasta podría decirte que la señal que Wilbur destrozó estaba hecha de cedro blanco atlántico.

Edwin se partió de risa e hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Eres de lo que no hay —dijo.

Me encogí de hombros al mismo tiempo que el tren llegaba a mi parada.

—Gracias —contesté, poniéndome en pie—. O sea, por todo lo de hoy.

Edwin se encogió solo de un hombro y me mostró una amplia sonrisa.

—Piénsate lo de pasarte por mi casa luego —insistió—. Lo más probable es que la fiesta dure hasta las nueve o las diez. Seguro que nos lo pasaremos «osadamente» bien.

Sonreí un poco e hice un gesto de negación con la cabeza en dirección hacia él mientras las puertas del tren se cerraban.

Unos minutos después, mientras caminaba por las últimas manzanas que me separaban de FLIPAO, en lo único que podía pensar era en la mirada agresiva e implacable del oso mientras se acercaba a comerme la cara. Para no pensar en ello, me puse a identificar los diversos árboles con los que me iba encontrando (aunque era algo que ya había hecho decenas de veces):

Arce negundo.

Nogal del Japón.

Sasafrás.

Fresno verde.

Arce negundo.

Arce negundo con un pájaro furioso que sale volando de sus ramas.

Un pájaro furioso volando directamente hacia mi cara.

Me agaché y eché a correr. Muy poco le había faltado al pajarito para perforarme la mejilla con su diminuto pico. Supuse que se trataba de otro fenómeno extraño propio de un jueves, pero entonces me graznó y trazó un círculo para volver a arremeter contra mí. Algunos viandantes se apartaron de mi camino mientras corría y agitaba como loco los brazos por encima de la cabeza.

¿Qué estaba pasando?

A media manzana de FLIPAO, el pajarito por fin dejó de atacarme. Pero en cuanto crucé la puerta de la entrada, lo único que pude preguntarme es si me estaba adentrando en un tanque asfixiante repleto de irritantes de primera categoría, con forma de jabones y tés orgánicos, capaces de volver locos a los osos o los pájaros, o si estaba ocurriendo algo aún más bestia e incluso más inverosímil y demencial.

—¿Qué pasa? —preguntó el señor Olsen desde detrás del mostrador.

—¡Un pájaro me acaba de atacar en la calle! —contesté sin aliento, al mismo tiempo que me dirigía a la trastienda—. ¡Vaya día llevo!

—Bueno, es jueves —observó el señor Olsen.

Como era el único otro empleado de FLIPAO, aparte de mi padre y de mí, el señor Olsen había pasado tanto tiempo con nosotros que había oído hablar de nuestra maldición familiar. Aunque yo no tenía nada claro si se creía del todo esa teoría o no, nos seguía la corriente.

Le miré brevemente con cara de pocos amigos mientras entraba en el pequeño despacho situado detrás del mostrador.

La Fábrica Libre e Independiente de Productos Armónicos y Orgánicos era un cuchitril ubicado en el parque Lincoln, donde residía la mayoría de nuestros clientes ricos a los que tanto les preocupaba su salud. No era mucho más grande que un aula y sus pasillos estaban repletos de jabones hechos a mano y tónicos caseros y otros productos saludables colocados en un perfecto desorden. Aunque aquel lugar rara vez estaba totalmente vacío, tampoco estaba nunca hasta los topes, lo cual quería decir que entre los tres siempre podíamos atender a todo el mundo. Incluso

cuando mi padre estaba fuera, en uno de sus viajes.

Dejé la mochila en el despacho y cogí mi mandil de FLIPAO para unirme después al señor Olsen tras la caja registradora.

—Y yo que creía que ya había agotado la mala suerte de este jueves con ese oso que me ha atacado en el zoo —le comenté mientras me ponía el mandil.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

El señor Olsen tenía cuarenta y muchos o cincuenta y pocos años, y siempre vestía con un traje anticuado cuyos diversos elementos no pegaban ni con cola. Tenía una barba entrecana bien recortada y había sido un amigo cercano de la familia desde mucho antes de que yo naciera. Al parecer, fue él quien hizo el panegírico en el funeral de mi madre, pero yo era demasiado joven como para recordarlo.

Mientras le contaba lo que había sucedido en el zoo, se le iban poniendo los ojos como platos. Pero no parecía estar alucinado ni espantado, como cabría esperar, sino que su cara era de preocupación, como si lo que le estaba contando le resultara familiar, como si no fuera tan raro que los osos del zoo se volvieran locos de furia, inesperadamente, por culpa de un chaval.

—Menuda historia, Greg —dijo al fin—. Hoy los críos sois muy blandengues. En mi época, habría luchado con ese oso hasta matarlo. Lo habría despellejado ahí mismo y me habría hecho una alfombra con él.

Asentí e intenté sonreír educadamente.

Cuando llegabas a conocerlo, el señor Olsen era un tipo bastante majo, pero, de primeras, daba la impresión de ser un viejo gruñón. Siempre estaba divagando sobre lo decadente que era el mundo de hoy en día. Esa era una de las razones por las que mi padre y él eran colegas. Tenían lo antiguo en un altar, tanto que cabría pensar que sus dioses personales se llamaban, literalmente, Tradición y Hecho a Mano; esa extraña pareja de deidades que vivía en las nubes y ponía el grito en el cielo por todo.

Ya sé que esto resulta difícil de creer, pero mi padre ni siquiera tenía un teléfono móvil. Yo tampoco. Siempre que le preguntaba al respecto, se inventaba alguna excusa:

- Provocan tumores cerebrales.
- No son buenos para la vista.
- Hoy en día, los chavales están muy desconectados de la tierra y la vida que les rodea.
- Son muy caros.
- El móvil del tío Melvin explotó una noche mientras se cargaba y se le quemó la casa entera. (Un jueves, por supuesto.)
- Te las ha arreglado perfectamente sin uno durante trece años.

La única razón por la que yo tenía una cuenta de correo electrónico era porque teníamos una sala de ordenadores en el PIS y en varias sedes de la red de Bibliotecas Públicas de Chicago te dejaban usar sus ordenadores gratis. No paraba de decirle a mi padre que la tienda podría hacer mucho más negocio si tuviera algún tipo de página web. Pero el muy cabezón siempre se negaba.

Pero a lo que iba es lo siguiente: cuando mi padre está de viaje, contactar con él puede ser toda una odisea. Básicamente, es como si se lo tragara la tierra. Así que, con casi toda seguridad, no se enteraría de que un oso había estado a punto de matarme hasta la mañana siguiente, cuando

regresara de Noruega, lo cual quería decir que tendría que esperar hasta entonces para ver si reaccionaba a esa noticia de una forma tan extraña como el señor Olsen.

Más tarde, esa misma noche, después de haber cerrado la tienda, decidí pasar de ir a la fiesta de Edwin, tal y como ambos sabíamos que haría.

Con eso no quiero decir que no me gusten los videojuegos, ni las pelis, ni nadar en la piscina de su azotea, ni nada parecido. Pero siempre me ha parecido mucho más divertido jugar al ajedrez, o hacer chistes patéticos o hablar sobre astronomía y la basura espacial. Y no podíamos hacer esas cosas cuando los demás amigos de Edwin estaban presentes, ya que les parecían unas actividades aburridas propias de friquis. Preferían fantasear sobre qué clase de coche de lujo les iban a comprar sus padres cuando cumplieran dieciséis años o hablar obsesivamente de cuántos seguidores tenían en Instagram.

Tal vez podría parecer extraño que un chaval como Edwin hubiera escogido a alguien como yo como su mejor amigo. Pero él no es como mucha gente piensa. Además, todo tiene mucho más sentido cuando uno sabe cómo nos conocimos.

Hace más de tres años, puse un pie por primera vez en el PIS. Hasta quinto curso había ido a colegios de la red de educación pública de Chicago, pero entonces mi padre insistió en que me sometiera a algo llamado examen de Mediciones Absolutas del Nivel de Inteligencia y Pruebas Unificadas Ligadas al Análisis de Destrezas y Aptitudes (también conocido como la prueba MANIPULADA), el cual había sido desarrollado específicamente para determinar el nivel del alumno que quería entrar en un colegio privado. Tras haber sacado una puntuación tan alta como para que me otorgaran una beca completa para estudiar en el PIS, me llevé una gran alegría al saber que iba a cursar sexto en un colegio privado de lujo donde ningún crío me conocía. Sería como empezar de cero, y eso me parecía bien, ya que tampoco había sido un chaval muy popular en mi anterior escuela.

Esperaba que en el colegio privado abundaran los chicos educados que vestían chaquetas de *sport* y andaban de aquí para allá con un tablero de ajedrez bajo el brazo. Pero, claro, enseguida descubrí que el ajedrez era tan poco popular en el PIS como en la escuela pública. Y también me di cuenta de que no todos los alumnos de los colegios privados (aunque vistieran esas chaquetas de *sport* por obligación) eran gente educada; quizás incluso eran más mezquinos que los chavales de la escuela pública y ese rollo urbano tan raro que llevaban.

La primera vez que lo vi, Edwin estaba cubierto de sangre.

Apareció dando tumbos en el pasillo del cole, totalmente empapado de la cabeza a los pies. Era como si lo hubieran tirado dentro del cubo de los desechos de un matadero. Parecía aturdido.

Una chica que se encontraba cerca chilló antes de desmayarse.

Lo primero que pensé fue: «¡Es un zombi!».

Pero al final me di cuenta de que esa sangre no era suya. Ni siquiera era de verdad.

Más tarde, me enteré de que el Departamento de Teatro del PIS era famoso en cierto modo, localmente, por montar obras de teatro complejas, caras y controvertidas. De hecho, incluso el *Chicago Reader* y el *Time Out Chicago* habían publicado reseñas sobre ellas. Al fin y al cabo, no muchos colegios de secundaria montaban musicales de diez mil dólares basados en películas clásicas como *Platoon* y *Star Wars*. Todos los años, Edwin solía participar en una obra de teatro, por lo menos.

Por aquel entonces, estaban trabajando en su propia versión de una peli de terror antigua llamada *Poseción infernal*. Parte de la gracia del asunto consistía en empapar a las primeras filas del público con sangre falsa, tal y como habían hecho en Nueva York cuando era una obra que se representaba fuera del circuito de Broadway. Incluso se pedía al público que fuera vestido de blanco para que la sangre resaltara aún más. Bueno, pues resultó que, en medio de los ensayos, uno de los aspersores de sangre se averió y estalló, pringando por entero a Edwin, quien interpretaba al personaje principal, Ash.

Después de que todo el mundo en el pasillo dejara de flipar del susto, Edwin dijo con calma:

—Bueno, nunca volveré a reventarme un grano tan gordo.

Los pocos chavales que quedaban en el pasillo (que no se habían ido corriendo gritando cuando había irrumpido en escena con las pintas de una víctima de una peli gore) estallaron en carcajadas hasta ponerse colorados.

—¿Alguien me da su camisa? Se la cambio —preguntó Edwin—. No puedo terminar el ensayo con esto puesto.

Sigo sin tener claro por qué hice lo que hice a continuación. Me quité la camisa y se la ofrecí, lo cual no era poca cosa para mí. Además de tener un estómago bastante redondo, también era el alumno de sexto con la espalda más extrañamente peluda que seguramente jamás se ha visto. Para ser alguien que intentaba causar una buena impresión en un nuevo colegio, esta era la cosa más estúpida que podía haber hecho en mi primer día ahí.

Los demás críos se rieron disimuladamente mientras Edwin cogía la camisa que le ofrecía.

—Me caes bien, nuevo —me dijo, dando la impresión de sentirse realmente aliviado—. Pero la verdad es que no espero que lleves la mía todo el día...

—No te preocupes —respondí, a la vez que abría la mochila—. Tengo una de repuesto.

Edwin arqueó las cejas.

—Es que siempre que como me pongo como un Cristo —le expliqué.³

Cuando Edwin vio que realmente llevaba una camisa de repuesto en la mochila, se partió de risa. Se rio tanto que creí que igual se desmayaría. Cuando por fin fue capaz de parar, insistió en que me pasara por su casa después del colegio para comer pizza y jugar a videojuegos. Me dijo que tenía que hacerse colega de alguien tan guay como para tener que llevar una camisa de repuesto. Aunque no estaba seguro de si me estaba tomando el pelo o no, acepté su invitación de todas formas.

En poco tiempo, nos dimos cuenta de que a los dos nos encantaba el ajedrez, echarnos unas risas con canales de YouTube especialmente malos, la astronomía y el mero concepto de hacer chistes horribles, entre otras cosas. ¿Quién, aparte de él, podía reírse conmigo al ver un programa de televisión que era gracioso sin pretenderlo, para luego echar una partida de ajedrez mientras discutíamos a fondo sobre si la cantidad cada vez mayor de basura espacial en órbita iba a acabar siendo la causa de nuestra destrucción o no? (Mi opinión era que sí, sin lugar a dudas; la suya, que ni de coña, que la humanidad daría con la manera de arreglar el problema.)

Tampoco me llevó mucho tiempo darme cuenta de lo verdaderamente majo que era Edwin; probablemente, era el estudiante de secundaria más simpático que había conocido jamás. Ni una sola vez, en tres años, lo había visto ser cruel con nadie. Además, solía dar el dinero que llevaba encima, fuera cual fuese la cantidad, a los indigentes con los que nos encontrábamos por las calles o en el metro.

Pero creo que la clave de todo era lo mucho que nos respetábamos el uno al otro, incluso por encima de los intereses que compartíamos, por muy raro que suene.

Cuando llevábamos ya un año siendo amigos, me dijo que me admiraba porque nunca dejaba que lo que me hacían los matones del cole me afectara (lo cual era muy amable por su parte, por supuesto, pero lo cierto era que sí que me afectaba... a veces).

En otra ocasión, me preguntó como quien no quiere la cosa:

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de ti, Greg?

—Hum, ¿que siempre llevo algo de picar encima?

—No, que contigo nunca tengo que fingir —contestó.

—¿Qué quieres decir?

—Que eres como un ewok —respondió—. Peludo y sencillo.

Esa respuesta me hizo reír, por supuesto, y entonces se le iluminaron los ojos.

—¡A eso me refería! —exclamó—. Nadie se habría reído tanto con ese chiste. Puedo decirte casi cualquier cosa y, o bien te ríes, o bien tienes algo igual de interesante o de divertido que decir. Con el resto de mis amigos, tengo que invertir mucho tiempo y esfuerzo en fingir que me importan tanto como a ellos los Bulls de Chicago, las pelis de superhéroes o los coches rápidos. O sea, esas cosas están bien, pero es como si toda su vida girara en torno a eso. Mientras que yo sé que tú harías cualquier cosa por tus amigos y tu familia. Darías por mí hasta la camisa si hiciera falta. O sea, ¿cuántas veces has hecho eso por mí al pie de la letra? ¿Cinco? ¿Seis?

Era verdad. Otra cosa que teníamos en común era cierta tendencia a destrozarnos la ropa de forma accidental y rara. Yo solía destrozármela manchándomela con restos de comida y haciendo tonterías como meterme beicon en los bolsillos. Y Edwin siempre andaba haciendo cosas muy raras para las obras de teatro del cole y otras iniciativas aún más intrépidas.

Cuando me decía estas cosas, casi me echaba a llorar. Pero en vez de eso, solía responder con un chiste muy malo y ambos nos partíamos de risa. Porque yo no lloro. En serio, nunca lo he hecho. Una de las pocas normas familiares que tenía mi padre era: «Los Belmont nunca lloran». Jamás. Incluso, según parece, el personal médico del hospital donde nací había señalado que era muy raro que un bebé no llorara, ante lo cual mi padre había asentido, con una sonrisa orgullosa. En una ocasión, me atreví a preguntarle a mi padre acerca de esta norma que nos impedía llorar, porque me parecía que no le pegaba para nada con su carácter normalmente dulce y amable. Me respondió, simplemente, que nunca había una razón para llorar. Porque cuando pintan bastos es cuando tu futuro no puede ser más brillante, más esperanzador. Aunque haya un jueves todas las semanas, siempre hay otros seis días que no lo son.

De todos modos, a lo que iba es esto: Edwin y yo podíamos confiar siempre el uno en el otro, por lo cual, cuanto más pensaba en lo que había hecho por mí en el zoo ese mismo día, menos chocante me resultaba. Después de todo, yo habría hecho lo mismo por él. Me habría colocado delante de un oso polar furioso (o de veinte) sin pensármelo dos veces.

Esa noche, me quedé dormido enseguida. Algo destacable, sobre todo para ser un día en el que un oso polar, un pajarito y un enorme psicópata llamado Perry me habían atacado. Pero saber que Edwin era mi mejor amigo hacía que todo pareciera mucho menos peligroso de lo que probablemente era.

Aunque, ahora que lo pienso, también me dormí sin sospechar que el día siguiente (viernes) iba a ser cuarenta mil veces peor que todos los jueves horribles que había tenido en toda mi vida,

que todos juntos, quiero decir.

4

DONDE DESAYUNO CABRA RECUBIERTA DE VÓMITO DE ABEJA

Mi padre regresó de Noruega a la mañana siguiente más atolondrado y emocionado que nunca, y eso es mucho decir tratándose de él.

Aunque tampoco es que hiciera falta mucho para que Trevor Belmont se emocionara. A pesar de que creía que por mucho que se empeñara en algo siempre acabaría fracasando, intentaba alcanzar su meta con todo el vigor propio de alguien que está seguro de que va a tener éxito. Mi padre era, probablemente, el pesimista más feliz, entusiasta y motivado que uno podía conocer.

Y ahora era viernes, su día de la semana favorito, porque era el que más lejos estaba del jueves siguiente. Siempre intentaba llevar a cabo las proezas más difíciles, ambiciosas y disparatadas los viernes.

En cierto sentido, ojalá pudiera ser más como él. Aunque no exactamente igual que él. Después de todo, seguía estando a un tris de que certificaran oficialmente que estaba majara, porque era un hombre que se gastaba hasta el último céntimo que tenía en los bosques más aislados del mundo en busca de cosas que la mayoría de la gente ni siquiera creía que existieran. Ni siquiera el señor Olsen parecía entender del todo la extraña obsesión de mi padre con lo que él llamaba majestuosamente «mi búsqueda».

En mi caso, tras tantos años intentando que las cosas mejoraran para solo conseguir que empeoraran, yo había acabado siendo incapaz de hacer nada. Pero mi padre seguía intentándolo; intentaba una chifladura nueva tras otra, ignorando los habitualmente desastrosos resultados (y a los testigos ocasionales que solían llamarlo «tarado»). Como ocurrió dos veranos atrás, cuando intentó construir un *jacuzzi* de piedra dentro de nuestra sala de estar y, sin querer, provocó que todo el suelo se derrumbara.

Incluso entonces se limitó a hacer una mueca de disgusto y decir:

—¡Creo que el verano que viene intentaré construirlo en el patio!

Estaba tan convencido de que iba a fracasar que eso impedía que tuviera miedo y se frustrara. Era incapaz de sentir lástima de sí mismo.

Una vez mi padre me dijo:

—Greg, la tragedia necesita optimismo. Esperar siempre lo peor te hace inmune al sufrimiento.

—¡Greg! —gritó mi padre ese viernes por la mañana, a la vez que asomaba la cabeza por mi

habitación una hora antes, al menos, de cuando normalmente yo solía despertarme—. ¡Ven a la cocina! ¡Ya tengo preparados el nuevo té y el tablero!

Generalmente, despertarme una hora antes un día de clase habría provocado que me quejara miserablemente. Pero esa mañana fue diferente. Salí disparado de la cama y me puse la ropa como si no hubiera acabado de levantarme.

Eso era lo que más me gustaba de sus viajes.

Desde que tenía cuatro años, eso había sido un ritual para mí. Cada vez que volvía a casa de uno de sus viajes, daba igual qué hora del día fuera, aunque fueran las tres de la madrugada, él preparaba un poco de té y jugábamos una partida de ajedrez al menos, aunque lo habitual era que fueran más. Era algo tan importante que, si llegaba a casa en pleno día de colegio, se pasaba por el PIS y me sacaba de clase para jugar una partida improvisada en una cafetería cercana.

Antes de que hubiera puesto un solo pie en nuestra pequeña cocina, mi padre se acercó a mí corriendo y me dio un abrazo de oso (¡ja, ja!) que me dejó, momentáneamente, sin aire.

—Cuánto me alegro de ver que estás bien —me dijo, emocionado—. Tenía la extraña sensación de que podía pasarte algo mientras yo estaba fuera, sobre todo ayer. Pero ¡nunca se me pasó por la cabeza que un oso polar te atacaría!

—Sí, fue algo muy raro —respondí, con voz entrecortada, a la vez que papá por fin me soltaba—. Y aterrador.

—Los jueves son una maldición implacable —sentenció—. Bueno, venga.

Entonces señaló a una mesita situada junto al frigorífico, sobre la que ya había colocado dos tazas de té orgánico y el tablero de ajedrez. Esta vez, yo jugaba con las negras; en cada partida, cambiábamos de lado.

—¡Qué ganas tengo de que pruebes esta nueva mezcla que he elaborado en Noruega! —exclamó mi padre, que estaba tan nervioso que las manos prácticamente le temblaban mientras empujaba hacia mí una de las tazas que había colocado sobre un platillo—. Está hecha con un nuevo ingrediente que descubrí ahí, algo que los lugareños llaman *barberhøvelblad*, que se puede traducir más o menos como «hoja afilada».

Se comportaba como de costumbre: siempre se mostraba sobreexcitado cuando quería que probase cualquiera de sus productos más recientes. A veces, daba la sensación de que los creaba solo para mí, no para los clientes de la tienda.

Este nuevo té era un poco más marrón y olía a follaje y a madera quemada. No era muy distinto a otras de sus mezclas. Tendía a hacerlo con un sabor más rico y más terroso que el que tenía la basura esa que vendían en casi todas las tiendas de café normales.

El té que mi padre tenía delante era distinto al mío. No se parecía a ningún té que hubiera visto. Su tonalidad era casi púrpura y muy intensa. El vapor que desprendía parecía flotar sobre el líquido caliente como una especie de niebla mística.

—¿El tuyo es distinto? —pregunté.

—Sí, bueno, este lo he hecho con un ingrediente superespecial y muy raro que descubrí en Noruega —contestó—. Llevaba mucho tiempo detrás de él. Muchísimo. Desde mucho antes de que nacieras...

—Papá —le interrumpí, mientras él clavaba la mirada en el techo de un modo muy teatral—. Es muy pronto para esto.

—Nunca es muy pronto para contar historias sobre el té, Greg —replicó con una amplia

sonrisa, ante la cual no pude evitar sonreír.

—¿Puedo probar también el tuyo? —inquirí.

—No —respondió con rapidez. Pero pareció percatarse de lo sospechosa que sonaba esa contestación, porque, acto seguido, sonrió—. Lo siento, o sea... Es que se rumorea que este nuevo ingrediente tiene algunos efectos secundarios. Es que... aún no quiero que lo bebas, no quiero correr ese riesgo. Déjame que lo pruebe. Si es seguro, podrás tomar un poco mañana, ¿vale?

Me encogí de hombros y asentí a la vez que me dirigía a la alacena, para sacar de ahí una caja de Sabrosos Alimentos Básicos y Orgánicos: Receta de Arroz con Copos de Avena y Bayas Recogidas en Altura (o como yo lo llamaba, SABOR A CABRA, porque sabían a como me imaginaba que sabría la piel de cabra a palo seco). Ese nombre tan ridículamente largo para unos cereales ocupaba tanto espacio en la caja que no había sitio siquiera para la caricatura de una estúpida mascota.

Me volví a sentar a la mesa con un cuenco de cereales en el que había echado miel orgánica (es decir, vómito de abeja; en serio, buscadlo en Internet) y leche entera orgánica.

Mi padre dio un sorbo a su taza. Como jugaba con las blancas, inició la partida con e4, como siempre. Era una apertura muy común. Al menos, solía serlo antes de los años noventa. Aunque en el ajedrez moderno era más habitual empezar con el peón de la reina. Pero mi padre nunca había empezado con otra jugada distinta al e4 en los más de cuarenta años que llevaba jugando al ajedrez. Siempre decía que era mejor dominar una sola variante que ser mediocre en muchas.

Era un razonamiento muy lógico y muy difícil de rebatir.

Como por poco me ahogo con la primera tanda de granos secos que tragué, tuve que darle un sorbo al té para que eso me bajara por la garganta. Sabía muy parecido a todos los demás té que había hecho (una mezcla de malas hierbas secas, cáscara de fruta mohosa y gravilla pasada por un tamiz), lo cual, sorprendentemente, no sabe tan mal como tal vez suene.

Mi padre contempló detenidamente su taza. La giró y le dio otro sorbo; luego se reclinó expectante, como si pensara que el té podría transformarlo de repente en un águila o algo así.

—¿Qué tal está? —preguntó.

—Está bien —respondí, al mismo tiempo que hacía mi primer movimiento: d5, la Defensa Escandinava.

Mi padre se rio abiertamente, ya que pareció entender que había hecho ese movimiento en homenaje al viaje que acababa de hacer a Noruega. A Edwin también le habría encantado ver que esa apertura tenía una segunda lectura muy graciosa.

—¿Sabes, Greg? —dijo mi padre—. Ese oso del zoo de ayer no tenía nada que hacer contra ti. Contra un Belmont, no. Mi tatarataraataratataratatarabuelo no era conocido en su aldea como Borin Belmont el Mataosos porque le gustara darles chuches a los osos para luego arrojarlos por las noches mientras les contaba cuentos. No tenía un fondo de armario compuesto por entero de ropa confeccionada con piel de oso porque dejara que los osos le derrotaran en batalla. No tenía un enorme collar hecho con calaveras de oso porque sus mejores amigos fueran los osos pardos. No...

—Creo que he captado el mensaje, papá —le interrumpí—. Además, ¿no me contaste una vez que, al final, una familia de osos devoró a Borin en algún recóndito lugar del bosque siberiano?

—Eso ahora no viene a cuento —contestó mi padre.

—¿Y el resto de lo que me acabas de contar es verdad?

—Bueno, sí, casi todo... —respondió mi padre, mientras hacía su siguiente movimiento—. Sí que le llamaban Borin Belmont el Mataosos, pero es que, al fin y al cabo, ese era su oficio. Vendía pieles. Eso sí, por aquel entonces, los osos no estaban en peligro de extinción. En aquella época, eran considerados un incordio un tanto peligroso en las aldeas rurales.

Di otro sorbo a mi té amargo.

Mi padre tomó del suyo y frunció el ceño. Aunque no estaba claro si porque sabía mal o porque, aparentemente, le faltaba un poco de vete a saber qué. Siguió poniendo mala cara mientras realizaba el siguiente movimiento.

—¿De verdad crees que podría haberme enfrentado a ese oso? —pregunté.

—Bueno, casi seguro que no —admitió—. Al menos, desarmado no. Incluso el diestro Borin el Mataosos acabó topándose con la horma de su zapato.

No era nada raro que mi padre fuera franco o brutalmente sincero, estaba acostumbrado a ello. Casi nunca mentía (ni siquiera sobre nimiedades); en parte, porque se le daba fatal.

Asentí e hice otro movimiento.

Mientras le daba otro sorbo al té y esperaba a que él moviera ficha, me fijé en una bolsa de deporte que había en el pasillo, cerca de la puerta. A ambos lados, le salían unos bultos muy raros; por la cremallera sobresalía un mango de madera tallada que tenía unas incrustaciones metálicas y una decoración muy intrincada. Parecía ser un objeto muy caro. Y había algo más en ella que era incapaz de precisar. Esto parecerá una locura, pero casi podía sentir como si ese extraño mango (o lo que realmente fuera) me llamara, me incitara a acercarme a él y lo sacara de esa bolsa.

Hazlo, me dijo alguien al oído.

—¿Qué? —pregunté.

—¿Qué? —respondió mi padre, confundido.

—¿Qué acabas de decir?

Se encogió de hombros.

—No he dicho nada, Greg.

—Ahora mismo, ¿no has dicho nada de nada? —insistí.

Negó con la cabeza, con un gesto de gran preocupación.

Aunque supuse que los nervios habían hecho que me imaginara algo, seguí con la mirada clavada en ese extraño objeto de la bolsa de mi padre.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—¿Qué es qué?

Señalé la bolsa del pasillo, que estaba a sus espaldas.

—¡Oh, eso! —contestó mi padre, sorprendido, y se puso de pie de un salto—. Eso no es nada, solo una imitación barata que usaré para decorar la tienda...

Corrió hacia la bolsa y, rápidamente, la empujó con el pie para meterla en su dormitorio.

Como ya he dicho: mentía fatal.

—No parecía una imitación —repliqué, lo cual era cierto, a pesar de que no tenía ni idea de qué objeto se trataba.

—Bueno, es que es una réplica muy buena —masculló mi padre mientras se volvía a sentar y le daba otro trago a su té púrpura. Podía intuir que quería decirme algo más, pero no lo hizo, sino que se limitó a añadir—: Toma más té, Greg.

Desde que tenía ocho años, había sospechado que mi padre me ocultaba algo importante. Fue entonces cuando empecé a fijarme en que todas las veces que decía «Greg», solía hacer una pausa dramática y respiraba hondo, como si estuviera a punto de contarme que, en realidad, yo era un robot que había construido en el sótano o algo así. Pero entonces, o bien se lo pensaba mejor, o bien se acobardaba, porque solía acabar esa reflexión con algo así como: «Oye, esta noche, te voy a poner unos escalopes a la milanesa para cenar». Tenía dos teorías principales sobre cuál era el secreto que me ocultaba: o bien tenía un hermano gemelo que había muerto en unas circunstancias misteriosas, o bien mi abuelo tenía un pasado secreto de asesino psicópata sediento de sangre que aterrizzaba a los adolescentes todos los veranos en algún campamento remoto junto a un lago, al sur del estado.

En esos momentos, nunca le presionaba, la verdad, porque con mi padre normalmente era mejor dejar pasar estas cosas. La única vez que lo arrinconé para que me diera una respuesta fue cuando tenía nueve años y le imploré que me dijera cuál era el ingrediente secreto (con mi padre siempre había un ingrediente secreto) de su estofado. Al final, se rindió y me contó que acababa de comer lenguas calcificadas de lagarto fermentadas en excrementos de ballena. Desde aquel día, aprendí a aceptar el críptico secretismo de mi padre y a no darle más vueltas. No es que mintiera, exactamente; yo lo llamaría omisión selectiva, más bien. Mentía fatal, pero omitir selectivamente se le daba genial.

—A ver, ¿está bueno el té nuevo o no? —preguntó—. ¿Te relaja? ¿Es demasiado excitante? ¿Demasiado aburrido?

—¿Demasiado aburrido para qué? —respondí—. Papá, es té, pues claro que es aburrido.

Le dio vueltas al té que tenía en la taza, como si así el brebaje pudiera susurrarle el secreto de cómo lograr que tuviera un sabor mejor.

Entonces, movió otra ficha.

Era un buen movimiento. De hecho, ya estaba en *zugzwang*, lo cual no sabrás qué quiere decir si no juegas al ajedrez (y daré por sentado que no juegas, ya que seguramente eres un chaval normal); significa que vas a perder inevitablemente, a pesar de que todavía debes hacer varios movimientos antes de ser derrotado por jaque mate. Por pura educación, se suele renunciar a seguir jugando (sin que se considere que has abandonado) en cuanto la partida ya la tienes perdida.

—Bueno, se acabó —dije, tumbando a mi rey—. Será mejor que vaya preparándome para ir al cole.

Mi padre asintió, pensativo.

—Esta vez casi llegas hasta la fase final —comentó—. Tu defensa escandinava, aunque como broma ha sido graciosa, tal vez haya sido tu perdición. Sabes que siempre me defiendes bien de esa estrategia.

—Papá, tú te defiendes bien de todo —le corregí—. ¿Te ganaré alguna vez?

—Sí, por supuesto —contestó—. Todo Belmont acaba venciendo a su padre algún día. Yo tenía diecinueve años cuando le gané a tu abuelo por primera vez. Fue un gran día para mí; fue un viernes, por supuesto.

Me tomé el resto del té dándole unos pocos sorbos más.

—Ojalá pudieras jugar en algún momento con Edwin —le sugerí—. Sería una gran partida.

—Seguro que sí —dijo.

A papá siempre le había caído bien Edwin, y el sentimiento era mutuo, lo cual tenía sentido, ya que Edwin era la única persona que yo conocía a la que la «búsqueda» de mi padre de nuevos ingredientes saludables le parecía tan interesante como a él. Siempre le estaba preguntando al respecto, cosa que le encantaba.

Deberías beber el té de tu padre, me dijo alguien al oído de repente.

—¿Qué? —pregunté, sobresaltado.

Mi padre elevó una ceja.

—¿Estás bien, Greg?

—Sí, eh..., bueno, no lo sé —respondí—. Es que me ha parecido oír algo. Vaya mañana llevo. En fin, supongo que es demasiado pronto.

Mi padre asintió pensativo, con la vista clavada en su té púrpura. Yo sabía que esa voz solo estaba en mi cabeza. Y creía a mi padre cuando decía que los efectos secundarios del nuevo ingrediente podían ser peligrosos, porque era algo que había sucedido anteriormente. (En una ocasión, un nuevo jabón que había fabricado me dejó la cara verde durante una semana.) Además, por mucho que normalmente me gustaran los tés de papá, tampoco era como si no pudiera vivir sin tener que probarlos o algo así. Por eso, sigo sin estar del todo seguro de por qué hice lo que hice a continuación. Quizá la voz de mi cabeza sonara muy convincente. O quizá se debiera a que ninguno de sus tés había tenido un brillante color púrpura hasta entonces. Sea como sea, empujé sin querer a mi rey con demasiada fuerza, derribando así algunas de las piezas de mi padre, lo que provocó que algunas cayeran rodando del tablero al suelo.

—Oh, lo siento —me disculpé.

—No te preocupes —dijo él mientras se agachaba para recogerlas.

Rápidamente, cogí su taza y le di dos buenos tragos; acto seguido, la volví a colocar en su sitio justo cuando papá se incorporaba.

El té me explotó en la boca.

Es una forma de hablar, por supuesto. Aunque lo cierto es que era totalmente distinto a cualquier té que hubiera probado. Era agrio y amargo, bordeando lo asqueroso. La boca se me durmió al instante. Enseguida me arrepentí de haber dado esos tragos a escondidas. Pero ya no había vuelta atrás.

—Tengo que... —mascullé como pude, a pesar de que se me trababa la lengua, pues la tenía dormida—. Debo prepararme para ir a clase.

Mi padre sonrió y asintió. Si hubiera sabido que esa sería una de las últimas veces que lo vería sonreír, yo también le habría sonreído. Me habría parado y lo habría contemplado detenidamente para poder recordar esa sonrisa con más claridad.

Desde luego, no me habría limitado a escabullirme hasta mi habitación sintiéndome culpable, como un *gwint*.

5

DONDE GREG Y EDWIN JUGUETEAN Y RETOZAN EN UN PRADO FLORIDO

Había una foto impresa en un papel de 20 × 25 pegada con celo a mi taquilla.

Era un fotograma de un vídeo de YouTube donde se me veía huyendo como un loco de Wilbur, el oso polar. En la foto, tenía un gesto tan feo que parecía que estaba intentando digerir una colmena repleta de abejas.

Había decenas de ellas pegadas por todo el colegio.

Me hizo gracia que alguien hubiera invertido tanto tiempo y esfuerzo en imprimir tantas fotos, para luego encima tener que venir muy pronto al colegio para que le diera tiempo a colocarlas por todas partes. Casi resultaba halagador. Además, no podía hacer otra cosa aparte de sonreír lo más posible e ignorarlo. Asimismo, si he de ser justo, he de reconocer que algunos de los otros críos tenían buenas razones para que les cayera mal.

Me habían comentado (Edwin sobre todo) que desprendía cierta franqueza que a mucha gente le resultaba ofensiva. Toda mi familia tenía ese mismo problema, incluidos mis tíos y tías. Hasta mi madre se suponía que había sido así. Como a los Belmont se nos daba fatal mentir (como ya he señalado antes), normalmente decíamos lo primero que se nos pasaba por la cabeza, para bien o para mal.

Por ejemplo: es probable que no debiera haberle dicho a Jenny Allen, una alumna superpopular de octavo, que su canal de YouTube (que trataba sobre la importancia del maquillaje y de estar siempre guapa) era inherentemente degradante y que minaba cualquier posibilidad de que pudiera llegar a respetarse a sí misma. Echando la vista atrás, puedo llegar a entender por qué se echó a llorar, pero en aquel momento, simplemente, estaba siendo sincero.

En cualquier caso, no fue hasta más tarde, durante ese mismo viernes (en la tercera hora de clase, para ser más precisos), cuando me di cuenta de que algo iba mal.

Al principio, no estaba seguro si se trataba de una secuela del susto que me había llevado el día anterior por el ataque del oso o de algo totalmente distinto, como que tal vez estaba muy pero que muy hambriento, lo cual tampoco sería raro. A veces, me entraba tanta hambre que me planteaba seriamente comerme los pañuelos de papel que había sobre el escritorio del profesor. En una ocasión, me comí un lápiz (que no sabía tan mal como cabría pensar).

La clase de tercera hora era Literatura Clásica, y estábamos leyendo sobre la *Comedia*, de Dante Alighieri. Nuestro profesor, el doctor Tufnell (una vez lo llamé señor Tufnell y, automáticamente, me castigó a quedarme una hora más después de clase), se negaba a referirse a esa obra como *La divina comedia*. Estaba intentando explicarnos por qué hacer eso era un error

académico atroz, pero yo no le estaba prestando atención. Estaba muy ocupado intentado dilucidar si iba a tener que mordisquearme mi propio brazo para poder saciar esa hambre sobrenatural que sentía, o si simplemente estaba adquiriendo superpoderes de repente.

Porque eso era lo más gracioso de todo: me sentía raro, pero no mal. Era más bien como si me sintiera extraño..., pero poderoso, por muy estúpido que tal vez suene eso. Me sentía invencible. Como si pudiera pelearme con un hipopótamo un jueves y ganar. No, mejor: dos hipopótamos. Y armados con *nunchakus*.

Para la hora del almuerzo, esa sensación se había vuelto tan intensa que estaba convencido de que tenía que ser hambre. Si no lo era, entonces conquistaría el colegio, alzaría la bandera de los Belmont y, desde el viejo minarete, tomaría el PIS como su único y verdadero señor y gobernante. Así de poderoso me sentía.

Pero primero comería, por si acaso solo era hambre.

Edwin siempre me estaba invitando a comer a su mesa durante el almuerzo. Pero siempre solía estar acompañado de chicas pizpiretas y chicos perfectos que se aseguraban de que tuviera bien claro que ese no era mi sitio. Me había sentado con ellos una vez en sexto y la cosa no había ido nada bien. Incluso cuando no eran directamente mezquinos, me seguía sintiendo fuera de lugar.

Así que normalmente comía en una zona tranquila de la cafetería, alejada de las demás mesas. Lejos de donde el resto de los chavales se sentaban con sus amigos y bromeaban. El lugar donde yo almorzaba estaba situado detrás de unas cuantas columnas que sujetaban el techo, donde había un sofá, un silla y una mesita medidas con esmero en un recoveco de esa sala enorme.

Nadie más comía ahí, salvo Ranita.

Ranita era el único crío del PIS que, de algún modo, estaba aún más abajo que yo en el escalafón social. Eso se debía en parte a que un día vino al colegio sin pantalones, supongo que por error. Además, siempre estaba hablando solo. Diciendo cosas raras. Ese viernes en particular, cuando llegué a mi sitio, estaba balbuceando algo sobre meterse unos hámsteres en unos globos y atárselos al cinturón.

No estoy de coña.

—Cuando tengas unos globos llenos de hámsteres, vas a ser feliz. Átate los globos al cinturón y anda por ahí con un montón de hámsteres en globos colgando de tu cinturón...

Podría seguir, porque, desde luego, él sí que continuó, pero el resto era incluso más confuso. En realidad, escuchar a Ranita divagar solo llevaba a plantearse interrogantes misteriosos que nunca serían respondidos. Las pocas veces en que le había preguntado sobre qué estaba hablando, siempre me respondía con unas contestaciones aún más breves e incluso más crípticas, como:

- El Rey Misil.
- Pedro el León.
- Di Hola.

Ante las cuales, yo arqueaba la ceja. Entonces, me sonreía de orea a oreja y volvía a divagar, sin más.

Unas cuantas veces, había intentado hablar con él de otras cosas. Pero nunca parecía estar interesado en ello. En tres años, lo más normal que me había dicho nunca fue revelarme que su padrastro había creado una de las franquicias de videojuegos más populares de la historia, lo cual

tenía su gracia, porque eso probablemente lo habría catapultado a la cima del escalafón social si los demás críos del PIS lo hubieran sabido. Pero sospechaba que eso era precisamente lo que, por alguna razón, Ranita no deseaba.

Mientras se sentaba en el sofá, todavía hablando sobre hámsteres (según parece, era crucial llevar un número correcto de hámsteres atados al cinturón), me detuve a examinar mi comida. Era un almuerzo relativamente vulgar para los estándares del PIS: lenguado salteado con una salsa de mantequilla y vino blanco y ensalada fresca de rúcula. Contemplé esas diminutas porciones mientras deseaba desesperadamente tener más comida. En el colegio, se servían unas porciones demencialmente enanas comparadas con las que solían darme en casa.

Esa extraña sensación de querer conquistar el mundo me revolvió las entrañas de nuevo. De manera repentina (e ilógica), supe que podría tener más comida si quería. No sé dónde me vino la idea, pero me la creí a pies juntillas.

Entonces, sucedió algo totalmente imposible.

Una planta verde brotó bajo mis pies.

Unos zarcillos surgieron de las grietas del suelo de baldosas de mármol y se elevaron lentamente; un par de centímetros cada pocos segundos. Después, les brotaron hojas. Y unos segundos más tarde, me encontré contemplando dos huertitos de rúcula perfectos y hermosos que habían brotado directamente en el suelo.

—Ranita, ven a echar un vistazo a esto —le dije.

Echó una ojeada, pero, o bien no reparó en las plantas, o bien no le pareció raro. Volvió a refugiarse en su propio mundo y se quedó contemplando el techo con la mirada ausente, mientras comía lentamente un sándwich de sardinas en escabeche que había traído de casa.

Me agaché y cogí con cuidado una de esas hojas que habían brotado bajo mis pies. La arranqué y me la llevé con lentitud a la lengua sin ni siquiera pensar. Tenía que asegurarme de que esto estaba pasando de verdad antes de derrumbarme mentalmente.

La hoja de rúcula sabía un poco picante y estaba fresca.

Y era muy real.

La bandeja con el almuerzo se me cayó de las manos. Acabó boca abajo sobre el suelo. Ranita la miró brevemente y una vez más volvió a sumirse en sus pensamientos. Entonces, doblé a todo correr la esquina que llevaba a la zona normal de la cafetería del colegio.

Edwin estaba sentado a su mesa de siempre, rodeado de hordas de amigos, que se rieron disimuladamente en cuanto me aproximé. Pero Edwin les hizo callar.

—¿Puedo hablar contigo? —le pregunté.

—Claro, Greg, ¿qué pasa?

—Aquí no —contesté—. Es importante.

Edwin se puso en pie e hizo alguna broma sobre que él y yo íbamos a jugar y retozar en un prado florido. Toda la mesa se echó a reír. Si yo hubiera hecho esa broma, habría recibido como respuesta un silencio incómodo. Pero, ahora que lo pienso, Edwin era capaz de hacer que eso sonara gracioso. Te podía decir que tu abuela acababa de morir y tú te acababas partiendo de risa por alguna razón que eras incapaz de comprender.

Me siguió hasta un pasillo vacío situado junto a la cafetería, con un gesto de auténtica preocupación.

—¿Qué pasa, colega? —preguntó—. Mira, sé que hoy la gente se ha pasado tres pueblos

contigo. Yo he quitado y he roto todas esas fotos que he visto pegadas en las paredes...

—No es eso —le interrumpí—. Me pasa algo muy raro. Me ha pasado, más bien. Y me siento... distinto. Como si, no sé, como si de verdad se me diera algo bien por una vez en la vida. Ya sé que esto va a sonar fatal, pero es como si tuviera..., no sé..., poderes o algo así.

—Ohhh... —exclamó Edwin—. ¡Greg, tío, eso se llama «confianza»! Y eso es algo que siempre has tenido muy dentro.

Hizo ademán de tocarme con el dedo índice a modo de broma, pero yo le aparté la mano de un manotazo.

—¡Hablo en serio, esto no es una broma! —exclamé.

—Vale, cálmate —me pidió Edwin, a quien se le borró la sonrisa de la cara—. A lo mejor es cosa de la adrenalina, que te ha subido porque te acabas de dar cuenta de que ayer sobreviviste a una experiencia cercana a la muerte, ¿no? Igual piensas: «Si he sobrevivido al ataque de un oso, ¿habrá algo que no pueda hacer?». ¿O algo así?

—Sí, tal vez —admití—. Pero... ¡soy un Belmont!

—¿Y?

—Como bien sabes, eso quiere decir que he sobrevivido a unas cuantas experiencias cercanas a la muerte —contesté—. Como el verano pasado, cuando mi padre y yo nos vimos involucrados en ese accidente de coche que provocó una vaca al explotar. —Sí, sucedió de verdad. Es una larga historia—. O hace tres años, cuando mi padre estuvo a punto de quemar el edificio donde vivimos al intentar preparar un cocido de ganso para almorzar. O como...

—Vale, sí, ya lo pilló —dijo Edwin.

Cuando le comentaba que la familia Belmont tenía cierta tendencia al fracaso y el desastre, siempre se mostraba preocupado. Pensaba que, como creíamos que esa superstición era cierta, éramos nosotros mismos los que generábamos esa mala suerte; eso se llamaba «profecía autocumplida».

—Venga, juguemos una partida rápida de ajedrez —sugirió Edwin, a la vez que sacaba el móvil—. Si de verdad estás desarrollando poderes, a lo mejor esta vez tienes alguna oportunidad de ganarme. Después de todo, esa sería la única manera de que pudieras vencerme.

—Tío, eso no tiene ninguna gracia.

—No bromeo —replicó Edwin.

Asentí, pero entonces recordé que no hacía falta que hiciera nada para demostrarle que ocurría algo.

—En realidad, ya tengo la prueba de que algo extraño está pasando —afirmé—. Sígueme.

Llevé a Edwin hasta el otro lado de la cafetería. Ranita seguía ahí, comiendo su sándwich, pero nos ignoró a ambos. Señalé la planta de rúcula que sobresalía de las baldosas que estaban junto al sofá.

—Acabo de hacer que esto crezca aquí ahora —le expliqué—. Con mi mente. No sé cómo lo he hecho, pero lo he hecho. Estoy seguro.

Entonces pasó algo muy raro. A Edwin le cambió totalmente la cara. Pero no pasó a tener un gesto de confusión o sorpresa. O de incredulidad. Ni siquiera de que le hiciera gracia el tema. De repente, parecía preocupado. Como si ver estas plantas fuera una noticia más inquietante para él que descubrir que sus padres habían perdido toda la fortuna familiar apostando que los Chicago Bears por fin iban a ganar otra Super Bowl.

—Vaya —dijo Edwin al fin—. Y pensar que creía que me estabas contando una historia *rudícula*.

—¿Ya estamos otra vez con los jueguecitos de palabras? —repliqué, pero sin poder disimular una amplia sonrisa.

—*Perdonamelón* —contestó—. Ya sé que no es momento para bromas. Esto es realmente raro.

Me reí a pesar de que cada vez estaba más preocupado por mi salud mental. Puede que por eso Edwin estuviera soltando todos esos chistes: para calmarme. Me alegré de que aún no hubiera avisado al psiquiatra del colegio.

—¿Qué debería hacer? —pregunté.

—No lo sé, Greg —respondió Edwin—. A lo mejor deberías hacer todo lo posible para no volver a hacer nada parecido. Simplemente, mantén bajo control esa extraña sensación y procura no llamar más la atención.

—¿Por qué? No sabrás algo al respecto, ¿verdad?

—¡No, claro que no! —exclamó—. Estoy flipando tanto como tú. Pero sé que la mayoría de los profesores darán por hecho que se trata de alguna broma muy elaborada o algo así. Así que intenta mantener la calma y sal de aquí en cuanto puedas, cuando terminen las clases. Ya hablaremos sobre esto luego, ¿vale?

—Vale... Sí, vale —contesté, sintiéndome muy agradecido de que mi amigo mantuviera la calma.

—Muy bien —dijo, dándose la vuelta y alejándose—. Con estas cosas, no lames la atención..., lo digo en serio.

Asentí mientras se marchaba, pensando que su reacción me resultaba al mismo tiempo reconfortante y extraña. Sin duda alguna, daba la impresión de que sabía algo que yo ignoraba. Pero con Edwin siempre era difícil saberlo; por esa razón, era tan bueno al ajedrez y haciendo amigos. Siempre sabía algo que tú ignorabas. Era así de listo.

Al lado de esa planta de rúcula que, de algún modo, había hecho crecer telepáticamente, me di cuenta de que Ranita me estaba observando con atención. Se puso en pie y me miró a la cara.

—Eres más de lo que crees que eres —afirmó.

—¿Qué?

Pero no respondió. Cogió su mochila rápidamente y se marchó antes de que pudiera preguntarle por segunda vez qué había querido decir.

6

DONDE DESCUBRO QUE TENGO UNA NUEVA HABILIDAD: PARTIR HUESOS CON LA CARA

El resto de ese día de clase no pasó ninguna cosa rara más.

Aunque eso se debió en parte a que, siguiendo el consejo de Edwin, había hecho todo lo posible para que eso no ocurriera. Después de la última hora, mi objetivo era, simplemente, abandonar el edificio antes de que sucediera algo más. Antes de que, sin querer, hiciera crecer un pequeño maizal en el pasillo o provocara que lloviera en el gimnasio o algo así.

Cogí la mochila de la taquilla y fui corriendo hacia la salida más cercana.

Pero mientras bajaba por la escalera de atrás, me topé con un montón de críos, que habían formado un círculo en el estrecho rellano del segundo piso. Desde el tercer escalón, pude ver fácilmente qué estaban mirando: a Perry y a Ranita.

Y no se estaban dando un apretón de manos para hacer un saludo secreto, precisamente.

Perry tenía agarrado a Ranita por los tobillos y lo sostenía cabeza abajo, de tal forma que al pobre chaval le tapaba la cara su propio pelo largo y grasiento.

—Vamos —le dijo Perry a Ranita con una carcajada mientras lo subía y bajaba; cada vez, estaba a punto de estamparle la cabeza contra el lustroso suelo de mármol de un modo repugnante—. Quiero verte saltar como un sapito.

Sorprendentemente, los chavales ahí reunidos se reían nerviosamente, como si eso fuera gracioso, en vez de horriblemente sádico. Quise creer que es que temían que, si no se reían, sufrirían las consecuencias, pero al menos la mitad de ellos eran amigos de Perry y estaban igual de pirados que él. Así pues, era más que probable que realmente estuvieran disfrutando por unas razones que solo alguien tan impresentable como ellos podría entender.

Sé perfectamente qué habría hecho yo cualquier otro día. Ojalá pudiera decirte que habría intervenido y le habría salvado, aunque luego nadie me hubiera salvado de llevarme una paliza. Pero lo cierto es que habría huido como un cobarde, sin más. Porque la experiencia me había enseñado que, si contraatacabas en una crisis como esta, lo único que lograbas era empeorar las cosas; sobre todo, con mi suerte. Era mejor minimizar los daños y dejar que fuera un solo crío el que se llevara los golpes en vez de dos.

Pero ese no era un día normal.

No me llevó mucho tiempo, tal vez un segundo o dos, decidir que Perry esta vez no se iba a salir con la suya. Haber tomado la decisión de hacer algo me resultaba tan extraño que cada vez

estaba más convencido de que, con casi toda seguridad, estaba sufriendo una indigestión. Por esa razón, abrí la boca antes de poder echarme atrás.

—¡Eh, Periwinkle! —grité.

Todos se volvieron hacia mí.

Quien llamaba a Perry por su nombre completo lo pagaba muy caro.

—Sé que le tienes envidia a Ranita porque su madre no lo abandonó, pero eso no te da derecho a torturar al pobre chaval —dije.

Los chavales lanzaron un grito ahogado, todos a la vez. Todo el mundo sabía que la madre de Perry lo había abandonado cuando tenía dos años. Y eso era algo que aún le dolía mucho, como quedaba demostrado por los seis tatuajes con referencias a la figura materna que su padre, un luchador profesional de artes marciales mixtas, le había dejado hacerse.

Al instante, me arrepentí de lo que había dicho. No por haber intervenido, sino por hacerlo de una forma tan insensata. Podría haberle pedido educadamente que parara. Sí, y quizá todo hubiera acabado mejor.

—Pero si es Barrilete Gordinflont —recalcó Perry, pronunciando cada palabra con sumo cuidado.

Dejó caer a Ranita al suelo, quien se quedó ahí, tirado.

En algún momento, bajé los tres últimos escalones que me faltaban para llegar al rellano. El grupo de críos me rodeó; básicamente, me bloquearon cualquier vía de escape. Con torpeza, Ranita se puso en pie y cogió su mochila. Me lanzó una mirada de agradecimiento y se abrió paso como pudo entre la multitud para bajar corriendo el último tramo de las escaleras.

Ahora tenía a Perry a solo unos centímetros de mi cara; estaba tan cerca que, con su aliento caliente, prácticamente me estaba derritiendo las cejas.

—La verdad es que tienes que ser masoquista o algo así —afirmó Perry (eso es lo más gracioso que tienen los que asumen el papel de matones en los colegios privados: que poseen un vocabulario extrañamente amplio)—. Primero provocas a un oso polar y luego insultas a mi madre. Eso es algo tan... bueno, tan grosero. Eres muy miserable, para ser un niño tan gordo, ¿sabes? Al menos, discúlpate antes de que te parta la cara. A lo mejor lo hago en un visto y no visto, si de verdad me parece sincero.

—Esto, «¿lo siento?» —dije, siendo consciente de lo vacías que sonaban esas palabras en cuanto salieron de mi boca.

—Sí, no hay duda de que lo vas a sentir —respondió Perry lentamente, casi como si lo lamentara; como si de verdad no quisiera reventarme la cara, sino que solo estuviera obligado a hacerlo según el antiguo Código del Machito.

El valor que había reunido antes se había esfumado. De repente, la sensación de ser superpoderoso que había sentido todo el día parecía ser algo totalmente imaginario. Retrocedí aún más hacia la esquina, encogiéndome de miedo, como un boxeador exhausto se apoyaría sobre las cuerdas, mientras rezaba para que llegara el final del asalto.

Perry ya no iba a hablar más.

Había decidido finalizar la conversación con esos puños del tamaño de bloques de hormigón que tenía. Me agarró de la camisa con la mano izquierda y echó hacia atrás la derecha con una lentitud desesperante.

Cerré los ojos y esperé a recibir el golpe que me reventaría el pómulo. Un instante después,

noté una ráfaga de viento en la cara a la vez que su puño avanzaba hacia mí a una velocidad increíble. Apenas fui consciente de que recibí un impacto un poco después; fue muy raro, porque no sentí nada. No noté dolor, la cabeza no se me fue para atrás, ni siquiera sentí cierta presión en el rostro; era como si su puño estuviera hecho de goma y hubiera rebotado en mí.

El chillido espeluznante que lanzó Perry provocó que por fin abriera los ojos. Estaba encorvado y se agarraba el brazo. Su cara se contrajo en un gesto de dolor mientras mantenía la mano derecha junto al pecho, en la que se veía que tenía varios dedos retorcidos e hinchados. Me miró y se encogió de miedo, dando un paso atrás.

—Bicho raro —me insultó con desprecio.

Todos los chavales reunidos en la escalera me miraron fijamente en medio de un silencio sepulcral. Aunque no tenía ni idea de qué acababa de ocurrir, sí tenía dos cosas muy claras:

- No notaba nada raro en la cara.
- De algún modo, le había roto la mano a Perry.

Me acerqué a esos críos que cuchicheaban con la intención de abrirme paso entre ellos. Pero en cuanto me aproximé, me dejaron pasar como si fueran unas puertas automáticas, o un mar mágico en una fábula antigua.

Entonces oí que comentaban algo entre susurros, algo que sabía que, sencillamente, no podía ser verdad:

—¿Estoy alucinando o Greg Gordinflont acaba de transformarse en piedra?

7

DONDE APRENDO CÓMO SE PUEDE TENER LA *ESPALDACA* SUPERMAZADA

Mi padre estaba detrás del mostrador, con su mandil de FLIPAO, cuando entré en la tienda.

Me echó un vistazo y, acto seguido, volvió a centrarse en la explicación que le estaba dando a un cliente sobre por qué sus jabones hechos a mano eran tan especiales:

—Se debe a la calidad, singularidad e integridad armónica y sinérgica que poseen nuestros ingredientes puros. Además, el proceso en sí mismo se lleva a cabo de una manera antigua y añeja que se remonta a antes de que la idea de «orgánico» se hubiera concebido siquiera. Las propiedades holísticas de este producto hecho a mano que...

Y bla, bla, bla.

Y un largo etcétera.

Le había oído soltar el mismo discurso apasionado cientos de veces. Pero no se limitaba a vender productos, sino que de verdad creía en ellos. Creía, sinceramente, que sus productos conectaban a la gente con la tierra y la naturaleza de un modo que nada más podía hacerlo.

Me puse el mandil y me uní a mi padre tras el mostrador. Marcó lo que había comprado el cliente en la máquina registradora y, entonces, se giró al fin hacia mí.

—¿Qué tal en el cole? —me preguntó.

—Hum... —contesté, porque no estaba muy seguro de por dónde empezar.

¿Cómo se supone que podía explicarle de forma racional todo lo que había pasado (aparentemente, me había convertido en piedra y había provocado, telepáticamente, que unas plantas crecieran a través de las baldosas del suelo) sin que llegara a la conclusión de que debía llevarme a que me examinaran el coco?

—Bueno —continué al fin—. La verdad es que ha pasado algo muy raro...

Alzó un poco las cejas.

—Pero, o sea... Es que...

—Greg, ya sabes que puedes contarme cualquier cosa —me interrumpió mi padre.

—Es que... no estoy seguro de que me vayas a creer —me excusé.

—Inténtalo.

—Vale, bueno, yo..., eh... Papá, creo que he provocado, telepáticamente, que una planta crezca a través de las baldosas del suelo de mármol de un segundo piso. ¿Me estoy volviendo loco?

Esperaba que mi padre se echara a reír. Esperaba que se burlara de mí y me dijera que me

estaba imaginando cosas. Esperaba que se lo tomara con una mezcla de incredulidad y preocupación. Desde luego, no me esperaba que se le iluminaran los ojos como unas luces navideñas que hubieran sufrido una sobrecarga. Se inclinó hacia delante como si acabara de ganar la lotería y tuviera que contarme dónde había escondido el boleto premiado.

—Greg, tienes que ser sincero conmigo —me pidió mi padre—. Es muy importante que me cuentes la verdad. No importa lo que hayas hecho, no me voy a enfadar...

—Vale...

—Esta mañana, ¿le has dado un trago a mi té a escondidas?

Suspiré y asentí, esperando que esa extraña emoción que mostraba se transformara en furia. O al menos en decepción. Pero, en vez de eso, a punto estuvo de dar un salto para celebrarlo. En realidad, sonrió de oreja a oreja y levantó un puño.

—¡Lo sabía! —exclamó muy satisfecho de sí mismo, sin dirigirse a nadie en particular.

—Papá, ¿qué está pasando? —pregunté—. ¿Qué es lo que sabes?

—¿Alguien más te ha visto hacer esto? —inquirió, ignorando mis preguntas.

—Papá, ¿qué me está ocurriendo? ¿Qué había en el té?

—Greg, esto es importante —afirmó rotundamente—. ¿Alguien más ha visto lo que ha pasado hoy?

En ese momento, pensé en Ranita y en Edwin, que habían visto la planta de rúcula. Pero entonces pensé en los veinte o treinta críos que habían sido testigos de cómo me convertía en piedra. La respuesta era obvia: sí, muchos chavales habían visto lo que había pasado. No obstante, en ese momento, me di cuenta de una cosa: mi padre sabía qué estaba pasando. Y, sin duda alguna, tenía algo que ver con ese extraño y vaporoso té púrpura. Y con el extraño objeto que estaba dentro de la bolsa de deporte. Y con todos los demás secretos que obviamente me había estado ocultando toda la vida, lo cual no me había importado hasta entonces, cuando pensaba que se trataba principalmente de no contarme cosas como que estaba comiendo buñuelos fritos de sesos de pájaro, o lenguas de pato al escabeche o puré de entrañas de gusano. Pero ahora que me atacaban osos y pájaros y me convertía en piedra, me merecía saber la verdad.

—No voy a contarte nada más hasta que no me cuentes qué está pasando —le amenacé—. ¿Qué había en tu té? ¿Qué es esa cosa tan rara que escondes en esa bolsa de deporte? ¿Por qué me atacó ayer un oso? ¿Qué está pasando, papá?! Por favor.

Mi padre se inclinó hacia atrás como si le hubiera dado un tortazo. No se lo esperaba. Supongo que había dado por sentado que me tragaría todas esas cosas tan raras y tan crípticas sin rechistar, como hacía siempre. Entonces negó con la cabeza y supe que no me iba a contar nada.

—Podremos hablar sobre eso... luego —contestó con voz entrecortada—. Te lo prometo. Pero esto es sumamente importante. El trabajo de toda mi vida depende de ello: ¿qué más ha pasado en el colegio? ¿Alguien más lo ha presenciado?

—¿«El trabajo de toda tu vida»? —dije casi a voz en grito—. Escucha, papá. Estoy realmente harto de oírte hablar del trabajo de toda tu vida. Sobre todo porque nunca lo has compartido conmigo. ¿Crees que no me habría gustado acompañarte en alguna de tus «búsquedas»? Podríamos haberlas hecho juntos. Pero no..., ¡tú y tus secretitos! Y ahora que tu hijo está sufriendo una crisis, está perdiendo la cabeza o igual hasta le está pasando algo peor, ¡lo único que te preocupa es el trabajo de toda tu vida! Jo, gracias por preocuparte por mí, papá.

Ví que mi padre ponía una cara que nunca había visto: realmente, había herido sus

sentimientos. En muchos sentidos, era como un cachorrillo; siempre estaba feliz y era imposible desanimarlo. Pero ahora vi en su mirada que realmente se sentía dolido. Esa chispa de alegría tan suya se había apagado.

—Sé que crees que lo único que me preocupa es el trabajo e ir en busca de ingredientes y guardar secretos —dijo mi padre, con una voz ligeramente temblorosa—. Pero eso no es todo. O sea..., es difícil explicarlo ahora, pero...

Contempló con una mirada ausente la caja registradora. Parecía incapaz de mirarme a mí.

Dirigí la vista hacia las ventanas. Estaba inusualmente oscuro para ser las cuatro y media de la tarde, casi tan negro como la boca del lobo, y me pregunté si se avecinaba tormenta. El tiempo parecía ser la única cosa razonable en la que pensar después de un día en el cual, tal vez sí o tal vez no, me había transformado en piedra y luego había herido los sentimientos de mi padre; antes de ese momento, habría pensado que ambas cosas eran imposibles. Entonces empezó a llover en la calle, como si el mundo quisiera solidarizarse con mi estado de ánimo. La gente sacó los paraguas y pasó corriendo junto a nuestras puertas. Una parte de mí quería disculparse entre tartamudeos con alguna clase de excusa tibia, más que nada porque me había dejado hecho polvo ver a mi padre tan hundido. Solo lo había visto así cuando era el aniversario de la muerte de mi madre.

Pero no dije nada más, porque se merecía sentirse mal. Incluso después de mi calentón, seguía sentado ahí. Solo le preocupaba quién había visto qué, y yo parecía darle igual. Así que si él se ponía cabezón, yo también. A pesar de que me empezaba a sentir un poco culpable.

—Papá, ¿es que no puedes...?

—Olvídalo, Greg —me interrumpió mi padre, sin levantar la mirada—. Ya hablaremos sobre esto más adelante. Tengo que hacer una llamada. Lo que ha pasado hoy..., bueno, tiene unas consecuencias más grandes de lo que puedes imaginar.

—Podría imaginármelas si me las explicaras —acerté a decir, antes de que me cortara.

—Greg, esta conversación ha concluido, no tengo tiempo para esto —replicó con firmeza—. Ahora ve a atender a esos clientes que acaban de entrar y comprueba si necesitan ayuda. Luego hablaremos.

Me quedé quieto, porque no quería dejar correr el tema una vez más, como hacía siempre. Pero papá ya tenía pegado a la oreja el auricular de ese teléfono tan antiguo de la tienda y estaba marcando un número. Así pues, me alejé del mostrador para dar la bienvenida a los clientes, quienes probablemente solo intentaban escapar de la lluvia.

Los primeros clientes a los que me aproximé eran una pareja muy extraña.

Eran dos tipos. Uno de ellos era tan gigantesco y enorme que intentaba pasar como podía por las estrechas hileras de productos. Vestía una gabardina marrón y unos pantalones de chándal grises; llevaba el pelo muy corto, como un soldado. Debía de medir algo más de dos metros y pesar cerca de ciento treinta y cinco kilos. Era puro músculo. Iba remangado, mostrando sus enormes brazos, como si llevara una prenda de licra en vez de una gabardina. Su amigo era casi tan bajo como yo, pero mucho más delgado; sin exagerar, abultaba menos de la mitad que su colega. Tenía un rostro enjuto y el pelo rubio y tan largo que le tapaba las orejas.

—¿En qué puedo ayudarles, amigos? —pregunté.

Se giraron, sorprendidos al oír mi voz.

—Oh, hola, tío —contestó el grandote—. ¿Este sitio es, eh, la Fábrica Libre e Independiente de, o sea..., eh, la tienda de Trevor Belmont?

Aunque tenía un poco de acento que no acabé de reconocer, pensé que podía ser canadiense o californiano.

—Sí —respondí, todavía tenso por la conversación que había tenido con mi padre—. Eso es lo que ponía en la puerta de la entrada la última vez que miré.

—Oye, chaval, ten cuidado con lo que dices —me dijo el más pequeño de los dos, pero no para echármelo en cara, sino más bien como si me estuviera dando un consejo—. No te conviene cabrear a mi amigo, tío. Créeme.

—¿Por qué? ¿Es que es el Increíble Hulk o algo así? —pregunté.

El grandullón ladeó la cabeza; me dio la impresión de que no había entendido el comentario. Aunque el más pequeño se rio, parecía nervioso. Intranquilo. Como si estuviera diciendo: «Sí, eso es justo lo que quería decir».

—Bueno, discúlpenme —dije—. Trevor es mi padre. Y esta es nuestra tienda. ¿Están buscando algo en particular?

El tío pequeño miró hacia la puerta como si estuviera asegurándose de cuál era la salida más cercana. Se me puso el (abundante) vello de los brazos de punta. De repente, esos tíos me dieron muy mala espina. Pero entonces volvió a sonreír de oreja a oreja. El tío grandote hizo lo mismo y, aunque tenía una sonrisa torcida, y los dientes desiguales y de un color raro, había cierto encanto estúpido en ella que me tranquilizó.

—Sí, así es —respondió el tío pequeño—. Un colega nuestro que hace pesas y compete en plan profesional nos ha comentado que compró en este sitio unos suplementos totalmente naturales que son la leche y... totalmente legales.

—¡Y le ha ido un huevo de bien con eso, tío! —metió baza el tío grandote—. Nuestro colega Marlon está ahora más cachas que nunca. Está mazado. ¡O sea, tiene la *espaldaca* supermazada! Es capaz de levantar trescientos cincuenta kilos.

Al oírle hablar de la *espaldaca* (fuera eso lo que fuera) de su compañero de pesas, me entraron escalofríos.

—Me parece que habéis dado con el sitio adecuado —señalé—. Los suplementos para la mente y el cuerpo están dos pasillos más allá, cerca de la parte de atrás, de frente. Todos son orgánicos y completamente naturales, lo cual supongo que hace que, seguramente, sean legales para, eh, competir, o lo que sea.

—Mola, tío, gracias —dijo el tío pequeño.

Retrocedí para salir del pasillo y me quedé cerca de la caja registradora para que el tío grandote tuviera sitio para poder pasar. Me miró de la cabeza a los pies cuando pasó a mi lado.

—Avísame si quieres que te dé consejos para hacer ejercicio —añadió el tío grandote—. Me da que te vendría bien hacer un poco de pesas, tío. ¿Me entiendes?

—Ya, bueno, y a mí me da que a ti te vendría bien hacer menos pesas, tío —mascullé—. ¿Me entiendes?

El tío grandote me miró con muy mala cara y se puso rojo. Rápidamente, me retiré al pasillo de al lado, donde vi a otro cliente, una dama de avanzada edad, que estaba escogiendo con mucho detenimiento algún producto de nuestra selección de aceites de árbol orgánicos.

Justo cuando la alcancé, se produjo un apagón.

De repente, las luces se apagaron con un chisporroteo eléctrico, sumiendo la tienda en la oscuridad. Aunque estaba a un par de metros, lo único que podía ver ahora era la silueta diminuta

y frágil de aquella señora.

Y ella soltó un grito ahogado.

—Tranquila, señora —le dije—. Debe de ser la tormenta. Además, ya sabe cómo son los de la compañía eléctrica...

La anciana respiró muy hondo como si fuera a chillar.

—No va a pasar nada, tenemos linternas...

Pero mientras mis ojos se acostumbraban a la oscuridad, por fin le vi la cara. No le preocupaba que las luces se hubieran apagado, ya que estaba demasiado ocupada contemplando con los ojos como platos y boquiabierto algo que estaba detrás de mí.

—¡Te dije que no lo cabrearas, tío! —gritó el tío pequeño.

Me giré. Y entonces lancé el grito que la anciana, de algún modo, había logrado contener.

8

DONDE DESCUBRO QUE LOS SUPLEMENTOS TOTALMENTE NATURALES DE MI PADRE PARA GANAR PESO SON, AL PARECER, MUY EFICACES

El tío grandote se colocó amenazador delante de la caja registradora.

Solo era capaz de distinguir su silueta colosal en la oscuridad, la forma cuadrada de su cabeza y su gabardina ondulante. Pero no se limitaba a estar ahí, en la oscuridad.

No, estaba «creciendo».

Como el Increíble Hulk, el tío grandote iba aumentando de tamaño a cada segundo delante de mis propios ojos. La cabeza se le expandió e hinchó, adquiriendo así entre un metro y metro veinte más de altura, por lo menos, hasta casi alcanzar el techo. Los hombros se le inflaron como globos y la gabardina se rasgó al no poder albergar ya ese torso inhumanamente enorme. Sus brazos, que ya eran antes obscenamente musculosos, eran ahora tan descomunales que yo mismo podría haber cabido dentro de sus bíceps y habría sobrado sitio para celebrar una pequeña merienda. Sus puños cerrados eran casi del tamaño de unos pequeños Volvos.

El tío pequeño se había largado corriendo para ponerse a salvo.

En cuanto me di cuenta de que estaba gritando, cerré la boca. Durante un magnífico momento, solo reinó el silencio y la oscuridad en la tienda. El relámpago restalló en la calle mientras el tío monstruoso daba un paso hacia mí. Sus dientes marrones y torcidos parecieron ser casi fluorescentes bajo aquel destello.

Dio varios pasos más de forma atronadora y apartó violenta y fácilmente dos estanterías, que quedaron hechas trizas. Miré hacia atrás para asegurarme a la anciana que podría protegerla, pero ya no se encontraba ahí. Había sido lo bastante lista como para huir mientras yo chillaba como un niño de tres años.

El tío monstruoso se alzó amenazador sobre mí.

Por fin pude ver algo más que su silueta y sus dientes recubiertos de babas. No solo había crecido, sino que, al parecer, se había transformado en algo totalmente distinto. No en el Increíble Hulk, como había bromeado antes, sino en algo menos humano incluso.

Tenía una piel dura de color gris pálido, como si estuviera hecho de pellejo de tiburón. Su cabeza era deforme y repleta de bultos; el resto de sus rasgos, la nariz en particular, parecía haber crecido para estar en armonía con su mandíbula cuadrada. Sus ojos eran unos anillos dorados brillantes, como los de un animal salvaje, que se hallaban bajo el risco que tenía por frente.

El tío monstruoso gruñó.

Daba la impresión de que sus dientes eran más afilados que antes.

—Vaya, nuestros suplementos surten efecto mucho más rápido de lo que seguramente esperabas —dije, más que nada porque no se me ocurría algo más adecuado que decir.

El tío monstruoso rugió. El aliento le apestaba tanto como una ración de comida china para llevar que hubiera quedado expuesta al sol. Al alzar una mano por encima de la cabeza, abrió un cráter en el viejo techo de hojalata, de tal modo que una capa de polvo de yeso y pladur le cubrió los hombros como si fuera caspa. Su bramido sobrenatural se volvió más potente a la vez que lanzaba un puñetazo hacia abajo, con la clara intención de aplastarme como a un insecto.

Me encogí de miedo y me temblaron las piernas.

Aunque hubiera conseguido transformarme en piedra de algún modo, tal y como había hecho unas horas antes en el colegio, dudo mucho que eso me hubiera servido de algo. El tío monstruoso parecía perfectamente capaz de pulverizar a una pequeña roca rechoncha.

Sin embargo, justo antes del impacto, mi padre salió a gran velocidad de la oscuridad, justo por detrás del monstruo, blandiendo violentamente un objeto enorme ante el avance de su puño. Fuera lo que fuese, entró en contacto con la muñeca del tío monstruoso, desviando el puñetazo ligeramente. La gigantesca mano impactó a solo unos centímetros de mí, a mi izquierda, reventando el viejo suelo embaldosado como si estuviera hecho de una madera frágil.

Me tropecé con el cráter que había abierto el monstruo mientras este echaba el brazo hacia atrás para atacar de nuevo.

Mi padre se colocó delante de él de un salto. Fue entonces cuando me di cuenta de que el objeto que sostenía era una enorme hacha de batalla. La manejaba como un héroe de una peli de acción. Aunque, si he de ser sincero, lo que estaba viendo me recordaba más a una comedia protagonizada por un personaje torpón. En realidad, mi padre manejaba el hacha pesada muy torpemente, agitándola en todas direcciones, sin ninguna destreza y muy poca coordinación o sentido. Pero lo que le faltaba de habilidad, lo compensaba haciendo un gran esfuerzo para el que sacaba fuerzas del pánico.

Soltando hachazos a ciegas, al final logró hacerle un rasguño en la rodilla al monstruo con la hoja del arma.

Este gritó de dolor y se trastabilló hacia atrás hasta caer sobre el mostrador, destrozándolo al instante. Aunque el tío monstruoso se puso en pie rápidamente, su caída nos hizo ganar el tiempo suficiente como para que mi padre me agarrara del brazo y me arrastrara hasta la esquina.

—¡Huye, Greg! —gritó—. Sal de aquí. Yo lo distraeré...

—¡Papá, no! —protesté, pero, en cualquier caso, ya era demasiado tarde.

El tío monstruoso se había recuperado de la caída mucho más rápido de lo que esperaba. Se acercó moviéndose con pesadez y apartó a mi padre con un veloz manotazo con el revés, como si tuviera la consistencia de un pañuelo de papel.

Papá se estampó contra los gigantesos contenedores de plástico de granos orgánicos que pendían de la pared de la parte posterior de la tienda. Al mismo tiempo que se desplomaba al suelo, una lluvia de granos de avena cayó sobre él.

Logré esquivar el otro puño del monstruo justo en el último segundo.

La tienda ahora no parecía tal, sino más bien un lugar que hubiera sido arrasado recientemente por un tornado. Aunque mi padre me había dicho que huyera, no podía dejarlo ahí tirado, porque el tío monstruoso acabaría haciendo pesas con él hasta matarlo. Estaba notando algo que nunca

antes había percibido (era algo similar a lo que había sentido antes en el colegio cuando me había enfrentado a Perry, pero al mismo tiempo distinto), aunque esto parecía ser más real. Más propio de mí.

De repente, quería luchar contra esa criatura. Tenía la sensación de que, si pudiera coger esa hacha, tendría realmente alguna oportunidad de repeler el ataque de esa bestia. Incluso volví a oír esa extraña voz en mi cabeza que había oído antes, esa misma mañana. Con la misma claridad que si tuviera a una persona diminuta sentada sobre el hombro con un megáfono en miniatura, me dijo:

Puedes hacerlo, Greg. Puedes detener este ataque. ¡No huyas!

Me acerqué corriendo hasta donde se encontraba mi padre, tumbado y cubierto de granos integrales. Gimió intranquilo y buscó a tientas el hacha. Al final, dio con el mango del arma y se apoyó en él para ponerse en pie.

—Greg, te he dicho que salieras de aquí —me recordó.

—No voy a irme sin... —Pero no pude acabar la frase.

Mi padre me apartó de un empujón a la vez que el tío monstruoso arremetía de nuevo. Pasó justo por en medio de los dos y se estrelló de cabeza contra la pared de ladrillo, la cual se hundió en parte. El monstruo gruñó de dolor.

Estaba aterrorizado. Las fuerzas que había logrado reunir un instante antes habían desaparecido por entero. Volvía a ser Greg Belmont, el Supergallina, el Mayor Cobarde del Mundo, el Gordito Acojonado. Además, lo único que había logrado hasta entonces era distraer de tal modo a mi padre que ese bicho había estado a punto de matarle dos veces. Estaría mejor luchando sin mí.

Mi padre se dirigió hacia el gigantesco monstruo, girando veloz y descontroladamente el hacha.

Me di la vuelta y eché a correr hacia esos escombros que antes habían sido el mostrador. Abrí la puerta del despacho y me metí en él a toda velocidad, a la vez que echaba un último vistazo a la tienda.

El tío monstruoso se giró hacia mi padre y, de un solo golpe, consiguió muy fácilmente que soltara el hacha. Mientras mi padre caía al suelo totalmente aturdido, el tío monstruoso rugió de ira y alzó esos colosales puños, dispuesto a golpear con la fuerza suficiente como para aplastar un tanque.

Me encogí de miedo y cerré violentamente la puerta del despacho.

9

DONDE UN CONTRATISTA DEL FUTURO HALLA UN ESQUELETO DE HUESOS ANCHOS DENTRO DE UNA PARED

Me di cuenta inmediatamente de que había cometido un grave error.

Había dejado a mi padre en la estacada. Le había dado la espalda mientras él hacía lo posible por repeler el ataque de una especie de criatura horrible; del flipado del gimnasio más grotesco del mundo. Cogí el picaporte de la puerta y tiré de él hacia abajo. Pero no se movía. La puerta se había quedado cerrada o atascada, quizá por culpa del daño estructural que había sufrido durante el ataque.

Sentí una opresión en el pecho y un nudo en la garganta por culpa del pánico, ya que cabía la posibilidad de que acabara de presenciar el fallecimiento de mi padre y no hubiera hecho nada para ayudarlo. Pero podía entrar en la tienda de otra forma. Quizás aún no fuera demasiado tarde.

Salí corriendo al callejón, con la intención de dar la vuelta a la manzana para dirigirme a la entrada de la tienda.

Sin embargo, en cuanto puse un pie en ese húmedo callejón, un hombre se interpuso en mi camino. Había dejado de llover, pero hacía un frío cortante y podía ver cómo el vaho de mi aliento se elevaba ante mí a ráfagas.

—¿Señor Olsen? —pregunté dubitativo—. Se supone que no trabajaba esta noche. La tienda... ha... ha sufrido un ataque...

—Lo sé, Greg —dijo el señor Olsen con calma—. Pero no puedes volver. Debes seguirme. Debemos darnos prisa... Puede haber más al acecho...

Miró a todas partes nerviosamente. No estaba bromeando. No era una extraña broma pesada elaborada y cara. Esto estaba sucediendo de verdad y el señor Olsen estaba aterrado por el mero hecho de estar en ese callejón oscuro.

—Pero mi padre...

—Ya es demasiado tarde —me interrumpió—. No te preocupes, tu padre es más fuerte de lo que parece. Debemos irnos, ya. No podemos arriesgarnos a perderos a los dos.

—¿Qué...? ¿Qué está pasando, señor Olsen? —pregunté.

—No me llames señor Olsen —contestó—. Llámame Fynric Caminoárido.

—Pero... ¿Qué?

—No hay tiempo para explicaciones —respondió, a la vez que me agarraba del brazo y tiraba de mí para sacarme del callejón—. Ya te las daré más adelante. Ahora debemos largarnos de aquí

rápidamente. El Consejo se reunirá en breve.

—¿El Consejo...? —acerté a decir mientras avanzaba a trompicones por detrás de él.

—Sí —respondió Fynric—. El Consejo tiene que debatir muchas cosas. Es la primera vez desde hace casi cinco mil años que se produce un avistamiento confirmado de un trol de montaña...

A duras penas fui consciente de que Fynric me acababa de decir que la criatura que estaba atacando en esos momentos la tienda era un trol de montaña. Estaba yo como para plantearme la posibilidad de que los troles fueran reales..., pero si casi ni podía caminar mientras me arrastraba por otro callejón oscuro. En lo único que podía pensar era en el gesto de mi padre antes de..., bueno, antes de que yo hubiera huido como un cobarde.

—Por aquí, de prisa —dijo Fynric—. Ya casi hemos llegado.

Era obvio que el señor Olsen, alias Fynric Caminoárido, no era un mero amigo de la familia que trabajaba en FLIPAO. No había duda de que conocía todos los secretos que mi padre me había ocultado. En cierto modo, que hubiera confiado más en un amigo que en su propio hijo a la hora de confiarle a alguien sus extraños secretos me dolió casi tanto como saber que le había dejado en la estacada.

Fynric se detuvo cerca del final de un callejón especialmente oscuro y asintió con la cabeza ante una pequeña grieta que había entre dos edificios adyacentes.

—Tú primero —me dijo.

Parpadeé. Ese señor debía de haber olvidado el aspecto que yo tenía a la luz del día; era imposible que pudiera caber en ese hueco de treinta centímetros que había entre los edificios.

—No tenemos toda la noche, vamos —insistió Fynric.

Cuando trabajaba en FLIPAO, el señor Olsen solía ser una persona muy tranquila, quizás un pelín gruñona. Pero ahora parecía un manojito de nervios. Miraba a todas partes con una ansiedad inquietante, lo cual era tan relajante como morder unos cuantos clavos oxidados.

—No puedo... O sea, no voy a caber —me excusé—. No me llaman en el colegio Gordinflont por...

—Tú inténtalo —me interrumpió, fuera de sí—. ¡Y hazlo ya! ¡Debemos darnos prisa!

Decidí seguirle la corriente. En cuanto Fynric viera que no cabía, dejaría de atosigarme y buscaríamos una puerta como la gente normal. Intenté meterme como pude en el hueco que había entre los edificios, y los bordes de los ladrillos se me clavaron en la tripa.

—Oh, por amor de Landrick el Trotamundos, ponte de lado, muchacho —me dijo con impaciencia.

Me giré y apoyé la cadera en la pared. Al principio, tal y como sospechaba, no conseguí nada: mi estómago seguía siendo el doble de grande que esa pequeña grieta. Pero entonces sucedió algo extraordinario. Noté que lentamente estaba entrando a presión en ese hueco.

¡Sí que cabía!

Aunque a duras penas.

Mientras me metía como podía, me rocé con esos viejos ladrillos de textura rugosa. Fynric me dio un empujón y, al instante, me encontré totalmente dentro de la grieta; estaba tan apretado que ni siquiera tenía espacio para que el pecho se me elevara al respirar, por lo que jadeaba con un pánico cada vez mayor e intenso. Y entonces me pregunté por qué narices acababa de permitir que un tío con un nombre como Fynric Caminoárido me dejara atrapado entre dos sólidas paredes de

ladrillos.

¿Estaba loco o, simplemente, era así de idiota?

—Vamos, no te pares —dijo Fynric.

Ahora estaba detrás de mí en la grieta y seguía empujándome hacia delante. Logré avanzar un poco dando pasos de lado de un modo muy poco natural, arrastrando los pies, con la cabeza y los pies torcidos de un modo antinatural hacia un lado, como una bailarina. El espacio se estrechó y, tras dar unos cuantos pasos más, ya no pude avanzar.

—Estoy atascado —le avisé—. Tengo que volver para atrás.

No hubo respuesta.

Se me hizo un nudo en la garganta. De alguna manera, logré girar la cabeza y me rocé la nariz y la frente con esos ladrillos tan ásperos.

Fynric ya no estaba ahí, era como si se hubiese esfumado.

Intenté salir como pude, pero aquel pasaje parecía ser demasiado estrecho. No podía avanzar más en dirección al callejón; era imposible. Las paredes de ladrillo no se expanden ni se contraen como si fueran seres vivos.

Aun así, daba la impresión de que las paredes se estaban estrechando aún más mientras yo seguía ahí, aterrado. De repente, fui consciente de que, al cabo de unas décadas, algún contratista del gremio de la construcción, con una camisa azul a cuadros y un impecable bigote gris, iba a encontrar mis huesos entre un montón de escombros.

—Tío —diría ese tipo con un acento perfecto de Chicago, mientras se acariciaba el bigote con un dedo—, sin lugar a dudas, este chaval era de huesos anchos.

Estaba rezando para que las ratas no se pusieran a mordisquearme los tobillos cuando por fin oí de nuevo la voz de Fynric.

Sonaba hueca y parecía que estaba hablando por debajo de mí.

—Sigue avanzando.

No veía cómo, más que nada porque tenía las manos y las piernas atrapadas, embutidas en esa paredes como carne picada dentro de la piel de una salchicha. No obstante, le hice caso y, poco a poco, intenté meterme más arrastrando los pies.

Esta vez, no noté nada al intentar pisar, solo vacío; era como si el sucio pavimento hubiera desaparecido debajo de mis pies. Y aunque intenté agarrarme a las paredes para mantener el equilibrio, ya era demasiado tarde. Me tropecé hacia delante (o hacia un lado, para ser más precisos) y caí al vacío.

Aunque debería haberme estrellado contra el suelo y haber acabado hecho papilla, seguí cayendo. Las paredes habían desaparecido y estaba volando a través de una cueva o un túnel oscuro. Estaba tan sorprendido que no podía ni chillar ni gritar, aunque me alegraba que todo estuviera tan oscuro, ya que así no se podría ver cómo acababa dejando inevitablemente una pulpa sanguinolenta en el fondo del foso por el que estaba cayendo.

Sin embargo, el aterrizaje fue más suave de lo esperado. Me estampé con un golpe sordo contra un tablón de madera húmeda, de tal forma que me quedé sin aliento. Unos segundos después, la tabla cedió bajo mi peso y caí por lo que parecía ser una trampilla, aterrizando de nuevo con un sordo PUM sobre un hormigón duro y mojado.

Tumbado sobre esa fría superficie, contemplé aturdido un techo de piedra. El débil brillo de las farolas de Chicago todavía era visible por la trampilla, a pesar de que se hallaban a una

distancia imposible. Entonces, la trampilla se cerró lentamente y todo se volvió tan oscuro que llegué a pensar que tal vez hubiera muerto. Lo único que podía ver eran las estrellas..., las que veía por el dolor que sentía en el culo, la cabeza y la espalda, hasta que una lucecita se encendió muy cerca de mí.

Era Fynric, que acababa de encender un mechero.

Sonrió.

Bajo esa titilante luz naranja, tenía un aspecto espantoso.

—No ha estado tan mal, ¿verdad? —dijo.

Me ayudó a ponerme en pie. Debería haberme roto al menos un hueso o dos después de esa caída, pero estaba bien, salvo por unos moratones y algo de dolor. Fynric no se mostraba para nada preocupado, actuaba como si hubiera sido imposible que hubiera podido sufrir alguna lesión grave.

Nos encontrábamos en una pequeña cámara de hormigón de la que surgían unos cuantos túneles oscuros que se extendían en varias direcciones. El suelo y las paredes parecían una construcción artificial humana, que se había llevado a cabo vertiendo hormigón o utilizando bloques del mismo material. En algún lugar cercano, goteaba agua lentamente, pero, aparte de eso, reinaba el silencio.

—¿Dónde estamos?

—Debajo de la ciudad, muy abajo —respondió Fynric.

—¿En los túneles de la época de la Ley Seca? —pregunté.

Todos los chavales que crecían cerca de Chicago conocían la existencia de una red secreta de túneles que recorrían el subsuelo de la ciudad y que se habían utilizado en su día para traficar ilegalmente con alcohol en la época de la Ley Seca.

—No, no —contestó Fynric, riéndose—. Aunque sí es cierto que echamos una mano a Al cuando los construyó.

—¿Qué? ¿Conoció a Al Capone?

—Bueno, yo personalmente no —contestó—. Pero mi abuelo sí. Después de todo, era uno de los nuestros.

—¿Y eso qué quiere decir?

Fynric no respondió a esa nueva pregunta. Se limitó a mostrarme una amplia sonrisa burlona y a acabar de contestar a mi primera pregunta.

—Estamos muy por debajo de esos antiguos túneles de la época de la Ley Seca —dijo—. A esto lo llamamos el «Submundo». Vamos, debemos continuar.

—Pero ¿cómo es posible? —pregunté. Aquello debía de ser un sueño. Sinceramente, esperaba que lo fuera, porque entonces me despertaría y vería que la tienda seguía de una pieza y que mi padre seguía vivo—. Si simplemente nos hemos metido en... O sea, la grieta del callejón... Solo la caída debería habernos matado...

Fynric no respondió a ninguna de mis preguntas.

—Por aquí —dijo, indicándome con la mano que lo siguiera.

Me llevó a través de un entramado de angostos pasillos de hormigón repletos de puertas de madera. Unas tenues lucecillas eléctricas pendían de las paredes y parecían extenderse hasta el infinito por esos corredores. Crepitaban y parpadeaban como si fueran a fundirse en cualquier instante.

—¿Cómo lo sabía? —pregunté, después de que lleváramos un rato andando.

—¿El qué?

—¿Que nos estaban atacando en FLIPAO?

Fynric se detuvo al fin junto a una enorme puerta de madera situada a la derecha. Se volvió hacia mí, con el ceño fruncido, como si estuviera sopesando cuál era la mejor forma de explicarme algo que, indudablemente, no iba a entender.

—Tu padre siempre supo que cabía la posibilidad de que ocurriera algo así —contestó—. Sobre todo si alguna vez descubría..., demostraba, al fin, que era real, lo cual aún no me puedo creer que haya logrado; ay, ese genio excéntrico... Pero, de todas formas, es obvio que nos ha sorprendido que el ataque se produjera tan pronto... Y cómo se ha producido... —Fynric dejó de balbucear incoherencias y negó tristemente con la cabeza—. Dunmor te lo explicará todo mucho mejor que yo.

Sin mediar más palabra, abrió la puerta y me indicó que entrara.

Ahí había un señor mayor sentado a una gran mesa de madera, que se hallaba dentro de una habitación del tamaño del despacho del director del PIS. Las paredes estaban hechas con piedras enormes, como si estuviéramos dentro de un castillo antiguo. Aquel hombre tenía una larga barba pelirroja y unas cejas espesas; además, le sobresalían unos mechones de pelo de las orejas. Era bajito y grueso. Pero no estaba gordo. Solo... era grueso. Era como si lo hubieran tallado a partir del tronco de un árbol gigante.

Barbarroja me indicó que me sentara justo delante de él.

Y eso hice, pero, por culpa de los nervios, era incapaz de quedarme quieto en esa dura silla de madera. Fynric Caminoárido se marchó, cerrando la puerta tras de sí, la cual contemplé con preocupación.

—Greg, me llamo Ben —dijo Barbarroja—. Bueno, ese fue antaño mi nombre plebeyo, hace mucho tiempo. Mi nombre real es Dunmor Rompebarbas.

—Ehhh... Vale —respondí, sin estar seguro de qué quería decir o cómo debía contestar (o, ya puestos, cómo era posible que supiera cómo me llamaba)—. ¿Qué...? ¿Qué es este sitio?

—Todo a su tiempo —contestó Dunmor, que hizo un gesto despectivo con la mano—. Primero, tenemos cosas mucho más importantes de que hablar. Aunque tendré que ser breve, pues tengo mucho que hacer antes de que se reúna el Consejo. Los últimos días han sido..., bueno, bastante frenéticos.

Esperé a que me explicara qué narices estaba pasando.

—No hay una manera sencilla de explicarte esto —dijo Dunmor, a la vez que se acariciaba esa barba pelirroja obscenamente larga y enmarañada—. Así que te lo voy a decir sin rodeos. Greg..., eres un enano.

10

DONDE ME ENTERO DE QUE *EL SEÑOR DE LOS ANILLOS* ES EXTREMADAMENTE OFENSIVO

—Bueno, señor —dije con calma—, ese término que ha utilizado es un poco insultante. Creo que prefieren que se los llame gente pequeña. Además, creo que no soy realmente tan bajito...

—No, no, no —me corrigió Dunmor—. Me has entendido mal. Eres un «enano enano». Como en *El Señor de los Anillos*.

—Pero si nunca he visto esas películas —repliqué, con la mente a mil por hora—. Todos esos rollos de fantasía son un peñazo. Toda la gente tiene nombres estúpidos como Aragrod el Impecable o Gandorff el Grande. Hasta las armas tienen nombres idiotas, como la Espada de las Siete Gemas Galácticas..., y las joyas siempre desempeñan un papel muy raro en el argumento; además, siempre hay alguna profecía chunga...

—¿Cómo es posible que hayas oído hablar de Gandorff el Grande? —me interrumpió Dunmor, con cara tanto de confusión como de enfado.

—Nun..., nunca he oído hablar de él —recaqué—. Pero si me lo acabo de inventar ahora mismo. Eh, yo..., esto es... Mire, tengo que irme...

Debía alejarme lo más rápido posible de ese tipo tarado y peludo.

—Siéntate —me ordenó Dunmor, con tal tono de voz que me dejé caer en la silla inmediatamente—. En realidad, es bueno que no estés familiarizado con *El Señor de los Anillos*. Porque, a pesar de estar basado en varias traducciones muy pobres de textos históricos antiguos de la Tierra Separada, está lleno de imprecisiones y de detalles que llevan a equívoco. Además, he de decir que es bastante ofensivo. Por ejemplo, muestra a los enanos como unos seres a los que les encanta el oro, lo cual es absurdo. ¡Je, sí que es bastante ofensivo, sí! En el mejor de los casos, se la puede considerar una obra entretenida que está llena de errores.

—Ya, claro... —admití sin pensar, puesto que de repente me preocupaba que, si enfadaba a este chalado, tal vez intentara hacerse un bolso con mi piel o algo así—. Pero ¿eso qué tiene que ver conmigo?

Dunmor Rompebarbas se frotó los ojos como si estuviera intentando explicar lo más básico de la mecánica cuántica a un caballo.

—Ya te lo he dicho —contestó—. Eres... un... enano.

—Lo sé, pero...

—Somos un pueblo muy antiguo, Greg —me interrumpió—. Nacimos de la misma tierra en sus

albores, fuimos creados a partir de piedras y tierra y plantas y agua. Muchos otros enanos viven entre nosotros. Tu vecino, o el cartero, o tu atleta o músico favorito podría ser un enano. Pronto, gracias a tu padre, redescubriremos de verdad nuestro legado. Nuestra existencia será revelada al mundo de nuevo. Eres el hijo de un anciano del Consejo. De un anciano del Consejo que... Bueno, siempre hemos pensado que Trevor estaba un poco chiflado por culpa de todas esas teorías de la conspiración que defendía y demás... Algunos incluso se reían de él, pero ¡supongo que ahora él se reirá de nosotros, ja, ja! De todos modos, creo que me estoy precipitando.

Por mi parte, yo seguía ahí sentado, anonadado.

Me resultaba muy difícil de asimilar lo que acababa de decir. Es decir, no era muy chocante que alguien llamara chiflado a mi padre. Pero ¿un «anciano del Consejo»? No sabía qué significaba eso, pero parecía algo importante, lo cual no pegaba para nada con mi padre; nunca hubiera deseado pertenecer a nada parecido. Todo lo que había dicho aquel individuo era casi tan imposible de creer como las locuras que había presenciado desde el ataque del oso polar.

Un pensativo Dunmor entrelazó ambas manos por debajo de su barba. Y aunque me di cuenta de que tenía un trozo de pavo pegado en esa maraña de pelo rojo situada bajo su mentón, no comenté nada. Que alguien te dijera que formabas parte de una raza supuestamente mitológica hacía que tales cosas te parecieran muy triviales.

—Tal vez debería empezar por el principio —dijo Dunmor, por fin con un tono reconfortante—. Estoy seguro de que todo esto te resulta un tanto confuso. Deja que me explique: hace mucho tiempo, mucho antes de que hubiera ordenadores, o rascacielos, o coches o incluso pirámides, existía una Tierra Separada. Ocupaba el mismo planeta que el nuestro, pero no era el mismo mundo. La Tierra Separada ya no existe, está enterrada muy profundamente bajo las ruinas de otras antiguas civilizaciones perdidas, bajo capas de placas tectónicas, erupciones volcánicas e impactos de meteoritos.

»La Tierra Separada era un lugar que vivía en el caos. Una lucha sin fin por el poder asolaba ese mundo, ya que sus dos pueblos originales, los enanos y los elfos, combatían por el dominio de este. Durante muchas generaciones, la escalada bélica fue imparable. Ambos bandos comenzaron a utilizar una magia tan poderosa que la destrucción total del planeta parecía inevitable. Por esa razón, las hadas acabaron mediando en el conflicto.

—¿Las hadas? —pregunté.

—Sí, claro, no seas tan egocéntrico; me parece que has dado por sentado que los enanos y los elfos eran las únicas. Y no, no era así —me espetó Dunmor—. Otras fueron emergiendo. De hecho, por aquel entonces, existían miles de criaturas que ya no existen hoy en día.

Asentí, a pesar de que estaba bastante seguro de que no me creía nada de nada. No me creía que yo fuera un enano, ni que mi padre hubiera muerto, ni que un trol acabara de atacar nuestra tienda. Me parecía que todo era un sueño. Deseaba desesperadamente que así fuera.

—Bueno —continuó Dunmor—, como preveían la inminente destrucción del planeta, las hadas concibieron un modo de enterrar la misma esencia de toda la magia en las profundidades de la tierra, donde ninguna de las razas antiguas de la Tierra Separada podría acceder ya a ella, incluidas las propias hadas. Tan grave era la amenaza de la escalada bélica que renunciaron a su propia magia, lo cual sabían que terminaría provocando que fueran eliminadas de la existencia. Pero su sacrificio tuvo éxito, y, de repente, el mundo entero se vio desprovisto de toda magia. Sin ella, ambos bandos fueron perdiendo lentamente su sed de sangre, y muchas especies de personas y criaturas que dependían de la magia (incluidas las hadas) se desvanecieron como si nunca

hubieran existido. La violencia menguó y, obligados por las circunstancias, elfos y enanos sellaron una tregua. A pesar de que sigue reinando cierta tensión, se sigue respetando este acuerdo de paz.

»Como carecían ya de la magia que antaño había potenciado sus habilidades y cualidades únicas, elfos, enanos, troles, duendes y el resto de las razas místicas se fueron integrando en un mundo cambiante; uno que veía cómo una nueva especie crecía rápidamente hasta conquistarlo todo: los humanos. A lo largo de miles de generaciones, las características físicas que distinguían a nuestras razas se fueron diluyendo. Hacia los inicios del primer Imperio romano, la mayoría de los individuos que pertenecían a un linaje mítico no se diferenciaban prácticamente en nada de los humanos en cuanto a su aspecto. No obstante, a lo largo y ancho del globo, varios grupos separatistas, que existen en un reino oculto ubicado justo debajo de la superficie, detrás de los muros, los suelos y las puertas secretas del mundo moderno, han mantenido viva la llama del verdadero espíritu elfo y enano.

—Hum, vale, entonces... —dije con cautela.

Dunmor, que se estaba acariciando la barba, encontró por fin el trozo de pavo que se le había quedado enredado en esa maraña roja. Lo cogió con delicadeza y se lo metió en la boca. Reprimí las ganas de vomitar.

Estaba más que convencido de que nada de eso podía ser verdad, a pesar de que ese día ya había visto muchas cosas imposibles. Estaba a punto de decirle eso mismo cuando la puerta se abrió de repente y nos interrumpieron.

Era Fynric Caminoárido (o el señor Olsen), que sostenía una enorme hacha de batalla. Se acercó corriendo a Dunmor y le susurró algo al oído. Este asintió solemnemente mientras le escuchaba, a la vez que me miraba de vez en cuando muy nervioso.

Reconocí el hacha. Era la misma que mi padre había utilizado para intentar repeler el ataque del trol. Al verla ahora en unas circunstancias algo menos estresantes, me di cuenta de que era ese misterioso objeto que había visto en la bolsa de deporte de mi padre esa mañana. El objeto que habría jurado que era capaz de hablarme, de alguna forma.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, con un nudo en la garganta que me impedía respirar—. ¿Mi padre está bien?

Me ignoraron mientras Fynric terminaba de hablar. Al final, Dunmor asintió por última vez. A continuación, se volvió hacia mí.

—Sigue vivo —contestó Dunmor.

Me sentí tan aliviado que fue como si me quitara un gran peso de encima, lo cual me permitió respirar otra vez.

—Al menos, lo estaba cuando el trol se lo ha llevado —apostilló Fynric—. Varios testigos han visto que el trol y un hombre más pequeño se lo llevaban a rastras de la tienda. Estaba malherido, pero seguía vivo.

Dunmor negó con la cabeza lentamente y se desplomó sobre la silla, consternado, agobiado y desolado.

—¿Qué podéis hacer para dar con mi padre? —pregunté—. Vais a intentar rescatarlo, ¿no?

—Sí, desde luego —respondió Dunmor—. ¡Pero primero debemos averiguar quién es el responsable de ese ataque tan brutal e injustificado!

—Seguramente, han sido los elfos —apuntó Fynric.

—Pero ¿podemos estar completamente seguros? —replicó un desafiante Dunmor—. ¿De

verdad se arriesgarían a que estallase otra guerra por haber roto el tratado de paz? Al fin y al cabo, son los que más tienen que perder.

Fynric titubeó; sin lugar a dudas, no tenía nada claro.

—Tal vez sea una conclusión precipitada —admitió.

—Pero tus sospechas están fundamentadas —reconoció Dunmor—. ¿Quién ha podido ser si no? Los duendes están prácticamente extinguidos. Y la mayoría del resto de las especies antiguas nunca ha mostrado interés en nuestra antigua guerra. Habrá que investigar a fondo el asunto, sin duda.

Fynric asintió solemnemente. Ninguno de ellos me miraba. Me sentía cada vez más frustrado. ¿Qué iban a hacer para rescatar a mi padre del trol? Me daba igual quién fuera el responsable, o su antigua guerra: lo único que quería es que hicieran algo, cualquier cosa con tal de empezar a buscarlo.

—Al menos has recuperado a la *Sanguinaria* —comentó Dunmor después de un momento en que reinó un silencio sepulcral, a la vez que estiraba un brazo hacia la enorme hacha de batalla—. Es probable que los atacantes no supieran lo importante que es. Si no, también se la habrían llevado.

Quería interrumpirlos para decirles que me parecía muy ofensivo que consideraran que una estúpida hacha era más importante que mi padre. Pero no dije nada porque me distrajo otra vez esa extraña sensación que había tenido esa misma mañana; el hacha intentaba contactar conmigo, me llamaba.

Entonces, una voz dijo:

Soy YO quien te llama, Greg. No me ignores esta vez.

Sobresaltado, eché un vistazo a mi alrededor. Esa voz había sonado tan real como si un hombre con una profunda voz de barítono me hubiera hablado directamente al oído. Pero nadie más había reaccionado en esa habitación. Yo había sido el único que la había oído.

¿De verdad un hacha me podía estar hablando? Negué con la cabeza.

Fynric se la entregó a Dunmor.

—¿Podemos valernos de ella para vengar a Trevor? —preguntó Fynric—. ¿No es ese su propósito?

—Esa es una cuestión que decidirá el Consejo —contestó un Dunmor muy sombrío mientras examinaba el hacha.

Fynric asintió.

—Bueno, me temo que, en vista de las últimas noticias, debemos concluir esta reunión —dijo Dunmor—. Lo siento, Greg, tenía muchas más cosas que explicarte, pero me temo que habrá que esperar. Ahora tenemos unos asuntos más urgentes que atender, como encontrar a tu padre.

Seguía teniendo tantísimas preguntas que hacer:

¿Por qué y cómo me había transformado en piedra ese día?

¿Por qué me había atacado un oso? ¿Eso tenía algo que ver con... todo esto?

¿Por qué un trol había atacado a mi familia?

¿Todo esto tenía algo que ver con el hecho de que yo (supuestamente) fuera un enano?

¿Qué era este sitio?

¿Cómo había sobrevivido a la caída?

¿De verdad existían los enanos y los elfos?

¿Las hadas eran un grupo extinto de mártires suicidas? ¿En serio?

Sin embargo, debía aparcar esas dudas y preocupaciones, ya que Dunmor acababa de decir que tenían que encontrar a mi padre, lo cual era completamente prioritario. Así que me limité a asentir, puesto que me moría de ganas de que tanto el Consejo como él se devanaran los sesos para averiguar qué le había pasado a mi padre y cómo se le podía rescatar.

—Nos volveremos a ver mañana —dijo Dunmor, mientras se levantaba de la mesa con el hacha, a la que habían llamado *Sanguinaria*, todavía en la mano—. Por ahora, Fynric cuidará de ti. Por favor, haz lo que él te diga..., será por tu propio bien.

Asentí, con la mirada clavada en el hacha, al mismo tiempo que Dunmor se dirigía a la puerta.

Nos volveremos a ver, Greg, me dijo al oído esa extraña voz.

Hice un gesto de negación con la cabeza. No podía ser real.

Pues ¡claro que soy real! Si no, te estarías volviendo loco, obviamente. ¿Cuál de las dos opciones te hace más gracia?

Dunmor se fue apresurada y nerviosamente con la parlanchina *Sanguinaria* bajo el brazo; parecía más nervioso y desaliñado que cuando yo había entrado en la habitación.

Fynric me observó detenidamente, con compasión.

Miré al suelo, intentando negarlo todo, diciéndome que seguramente no eran más que tonterías. ¿Cómo iba a ser yo un enano? ¿De verdad existían las hachas parlantes y los troles de montaña? ¿De verdad había habido unas guerras en la Antigüedad contra los elfos... y la magia se había perdido hace mucho tiempo? Era todo tan absurdo.

No obstante, creo que incluso entonces era consciente de que me estaba resistiendo a admitir la verdad. Pero daba igual, solo había una cosa que tenía muy clara: iba a averiguar qué le había pasado a mi padre y lo iba a rescatar.

No importaba si creía o si dejaba de creer que todo aquello era real.

11

DONDE SE AVECINA UNA TORMENTA EN MIS TRIPAS

Mientras Fynric me guiaba a través de más túneles estrechos y oscuros que se extendían por debajo de la ciudad, en lo único que podía pensar era en mi padre.

En que no había tenido la oportunidad de disculparme por lo que le había dicho en nuestra última conversación. En que en ese mismo momento podría estar siendo torturado por los troles, mientras se acordaba de lo mucho que le habían dolido las últimas palabras que le había dirigido su único hijo. Bueno, estaba pensando en todo eso y también en el hambre que tenía. No había comido desde el tentempié que había tomado tras la quinta hora de clase, y desde entonces habían pasado casi siete horas, lo cual para un Belmont era como haber estado tres días sin comer.

Doblamos una esquina y entramos en un colosal pasillo subterráneo; era como un viejo túnel de metro, pero sin vías. Aunque seguía habiendo puertas a ambos lados, cada vez se veían menos. Daba la impresión de que el túnel se extendía hasta el infinito. El suelo que pisábamos se volvió más duro y rugoso, más parecido al de una cueva natural.

Fynric se detuvo al fin ante un par de puertas de madera de gran tamaño. Eran gruesas y muy viejas, y también estaban muy húmedas; además, contaban con unas barras de sujeción entrecruzadas forjadas en hierro. Gruñó al abrir una de las puertas. Aunque las bisagras crujieron estrepitosamente, el chirrido apenas se oyó por encima del escandaloso ruido que nos dio la bienvenida al otro lado.

La puerta daba a una descomunal caverna subterránea tan enorme que el campo de béisbol de los Chicago Cubs podría haber cabido entero dentro de ella y habría sobrado sitio. El vasto espacio contaba con varias cavidades pequeñas que partían de una cámara central más grande. Cada sección individual tenía un techo alto y desigual de piedra en el que danzaban las sombras proyectadas por el débil brillo de las antorchas encendidas colocadas a lo largo de las paredes de piedra exteriores.

La caverna bullía de actividad gracias a centenares de críos de todas las edades. Esas voces tan alegres y animadas retumbaban en las paredes profundas y erosionadas de la gruta como si esta fuera una sala de conciertos. La pequeña cavidad que estaba más cerca de la puerta contaba con un mobiliario moderno. En torno a una gran mesa de madera, había varias sillas y sofás de cuero. Al fondo, había unas mesas de *ping-pong*, un billar y un fútbolín. Un buen número de críos pululaban alrededor de esas mesas de juegos, animándose unos a otros ruidosamente. Unos cuantos estaban sentados en los sofás conversando animadamente.

Las demás subdivisiones de la caverna eran cualquier cosa menos una sala de juegos moderna.

En la esquina más lejana, había una considerable abertura que daba a una cueva de verdad, llena en parte con agua clara de manantial y grupos de críos reunidos ahí con cuerdas, picos y cascos. Sonreían y reían como si la espeleología fuera algo parecido a pasar el rato con un juego de mesa normal.

En otra sección de la caverna, había un pequeño taller de metalurgia; con sus contenedores de piedra con relucientes metales derretidos en su interior y sus correspondientes poleas, así como varios yunques de hierro, acompañados de martillos y otras herramientas. Un chaval que no tendría más de diez años provocó que cayera una lluvia de chispas sobre el suelo al golpear una brillante tira de metal con un martillo. Me di cuenta, con una mezcla de asombro y sorprendente envidia, que estaba forjando una espada.

En una esquina de la caverna, había instrumentos de alquimia (matraces y frasquitos, y decenas de botellas y zurroneos, que contenían diversas sustancias químicas y polvos muy coloridos), así como una pequeña sección donde varios críos soplaban vidrio, al que daban forma al azar.

Todos parecían estar pasándose lo genial, sin saber o sin que les preocupara que un trol hubiera atacado a un compañero enano hacía menos de una hora.

—¿Qué es esto? —le pregunté a Fynric.

—Aquí es donde muchos niños enanos pasan gran parte de su tiempo libre —respondió—. Creo que, hoy en día, lo llaman la Arena. Es un lugar donde, durante muchas generaciones, la juventud enana ha ido asimilando qué significa realmente ser un enano. Es adonde van cuando el mundo moderno los decepciona, lo cual suele ser muy habitual. Bueno, vendré a por ti en cuanto termine la reunión del Consejo.

Fynric cerró la puerta al marcharse.

La mayoría de los críos no había reparado en mi llegada; como la caverna era tan amplia, no me sorprendía. Pero tres chavales que estaban sentados en un sofá de cuero desgastado cerca de la puerta me sonrieron y me saludaron con la mano como si fuéramos viejos amigos.

Dudé, ya que di por supuesto que me habían confundido con otro. Pero, como siguieron saludándome, me acerqué nervioso, mientras me limpiaba el sudor de las manos con los pantalones. Habían pasado al menos dos años desde la última vez que otro crío, que no fuera Edwin, había sido inesperadamente simpático conmigo. Para mí, era una situación extrañísima.

Eran una chica y dos chicos, todos de mi edad, más o menos. Parecían ser unos críos normales. Y daba por sentado que lo eran, a pesar de que (supuestamente) eran enanos.

—Has debido de descubrirlo hace poco —dijo la cría—. Tienes esa cara...

—Es más fácil asimilarlo cuando tienes dieciocho años —añadió uno de los chavales—. Eso es lo que nos dicen; por eso algunos padres esperan. Pero todos nosotros lo hemos sabido desde que éramos pequeños.

Me dejé caer en el sofá que había delante de ellos; aún estaba demasiado aturrido y cansado como para hablar mucho. Como parecían comprenderlo, me dejaron que me quedara ahí sentado mientras lo digería todo.

La chica tenía el pelo de un color púrpura plateado; lo llevaba rapado por un lado y corto y despeinado por el otro. Daba la sensación de que encajaría mejor en un grupo molón de punk rock que en una cueva húmeda con una panda de enanos. Como uno de los chicos se parecía mucho a ella, supuse que eran mellizos. Tenía el pelo largo, en punta y enmarañado como un científico loco y vestía una túnica que parecía de fabricación casera con los bordes deshilachados; además,

llevaba una cuerda a modo de cinturón, unos pantalones gruesos de lana y una botas de cuero desgastadas y cómodas. El tercer chaval era el más alto y delgado de nosotros, aunque no era más alto que la media. Tenía el pelo moreno y corto, y unos rasgos muy marcados que le otorgaban un aspecto solemne e inteligente. Más que un enano parecía una melancólica estrella de cine adolescente.

—¿Vuestra ascendencia cuál es, infante plebeyo? —preguntó el crío del pelo alborotado y la vestimenta rústica—. Decidme, ¿vuestras raíces en qué linaje se integran?

Me quedé mirando boquiabierto al crío mientras intentaba decidir si se estaba burlando de mí de una forma extraña al estilo enano.

—No le hagas caso a mi hermano —dijo rápidamente la chica—. Solo te está preguntando de dónde eres y a qué familia perteneces.

—¿Por qué lo ha preguntado así? —respondí.

—En el dialecto fundamental platico, pues que sea postergado al olvido no ansío —afirmó el chico, hinchando el pecho.

—Habla en la lengua tradicional enana —me explicó la muchacha—. O al menos en la versión más cercana a nuestro idioma que creemos que puede existir. Quedan muy pocos registros de la lengua original enana. Y casi todo lo que existe son referencias de las fuentes originales.

—Pero ¿por qué usáis un idioma olvidado? —pregunté.

—Nuestra familia es..., bueno... —contestó la chica, callándose un momento como si se avergonzara—. Mi padre es un enano tradicionalista, lo cual quiere decir, básicamente, que cree que tenemos que hacer las cosas lo más parecido posible a como las hacían los enanos en la Tierra Separada. Quiere que los enanos vivamos separados del resto, a nuestra manera.

—Pero si tú... —dije, y entonces me callé, sin poder apartar la vista de su corte de pelo y sus ropas modernas.

Se echó a reír. Con casi toda seguridad, eran las risas más encantadoras que jamás había oído. Estaban a medio camino entre una risita tonta y una carcajada grosera, por lo cual me entraron ganas de reírme con ella.

—Ya, bueno, aunque mi padre nos ha intentado meter esas ideas en la cabeza, no han calado en mí tanto como en mi hermano —me aclaró—. Es más, por eso mismo, me niego en redondo a comer carne o alimentos derivados de animales..., para terrible vergüenza de mi padre...

—Si he de ser justo, a ver, ¿quién ha oído hablar jamás de un enano vegano? —preguntó el chaval del pelo oscuro con una risotada—. O sea, ¿cuántas plantas más tienen que sufrir y morir innecesariamente por culpa de tus convicciones...?

La muchacha sonrió abierta y desafiantemente, y luego puso cara de estar harta. Estaba claro que no se iba a disculpar por tener esa forma de pensar sobre tal asunto.

—Aunque eso qué más da, ¿eh? —me preguntó el chaval del pelo oscuro—. ¿Tú de dónde eres y a qué familia perteneces?

—Yo vivo aquí..., bueno, eh, o sea, en Bridgeport —contesté con voz temblorosa. Me sorprendió lo nervioso que estaba, lo mucho que realmente deseaba caerles bien a esos críos—. Mi padre... Mi padre es Trevor Belmont.

—Oh...

La cara que pusieron los tres me indicó que, de algún modo, ya se habían enterado del ataque a la tienda.

—Lo siento mucho —dijo la muchacha—. Tu padre es un enano verdaderamente increíble.

No respondí porque rara vez alguien hacía un comentario así sobre mi padre. No me refiero a llamarlo enano, sino al respeto con el que lo había calificado como «increíble». Incluso Edwin (quien, sin duda, era el mayor fan de mi padre) lo consideraba más un tipo curioso, entrañable y graciosísimo que alguien particularmente extraordinario o distinguido. Al oírla hablar de mi padre de esa manera, el dolor que sentía por su súbita ausencia se volvió más intenso; me sentí tan devastado que creí que el corazón me iba a dejar de latir.

—Bueno, yo no tengo un nombre plebeyo —continuó la chica—. Ya sabes, eso es culpa de mi padre y sus creencias y demás...

—¿Nombre plebeyo? —la interrumpí.

—Ah, sí, perdona —dijo—. Se me olvida que acabas de descubrir lo que eres. Muchos enanos tienen dos nombres: el verdadero, que corresponde a su linaje enano, y el nombre plebeyo que su familia ha estado usando desde hace tiempo para poder integrarse en la sociedad moderna.

—Ninguno de nosotros tiene un nombre plebeyo —añadió el crío de pelo oscuro—. Mis padres también son unos enanos tradicionalistas; nunca han creído que debieran intentar integrarse en la sociedad moderna. Por eso supimos desde que nacimos que éramos enanos y no lo hemos descubierto al cumplir dieciocho años; la edad a la que, más o menos, tú lo habrías descubierto si las cosas..., bueno...

Esperé mientras él intentaba dar con una forma educada de decir: «Si tu padre no hubiera sido atacado y raptado por una terrible criatura que se creía extinta».

—Nosotros tres nunca hemos ido a colegios plebeyos como tú —comentó la chica—. Ni nos hemos relacionado con críos humanos. Hemos vivido toda nuestra vida aquí, en el Submundo, aprendiendo las viejas tradiciones de los enanos. Nos han, eh, educado en casa. Se dice así, ¿no?

—Entonces, ¿mi verdadero nombre no es Greg Belmont? —pregunté, sintiendo un nudo en el estómago.

Todo esto contribuía a reforzar la idea de que toda mi vida hasta ahora había sido una mentira.

—En efecto —respondió la muchacha—. El verdadero apellido enano de tu padre es Tripatormentosa. Tú te llamas Greggroule Tripatormentosa. Y eres miembro de una de las familias enanas más valientes que jamás han existido.

12

DONDE CONOZCO LOS ORÍGENES DE LOS FORJALUZ, LOS ENCANTALUNA Y LOS TRIPATORMENTOSA

Tras pasar un rato intentando «digerir» (¡¡¡ja, ja!!!) que era un Tripatormentosa (y que mi nombre real era Greggroule, ni más ni menos), los tres se acabaron de presentar.

El nombre de la muchacha era Ariyna (Ari) Forjaluz, y el raro de su hermano se llamaba Lakeland (Lake) Forjaluz. El chico alto y de pelo oscuro era Eagan Encantaluna. Me explicaron que todos los apellidos tradicionales de enano se inspiraban en un oficio o habilidad que había distinguido antiguamente a la familia.

Ari y Lake Forjaluz pertenecían a una estirpe de enanos a la que, según se rumoreaba, habían pertenecido algunos de los mejores forjadores de armas de la Tierra Separada.

—El apellido Forjaluz se inspira en la luz pura y brillante que surgía cuando mis antepasados forjaban a golpes las mejores armas que cualquier hombre, enano o dios ha empuñado jamás — explicó Ari—. Por lo que se cuenta, un Forjaluz generaba unas chispas tan intensas que era como si estuviera golpeando el mismísimo Sol. Nuestro ancestro Caiseal Forjaluz forjó el tridente de Poseidón a partir de un solo bloque de hierro con vetas de oro natural.

—¿Y cuál es el origen de Encantaluna? —le pregunté a Eagan.

—Mis ancestros se encontraban entre los mejores comunicadores enanos —respondió Eagan, adoptando un tono distinto, sonando más como un narrador profesional que como un chaval—. Éramos líderes políticos. Tradicionalmente, mi familia ha ocupado los cargos más altos de los antiguos gobiernos enanos. La mayoría de los enanos carecen de atributos como el carisma y el encanto. Hasta tal punto llega esta carencia que, en la Tierra Separada, se solía decir que el enano más persuasivo sería incapaz de vender una jarra de agua fresca a un rico que se estuviera muriendo de sed en el desierto. Mi apellido tiene su origen en una fábula que se ha contado a los niños durante miles de generaciones. Antaño, hace mucho tiempo, mi antepasado Makgrumlin se reunió con una luna muy tímida. Una luna que solo iluminaba la oscuridad con su reluciente luz plateada dos veces al año. Makgrumlin la convenció de que emergiera de su escondite un par de veces al año a cambio de las cabezas de doce cabras montesas, dos gansos cocidos y una tarta de carne picada..., y ese acuerdo se ha respetado desde entonces.

Asentí pensativo, intentando ignorar que lo que me estaban contando era inverosímil. Pero ahí estaba yo, sentado en una caverna subterránea donde unos críos forjaban armas, confeccionaban pociones y hacían espeleología por pura diversión, por lo cual lo más fácil era limitarse a asentir y dejarse llevar. Seguía sin estar seguro de hasta qué punto me creía de verdad todo aquello. Pero

me sorprendió lo mucho que quería creérmelo. De repente, me sentía un tanto emocionado ante la posibilidad de formar parte de algo enorme y molón, al saber que no era un mero chaval que pertenecía a una familia de perdedores, la cual estaba tan maldita que todos aceptábamos nuestra mala suerte con una enorme sonrisa de idiota en la cara. Aquí tenía todo un nuevo mundo para explorar, un mundo donde por fin encajaba y que, aparentemente, incluía algunos (posibles) amigos como guinda del pastel.

—¿Y qué me podéis contar de mi apellido? —inquirí, pues me preguntaba cómo narices había acabado teniendo el apellido enano menos molón que cabría imaginar—. Esto..., era Tripatronadora, ¿no?

—Tripatormentosa —me corrigió Lake.

—Sus orígenes los explicaba una leyenda que se contaba a los niños de la Tierra Separada desde el principio de la historia escrita —respondió Ari—. La leyenda de tu ancestro más antiguo, Perro Rabioso Tripatormentosa.

Se volvió hacia Eagan, quien, sin duda alguna, era el mejor narrador de los tres.

—Se dice —empezó a relatar Eagan con su refinada sonrisa— que Perro Rabioso Tripatormentosa era tan fiero en batalla, tan valeroso a la hora de enfrentarse a ejércitos mucho más grandes y poderosos que superaban exageradamente en número a los suyos, que prendía fuego en las tripas de sus enemigos y generaba tormentas en las de sus aliados. Era como si el trueno que se hallaba en sus entrañas obligara a entrar en acción a sus compañeros enanos, quienes no podían permanecer cruzados de brazos mientras observaban cómo se enfrentaba a ejércitos enteros él solo sin preocuparse lo más mínimo por su integridad física. Lideró a docenas de batallones en batallas en las que, a pesar de que el enemigo los superaba ampliamente, siempre emergía victorioso.

La idea de que mi familia tuviera sus raíces en una larga dinastía de valientes guerreros parecía realmente risible. Había visto a mi padre manejar un hacha esa misma noche y me había parecido cualquier cosa menos un guerrero legendario. Más bien, había sido como si hubiera intentado matar a una mosca con un viejísimo neumático de camión. A lo mejor incluso había tenido suerte, ya que no se había cortado la cabeza sin querer.

—Por otro lado —continuó Eagan—, también corre el rumor de que el nombre tiene su origen realmente en la, eh, potencia que tenían las devastadoras flatulencias de Perro Rabioso. Se decía que, en su tripa, siempre se estaba formando una tormenta tóxica. Una leyenda dice que esas ventosidades eran tan violentas que, en una ocasión, arrasó todo un campo de avena después de haber comido jamón cocido y alubias, de tal modo que...

Ari le dio un manotazo en el brazo.

—Pero, ya sabes —añadió Eagan rápidamente—, da igual cuál sea el origen concreto de ese apellido, puesto que nadie discute la destreza para batallar de tu antepasado.

—Entonces, ¿sabéis cómo se llamaba realmente mi madre antes de pasar a ser una Tripatormentosa? —pregunté.

—¿Qué? —me espetó Ari—. ¿La consideras una propiedad que compró tu padre?

—¿Eh? —pregunté, sorprendido y confuso.

Eagan me mostró una amplia sonrisa y, acto seguido, me dio una explicación:

—Las mujeres enanas no se cambian de apellido cuando se casan. Hace mucho tiempo que los enanos respetan la fuerza y la identidad individual de las mujeres. Nunca las hemos tratado, ni

siquiera en la época de la Tierra Separada, como unas propiedades que hubiera que conquistar, ganar, vender o etiquetar, como han hecho históricamente los humanos. Cambiar de apellido porque has encontrado a tu media naranja es una tradición vulgar y burda. Las mujeres enanas realmente se enorgullecen de ser quienes son.

—Tu apellido forma parte de tu identidad —apostilló Ari—. Es unas de las pocas cosas que nadie podrá quitarte jamás. Aunque, como puedes imaginar, nunca conocimos a tu madre, hemos oído cosas sobre ella.

—Según cuenta mi padre, tu madre pertenecía a una larga dinastía de potenciadores de armas —me contó Egan—. De enanos que elaboraban pociones y confeccionaban hechizos que, entre otras cosas, potenciaban la capacidad de combate de los guerreros y sus armas. Su nombre enano era Danaerra Pocimhacha.

Asentí mientras intentaba asimilar que, en realidad, nadie en mi familia era un Belmont. Un apellido que durante mucho tiempo había creído maldito.

Entonces hubo una pequeña explosión en la parte posterior de la caverna, en la cavidad de la alquimia. Alcé la vista, porque me preocupaba que se pudiera estar produciendo otro ataque. Pero se trataba, simplemente, de un chaval avergonzado cubierto de hollín, que sostenía un matraz hecho añicos y del que se reían sus amigos.

—Mi padre siempre me ha dicho que los Belmont estaban malditos —comenté—. A lo mejor se lo inventó todo, ¿no?

Este comentario hizo que los tres se partieran de risa. Me sorprendió lo bien que me sentí al ver que aquellos chavales se reían conmigo y no de mí. Si hubiera dicho algo tan (aparentemente) estúpido en el PIS, habría sido objeto de burlas sarcásticas y risitas disimuladas.

—No necesariamente —contestó Egan—. Tu familia sí está maldita. En cierto sentido.

—¿Eh?

—Todos lo estamos —dijo Ari con una amplia sonrisa.

—¡Ajá! —exclamó Lake, mientras alzaba el dedo índice—. Históricamente, nuestros linajes siempre han mantenido un sólido vínculo con la derrota y el descalabro.

—Los enanos siempre pierden —tradujo Egan—. Sí, eso es lo que hacemos: perder. Como raza, tenemos tendencia a sufrir horribles rachas de..., bueno, no hay un concepto más preciso que este: «mala suerte».

Pensé en algunos de los comentarios derrotistas que había hecho Dunmor delante de mí recientemente, en la forma en que parecía haberse desmoralizado después de descubrir que habían secuestrado a mi padre. Aunque debería haberme asustado que ahora formara parte de un grupo de gente que siempre fracasara y siempre esperara hacerlo, en realidad, me resultó extrañamente reconfortante.

—Pero, últimamente, parece que nuestra suerte está cambiando —añadió una emocionada Ari.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, mordiéndome la lengua para no señalar que mi padre ahora era rehén de unos troles y que tal vez incluso estuviera muerto, lo cual solo era un ejemplo más de la mala suerte que siempre me había acompañado.

—Debéis saber que ha sido exhumada, de entre los despojos de épocas remotas, la insignie *Sanguinaria*—contestó Lake—. La encontraron hace tres quincenas en los Países Bajos; según los ancianos, yacía entre el polvo y los huesos de sus antiguos hermanos derrotados.

Arqueé las cejas.

—Unos enanos mineros redescubrieron recientemente la *Sanguinaria*, un hacha que se perdió hace mucho tiempo —tradujo Eagan—. Es una de las hachas enanas antiguas más poderosas que jamás se han creado. Se dice que es indestructible, a pesar de estar también maldita. Según cuenta la leyenda, llama a quienquiera que haya elegido como su nuevo dueño...

—La *Sanguinaria* —recalqué, a la vez que recordaba de qué me sonaba ese nombre; así había llamado Dunmor al hacha que mi padre había empleado para repeler el ataque del trol—. Ah, sí, mi padre la trajo a casa ayer.

—¿Has visto la *Sanguinaria*?! —preguntó Eagan—. ¿En persona? ¿De verdad?!

Todos se inclinaron hacia delante, muy emocionados.

—Sí, la he visto unas cuantas veces..., creo —contesté.

Al instante, lanzaron varios gritos ahogados y cuchichearon. Yo me quedé ahí sentado, pensando en el hacha. Recordé cómo me había hablado telepáticamente. Varias veces. Justo como Eagan acababa de decir que predecían las leyendas.

De repente, me sentí como si ya no pudiera respirar.

Solo entonces me di cuenta de lo mucho que deseaba que todo esto fuera mentira. Hasta ese momento, estoy bastante seguro de que no me lo había creído del todo. Me había dejado llevar, había escuchado a todo el mundo, asintiendo como si, simplemente, estuviera en un sueño. Me había centrado en las partes más molonas y en la idea de poder hacer nuevos amigos, y no en lo que realmente significaba todo eso: que de verdad un trol gigante había secuestrado a mi padre.

Justo entonces supe que no estaba soñando.

Esto era real. Tan real como que oía la voz de la *Sanguinaria* en mi mente. Tan real como que, de alguna forma, ese mismo día, me había transformado en piedra. Tan real como que el trol había destruido FLIPAO. Eso quería decir que no me iba a «despertar» en cualquier momento y que la única manera de escapar de toda esta locura era huir.

—¿No hay, hum, una salida o algo así? —pregunté.

Ari señaló a la puerta.

—No, me refiero, de aquí..., del Submundo —concreté—. Necesito tomar aire fresco.

Eagan asintió.

—Ve a la derecha y sigue el túnel hasta el final —me explicó—. Encontrarás unas viejas escaleras de piedra. Desde ahí, ya no hay pérdida.

—Vale, gracias —dije, poniéndome en pie—. Gracias por, ya sabéis, por hablar conmigo y todo eso. Volveré, eh, enseguida.

Evidentemente, no tenía ninguna intención de regresar. Aunque fuera realmente un enano, no podía quedarme sin hacer nada bajo tierra, pensando de modo obsesivo en hachas parlantes, mientras tal vez mi padre estuviera en algún lugar siendo torturado por un trol de montaña en esos mismos momentos.

De una manera u otra, iba a rescatarlo.

13

DONDE SUELTO UN COMENTARIO CHISTOSO PROPIO DE UN GENIO DE LA COMEDIA Y FRACASO MISERABLEMENTE

En un momento como este, solo podía ir a un sitio: a casa de Edwin.

O, como me gustaba llamarlo: el palacete Aldaron, porque se parecía más a un palacio real (el cual, por casualidad, ocupaba un doble solar en uno de los bulevares más importantes de Chicago) que a una mera casa. El piso entero donde yo vivía podría haber cabido dentro del dormitorio del tamaño de un gimnasio de Edwin.

Como, probablemente, era casi medianoche cuando me planté ante las gigantescas puertas de roble que coronaban la escalera de la entrada, fue todo un alivio que fuera Edwin quien abriera la puerta y no sus padres o el servicio.

—Greg... —dijo un Edwin, claramente sorprendido—. He intentado llamarte a la tienda y a casa unas cuantas veces, pero nadie me ha respondido. ¿Qué ha pasado?

Aunque intenté concebir alguna respuesta coherente, lo único que se me ocurrió fue lanzar un suspiro tembloroso. Edwin hizo un rápido gesto de negación con la cabeza y retrocedió.

—Pasa, vayamos a mi habitación —me dijo.

—¿Están tus padres en casa? —susurré, mientras lo seguía.

—No —respondió—. Anoche solo estuvieron una hora aquí para pagar a los del *catering* y al DJ de mi fiesta. Últimamente, están casi siempre en el ático del centro, trabajando muchas horas.

Los padres de Edwin eran dueños de tres casas en la zona de Chicago: de esta mansión del Northwest Side, de un enorme ático en el barrio de Gold Coast y de una finca colosal junto al lago en Evanston. No obstante, Edwin siempre afirmaba que pasaban más tiempo trabajando que en las tres casas juntas.

Seguí a Edwin hasta su dormitorio, que ocupaba casi la mitad de la gigantesca cuarta planta del palacete Aldaron. Su gato arqueó la espalda y me bufó en cuanto pasé a su lado en las escaleras. La habitación de Edwin tenía un armario tan grande que habría podido albergar a mil personas. Tenía dos escaleras. La primera llevaba a la buhardilla, donde había un cuarto para invitados: cuando me quedaba a pasar la noche, era allí donde solía dormir. La otra llevaba a la zona de la azotea, donde había una piscina.

—Perdona si te he despertado —me disculpé.

—No estaba durmiendo —me dijo—. En realidad, estaba despierto; me tenías muy preocupado. Después de lo que pasó en el cole y de no haber podido contactar contigo esta

noche...

Negué con la cabeza, sin tener muy claro qué iba a contarle. Sobre todo porque solo tenía un amigo y temía que pensara que estaba totalmente loco, lo cual es probable que fuera una buena manera de asegurarme de que, más adelante, no tuviera ninguno. Pero también porque, cuanto más tiempo pasaba lejos del Submundo, menos convencido estaba de que eso hubiera sido real. A pesar de que sabía que lo era.

Fue entonces cuando me di cuenta de que había estado divagando todo ese rato. Hablando de verdad. Pero no tenía ni idea de lo que acababa de decir.

—Greg, cálmate —me pidió Edwin—. Ni siquiera puedo entender lo que estás diciendo. ¿Qué ha pasado en la tienda? ¿Os han atacado? ¿Han robado en FLIPAO? ¿Has dicho algo sobre un..., un trol?

Su gesto preocupado me calmó. Edwin y yo podíamos decirnos cualquier cosa a la cara. Esa era una de las razones por las que nuestra amistad funcionaba. Así que decidí ir directo al grano.

—Edwin, soy un enano —afirmé.

Él parpadeó unas cuantas veces.

Yo esperaba que dijera: «¡Venga ya, pero si no eres tan canijo, Greg!».

O esperaba que se riera de mí por plantarme en su casa a esas horas de la noche, tan agobiado y alterado, para luego, en el momento más serio, cuando iba a revelar lo que pasaba, soltar sin inmutarme un comentario chistoso tan inesperado que parecía una ocurrencia propia de un genio de la comedia.

Sin embargo, Edwin se limitó a decir:

—Greg, sé que eres un enano. Siempre lo he sabido.

—¿Qué? —acerté a decir. Como esa no era la respuesta que esperaba, ni por asomo, volví a intentarlo—: Espera, ¿qué...? O sea, esto... ¿Eh?

—Greg —dijo Edwin con calma—. Yo soy un elfo. Por eso lo sabía.

De todas las cosas que esperaba que pudiera decir, esa no estaba en la lista.

—¿Por qué no me lo habías contado? —pregunté enfadado—. ¿Cómo has podido ocultarme algo así? ¡Todo este tiempo has sabido la verdad y yo no tenía ni idea!

—Creía que eso no me correspondía a mí —contestó Edwin—. Es muy habitual que los enanos y los elfos no sepan lo que son realmente hasta que tienen una edad determinada: dieciséis o dieciocho años en la mayoría de los casos. Y cada familia actúa de una forma distinta en estos temas. Pensaba que debía respetar los deseos de tu padre, ¿sabes? No quería fastidiar las cosas entre vosotros.

—¿Fastidiar las cosas? —repetí, enfadado—. O sea, a ver, él es mi padre, y tú, mi mejor amigo. Así pues, ¿por qué te pusiste de su lado?

—Yo no me puse de lado de nadie —insistió Edwin, quien, a pesar de mantener la calma, habló con vehemencia—. Aquí no hay bandos. Muchísimos chavales no lo descubren hasta que son mayores. Tampoco es para tanto. Habría sido como contarle a un niño que Santa Claus no existe, ¿sabes?

—No —le espeté—. No lo sé, ¡porque nadie me lo contó!

Edwin se encogió de hombros. No cabía duda de que, desde su punto de vista, no había hecho nada mal. Y quizá fuera así. Tal vez era yo el que estaba exagerando. Después de todo, hasta mi propio padre me había ocultado la verdad. Además, acababa de darme cuenta de una cosa que me

llevaba a restarle toda importancia a esa discusión.

—Edwin..., tú no puedes ser un elfo —dije serenamente.

—Sí que puedo —respondió Edwin—. Tú sí que no puedes entrar aquí y decirme que eres un enano y luego, encima, que no puedo ser un elfo. Esto no funciona así.

—No, quería decir que —repliqué, intentando controlar la espantosa galerna que se me estaba formando en el estómago (en mi Tripatormentosa) por culpa del enfado—, si tú eres un elfo y yo un enano..., no podemos ser amigos.

—¿Y eso quién lo dice? —preguntó Edwin de forma desafiante.

Le recordé que, al parecer, los elfos y los enanos estaban enfrentados por culpa de una guerra antigua que estaba meramente en suspenso en ese momento. Y también que un trol había secuestrado a mi padre esa misma noche y que algunos de los otros enanos creían que los elfos podrían ser los responsables. Así pues, si era un elfo, entonces su gente era la que había destruido nuestra tienda y la que había raptado a mi padre.

—Eso es imposible —replicó Edwin con calma—. Los troles se extinguieron. Eso lo sabe todo el mundo.

—Edwin, que lo he visto con mis propios ojos.

Se quedó ahí sentado, negando con la cabeza. Pero quizá por primera vez, parecía no estar seguro de lo que creía que sabía. Era raro verle con esa cara, nada propia del chico del que me había hecho amigo.

—Todo el mundo cree que los elfos están detrás del ataque —le recordé, ya que daba la impresión de que se le había pasado por alto la parte más importante—. Así pues, da igual que hayan usado a un trol o un lanzacohetes. Los elfos... «Vosotros» nos habéis atacado.

Noté que me estaba volviendo a cabrear, a pesar de que estaba convencido de que Edwin no había tenido nada que ver con el ataque. Era imposible que él hubiera hecho eso. Me habría jugado el cuello, incluso un jueves.

—No —dijo Edwin al fin—. De ninguna manera. Nunca haríamos tal cosa. Los elfos no han tenido nada que ver con lo que ha pasado en FLIPAO, fuera lo que fuese.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Porque no soy un elfo corriente y moliente —respondió Edwin—. Mi padre es el señor de los elfos, lo cual quiere decir que estoy destinado a ser el próximo señor de los elfos, pues ese es mi legítimo derecho. Eso significa que conozco a los elfos mejor que nadie. Simplemente, no haríamos eso.

De repente, me sentí como si todas las certezas que hubiera tenido alguna vez se estuvieran desmoronando. Mi padre había desaparecido, FLIPAO había sido destruida, la maldición de mi familia no solo era real, sino que también formaba parte de algo aún más grande, y mi único amigo era, al parecer, el heredero del trono de toda una raza mítica. De un pueblo que, supuestamente, estaba destinado a batallar contra los enanos..., contra mí. Pero seguía siendo mi mejor amigo y continuaba confiando en él más que en nadie.

Edwin debió de confundir mi breve y pasmado silencio con incredulidad, pues, unos segundos más tarde, siguió insistiendo en el tema con vehemencia.

—O sea, ¿para qué querríamos hacer algo así? —preguntó—. El mayor deseo de los elfos es mantener la paz. Tenemos mucho que perder si el conflicto entre nosotros se recrudece. Pero voy a investigarlo, no vaya a ser que sí tengamos algo que ver con el ataque a FLIPAO y a tu padre.

Aunque es tan improbable... Voy a ayudarte a averiguar quién es el responsable. Adoro a tu padre, ya lo sabes. Tal vez esté casi tan destrozado como tú por lo que ha pasado. Déjame ayudarte, cuento con recursos que tú no tienes.

Tenía razón. No solo porque él ya estuviera muy metido en círculos mitológicos de seres legendarios muy importantes donde sería mucho más fácil averiguar ciertas cosas, sino por el tema del dinero. Con dinero, puedes conseguir casi cualquier cosa, hasta información. Con casi toda seguridad, Edwin podría ayudarme a averiguar qué le había pasado a mi padre.

—Vale, sí —dije al fin—. Gracias.

Edwin asintió, con unas lágrimas asomándole a los ojos.

Tuve que apartar la mirada para no romper la única regla de mi padre: «Los Belmont/Tripatormentosa nunca lloran. Jamás».

—No te preocupes, Greg, lo encontraremos —me aseguró—. Te lo prometo.

14

DONDE ENTRO EN LA CHARCUTERÍA/CASQUERÍA Y TALLER DE REPARACIONES DE TELÉFONOS DE DISCO DE CRONENBERG

Era casi la una de la madrugada para cuando llegué a mi casa, donde me encontré a Fynric Caminoárido sentado a la mesa de la cocina.

Me puse a repasar mentalmente una lista de excusas para justificar por qué había huido del Submundo, pero, después del día que acababa de tener, lo único que fui capaz de hacer fue lanzar un suspiro de agotamiento.

—Ve a por una maleta —me dijo Fynric—. Te mudas al Submundo.

—¿Por qué? —pregunté, aunque no estaba del todo seguro de si quería quedarme en este sitio solo, donde constantemente todo me recordaría lo que había perdido—. Este es mi hogar.

—Porque quedarse aquí es muy peligroso —respondió—. De hecho, ya te has puesto en peligro al huir como lo has hecho. Quienquiera que esté detrás del ataque tenía como objetivo concreto a tu padre. Así que es lógico asumir que podría ir a por ti a continuación. Ha sido una irresponsabilidad total que hayas vuelto aquí.

Asentí. Parecía una razón tan buena como otra cualquiera para mudarse a una serie de túneles situados muy por debajo del alcantarillado de Chicago.

—Además, es el lugar al que perteneces —añadió Fynric—. Al que siempre has pertenecido. Tienes familia ahí abajo.

Ladeé la cabeza.

—Todos los enanos somos familia —me explicó—. Quizá no en el sentido tradicional del término, pero nuestro vínculo colectivo es tan fuerte como la sangre, si no más.

Asentí y luego me fui a mi habitación a coger algo de ropa y unas cuantas cosas básicas más. Mientras metía todo en una pequeña maleta, pensé en lo que Fynric acababa de decir sobre los enanos y la familia. Nunca había tenido una gran familia; aparte de un padre que solía estar mucho de viaje, tenía algunos tíos, tías y primos a los que veía una o dos veces al año. Por muy triste que fuera abandonar el piso que había considerado mi hogar casi toda la vida, también, en cierto modo, me entusiasmaba la idea de mudarme a un lugar donde, al menos, tendría una cosa muy importante en común, donde compartiría un vínculo al instante con prácticamente todo el mundo. Ya tenía una ligera idea de cómo sería estar en la Arena con Ari, Lake y Eagan. Aunque no podía negar que había huido aterrado, hablar de todo esto con Edwin me había vuelto a calmar, como solía pasar.

No obstante, me faltaba algo y ese algo, claro está, era mi padre. Lo más importante de todo. Por eso, aún no me sentía del todo bien por marcharme. ¿Y si se escapaba y luego él volvía aquí a buscarme? Además, ¿qué sería de mi relación de amistad con Edwin si me mudaba a una guarida secreta subterránea? Ya había perdido a mi padre y estaba seguro de que, si además perdía a mi mejor amigo, sería incapaz de soportarlo. Por no hablar de que, al ser él un elfo, el resto de los enanos no mirarían con buenos ojos esa relación, cuando menos. Pero aparté esas dudas de mi mente.

Poco tiempo después, Fynric y yo estábamos en una vagón vacío del metro, hacia el norte. Las luces parpadeaban mientras el tren recorría atronadoramente las vías, dejando atrás unas calles casi siempre vacías.

—Greg, ¿dónde has estado esta noche? —preguntó Fynric con el ceño fruncido aún más de lo habitual.

—En casa de Edwin —contesté.

—Greg, él es...

—Un elfo —completé la frase—. Sí, ya lo sé. Por cierto, me ha asegurado que los elfos no han tenido nada que ver con el ataque.

—No puedes fiarte de nada de lo que dice, Greg —me espetó Fynric de repente—. De hecho, sería mejor que ni te acercaras a él a partir de ahora.

—No puedo hacer eso —protesté—. Es mi único amigo.

—Debes hacerlo —insistió Fynric con firmeza—. No te preocupes, harás nuevos amigos. Todavía no me puedo creer que tu padre permitiera que os hicierais amigos. Siempre me he opuesto a esa amistad. Fue algo irresponsable..., peligroso incluso. Pero tu padre puede ser muy testarudo.

—Eso lo dice porque no conoce a Edwin —repliqué—. Solo es un crío que siempre ha sido muy majo conmigo en el PIS. Además, ¿qué se supone que voy a hacer a partir de ahora?

Fynric arrugó tanto el ceño que casi parecía que estaba haciendo un puchero.

—Eso no será un problema —respondió—. Ya que no vas a regresar a ese colegio.

—Pero ¡si solo me quedan tres meses para graduarme!

—Me temo que eso ahora es irrelevante —dijo Fynric, demostrando tener muy poca empatía—. Simplemente, es demasiado peligroso.

—¿Demasiado peligroso? Fynric, que es un colegio.

—No es un colegio cualquiera —me corrigió—. El Patronato Isaacson de Sabiduría es un colegio elfo. Bueno, no solo de elfos; algunos estudiantes son meros humanos ricos. Pero los elfos siempre han tenido dinero y poder como para asegurarse de que sus niños van a los mejores colegios y de que cuentan con una posición ventajosa en la vida desde el principio. Tu padre me contó que eres el primer enano que sacaba una nota tan alta en la prueba de nivel como para poder entrar ahí. Lo consideró una oportunidad; una oportunidad de convertirte en el puente que salvara la distancia que separa a elfos y enanos. Pensaba que, si te enviaba a un colegio elfo, podría demostrar que las tensiones que aún suscita la antigua guerra son una estupidez, que los elfos, los enanos y los humanos podrían coexistir sin ningún problema. Creo que, en parte, por eso le entusiasmó tanto ver que trababas amistad con Edwin.

Quería enfadarme con mi padre por haberme enviado a un colegio donde sabía que no encajaría. Por utilizarme para realizar sus propios experimentos sociales y alcanzar sus objetivos

políticos. Por ocultarme la verdad, por impedirme ser amigo de otros enanos como Ari, Lake y Eagan. Aun así, sin el PIS, nunca habría conocido a mi mejor amigo. Así que me resultaba muy difícil enfadarme demasiado con él; sobre todo, teniendo en cuenta lo que le acababa de pasar.

—Bueno, me alegro de que mi padre me enviara a estudiar ahí —afirmé—. Gracias a eso, soy el mejor amigo del próximo señor de los elfos, lo cual...

—¿Qué acabas de decir? —preguntó entre dientes Fynric, cuyos ojos oscuros brillaban con más intensidad que nunca—. ¿Edwin será el próximo señor de los elfos?

—¿No lo sabía? —pregunté dubitativamente.

—Llevamos mucho tiempo especulando sobre cuál es la verdadera identidad del señor de los elfos —admitió Fynric—. Se han propuesto muchas teorías, ha habido muchos rumores. Este, como todos los demás, tal vez podría ser falso..., pero seguramente habrá que investigarlo.

—Sí, claro —dije—. Pero a lo que iba es que, gracias a mi amistad con él, podré tener más posibilidades de dar con mi padre.

—Ilumíname al respecto —me pidió Fynric.

—Edwin puede lograr que los elfos nos ayuden a averiguar qué ha pasado en la tienda —le expliqué—. Él quiere ayudar.

Esperaba que Fynric reaccionara esperanzado al oír esta buena noticia. Aunque no sé muy bien por qué, después de lo que había descubierto sobre el carácter de los enanos (y de lo que ya sabía sobre el carácter de Fynric/el señor Olsen, quien no era más que una versión más cínica y gruñona de mi padre). Como siempre, frunció el ceño de manera escéptica.

—Dudo que el Consejo comparta la fe que tienes depositada en tu amigo —señaló.

—Tenemos que convencerlos —insistí—. Esa es una alternativa mejor que ignorar directamente su oferta de ayuda.

—Tal vez lo sea —admitió Fynric—. Hablaré con Dunmor por la mañana. Si la propuesta despierta su curiosidad, la defenderá ante el Consejo y luego tal vez incluso en la inminente Sesión Global. Desde luego, espero que tengas razón..., por el bien de tu padre.

Con una sacudida, el tren se detuvo por fin en la estación Addison.

Fynric se levantó y encabezó la marcha. Después de andar unos cuantos minutos, entramos en unos de esos sitios de Chicago que no se sabe muy bien si son un callejón o una calle; aunque parecía un callejón (porque estaba lleno de cubos de basura y de ratas), tenía un nombre y casas a un lado, como una calle. Nos detuvimos delante de una pequeña casa que habían transformado en una tienda. Se encontraba en la parte más posterior del solar, como si no quisiera ser vista. Un cartel pintado a mano pendía sobre la puerta de entrada, bajo un tejado de dos aguas.

Las palabras ahí escritas a duras penas eran visibles bajo la luz de las farolas cercanas:

*LA CHARCUTERÍA/CASQUERÍA Y TALLER DE REPARACIONES DE TELÉFONOS DE DISCO
DE CRONENBERG*

—¿Qué es esto? —pregunté.

—La entrada principal del Submundo —contestó Fynric, mientras me guiaba hasta la puerta de la oscura tienda—. ¿De verdad pensabas que todos los enanos entran y salen a través de ese callejón sucio por el que entramos la primera vez? No, esa es una de las muchas entradas de emergencia que tenemos.

Rebuscó algo en sus bolsillos y acabó sacando un enorme llavero.

—¿Qué es una casquería? —inquirí.

—¿No has oído nunca esa palabra? —contestó—. Así llaman los humanos a los órganos de animales y otros... trozos de carne un tanto raros. Normalmente, les da miedo comérselos, aunque no tengo ni idea de por qué, si es lo mismo que esos pedazos de músculos por los que pagan un precio exagerado. Todo en esta tierra está compuesto de los mismos materiales básicos...

—Así que esto, aparte de ser una charcutería de órganos, es un taller de reparación de teléfonos, ¿no? —pregunté con incredulidad—. Por cierto, ¿qué es un teléfono de disco?

—Eso da igual, Greg —respondió un impaciente Fynric, mientras abría la puerta—. El fin de todo esto es evitar que todo aquel que no sea enano entre aquí.

Dentro de la oscura tienda, olía a una extraña mezcla de plástico mohoso y perritos calientes cocidos. Era pequeña y solo contaba con la clásica vitrina curvada de las charcuterías; al otro lado de esa habitación, había un pequeño escritorio de madera rodeado de montones de teléfonos antiguos con sus cables en espiral y discos para marcar los números.

Rodeó el mostrador de la charcutería y se metió en la cocina. Una tenue luz de emergencia situada junto a la puerta trasera iluminaba aquel lugar de un suave resplandor amarillo. Fynric se detuvo cerca de una enorme cámara frigorífica.

—Ábrela —me ordenó con una amplia sonrisa maliciosa.

Agarré el delgado picaporte de metal y tiré de él hacia abajo. La cerradura hizo clic y la puerta se abrió, mostrando unas baldas repletas de carne tapadas con envoltorios de plástico. Era el surtido de carnes más raro que jamás había visto: ahí había cazuelas llenas de globos oculares viscosos, una pila de corazones de tamaño pequeño y unas lenguas de pájaro largas y finas, así como varios órganos que fui incapaz de reconocer y una bandeja entera de sesitos. Yo estaba acostumbrado a comer esta clase de cosas, por supuesto. Uno de mis platos favoritos era el estofado de carne de ternera, pulmones e hígado; lo cenaba todos los domingos por la noche. Mi padre hacía un estofado alucinante.

Aunque seguía sin entender por qué estábamos mirando lo que había dentro de la cámara frigorífica.

—Ahora cierra la puerta —me ordenó Fynric.

Y eso hice, más confuso que nunca.

—Vuelve a abrirla —me indicó—. Pero esta vez tira del picaporte hacia abajo y luego gíralo a la derecha.

Hice lo que me ordenó. Al tirar del picaporte, este se deslizó varios centímetros hacia abajo. Y, cuando lo giré, todo el soporte rotó sobre unas bisagras ocultas y se colocó de lado. Tiré de la manilla y la puerta se abrió de nuevo. Ya no estábamos contemplando una cámara frigorífica repleta de casquería, sino un ascensor de madera pequeño y desvencijado.

Fynric se subió a él y me indicó que hiciera lo mismo.

—¿Cómo?

—Otro ejemplo más de la imaginación enana —contestó Fynric con una extraña sonrisa de oreja a oreja.

El ascensor descendió lentamente. En cuanto se detuvo, las viejas puertas de madera se abrieron con un crujido. Los pasillos del Submundo enano seguían estando iluminados por unas tenues luces eléctricas instaladas en las paredes. Pero, aparte de eso, estaban desiertos, lo cual

era lógico, ya que eran cerca de las tres de la madrugada.

Seguí a Fynric a través de otro laberinto de túneles.

—No te preocupes —me susurró después de girar por tercera vez al menos—. Los enanos tenemos una gran capacidad de orientación, es algo innato. Aprenderás el camino mucho antes de lo que crees.

—¿Cuántos enanos viven aquí abajo? —pregunté.

—Poco más de cinco mil —respondió—. Hay muchos más en Chicago, pero viven en la superficie, como tu padre y tú.

Me quedé alucinado. Durante todo este tiempo, había habido toda una comunidad de enanos viviendo aquí mismo, bajo tierra, debajo de una de las ciudades más grandes del país.

Al final, nos detuvimos delante de una puerta de madera que parecía ser idéntica a las cientos que habíamos dejado atrás. Pero en vez de preguntarle a Fynric cómo se suponía que iba a dar con la nueva puerta de entrada, confié en que lo que hubiera dicho sobre nuestro innato sentido de la orientación fuera cierto. Ahora que lo pensaba, nunca me había perdido; y eso que vivía en una ciudad del tamaño de Chicago y, además, no tenía móvil, con lo que no podía usar Google Maps o el GPS.

Fynric abrió la puerta y apretó un interruptor. La luz se encendió. La habitación era diminuta. Solo contaba con dos camas individuales, una pequeña mesa de madera con dos sillas y una cocinita muy sencilla en la esquina.

—Bienvenido a casa —dijo Fynric con cierta frialdad—. Vamos a ser compañeros de habitación..., por ahora. Al menos hasta que te acostumbres a la vida aquí abajo.

Asentí, a la vez que tiraba la maleta sobre una de las camas.

—Una última cosa —añadió en voz baja, a la vez que me daba unos pergaminos gruesos—. Tu padre..., bueno, quería que te diera esto si alguna vez le ocurría algo.

Con mano temblorosa, cogí esos pergaminos y supe, al instante, quién había escrito apresuradamente aquellas páginas. Me había pasado toda la vida en su tienda, donde cada objeto había sido etiquetado meticulosamente con la misma letra chapucera, aunque de alguna forma siempre legible. Respiré hondo varias veces, conteniendo las lágrimas (los Belmont/Tripatormentosa nunca lloran; jamás; porque eso hubiera sido lo último que mi padre hubiera querido que hiciera en ese momento), y me puse a leer:

Este mensaje es para mi hijo, Greg, en caso de que muera prematuramente, antes de poder hablarle del mundo y de cómo es realmente:

Hay muchas cosas que no sabes sobre la verdadera historia de la tierra. Decidí ocultarte este secreto para protegerte, ya que, en caso de que mi teoría fuera errónea, quería que tuvieras una buena vida en el mundo moderno, donde podrías ser feliz aunque ignoraras cuáles son tus verdaderas y complicadas raíces. Te ruego que me perdones por todos estos años en que te he ocultado tantas cosas; nunca he pretendido hacerte daño.

Solo quería lo mejor para ti.

Pero si he de ser totalmente justo, ni siquiera yo entiendo del todo nuestra historia. Nuestro verdadero pasado, lo que nos hace únicos, ha permanecido sepultado en el olvido durante miles y miles de años. No obstante, a cada día que pasa, vamos descubriendo más y más cosas sobre él, pero me temo que tal vez no viva el tiempo suficiente para contarte todo lo que he

descubierto. Sé lo que estás pensando ahora mismo: «Siempre dices lo mismo, papá. Que morirás muy pronto». Es cierto, he predicho sin éxito mi fallecimiento prematuro demasiadas veces, tantas que he perdido la cuenta; como en las últimas Navidades, cuando estaba convencido de que iba a perecer al intentar colgar las luces del balcón de nuestro piso (por qué intenté hacerlo un jueves sigue siendo un misterio, incluso para mí). Pero esta vez es distinto.

He consagrado mi vida a descubrir algo especial. En eso ha consistido, mi «búsqueda», cuya verdadera finalidad es encontrar la esencia de la magia que se perdió hace tanto tiempo y que, en su día, hizo tan especiales a los enanos. Muchos (la mayoría) han considerado que mis búsquedas eran una estupidez, un empeño imposible y una pérdida tiempo. Que la magia se fue para siempre y que nunca volverá. Que estoy loco si creo que podré dar con ella. Y, ciertamente, espero que no tengan razón, porque, si no, habré sacrificado para nada mucho tiempo que podría haber compartido contigo.

Pero si tengo razón, si soy capaz de hallar la magia perdida de la Tierra Separada, habrá merecido la pena, puesto que es la única manera de que nuestra raza vuelva a ser la que fue. Además, esto no nos beneficiará solo a nosotros, ya que podremos llevar al mundo entero de vuelta a ese lugar mágico. Aunque lo más importante de todo es que creo que la magia puede ser utilizada para que reine una paz duradera en este mundo, que la magia se puede emplear de formas que nunca antes se han planteado para unir a todas las criaturas vivas en una especie de armonía simbiótica y mística. Eso podría acabar con la guerra entre los enanos y los elfos de una forma pacífica (es más, con TODAS las guerras) y de una vez por todas. Será difícil y habrá que enfrentarse a muchos peligros, pero juntos podremos ayudar a todas las criaturas de esta tierra a adaptarse a este nuevo mundo.

Si estoy muerto, debes saber que morí por defender una causa. Algo más grande que yo. Algo más importante que todos nosotros. Y que lo hice por ti y por todos los demás. Lo hice para que el mundo fuera un lugar mejor. Por favor, perdóname por no haberte contado nada de esto antes.

Te quiero, Greg.

Sé que harás que me sienta orgulloso de ti y que harás lo correcto incluso si ya no estoy ahí para guiarte. (Y, por favor, no llores. Los enanos nunca lloran.)

15

DONDE CONTEMPLA EL GRANDIOSO DEDO GORDO DEL PIE DE BORIN PARTETRANCOS

Esa noche, dormí como un tronco.

De lo cual me sentí muy agradecido, teniendo en cuenta todo lo que había pasado. Esperaba sufrir pesadillas, en las que una enorme familia de troles se comería ruidosamente a mi padre como si fuera cecina. Pero no soñé nada, solo me sumí en un sueño que probablemente se parecía demasiado a estar muerto como para ser algo bueno. Me había llevado una tremenda sorpresa al leer la carta de mi padre justo antes de ir a la cama; al descubrir que el objetivo de la «búsqueda» de mi padre, como la llamaba él, nunca había sido en absoluto fabricar tés y jabones orgánicos, sino más bien se trataba de una misión, a la que había dedicado toda su vida, cuyo fin era hallar la magia de la Tierra Separada que se había perdido hacía mucho tiempo. Y no solo eso, sino que debía tener en cuenta que su deseo había sido que esa fuera su última voluntad, lo cual quería decir que debía aceptar la posibilidad de que realmente hubiera muerto. Pero eso era algo para lo que no estaba preparado.

No podía hacerlo.

Aunque Fynric ya había hecho la cama y se había ido para cuando me desperté, me había dejado preparado un desayuno ligero sobre la mesita: seis huevos fritos, cinco morcillas, seis lonchas de beicon, una tostada y una pequeña tetera.

Poco después de que terminara de desayunar, alguien llamó a la puerta.

—¡Ah, el joven Tripatormentosa! —exclamó Dunmor con una amplia sonrisa, mientras pasaba a mi lado tras cruzar la pequeña puerta—. Confío en que la habitación te haya parecido aceptable.

Asentí.

—Bien. Vale... —dijo—. Bueno, espero que no te importe mi inesperada visita. Pero anoche nuestro encuentro tuvo que ser breve y...

—¿Alguna noticia sobre mi padre? —le interrumpí.

Dunmor tomó aire con fuerza y negó lentamente con la cabeza.

—Me temo que no —respondió—. Pero Fynric me ha hablado de tu amiguito. El presunto heredero del señor de los elfos. Y de su propuesta. El Consejo estuvo debatiendo al respecto anoche y votó por abrumadora mayoría en contra de aceptarla. Además, debo decirte una cosa, Greg: no vas a hablar nunca más con Edwin Aldaron. Aunque creas que puedes confiar en él, es imposible que sepamos a ciencia cierta si realmente puedes hacerlo o no. Investigaremos la

desaparición de tu padre usando nuestros propios medios; somos una gente bastante capaz, te lo aseguro.

Quería discutir con él, decir a gritos que deberíamos explorar todas las posibilidades si queríamos descubrir qué suerte había corrido mi padre. Pero sabía que aquel no era ni el momento ni el lugar. Además, solo porque Dunmor hubiera dicho que no podía hablar con Edwin y que mi amigo no podía ayudarme a encontrar a mi padre, eso no implicaba que tuviera que obedecerle. Y eso tampoco quería decir que Edwin tuviera que hacerle caso. Sin duda, él aún podía ayudarme a dar con mi padre, con o sin la aprobación del Consejo.

Así que asentí.

—Bien, bien —dijo Dunmor—. Aunque la verdadera razón por la que estoy aquí es que quiero concluir la conversación que iniciamos anoche. Si eres tan amable de seguirme, tengo muchas cosas que mostrarte.

Seguí a Dunmor hasta el pasillo. En un momento dado, saludó, inclinando levemente la cabeza, a varios enanos que pasaron junto a él a toda prisa. Sonrieron y se quedaron boquiabiertos, como si acabaran de ver a un famoso. Mientras avanzábamos por el laberinto del Submundo, me fijé en que los pasillos bullían con una actividad caótica. Los enanos iban corriendo de aquí para allá, como si todos tuvieran unas fechas de entrega que estuvieran a punto de incumplir. A Dunmor lo pararon varias veces para firmar un pergamino o aprobar esto o lo otro.

—Discúlpame por tanta distracción —me dijo después de una interrupción—. El descubrimiento de tu padre ha causado un buen revuelo por aquí, como estoy seguro de que ya has notado. De hecho, ha puesto nuestro mundo entero patas arriba.

—¿Qué descubrimiento?

—Ya lo verás, muchacho —contestó Dunmor con una sonrisa de oreja a oreja—. Ya lo verás. Ya casi hemos llegado.

—¿Adónde?

—A la puerta que lleva a nuestro verdadero pasado —respondió.

Le lancé una mirada que esperé que fuera lo bastante explícita. Pareció captar el mensaje de «Deja de ser tan poco concreto y tan críptico», pues me sonrió con mucha paciencia.

—Se me olvida continuamente que anoche a duras penas pude explicarte algo —dijo—. Greg, la historia completa de los elfos y los enanos se ha perdido en la noche de los tiempos. Pero eso no quiere decir que hayamos dejado de ejercer cierta influencia en el mundo de una manera muy importante. Los elfos y los enanos han estado detrás de muchos acontecimientos históricos de vital transcendencia. Bill Gates, los dos presidentes Roosevelt, Alejandro Magno, Gengis Kan, Picasso, la reina Isabel II, Mark Zuckerberg, Juana de Arco y Brad Pitt son solo algunos de los muchos elfos o enanos que son o fueron muy famosos e importantes, aunque algunos de ellos ni siquiera supieran qué eran realmente.

—¿Brad Pitt? —pregunté dubitativamente.

—Sí, bueno, es un elfo, como era de esperar —contestó, justo cuando por fin nos detuvimos ante un par de enormes puertas de madera—. Al fin y al cabo, tiene riqueza y poder..., y altura.

—¿Y por qué por el mero hecho de ser rico tiene que ser un elfo?

—De manera innata, los elfos son astutos y carismáticos; son capaces de manipular y controlar las mentes de los seres inferiores con mucha facilidad, incluso las de los humanos —me explicó Dunmor, a la vez que introducía una llave antigua en la gigantesca cerradura de la puerta—. A

medida que el mundo evolucionaba, estos atributos fueron cobrando mucha más importancia que saber soldar, o construir una casa o instalar unas tuberías. Además, a los elfos se le da tan bien la tecnología como a los enanos, incluso tal vez mejor. Estas cosas, sumadas a su deseo innato de acumular bienes materiales y ascender en la jerarquía social, han contribuido a que amasen unas fortunas en las que se concentra casi todo el dinero del mundo. Los enanos, en cambio, tendemos a tener unos atributos distintos...; entre los que se encuentran la fuerza física y la destreza, la sinceridad y la seriedad, un gran dominio de todo lo relacionado con la ingeniería y un estrecho vínculo con la tierra. Estas características ya no son muy apreciadas en un mundo moderno dominado por el progreso tecnológico, la fama y el dinero. En este mundo, somos el último mono, Greg.

Dunmor arrugó el ceño, mascullando algo para sí mientras forcejeaba con los grandes picaportes de esas descomunales puertas de madera.

—¿Cuántos enanos quedan en el mundo? —pregunté.

—No se sabe —respondió Dunmor—. Hay nueve sectas de enanos oficialmente reconocidas. La más grande y poderosa, y la que gobierna el Consejo Enano, somos nosotros, la secta de aquí, la de Chicago. Nuestro Consejo decide la política común de toda la especie.

—Me está diciendo que Chicago es, no sé..., ¿la «capital del mundo» para todos los enanos?

—Sí, por supuesto —contestó Dunmor—. Al menos para aquellos de nosotros que han escogido activamente vivir como enanos, alejados del mundo moderno en la medida de lo posible. En vez de dejar que nuestra cultura muera, hemos optado por promoverla, por difundir el conocimiento de las reliquias, los textos y las costumbres de los antiguos enanos. No obstante, hay mucho enano que, o bien desconoce su verdadero legado, o bien simplemente decide ignorarlo y vivir como un humano.

Dunmor por fin logró abrir esas antiguas puertas de madera, que crujieron con estruendo. La habitación que había tras ellas se hallaba completamente a oscuras.

—Hay otras muchas sectas de enanos conservadores, por supuesto, y podría darte toda una lección de historia sobre cómo hemos llegado a ser lo que somos y dónde vivimos todos y muchas más cosas —continuó Dunmor—. Pero todo eso es historia moderna..., y podremos hablar de eso más tarde. Lo que realmente nos importa es cómo vivíamos en los tiempos de la Tierra Separada. Así que he de confesar que me siento bastante orgulloso de poder darte la bienvenida... ¡a la Grandiosa Sala de las Reliquias Enanas!

Dunmor tocó un viejo interruptor eléctrico y varias luces parpadearon hasta cobrar vida en las paredes. La sala era mucho más grande de lo que esperaba; prácticamente, tenía el tamaño del gimnasio de un colegio, lo cual me pareció una exageración, ya que estaba casi vacía. Varias mesas enormes estaban repartidas por todo aquel espacio, sobre las que había amontonadas mucha basura antigua. Sobre aproximadamente una decena de pedestales, se podían ver restos de estatuas desmoronadas. En esas paredes casi desnudas, había unos cuantos estandartes descoloridos y restos de viejos pergaminos. A pesar del impresionante tamaño que tenía la sala, yo no habría calificado lo que contenía, de un modo tan disperso y desorganizado, como algo «grandioso».

No obstante, mientras entrábamos, Dunmor se mostró radiante de orgullo.

—Tu padre era..., es un anciano del Consejo muy famoso —dijo Dunmor—. Y también, el director de las excavaciones. A eso se ha dedicado en sus viajes recientes: a guiar nuestras búsquedas de armamento, textos y reliquias enanas. Los mismos elementos que en su día insuflaron vida de verdad a nuestra cultura. Ven a ver algunas de las antigüedades que hemos

hallado hasta ahora.

—¿Esto es todo lo que hay? —pregunté, de tal forma que mi voz retumbó dentro de la gigantesca cámara mientras lo seguía hasta el centro de la misma—. ¿Esto es lo único que queda de la historia de los enanos?

—Sí, bueno, casi todo ha sido destruido por el paso del tiempo —contestó Dunmor, a la defensiva—. Mucho de nuestro pasado quedó enterrado en las profundidades de la tierra junto a nuestras antiguas ciudades. Se han conservado unos pocos textos originales, así como algunas ediciones más recientes muy mal traducidas, pero en gran parte solo nos quedan las historias que se han transmitido oralmente en cada familia, de generación en generación. Por eso estamos buscando las fuentes originales que recogen la historia de nuestros ancestros. Por no hablar de las viejas armas y demás reliquias. Cada vez cavamos más y más profundamente en las entrañas de la tierra. Y con cada día que pasa descubrimos algo nuevo. —En ese instante, debió de percatarse de que seguía sin convencerme porque rápidamente añadió—: Se trata de un proyecto en marcha, ¿sabes...? Además, hay muchas otras cosas que, simplemente, todavía no se han catalogado.

Pasamos al lado de unas cuantas mesas sobre las que había desperdigados diversos trastos viejos y trozos de metal. Dunmor señaló un libro destrozado y manchado, encuadernado a mano con unas gruesas tiras de cuero que parecían estar a un solo estornudo de transformarse en polvo.

—¡Un libro de cocina antiguo! —exclamó con alegría—. Por fin hemos dado con la receta original del estofado de caballo tradicional. ¡Resulta que hay que hervir las pezuñas hendidas para hacer el caldo!

Intenté disimular mi espanto.

—¿Coméis... caballos? —pregunté.

—¡Claro que no! —replicó—. Pero sí eran un manjar para nuestros ancestros. Los enanos son criaturas de la tierra. Creemos en que hay que aprovechar todo lo que esta tiene que ofrecer. Después de todo, ella creó la vida con la que se mantiene la vida. Algunos de nosotros se sienten mal porque tenemos una dieta que se basa mucho en la carne, pero ¿por qué deberíamos sentirnos mal? Si no cabe duda de que a los animales no les caemos precisamente bien.

—¿Qué quiere decir? —inquirí.

—Bueno, he oído hablar del incidente del zoo del otro día —respondió Dunmor con una gran sonrisa irónica—. El odio de los animales a los enanos se remonta muy atrás en el tiempo, ¿sabes? Muchas de las fábulas enanas originales tenían su base en este odio inexplicable y desconcertante, así como en los innumerables ataques arbitrarios que hemos sufrido por parte de especies de animales de toda clase. Muchos historiadores enanos han intentado explicar el fenómeno. ¿Tal vez se deba a nuestro olor natural? Sea cual sea la razón, esta repulsión innata parece haberse intensificado recientemente. Enanos de todo el globo han informado de incidentes similares al tuyo con el oso polar. Sospechamos que eso tiene algo que ver con el reciente descubrimiento de tu padre..., pero me estoy yendo por las ramas. Ven, sigamos.

A pesar de que por fin había obtenido una respuesta (en cierto modo) para la pregunta de por qué Wilbur había intentado comerme, suspiré muy bajito, ya que me preguntaba si eso significaba que tendría que pasarme el resto de mi vida esquivando los ataques arbitrarios de animales en todas partes simplemente por el mero hecho de haber nacido enano. Lo más frustrante era lo ilógico que era todo.

—Y aquí —continuó un radiante Dunmor, a la vez que se detenía delante de un pequeño pedestal— está la estatua de uno de los grandes líderes enanos de todos los tiempos: Borin

Partetroncos, quien, según cuenta la historia, derrotó a un ejército entero de orcos armado solo con una cuchara, ya que lo atacaron durante el almuerzo, cuando tenía sus armas guardadas lejos de donde se encontraba sentado.

—Vale... —dije, contemplando el pedestal casi vacío.

—¿Y bien? —preguntó Dunmor, quien claramente estaba esperando algún tipo de reacción.

Lo único que había en el podio era un trocito de piedra, que apenas tenía el tamaño de un cacahuete. Finalmente, reconocí que se trataba del dedo de un pie. No era un dedo de verdad, claro, sino que había sido tallado en piedra.

—¡No es maravilloso?! —exclamó Dunmor—. ¡Tiene ese aspecto tan heroico del que hablaban las historias!

—Hum, ¿eso es, eh, el meñique? —inquirí, mientras contemplaba ese pedacito de piedra.

—¡No, es el dedo gordo! —contestó Dunmor.

—¿Y cómo sabe que perteneció a la estatua de ese tal Boris el Leñador o como se llamase? —pregunté.

Un frustrado Dunmor suspiró.

—Porque ¡no cabe duda de que un dedo que transmite tanto poder y autoridad no puede pertenecer a la estatua de un enano vulgar! —exclamó—. Ven, tengo algo más importante que enseñarte.

—Sí, claro... —mascullé mientras lo seguía.

—Por último, el último descubrimiento de tu padre, el que ha causado tanta conmoción en este lugar —dijo Dunmor en cuanto llegamos al fondo de la enorme cámara—. ¿Sabes, Greg? A veces, cuando uno está tan equivocado como yo lo estaba, resulta muy difícil admitirlo. Durante años, tu padre fue considerado un necio por muchísimos enanos; un charlatán que invertía su tiempo libre en ponerse un gorro de papel de aluminio y lanzar teorías disparatadas sobre el regreso de la esencia perdida de la magia, de una sustancia a la que llamaba galdervatn. La mayoría de los enanos conservadores creían que era un chiflado, por supuesto, ya que la magia había desaparecido hacía mucho y nunca iba a volver. Él siempre decía que el galdervatn era el elemento necesario que faltaba para poder completar el rompecabezas de la verdadera historia de los enanos, lo cual nos permitiría recuperar nuestro legado y tal vez incluso podría restaurar el equilibrio en el mundo. Y, bueno, para nuestra sorpresa, ¡demostró que había estado siempre en lo cierto!

Dunmor señaló a seis enanos armados con espadas y hachas situados cerca del fondo de la sala. Estaban custodiando una vitrina que contenía diversos frasquitos, cinco en total, cada uno de ellos lleno de una sustancia parecida a la niebla, que giraba sobre sí misma y desprendía un color muy intenso, que cambiaba continuamente de tonalidad mientras se movía dentro de esos tubitos como un arcoíris líquido y vaporoso.

El galdervatn.

—¡Tu padre tenía razón! —exclamó un emocionado Dunmor. Pero más que emoción, había incertidumbre y temor en esos ojos—. La magia aún existe. ¡Y sospechamos que está fluyendo hacia la superficie de la tierra incluso mientras estamos hablando! Aún no sabemos del todo qué implica, ya que muchos habían considerado que esto era algo imposible hasta hace muy poco. Pero sospechamos que el alba de la Nueva Era Mágica se acerca, que algún día, pronto, quizá dentro de unos meses o años, el mundo que tú conoces, que todos nosotros conocemos, dejará de

existir.

16

DONDE DESCUBRO QUE PODRÍA MORIR DE MUCHAS FORMAS: DE UN FLECHAZO EN EL OJO, DE UN BALAZO EN LA CABEZA O DE UN ESPADAZO EN LA COLUMNA

—Espere —dije, mientras intentaba decidirme por cuál de los miles de preguntas que tenía que hacerle iba a formular primero—. ¿Cómo es posible que el regreso de la magia vaya a cambiar tanto el mundo? O sea, hace solo cincuenta años, la gente habría considerado que Internet era algo muy parecido a una magia muy poderosa. Por no hablar de los coches, los móviles inteligentes, los aviones...

—Bueno, en parte, porque sospechamos que el regreso de la magia acabará con la era tecnológica —respondió Dunmor con suma seriedad—. Lo más probable es que Internet deje de existir. No habrá ni televisiones, ni aviones..., ni siquiera electricidad. Todas esas cosas de las que hablas no serán más que reliquias inertes del pasado.

—Pero ¿eso cómo...? ¿Cómo puede ser? —pregunté.

—Permíteme que te enseñe algo que acabamos de descubrir —dijo Dunmor—. ¿Alguien tiene uno de esos aparatos, uno de esos móviles inteligentes de los que tanto he oído hablar?

Los guardias se miraron unos a otros y se encogieron de hombros. Dunmor frunció el ceño.

—Vamos, que no soy un ingenuo y sé que os encanta el contrabando —insistió.

Al final, uno de los guardias se sacó a regañadientes un iPhone del bolsillo.

Dunmor examinó el móvil con cierta torpeza. La pantalla se iluminó y apareció el mensaje de introducir la contraseña. Dunmor se acercó a la vitrina donde se hallaba el galdervatn recientemente recuperado; la presunta «esencia de la magia». Sostuvo en alto el reluciente móvil para que yo pudiera ver la pantalla y, entonces, lo aproximó a los frascos. En cuanto se encontró a unos cuantos centímetros de ellos, la pantalla se oscureció. Dunmor apretó el botón de inicio, pero no sucedió nada.

El iPhone no funcionaba para nada.

—¡La magia tiene una presencia física, Greg! —exclamó Dunmor con voz entrecortada, mientras se volvía de nuevo hacia mí—. Se manifiesta físicamente en este mundo y eso afecta a la física cuántica que guía nuestra existencia. La magia cortocircuitará las corrientes eléctricas, interferirá con las ondas de radio y las señales de los satélites, hará que la electrónica moderna no funcione y sea inútil. Aparte de eso, está el tema de los hombres lobo, claro...

—¿¡Hombres lobo?! —

—Sí, por supuesto —dijo Dunmor—. Existen de verdad y siguen viviendo entre nosotros. Pero, al carecer de magia, han perdido la capacidad de transformarse. Es muy probable que la mayoría de ellos no tenga ni idea siquiera de que son hombres lobo. Pero si el galdervatn llega a la superficie de la tierra, sospechamos que, una vez más, cambiarán siguiendo los ciclos lunares como antaño. Y..., bueno, estoy seguro de que estarás de acuerdo en que es mejor no imaginar cómo serán las noches si innumerables bestias campan a sus anchas por ellas, devorando cualquier cosa... o a cualquiera que se cruce en su camino. La Nueva Era Mágica podría ser una época muy emocionante y aterradora...

—¿Podría ser? —recalqué, con miedo a preguntar más.

—Es que, bueno, no sabemos realmente qué ocurrirá —admitió Dunmor—. Solo podemos plantear hipótesis basadas en las viejas historias y en lo poco que hemos descubierto hasta ahora. Por ejemplo, creemos que el inminente regreso de la magia puede ser la causa del reciente aluvión de ataques de animales. Es como si el regreso del galdervatn hubiera despertado un sexto sentido que permanecía aletargado desde hace mucho tiempo en los animales: su odio innato a nuestra especie. Pero insisto una vez más: solo es una hipótesis.

—Entonces, ¿la magia no ha existido durante miles de años? —pregunté.

—Correcto —contestó Dunmor, asintiendo lentamente—. Miles de miles.

—Entonces, ¿cómo es posible que anoche viera cómo un humano se transformaba en un trol colosal?

—Aunque te diera esa sensación, los troles carecen de la habilidad necesaria para hacer magia —respondió Dunmor—. Su transformación es un rasgo genético único de índole puramente biológica. No se diferencian mucho de varias especies de animales que existen hoy en día, como el pez globo, la rana de lluvia o el pulpo imitador; todas estas criaturas pueden cambiar de aspecto al instante, como por arte de magia. La cuestión que hay que plantearse realmente es: ¿cómo es posible aún que haya troles de sangre pura y no lo supiéramos? Se supone que se habían extinguido.

—Vale, pero ¿y qué me dice sobre cómo llegué aquí anoche? —pregunté—. Me refiero a la trampilla..., a esa enorme caída que sufrí sin hacerme daño. Eso tuvo que ser cosa de magia.

—No, no lo fue —me corrigió Dunmor, con una gran sonrisa de orgullo dibujada en la cara—. Eso no fueron más que meros trucos que engañaron a tu mente; un producto más de la creatividad enana. Dominamos con maestría el arte de la construcción y el diseño y la ingeniería. ¡Antaño, solíamos ser los herreros de los dioses! Nadie se nos puede igualar a la hora de manipular los elementos de la tierra para que obedezcan nuestra voluntad de formas que podrían parecer sobrenaturales, pero no cabe duda de que no puede haber nada más mágico que las pirámides, cuya construcción fue todo un prodigio en una época muy anterior a la maquinaria moderna y en la que los enanos tuvieron un papel destacado.

—Pero la caída debería haberme matado... —dije dubitativo.

—Permíteme que te haga una pregunta, Greg —me espetó Dunmor con cierta arrogancia—. ¿Te has roto algún hueso alguna vez en tu vida? ¿Te has dislocado un codo? ¿Has sufrido alguna conmoción cerebral?

—Bueno, no, pero...

—No —repitió Dunmor—. No, jamás te ha pasado algo así. Ni a mí, ni a mis hijos, ni a tu padre. Eso es porque los huesos de los enanos son mucho más robustos que esa ramitas frágiles a las que los humanos llaman «huesos». Nosotros procedemos de la misma tierra; los mismos dioses

nos moldearon a partir de la piedra. Los primeros enanos tenían esqueletos hechos de granito, hierro y diamante. Eran prácticamente invulnerables ante las armas de los mortales. Incluso hoy en día, aquellos de nosotros que siguen siendo enanos «en gran parte» por razones de estirpe tienen unos huesos mucho más fuertes que los humanos..., o incluso que los elfos.

—Así que soy... invulnerable, ¿no?

—No del todo —contestó Dunmor, incapaz de contener una risotada—. Nuestros huesos son fuertes, pero nuestros órganos y nuestra carne siguen siendo blandos y vulnerables. Si te clavaran una flecha en un ojo, seguramente morirías al instante. Una espada elfa afilada como es debido podría abrirte en canal o atravesarte el corazón con facilidad. Incluso las balas de las crueles armas de fuego de los humanos podrían dañarte de forma irreparable los órganos internos. Además, hay...

—¡Vale! —le interrumpí—. Cpto la idea. Pero ¿cómo puede explicar que ayer fuera capaz de hacer magia?

El sonrosado Dunmor palideció de inmediato.

—¿De qué...? ¿De qué estás hablando? —preguntó en voz baja.

Le expliqué cómo, de alguna forma, había provocado que creciera una planta en el suelo de mármol de un segundo piso y que después me había transformado en pura piedra durante varios segundos. Mientras hablaba, pareció sentirse cada vez más alarmado y luego hasta furioso. Se me hizo un horrible nudo en el estómago.

—¡Le dije a Trevor que no te diera nada de galdervatn! —gritó Dunmor—. ¡Y el muy idiota me ignoró, como siempre!

Aunque me resultaba muy difícil quedarme de brazos cruzados mientras insultaba a mi padre, eso fue lo que hice, porque estaba tan confuso y asustado que, simplemente, no sabía qué más hacer.

—Tu padre —vociferó Dunmor, a la vez que me tocaba la cara con un dedo— nos rogó que le dejáramos llevarse a casa un poco del galdervatn recientemente desenterrado. ¡Y yo le dije que estaba prohibido que ni una sola gota saliera del Submundo! La magia enana es una reliquia; ya no se sabe casi nada sobre cómo funciona, pues esos conocimientos se han perdido. Hay que hacer más pruebas aquí, en un entorno seguro. Pero tu padre es tan..., tan...

—¿Imprudente e impulsivo? —sugerí.

—¡Sí! —exclamó Dunmor casi a voz en grito, mientras iba de aquí para allá, enfadado—. Debí de meterte algo...

—¡No! —le interrumpí rápidamente—. Él no... O sea, fui yo. Yo lo hice.

Dunmor se giró sobre sí mismo y me fulminó con la mirada.

—¿Qué quieres decir?

—Co..., como... no sabía nada..., lo bebí... —tartamudeé—. Papá me dijo que no bebiera de su té. Pero yo..., si hubiera sabido lo que contenía, no habría..., pero le di un sorbo cuando no miraba.

Dunmor lanzó un sonoro suspiro.

—Por eso no deberíamos haberlo traído a casa, para empezar —afirmó—. Es bastante probable que varios elfos fueran testigos de tus proezas mágicas, lo cual podría explicar perfectamente el ataque a la tienda. Si se enteraron de que habíamos encontrado el galdervatn, seguramente querrían saber cómo lo obtuvimos y de dónde. Ahora todo tiene sentido...

Justo entonces, me di cuenta de algo que realmente me hundió: todo había sido culpa mía.

El ataque a la tienda de la noche anterior había sido culpa mía. Si no me hubiera metido donde nadie me llamaba cuando Perry estaba acosando a Ranita, o si le hubiera hecho caso a mi padre y no hubiera bebido de su té, no habría sido capaz de hacer magia. Y nada de esto habría pasado: ningún trol habría atacado la tienda esa noche y mi padre seguiría...

No pude completar ese pensamiento.

—Bueno, al menos sabemos que posees la «habilidad», aunque solo sea eso —comentó un ceñudo Dunmor.

—¿La «habilidad»? —pregunté.

—Sí —respondió Dunmor—. La habilidad de usar la magia. No todos los enanos son capaces de hacer magia. Incluso en los tiempos de la Tierra Separada, solo un pequeño porcentaje de enanos poseía la habilidad de hacer magia. Seguimos sin saber por qué o cómo aquellos que la poseen la adquieren; no obstante, da la impresión de que tú eres uno de esos pocos elegidos. En fin, ahora te pido que me disculpes una vez más, pues debo marcharme. Mira que hacer magia en un colegio elfo; no había otro sitio, no... Bueno, es una noticia inquietante como poco, el Consejo debe enterarse de esto inmediatamente. Confío en que sepas hallar el camino de vuelta. Podrás, ¿verdad?

Asentí.

Pero la verdad es que, de todos modos, me daba igual. Mientras permanecía ahí quieto y observaba cómo Dunmor salía de la sala a paso ligero, únicamente podía pensar en el papel que yo había desempeñado en el violento rapto de mi padre. Acababa de descubrir que tenía un talento muy especial y raro: ¡la habilidad de hacer magia! Sin embargo, lo único que había logrado con eso hasta ahora era sufrir una gran desgracia y un enorme dolor.

Algo habitual para un Belmont.

O, bueno, supongo que quería decir para un Tripatormentosa.

17

DONDE SE DEMUESTRA, AL FIN, QUE LA VACA DE LA SEÑORA O'LEARY ERA INOCENTE

La hermosa enana de pelo corto morado que había conocido la noche anterior estaba junto a la puerta de mi habitación cuando volví.

—¡Hola, Greg! —me saludó Ari Forjaluz—. ¡Bienvenido al barrio!

—Eeh..., Hola —dije, sorprendido de que ya supiera dónde vivía y quisiera venir a verme, pues los había dejado tirados como un cobarde—. Hum, gracias. Siento mucho haberos dejado colgados anoche.

Ari sonrió y se encogió de hombros.

—Tampoco fue para tanto —contestó—. Lo entiendo perfectamente. O sea, todo esto es muy emocionante; el regreso del galdervatn, el hallazgo de la *Sanguinaria* y todo eso. Los enanos estamos redescubriendo nuestro pasado. Aunque seguro que también es bastante agobiante para ti.

Asentí.

—Bueno, he venido a ver si quieres venir con nosotros a la Arena —me explicó Ari—. Es decir, con Lake, con Eagan y conmigo.

Al principio, me quedé tan alucinado que fui incapaz de decir nada. ¿De verdad hacer amigos fuera del PIS era tan fácil? ¿O eso se debía, más bien, a que teníamos un vínculo innato, por ser unos enanos que vivían en el Submundo y demás? Suponía que eso, en cualquier caso, daba igual; simplemente, se trataba de un grupo de chavales que me invitaba a hacer cosas con ellos a pesar de que acababa de conocerlos.

—Sí, me parece estupendo —dije.

—¡Genial! —exclamó Ari con una enorme sonrisa—. Por aquí.

La seguí por el pasillo, intentando fijarme en todos los giros que estábamos dando. Si bien era cierto que yo tenía un gran sentido de la orientación, también lo era que el Submundo era enorme. Además, todos los pasillos parecían ser idénticos.

—Tengo entendido que has hallado a un posible aliado entre los elfos, ¿no es así? —me preguntó Ari unos minutos después—. Alguien que quiere ayudarte a averiguar qué le ha pasado a tu padre, ¿verdad?

Al parecer, no había secretos en el Submundo. Pero no tuve la oportunidad de preguntarle cómo se había enterado, porque siguió hablando. Y bastante rápido. Se veía que estaba muy emocionada.

—O sea, espero que tu aliado elfo vaya en serio —dijo Ari—. El Consejo se mostrará escéptico al respecto, pero se muestran igual con todo. Al fin y al cabo, son enanos. Pero a lo mejor eso es justo lo que necesitan, ¿no? Tienen que ver las cosas desde un nuevo punto de vista; o sea, necesitan sangre fresca y todo eso. A muchísimos de nosotros no nos extrañaría nada que el descubrimiento del galdervatn nos llevara a una nueva guerra contra los elfos. Aunque no creo que nadie quiera eso. Pero es como si pensarán que no podemos hacer nada para evitarlo. Todos creen que deberíamos prepararnos para la guerra; si no es contra los elfos, al menos contra los monstruos y demás. Pero yo creo que deberíamos centrarnos más en los humanos. Hay que ayudarlos a adaptarse a ese disparatado nuevo mundo que no van a entender. Esa es la nueva Fisura. Me preocupa que los demás enanos realmente no lo capten. ¿Sabes?

Ari se paró y respiró hondo varias veces.

—¿Qué es la Fisura? —pregunté, aprovechando el momento para meter baza.

—Así llamamos a lo que divide los enanos desde siempre —respondió Ari—. La causa de la discordia suele cambiar de vez en cuando; es decir, según cuál sea el gran problema del momento. Durante los últimos cuarenta o cincuenta años, la Fisura se ha centrado en el tema del aislacionismo; en si deberíamos integrarnos más en la sociedad moderna o quedarnos bajo tierra y distanciarnos cada vez más de todo eso. Pero ahora que, por lo visto, el galdervatn está volviendo, la Fisura ha cambiado. Ahora se centra en qué actitud deberíamos adoptar con los humanos y los elfos durante el alba de la Nueva Era Mágica.

—¿Qué quieres decir? —pregunté—. ¿Esto qué tiene que ver con los humanos?

—Bueno, algunos enanos quieren usar la magia que encontremos para prepararnos para el caos que nos aguarda —contestó Ari—. No es una idea tan mala: quieren que invirtamos todas nuestras energías en prepararnos para luchar contra los monstruos y en aprender a defendernos de un ataque elfo que consideran inevitable. Pero solo piensan en los enanos. Creen que debemos cuidar de los nuestros y dejar que los demás se las apañen como puedan. Como prevén que la violencia y la agresividad dominarán las primeras fases de la Nueva Era Mágica, creen que necesitamos entrenar y prepararnos de un modo acorde. Que cada raza se las arregle como pueda. Y, claro, ¿eso en qué posición deja a los humanos?

Asentí; entendía lo que quería decir.

Si, dadas mis circunstancias, todo este mundo nuevo que estaba descubriendo ya me resultaba bastante desconcertante, no podía ni imaginarme cómo me habría sentido si no hubiera sido un enano y no hubiera contado con el apoyo de esta comunidad subterránea donde todos me habían aceptado de inmediato. Si tenían razón en eso de que el mundo se iba a sumir en el caos, los humanos se iban a sentir muy confusos y perdidos. Y, sin duda alguna, no les iba a ir nada bien.

—¿Tú apoyas esa postura? —pregunté.

—La mayoría de los tradicionalistas, mis padres incluidos, se encuentran a ese lado de la Fisura —respondió Ari—. Pero yo no. Tu padre y yo, y muchos otros, creemos justo en lo contrario. Claro que queremos fomentar la cultura enana y todo eso. Pero también creemos que, si dejáramos a los humanos abandonados a su suerte, estaríamos cometiendo una gran irresponsabilidad. Queremos utilizar el galdervatn para ayudar a todo el mundo a prepararse, incluidos los humanos, para lo que nos espera. Además, no creemos que esto sea una razón para reanudar la guerra contra los elfos, sino más bien lo contrario: lo vemos como una forma de reforzar la paz. ¿Por qué no aprovechamos la llegada de este nuevo mundo para unir a humanos, elfos y enanos? ¿Para asegurarnos de que el caos y la violencia no obtengan la victoria final?

Sus ojos verdes brillaban tan intensamente como una olla repleta de gemas fundidas. Me recordaba muchísimo a mi padre por la forma en que se dejaba llevar por el entusiasmo a la hora de hacer alguna locura porque creía que era lo correcto.

—Así que todos los enanos apoyan a uno de los dos bandos, ¿no? —pregunté.

—No, claro que no —contestó Ari, riéndose—. Muchos enanos siguen indecisos o se encuentran en un punto medio entre ambas posturas extremas. Después de todo, esto es algo bastante nuevo. Pero si queremos tomar una decisión sobre cómo vamos a actuar, el Consejo debe aprobar una serie de medidas por mayoría. Y eso, de momento, no es posible. Por ahora, tenemos que conformarnos con no hacer nada, como siempre. Pero dentro de muy poco tendrán que tomar una decisión, en la inminente Sesión Global.

Asentí, mientras intentaba digerirlo todo.

—Bueno, ¿quién es ese aliado elfo que se supone que tienes? —me preguntó.

—Mi mejor amigo, quien, según parece, es el heredero del señor de los elfos —contesté.

Ari se quedó boquiabierto. Sus relucientes ojos se abrieron como platos hasta alcanzar un brillo imposible. Y así siguió durante unos segundos muy incómodos.

—En serio, no tenía ni idea de quién era hasta anoche —me expliqué—. Pero la buena noticia es que está de vuestro..., bueno, de nuestro lado. Quiere colaborar con nosotros para dar con mi padre. Supongo que eso significa mucho, ya que será el próximo señor de los elfos.

Ari asintió pensativa.

—Bueno, quizá tengas razón —dijo—. Pero, por desgracia, aún no lo es. Lo único que realmente importa es lo que piensa el padre de tu amigo.

—Sí, aunque supongo que eso ya no importa —comenté.

—¿Y eso?

—Dunmor me ha dicho que el Consejo ya ha votado al respecto —respondí—. Básicamente, han decidido rechazar su ayuda.

Aunque esperaba que se mostrara sorprendida o decepcionada, Ari se limitó a asentir con una enorme sonrisa burlona.

—Pues claro que sí —dijo—. No me sorprende.

—¿Por qué dices eso?

Ari se echó a reír.

—Aún tienes que aprender muchas cosas sobre los enanos, Greg —contestó, justo cuando llegábamos por fin a las gigantescas puertas que llevaban a la Arena—. Vamos, te explicaré más cosas ahí dentro.

La Arena estaba llena de chavales que charlaban animadamente sobre el galdervatn y las consecuencias que podría tener su descubrimiento.

Lake y Eagan me saludaron con una sonrisa de oreja a oreja, lo cual no me esperaba y he de admitir que me resultó bastante reconfortante. Estando aquí abajo me sentía infinitamente mucho más relajado que en cualquier momento que hubiera compartido con los chavales humanos y elfos en el PIS (salvo cuando estaba con Edwin) y antes de eso en la escuela pública. Pero una parte de mí se preguntaba hasta qué punto eso tenía algo que ver con ser un enano entre enanos y hasta qué punto era una mera cuestión mía, puesto que por fin me sentía cómodo y mi visión del mundo se estaba ampliando, puesto que ya no me sentía señalado por ser distinto, ni tampoco tenía la

sensación de que me persiguiera la mala suerte ni sufriera una maldición familiar horrible, sino que pensaba, más bien, que todos nosotros sufríamos el mismo destino.

—El propio pesimismo del Consejo lo empuja a no hacer nada casi siempre —comentó Ari, mientras los cuatro empezábamos una partida de billar—. ¿Quieres saber cuántas medidas han aprobado realmente en lo últimos diez años?

—¿Veinticinco? —contesté al azar.

—No —dijo Ari entre risas—. Solo dos. Incluida la que aprobaron anoche.

—La primera fue para triplicar los esfuerzos que se estaban invirtiendo en las excavaciones —apostilló Eagan—, y eso fue hace unos diez años.

Ari golpeó la bola blanca, que se fue a estrellar con un potente CLAC contra las bolas agrupadas sobre la mesa, las cuales salieron disparadas en todas direcciones. Sabía que me iban a machacar, porque estaba claro que esos tres pasaban mucho tiempo ahí abajo con esos juegos. Yo solo había jugado al billar unas pocas veces en la mansión junto al lago de Edwin, en los suburbios. Y solo habíamos estado haciendo el tonto; sobre todo, habíamos dejado la mesa llena de rayones al intentar hacer unas jugadas demencialmente complicadas.

—Esa es la razón principal por la que me preocupa la Fisura —afirmó Ari—. Incluso si al final el Consejo vota a favor de ayudar a los humanos, se tardará tanto en implementar esas medidas que casi seguro que será demasiado tarde. Aunque sé que van a celebrar una Sesión Global especial en las próximas semanas para tomar una decisión definitiva.

—¿Una Sesión Global? —pregunté, al recordar que Fynric también había mencionado ese acontecimiento.

—Sí, eso significa que acudirán los miembros de las pequeñas sectas de enanos de todo el globo. Va a ser muy emocionante, no se ha celebrado una Sesión Global desde hace décadas.

—¡Lo hacen por temor a que la Aurora de la Taumaturgia se halle muy próxima! —exclamó un entusiasmado Lake.

Intentó acertar a la bola dos y falló por mucho, cosa que me hizo albergar alguna esperanza de que quizá no acabara siendo el peor jugador de esa partida.

—Sí, con suerte, por fin tendremos algo de acción —señaló Eagan.

—Pero eso no cambiará la forma de ser de los enanos —dijo Ari—. Siempre hay algo que los empuja a actuar, pero nunca llegan a hacer nada. Antes de esto, ocurrió la Revuelta Duende del 67. Y después vino la Gran Ola de Terror Espectral de 1991. Y no nos olvidemos del Gran Incendio de Chicago de 1871. Ahora le toca al regreso de la magia. Pero, en cualquier caso, pasará lo mismo: los enanos no harán realmente nada. Somos así. Tantos años de mala suerte nos han empujado a un estado de pesimismo y apatía.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Déjame adivinarlo, Greg —respondió Ari—. Toda tu vida has tenido miedo de actuar de una manera drástica por temor a empeorar aún más las cosas, ¿verdad?

La miré fijamente, alucinado.

—Sí, ya, pero... O sea, mi padre no es así —contesté—. Él actúa por culpa de la mala suerte.

—Bueno, tu padre es especial, Greg —me corrigió Ari, que ya no sonreía—. Hay una razón por la que acabó siendo un anciano del Consejo tan joven. En realidad, uno de los más jóvenes de la historia moderna.

Un silencio sepulcral reinó en la mesa; solo lo rompieron los ruidos que hacían otros chavales

enanos que jugaban y trabajan en otros proyectos a nuestro alrededor en la Arena. Nunca me había planteado que mi padre pudiera ser alguien especial. Aunque siempre lo había admirado, jamás lo había hecho por esa característica que lo distinguía tanto de los demás enanos y, de hecho, también de mí.

—¿Has mencionado el Gran Incendio de Chicago? —pregunté, ya que quería cambiar de tema —. ¿Los enanos tuvieron algo que ver con eso?

—¡No, los enanos no, los elfos! —exclamó Eagan con desprecio.

—Los elfos iniciaron el fuego, o eso se dice —me explicó Ari—. Sabían que habíamos convertido Chicago en nuestra capital moderna no oficial. Como la ciudad floreció tanto, se sintieron amenazados por nuestro creciente poder y nuestra influencia. Por eso intentaron destruir la ciudad haciendo que pareciera un accidente. Aunque nunca hemos podido demostrar que fueran ellos, claro.

—Vaya —dije.

Entre los humanos, se había especulado mucho sobre qué había causado ese incendio que había estado a punto de destruir la ciudad; entre las posibles causas que se habían barajado se encontraban una lámpara a la que una vaca había dado una coz en un establo o un mero incendio forestal que se había descontrolado. Pero la ciudad no se rindió e inició un proceso de reconstrucción que la dejó mejor que nunca, lo cual parecía ser una constante en la historia enana: siempre habían agachado la cabeza, siempre habían aceptado las consecuencias de esos acontecimientos tan horribles y se habían limitado, simplemente, a reconstruir lo que se había perdido.

—Entonces, los enanos fueron quienes fundaron Chicago, ¿no? —pregunté

Todos se rieron.

—¿No es obvio? —inquirió Eagan.

—¡Pardiez, pero si su singular idiosincrasia no es más que un mero reflejo del peculiar carácter de las criaturas enanas! —exclamó Lake.

—¿Por qué dices que es obvio? —insistí, porque estaba claro que se me estaba pasando algo por alto.

—¿No te has parado a pensar por qué en esta ciudad, en todo el Medio Oeste, predomina la clase obrera? —me preguntó Ari—. En esta ciudad, lo más importante siempre ha sido el trabajo duro. No es como Los Ángeles y Nueva York; dos ciudades huecas y vacías, donde lo que importa son las apariencias y el estatus, donde predominan los elfos.

—¿Y por qué crees que en los restaurantes de Chicago se sirven unas raciones inmensas y unos menús muy pesados donde predomina la carne? —añadió Eagan—. ¿Y por qué crees que aquí se inventó la pizza de masa gruesa y se comen más perritos calientes y salchichas que en ninguna parte?

—¿Y por qué hay tantos barbudos en Chicago? —añadió Ari con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y qué me dices de la ingeniosa y asombrosa hazaña de ingeniería que supuso revertir el curso del río? —dijo Eagan—. Chúpate esa, San Luis.

—¿Y cómo explicas que, hasta hace poco, los hinchas de los Cubs fueran tan tremendamente pesimistas por naturaleza? —preguntó Ari—. O sea, todos los aficionados de la ciudad creían que el equipo sufría una maldición muy parecida a la que, supuestamente, sufre tu familia.

—Y, qué diantre, no olvidemos... —empezó a decir Lake, pero yo le interrumpí.

—Vale, vale —dije, riéndome—. Creo que ya lo pillo. Tenéis razón. Todo por lo que es conocido Chicago parece encajar perfectamente con lo que ahora sé sobre los enanos.

Jugamos al billar un poco más, lo cual parecía ser algo perfectamente razonable que podíamos hacer mientras hablábamos sobre la historia de los enanos en el mundo moderno. Me hablaron de todas las cosas en que, a lo largo de la historia, habían estado de verdad involucrados los elfos y los enanos (sin que ningún humano tuviera la más mínima idea), entre las que se encontraban la creación de la NASA (que había sido una iniciativa elfa), la caza hasta la extinción de los dinosaurios (un antiguo manjar enano) y las gestas de Napoleón Bonaparte (quien, sorprendentemente, era un elfo y no un enano), entre muchas otras.

Cuando estábamos terminando la última partida, volvió a surgir el tema de la Fisura. Ari hablaba sobre el tema con un entusiasmo indudable, lo cual me recordó una vez más a mi padre. Al escucharla, me pareció aún más lógico que tanto mi padre como ella estuvieran en el mismo bando.

—Además, está la cuestión de los humanos —estaba diciendo Ari—. Tenemos que estar preparados para protegerlos. Estarán asustados y confusos cuando el mundo cambie..., cuando la magia vuelva. No sabrán cómo defenderse de un hombre lobo, o de un alghul o incluso de un mero trasgo. La primera vez que un espectro aparezca en su ático, ¡van a pensar que es solo un fantasma inofensivo!

—Bueno, eso aún se tiene que decidir —señaló Eagan—. Sigo sospechando que los elfos aprovecharán el regreso de la magia para intentar aplastarnos de una vez por todas. Si eso sucede, proteger a los humanos será la menor de nuestras preocupaciones.

—¡El conflicto definitivo posa su corona dorada sobre la aurora del horizonte venidero! —exclamó Lake.

Ari puso mala cara y negó con la cabeza.

—Están exagerando —me dijo—. Aún no tenemos ni idea de qué pasará.

—Pues ¡claro que lo sabemos! —replicó Eagan—. ¿De verdad crees que los elfos no van a aprovecharse en su beneficio del regreso de la magia? Arramplan con todo lo que pueden, siempre que pueden. Son así. No se ve a muchas familias de enanos viviendo en casas de quinientos metros cuadrados cuando hay tantos indigentes, o yendo a cenar a restaurantes de lujo por mil dólares cuando hay tanta gente muriéndose de hambre, ¿verdad? Los elfos se valdrán del alba de la magia para alcanzar alguna meta egoísta y posiblemente perversa. Son como son.

—Bueno, está claro que estamos de acuerdo en una cosa: los elfos no ayudarán a los humanos —afirmó Ari.

—Espera un momento —les interrumpí—. Sigo sin entender por qué tenemos que ayudar a los humanos. O sea, cuentan con ejércitos, con aviones, con tanques... para luchar contra los monstruos...

La única clase de guerra (contra monstruos o elfos o cualquiera) que podía imaginarme era una en la que se combatiera con ametralladoras y drones.

—¡No! —exclamó Eagan, como si eso fuera lo más ridículo que hubiera oído jamás—. La magia hará que todo eso sea inútil. Ahí está el meollo del asunto. Si queremos protegernos, tendremos que utilizar hachas y espadas y flechas y magia: las armas de la Tierra Separada, las verdaderas armas de nuestro pueblo. Además, las armas enanas poseen poderes que superan con mucho cualquier cosa que pueda producir el mundo moderno. Como la *Sanguinaria*, una de las hachas enanas más poderosas jamás forjada.

—Sigo sin entender por qué un hacha, aunque sea mágica, va a ser mejor que un dron o un tanque —objeté.

—Es complicado —respondió Eagan.

—¡Necrófagos! —exclamó Lake de forma teatral—. Espectros, fantasmas, alghules, orcos, unicornios, demonios, troles de roca...

—Unas bestias inimaginables podrían regresar cuando lo haga la magia —dijo Eagan—. Y solo las armas encantadas podrán detener a algunas de ellas.

—¿Y no podemos hacer nada para impedir que la magia vuelva? —pregunté.

—No si la teoría de tu padre es correcta —contestó Ari.

—Y parece ser más acertada a cada día que pasa —añadió Eagan—. Como demuestra el hecho de que los animales cada vez se muestren más agresivos con los enanos. ¡Mira lo que un shih tzu canijo me hizo ayer en el parque!

Se subió la pernera del pantalón y me mostró una herida muy desagradable que parecía haber sido hecha por un dóberman adulto y no por una bolita de pelo.

—¡Prestad atención, plebeyo! —exclamó Lake con un dramatismo exagerado—. Pues no debéis anhelar que vuestra mirada se pose sobre tales criaturas preternaturales..., ni lidiar con esos adversarios de antaño.

No estaba seguro de qué quería decir; si pretendía reconfortarme o asustarme aún más. El mero hecho de pensar que una infinidad de monstruos terribles y violentos y criaturas mágicas podían acabar deambulando por el mundo me superaba totalmente.

—Bueno, da igual lo que suceda —dijo Eagan—, eso no cambia lo alucinante que es la decisión que tomó el Consejo anoche.

—¿Qué se aprobó anoche? —pregunté.

Lo único que había oído acerca de la reunión era lo que Dunmor me había contado: que mi propuesta de aceptar la ayuda de Edwin para encontrar a mi padre había sido rechazada.

—Los entrenamientos —contestó Eagan con una enorme sonrisa.

Arqueé las cejas.

—El Consejo votó que deben empezar de inmediato —añadió Ari—. ¡Mañana, todos nosotros, incluido tú, empezaremos oficialmente a entrenarnos para aprender las técnicas enanas de combate!

18

DONDE ME PRESENTO EN EL DEPARTAMENTO ENANO DE SUPERAUTÓMATAS SINIESTROS Y TRICERATOPS RUGIENTES ENOJADOS

El día siguiente empezó siendo un caos total.

Y no me refiero únicamente al estado en que se hallaba entonces mi vida: a que había perdido a mi padre, a que me había ido de repente a vivir bajo tierra con un anciano gruñón llamado Fynric Caminoárido y a que me habían dicho que era un enano muy especial que poseía habilidades mágicas. No, me refiero a que el caos reinaba en el Submundo entero.

Cientos de críos y adultos enanos iban de aquí para allá en manada por todo el Submundo. De alguna manera, Fynric logró guiarme hasta una fila a través de esa muchedumbre desordenada. Cuando llegué al final de la cola, me entregaron un papelito tan grueso que casi parecía estar hecho de tela vaquera.

En él, habían escrito unas palabras con prisa en una letra cursiva apenas legible:

Greggdroule Tripatormentosa, le hemos asignado estos compañeros de clase:

Ariyna Forjaluz

Lakeland Forjaluz

Eagan Encantaluna

Glamenhilda Picasombra

Por favor, preséntese para que se le asigne un instructor en las oficinas administrativas de DESASTRE a esta hora: 13:12.

No pude evitar sonreír al ver que había acabado en la misma clase que mis nuevos amigos enanos (a la única que no conocía era a la tal Glamenhilda Picasombra). Di por sentado que no era una casualidad.

Unos minutos después, me saludaron con unas amplias sonrisas en la Arena.

—¡Os han asignado a la misma compañía de instrucción que a nos! —exclamó un emocionado Lake.

—Sí, ya lo he visto —dije, sosteniendo en alto el trocito de pergamino—. ¿Quién ha tirado de los hilos para que estemos todos juntos?

—Mi padre puede ser bastante persuasivo cuando hace falta —respondió Eagan con una sonrisita—. Para ser un enano.

—Además, forma parte de DEBACLE —añadió Ari.

—¿El qué? —pregunté.

—El Departamento de Educación Básica y Adiestramiento en Combate y Lucha Enano —dijo Ari como si fuera algo obvio.

Decenas de chavales estaban entrando en manada en la caverna, cada uno con su trocito de pergamino. Se fueron uniendo a sus respectivos grupos; algunos, entusiasmados; otros, decepcionados y nerviosos. Oímos el rumor de que los enanos adultos también iniciarían su entrenamiento ese mismo día, en una catacumba secreta ubicada muy por debajo del Soldier Field. La idea de que unos cuantos adultos robustos y bajitos fueran a recibir clases de magia me habría hecho reír si todo lo demás no me sobrepasara.

—Chicos, ¿conocéis a la tal, eh, Glamenhilda Picasombra en persona? —pregunté.

—Agh, por desgracia, sí —respondió Ari—. Los Picasombra son una familia bastante grosera. Comen ratas.

—¡¡¿Comen ratas??!! —exclamé.

—Eh, eso es mejor que matar a tantos vegetales indefensos como hace Ari —comentó Eagan.

Había olvidado que Ari era, probablemente, la única enana vegana del mundo, lo cual tampoco me había llamado mucho la atención porque muchos chavales del PIS eran veganos; no obstante, tenía que admitir que todos los enanos que había conocido hasta entonces (incluidos mi padre, yo y el resto de mis parientes) eran unos carnívoros voraces.

—Por no hablar de que los Picasombra son incapaces de no romper algo a cada hora —añadió Ari.

—Tienes envidia de su bigote immaculado —le espetó Eagan.

—Rara vez un labio superior ha tenido la dicha de estar coronado por una hermosura tan exquisita, pues normalmente son necesarios cuarenta años para alcanzar tal magnificencia —dijo Lake.

—Pero es una enana, ¿no? —pregunté.

—Oh, sí, sin duda —contestó Eagan—. Más adelante, me darás las gracias por haberla incluido en el grupo. Es la enana más buenorra de todo el Submundo. Lake también tiene razón: no me extrañaría que fuera la primera enana desde hace siglos a la que le ha crecido todo el bigote antes de cumplir los dieciocho. Además, ya es tan fuerte como un buey. Ya verás, ya..., es alucinante.

—Eh, que a una enana no hay que valorarla solo por su vello facial —regañó Ari a Eagan y a Lake—. Pero... no puedo negar que envidio su bigote. Indiscutiblemente, es espléndido.

Se acarició el labio superior como si ahí le faltara algo.

—Yo creo que así no estás mal —le dije, con la intención de ser amable. (Aunque más tarde me di cuenta de que no había escogido las palabras más adecuadas.)

—Oh, muchas gracias, Greg —replicó Ari de forma cortante—. Vamos, será mejor que entremos, que tenemos una cita.

—Hablando de eso —dije—. ¿Qué quiere decir «desastre»?

—¿Me estás diciendo que aún no te has dado cuenta de que eso es otro acrónimo? —preguntó Eagan en plan de broma.

—Esto, eh..., ¿es el Departamento Enano de Superautomatas Siniestros y Triceratops Rugientes Enojados?

Los tres se echaron a reír mientras nos encaminábamos hacia la puerta.

—Casi —contestó Ari—. Ven, te lo explicaremos por el camino.

DESASTRE: el Departamento de Educación Social y Armas, Sortilegios y Taumaturgia de la Resistencia Enana.

Por esa razón me sentí más confuso que nunca cuando nos subimos al tren que nos llevó al barrio de Ukrainian Village y acabamos delante de un diminuto escaparate cuyo rótulo rezaba:

TALLER DE REPARACIONES DE REPRODUCTORES DE VÍDEO Y DVD DE JARMUSCH

No obstante, sabía que ese era el lugar, porque una avalancha sin fin de críos bajitos y fornidos no hacía más que entrar y salir de la pequeña tienda. Es más, Glamenhilda Picasombra ya estaba ahí. Estaba mirando enfadada su reloj de pulsera, que no era más que un reloj solar de piedra en miniatura que llevaba sujeto a esa rolliza muñeca mediante una basta cinta de cuero.

—¡Casi llegáis tarde, chicos! —exclamó—. ¿Dónde os habíais metido?

Aunque Glamenhilda tenía una voz grave, como si tuviera la garganta llena de granos de café, he de admitir que tenía un no sé qué que la hacía muy sensual. Era obvio que la consideraban unas de las crías más buenorras, a juzgar por la forma en que Eagan, Lake y casi todos los demás enanos que estaban cerca se la comían con los ojos disimuladamente (aunque la mayoría fracasaba miserablemente en el intento).

Era un poco más alta que yo, pero casi el doble de grande. No estaba gorda, simplemente era... grandota. Tenía unos brazos musculosos, un torso que parecía un bloque de hormigón y unas piernas que recordaban a las patas de un caballo de carreras; podía ver lo definidos que tenía los músculos incluso a través de esos pantalones de cuero que, sin duda, eran de confección casera. Llevaba su pelo castaño recogido en varias decenas de trenzas que pendían de su enorme cráneo como si fueran una medusa. Y ahí, sobre el labio superior, tenía un incipiente bigote hermoso y aterciopelado.

—Solo hemos llegado un poco justos —replicó Ari—, así que relájate.

—Qué ganas tengo de reventar algunos cráneos elfos —afirmó Glamenhilda, dándose un puñetazo en la palma de la otra mano.

Lake se rio nerviosamente. Estaba claro que le intimidaba su belleza. Costaba mucho ignorar esa confianza brutal y esa presencia imponente que le daban un extraño atractivo.

—Bueno, no creo que vayamos a hacer nada de eso el primer día —comentó Eagan.

—¿Por qué no? —preguntó Glamenhilda—. ¿Qué más hay que aprender? Si ves un elfo, lo machacas. Si ves un monstruo, lo machacas. Ves, machacas; ves, machacas.

—No creo que todo pueda reducirse a eso, habrá algunos matices —opinó Ari.

—Buf —resopló Glamenhilda, echándome una ojeada con esa mirada tan dura—. ¿Quién es el nuevo? Es mono.

Me quedé alucinado y, por un momento, fui incapaz de hablar.

—Este es Greg —respondió Ari—. El hijo del anciano Tripatormentosa.

—Oh —dijo Glamenhilda—. Bueno, la verdad es que espero que tengas más agallas que tu padre. Puedes llamarme Glam. Vamos, ya es la hora, debemos presentarnos.

Y sin esperar más, se dio la vuelta y entró en la tienda. Si no me hubiera dado tanto miedo, me habría cabreado aún más por lo que acababa de decir sobre mi padre.

Mientras seguíamos a Glam hacia el interior de la tienda, Eagan me dio un golpecito con el codo.

—Cree que eres mono —susurró—. Qué suerte.

Hablaba en serio. Pero no me sentía afortunado, sino alarmado. Cuando estaba en tercero, había habido una chica que se había encaprichado de mí durante unas semanas y que solía darme pellizcos cuando estaba distraído. Desde luego, esperaba que Glam expresara sus sentimientos de una forma distinta, porque no me podía ni imaginar cómo podrían ser sus pellizcos.

El interior de la tienda era aún más pequeño de lo que parecía por fuera, a lo cual no ayudaba que ahí dentro hubiera decenas de críos enanos apretados como sardinas en lata, esperando con impaciencia a que un hombre con las orejas más peludas y las cejas más pobladas que jamás había visto los llamara.

Cada vez que la puerta se abría y entraban más chavales, vociferaba lo mismo desde detrás del mostrador sin ni siquiera levantar la vista:

—Bienvenidos, soy el director Fozin Leelibros. Por favor, esperen a que los llamen cuando llegue su turno.

—Bueno, ¿quién va a ser nuestro instructor? —susurré.

—Jo, el chico mono es muy tonto —comentó Glam en voz alta, tal vez porque era incapaz de susurrar.

Varios enanos que se encontraban cerca nos miraron y se rieron disimuladamente.

—No es tonto —replicó Ari a la defensiva—. Es que se enteró de que es un enano hace solo unos días. Además, tú tampoco sabes qué va a pasar exactamente...

—Ya, bueno —dijo Glam, y entonces se calló, al darse cuenta de que Ari tenía razón—. Al menos, yo no muestro debilidad al hacer tantas preguntas.

—Ninguno de nosotros sabe realmente qué está pasando, Greg —me explicó Eagan—. Nosotros tampoco hemos hecho esto nunca. Siempre hemos sabido que existía DESASTRE y que algún día tendríamos que venir aquí a entrenar, pero todo eso era algo hipotético. Hasta ahora.

—Y, de *aquesta* manera, vuestros sueños se *facen* realidad —añadió un emocionado Lake.

—Voto a Bríos, pues esa es una gran verdad —le dijo Glam a Lake, lo cual provocó que la sonrisa del chaval fuera aún más amplia.

Durante los minutos que restaban, esperamos sumidos en un relativo silencio, salvo Glam y Lake, quienes estaban conversando en enano antiguo.

Por fin, llegó la hora señalada. Avanzamos, abriéndonos paso entre otros enanos que también estaban esperando. El director Leelibros alzó la vista y nos miró a la cara, uno a uno, mientras hacía como que consultaba algo invisible que se encontraba sobre el mostrador de madera.

—Bienvenidos a la academia de entrenamiento enano —dijo al fin—. Soy el director Leelibros. El instructor que se os ha asignado es Thufir Cantera Barbanoble, al que encontraréis aquí.

Acto seguido, le entregó a Ari un pequeño pergamino cuadrado, en el que había una dirección. La enana lo contempló sin saber qué hacer.

—Esto, perdóneme, señor —dijo—. Pero ¿por qué tenemos que ir a otro sitio? ¿No es esta la escuela?

El director Leelibros la miró y se rascó esos frondosos mechones de pelo gris que le salían de las orejas. Recorrió la diminuta tienda con la mirada de un modo teatral, como si lo único que

esperase ver fuera un techo bajo y unas paredes desnudas. Entonces, con una sonrisa burlona de oreja a oreja, miró de nuevo a Ari.

—¿De verdad crees que podría entrenar a miles de enanos dentro de esta tienda tan pequeña?

—Bueno, esto, nos imaginábamos que igual podría haber un pasadizo secreto que nos llevara a unos túneles y unas cámaras subterráneas..., como siempre —contestó Eagan antes de que Ari pudiera responder.

—Ah, ya entiendo —dijo el director Leelibros, sin dejar de sonreír—. Nuestras escuelas no son como las de los humanos, como las que quizás hayáis visto en las películas. No creemos en una educación impartida en unas aulas enormes por un instructor saturado de trabajo, mal pagado y desmoralizado. Los enanos confían más en una formación más realista, personal y práctica. Esto es solo la oficina de administración de la escuela. Toda la ciudad de Chicago..., no, todo el mundo es vuestra aula. Ya lo comprenderéis más adelante.

—Ah, vale —respondió Ari, mirando de nuevo ese trozo de pergamino—. Gracias.

Cuando nos estábamos dando la vuelta, el director Leelibros nos detuvo.

—Una última cosa —añadió—. Un consejo antes de que os marchéis: aunque vuestro instructor es uno de los mejores del mundo..., también es..., esto, bueno..., bastante excéntrico... Y a lo mejor hay que «convencerle».

—¿Convencerle? —repitió Eagan.

—Ya lo veréis —respondió el director Leelibros con una amplia sonrisa, como si se tratara de alguna broma cruel—. No os lo habríamos asignado como profesor si no creyéramos que sois capaces de soportarlo. Os deseo la mejor de las suertes.

19

DONDE NO ME IMPRESIONA QUE ROMPAS UN BANCO DE UN PARQUE CON LA CARA

La casa de Thufir Cantera Barbanoble se encontraba en tal estado que no era muy acogedora que digamos.

Era un edificio de ladrillo de aspecto siniestro situado cerca del parque Humboldt en el West Side de Chicago. Aunque lo que nos preocupaba no era la miseria que nos rodeaba, sino más bien que parecía simplemente imposible que se pudiera enseñar a cinco enanos el antiguo arte de la magia y la guerra en un piso tan canijo. Como poco, habría quejas de los vecinos.

Sobre todo, después de que Glam nos hubiera entretenido con sus historias sobre las cosas que había sido capaz de romper con la cabeza a lo largo de los años. Sin lugar a dudas, esperaba dejarme impresionado al contarme que una vez había partido por la mitad un banco de un parque municipal con la cara. Siendo muy generosos, se podría decir que me sentí moderadamente impresionado por tales hazañas, pero a Lake y a Eagan les encantaron todas y cada una de las palabras de todas y cada una de esas historias sobre romper cosas con la cabeza.

—Bueno, no podemos hacer otra cosa, ¿verdad? —dijo Ari después de que estuviéramos un buen rato callados ante la entrada del enorme edificio de ladrillos amarillos.

A continuación, llamó al portero automático. Pero no hubo respuesta. Volvió a llamar. Y otra vez más. Esperamos. Entonces, Glam estiró el brazo y clavó su dedo rechoncho en el botón, donde lo mantuvo durante treinta segundos. Varias personas nos miraron al pasar a nuestro lado.

Por fin, se oyó un zumbido y la cerradura de la puerta se abrió con un clic.

Subimos por cuatro tramos de escaleras y atravesamos un pasillo sucio que olía como un lago estancado. Entonces, llegamos a la vivienda 412 y Eagan llamó a la puerta varias veces. No hubo respuesta. Glam lo apartó a un lado.

—Quita —le ordenó.

Golpeó aquella puerta barata y endeble con un puño del tamaño de un ladrillo, haciéndola temblar (era de fabricación humana, sin duda). Aunque era imposible que cualquiera que viviera en ese piso no hubiera oído los golpes, nadie se acercó a abrir.

—Pues alguien nos ha abierto antes la puerta del portal —comentó Eagan.

—La voy a echar abajo —dijo Glam—. Apartaos.

Cerró un puño y lo agarró con la otra mano, formando así una bola de demolición en miniatura que coronaba ambos brazos. Se echó para atrás y estoy seguro de que habría hecho trizas la puerta

si Ari no la hubiera detenido.

—Espera —dijo Ari—. Podría estar abierta. —Cogió el pomo y abrió la puerta—. ¿Lo ves?

—Ya, pero machacar cosas es más divertido —respondió una desanimada Glam.

Los cinco nos hallábamos en la entrada de ese piso espeluznante, sin tener nada claro qué hacer. ¿Y si nos habían dado una dirección equivocada? ¿De verdad íbamos a entrar en un piso tan raro sin haber sido invitados? Pero Glam no dudó mucho. Se coló en aquel piso oscuro, gritando mientras desaparecía en ese vacío negro.

—¡Instructor, enséñeme a aplastarles el cráneo a los monstruos y las costillas a los elfos! ¡Se lo exijo!

Eagan, Ari y Lake me miraron; entonces, todos sonreímos de oreja a oreja y seguimos a Glam hasta dentro.

En el minúsculo piso reinaba un desorden total.

Todas las luces estaban apagadas; solo se podía ver el brillo de una vieja tele cuadrada. Había cajas de comida para llevar tiradas por todas partes, que tenían pinta de llevar un tiempo ahí y estaban medio llenas de una comida casi podrida. Había unas latas vacías de Dr Pepper apiladas en unas montoneras imposibles e intrincadamente caóticas sobre la mesa y en las esquinas de la habitación como si fueran unas piezas de arte moderno. El lugar apestaba a un olor corporal que era inconfundiblemente enano (con solo haber vivido dos días en el Submundo, ya era capaz de reconocerlo). Vimos a un hombre desaliñado tumbado en el sofá, vestido solo con un pantalón de chándal. Tenía el torso tan velludo que podría haber sido medio oso perfectamente. O, al menos, podría haber acabado en un episodio de *Cazando al Bigfootsi* le hubiera dado alguna vez por deambular por un bosque solo y sin camisa. Contemplaba la tele con una mirada ausente mientras sus dedos danzaban sobre un mando de videojuegos.

Era imposible que ese individuo fuera nuestro profesor nuevo.

—Hum, ¿hola? —se atrevió a decir Ari.

El hombre no levantó la vista.

—¿Sois vos el maestro que nos instruirá en las nobles artes enanas de antaño? —preguntó Lake.

No hubo ninguna reacción por su parte. Seguíamos sin saber siquiera si era consciente de que estábamos ahí o no. Eagan cogió un matamoscas, que necesitaba una buena limpieza, y le dio con él unos cuanto golpecitos rápidos en el hombro. Aunque el tipo hizo una mueca de desdén, siguió sin mirarnos y continuó jugando a ese videojuego como si estuviera en trance. Eagan volvió a darle unos golpecitos, esta vez en la cara.

—¡Puj, eso está lleno de moscas muertas! —exclamó Ari.

—Dudo mucho que eso le importe —señaló Eagan—. Mirad cómo está todo aquí.

En cualquier caso, daba igual. Aquel hombre seguía jugando, a pesar de que le estaban atizando repetidamente con un trozo de plástico lleno de entrañas de mosca en la mejilla, los párpados y las fosas nasales.

—Supongo que el director Leelibros se refería a esto cuando dijo que a lo mejor tendríamos que convencerlo —les recordó Ari.

Eagan continuó dándole golpecitos en la cara a aquel hombre mayor, con el matamoscas. Entonces, Glam lo apartó a un lado de un empujón con tanta fuerza que Eagan se trastabilló para atrás y cayó de tal manera que acabó sentado perfectamente sobre una silla reclinable manchada y

rota.

—Yo conseguiré llamar la atención de este viejales —nos aseguró Glam.

Instintivamente, dimos un paso para atrás mientras agarraba por los hombros a Thufir Cantera Barbanoble y lo zarandeaba con tanta violencia que me dio la impresión de que se le iba a salir la cabeza de su sitio y después iba a acabar rodando por ese suelo de madera tan rayado.

—¡Entréneos, vejestorio! —le gritó Glam a la cara, sin dejar de zarandearlo—. ¡Quiero aprender a hacer papilla a los elfos con sus propios miembros arrancados!

Finalmente, el tipo apretó el botón de pausa y levantó la vista. Glam lo soltó.

—¿Por qué narices quieres que haga eso, bestia inmunda? —preguntó.

—Porque es lo que se merecen los elfos —contestó Glam, sin, aparentemente, ofenderse por el insulto.

—Eso no lo niego —replicó aquel hombre—. Todos nos merecemos tal destino. Pero ¿para qué malgastar energías?

Movió esos peludos brazos desnudos para buscar algo a tientas en el sofá, hasta que dio con una lata casi vacía de Dr Pepper. La apuró con un ruidoso trago y luego la arrojó a un lado, donde se estrelló contra una impresionante pila de latas vacías. La montonera se tambaleó al recibir a este recién llegado y el tintineo de las latas de aluminio fue el único ruido que se oyó en la sala de estar durante unos instantes.

—¿Cómo puede decir eso? —preguntó Eagan desde la silla reclinable en la que estaba sentado—. Nunca se malgastan energías cuando uno se enfrenta a los elfos.

—Pero ¿qué más da? —replicó Thufir Cantera Barbanoble—. Dejemos que el mundo se vaya a la mierda... ¡Mientras tenga mis fideos, mis videojuegos y mis latas de Dr Pepper, a mí me la suda todo!

—Señor, se supone que tiene que formarnos —dijo Ari—. Para volver a ser enanos. Para luchar como enanos. Para estar listos para enfrentarnos con el nuevo mundo.

—Menuda gilipollez. ¿Os lo podéis creer? —comentó Thufir, señalando a la tele e ignorando a Ari—. ¡Vaya mierda de juego! ¡No es más que un montón de tópicos! ¡No me puedo creer que hayan podido hacer algo así!

En la partida en pausa, se podía ver una batalla congelada entre humanos, elfos, enanos y un dragón descomunal. Entonces cogió el mando de la tele y lo tiró contra la pantalla. El mando rebotó sin romper nada y se estampó contra el suelo, de tal modo que las pilas salieron disparadas en direcciones contrarias. Aparentemente satisfecho por haberlo intentado al menos, Thufir nos volvió a mirar.

—Allanar casas no es algo que hace la gente decente —dijo—. Marchaos a freír espárragos, ¿vale?

—Bueno, creíamos que usted era nuestro instructor, pero a lo mejor hemos cometido un error —respondió un esperanzado Eagan—. Usted no es Thufir Cantera Barbanoble..., ¿verdad?

—No... —respondió, frotándose la frente, y en ese instante tuve la impresión de que todos soltábamos un suspiro de alivio colectivo—. A mí nadie me llama así, salvo mi madre. Bueno, ella y ese estúpido Consejo Enano. Todos los demás me llaman Buck.

De un modo amargo, nuestros suspiros de alivio volvieron a todo correr a nuestras bocas para transformarse en gritos ahogados de asombro. Así que era cierto: ese tipo era nuestro supuesto instructor. La decepción se reflejó en nuestro rostros, pero tal vez por razones distintas. En mi

caso, yo solo quería dar con mi padre, y esto suponía retrasarlo todo aún más.

—¿No le han informado de que tenía que empezar a formarnos hoy? —preguntó Eagan.

Buck se encogió de hombros y se dejó caer sobre el sofá.

—No nos habrían enviado aquí si no fuera así —insistió Ari.

—A lo mejor sí me avisaron —dijo Buck—. Podéis echarle una ojeada a mi correo si queréis.

Señaló hacia atrás, hacia una mesita que había en la oscura cocina. Ahí había una colosal pila de cartas sin abrir que llegaba hasta el suelo. Las cartas del fondo estaban amarillentas y arrugadas; tal vez ni siquiera fueran de esta década.

—Pero ¡debemos empezar nuestro entrenamiento! —exclamó Eagan—. El galdervatn está volviendo... ¡Ya han encontrado algo de ese material!

Por primera vez, Buck pareció estar levemente interesado.

—¿Ah, sí? —dijo—. Así que Trevor ha estado en lo cierto todo este tiempo; la locura de ese lunático es contagiosa.

Me dio un vuelco el corazón al oírle mencionar el nombre de mi padre.

—¡Sí! —gritaron entusiasmadamente y al unísono Ari y Eagan.

—¡Las lecciones no pueden demorarse más! —exclamó Lake—. ¡Debéis comenzar a impartir vuestras enseñanzas de inmediato!

Buck suspiró, encogió un solo hombro y agarró el mando de la consola.

—Eso ya no es problema mío —dijo—. De todas formas, nada va a cambiar jamás.

—¿Cómo puedes decir eso? —inquirió Ari.

—Ya lo entenderéis..., algún día —respondió perezosamente mientras reanudaba la partida—. Es mejor ser infeliz y saber lo peor que, por el contrario, ser feliz en el paraíso de los tontos.

Ninguno de nosotros supo qué responder. Observamos que caía de nuevo en un estado catatónico, con la mirada clavada en la pantalla de la tele, sin parpadear, mientras sus dedos se movían sobre los botones del mando de la consola con vida propia.

—¡Voy a reventarle la tele! —exclamó Glam.

Al cerrar los puños, le crujieron ruidosamente los nudillos.

—No, déjalo —dijo Eagan—. Vamos, iré a ver a mi padre y le pediré que nos busque un nuevo profesor.

Aunque Glam asintió, acabó dando un puñetazo a la pared, abriendo un agujero enorme en el pladur y haciendo trizas uno de los listones de madera que había detrás. Eagan y Lake corrieron hacia ella para calmarla antes de que rompiera algo más. Buck ni se enteró. O puede que le diera igual que le hubiera abierto un agujero en la pared.

Como parecía que aquello era una causa perdida, nos marchamos a regañadientes y nos dirigimos de vuelta al Submundo, desanimados y cariacontecidos.

Incluso para ser unos enanos.

20

DONDE ME REGALAN MI PRIMERA ARMA ENANA

De vuelta en el Submundo, Eagan, Lake y Glam fueron en busca del padre de Eagan para hablarle sobre Buck.

De ese modo, Ari y yo nos quedamos en esos túneles oscuros sin saber qué hacer.

—¿Quieres ir a jugar a la Arena? —preguntó Ari, en cuanto fue obvio que iba a quedarme ahí en silencio como un idiota.

—Hum, claro —contesté.

Era la primera vez, en toda mi vida, que una chica me pedía hacer algo que no fuera «Por favor, aparta de mi camino» o «Déjanos en paz, Gordinflont». Habría estado mucho más nervioso si no fuera tan fácil tratar con Ari. A pesar de ello, mientras recorríamos esos corredores, se me fueron empapando las manos de sudor.

La Arena estaba prácticamente desierta, ya que casi todos los demás críos enanos estaban con sus competentes instructores, entrenando de verdad. No obstante, todavía había algunos chavales aquí y allá en la caverna, fabricando pociones o jugando a algún juego.

Nos quedamos en la entrada y nos miramos mutuamente con cierta incomodidad. Si he de ser sincero, no estaba seguro de qué había que hacer cuando uno estaba a solas con una chica, ya que era mi primera vez.

—¿Juegas al ajedrez? —pregunté.

—Hum, no, pero siempre he querido aprender —respondió Ari.

—Oh —dije—. Vale.

Al echar la vista atrás, soy consciente de que debería haberme dado cuenta de lo que estaba pasando: me estaba invitando a que me ofreciera a enseñarle a jugar. Pero se me pasó totalmente por alto y me quedé mirando fijamente a un chaval que estaba confeccionando alguna clase de poción en la cavidad de la alquimia.

—Hum, bueno, ¿quieres verme hacer algo? —preguntó Ari, mientras señalaba con la cabeza hacia la zona de la herrería.

—¡Sí, claro! —exclamé—. Me encantaría verte..., eh, o sea, hacer algo. Pero, ya sabes, solo si quieres, ¿eh?

Intenté no poner mala cara, ya que acababa de perder los puntos que había logrado acumular en el *molómetro* de Ari, si es que había acumulado alguno. Pero ella se limitó a reír, y no de una forma maliciosa.

—¿No te lo habría pedido si no quisiera! —replicó—. Vamos.

La seguí hasta esa parte de la caverna donde había unos contenedores que albergaban metales fundidos, yunques, estantes de herramientas, gruesos mandiles y varios hornos al rojo vivo, así como otros utensilios.

—Aunque no soy tan buena como mi hermano —comentó—. A lo mejor se debe a que paso mucho tiempo subida a un escenario.

—¿A un escenario?

—Sí, ya sabes, dando conciertos —respondió.

—¿Te refieres a un festival enano de música folk o algo así?

Ari se partía de risa mientras se ataba un grueso mandil de herrero.

—¡No, más bien a un concierto de rock! —contestó—. A un grupo de música con guitarras y batería que toca en el escenario de un club, ¿sabes?

—Ah, sí, perdona —dije, poniéndome colorado—. ¿Cómo es que te gusta tanto la música moderna?

—Que sea una enana no quiere decir que haya vivido toda mi vida en una cueva —contestó.

—Hum, bueno...

Ari se quedó paralizada, sorprendida, y entonces estalló en carcajadas, con esa risa suya tan encantadora.

—Vale, no he escogido la expresión más adecuada —dijo Ari—. De todas formas, realmente me gusta ser una enana, pero eso no significa que tenga que odiar todo lo relacionado con el mundo moderno plebeyo. De hecho, en muchos sentidos, tal vez esa sea la razón por la que me gusta tanto la música moderna. Es tan distinta e interesante a la música con la que crecí aquí abajo... Para mí, resulta exótica. Como tú, en cierto modo.

—¿Yo?

—Sí, la verdad es que eres el primer niño criado en el mundo plebeyo del que me he hecho amiga —afirmó.

Al oír que me consideraba su amigo, me volvieron a sudar las manos. Supongo que ya estaba empezando a considerar que tanto ella como los otros chavales eran mis amigos, pero creo que había dado por sentado que ellos me veían como «ese chico nuevo cuyo padre ha desaparecido, al que deberíamos tratar bien».

—Esto, eh, ¿estoy dejando una buena impresión? —pregunté—. ¿Estoy representando bien a los críos plebeyos?

Ari se rio de nuevo. En ese instante, me hubiera gustado ser lo bastante ingenioso como para lanzar un comentario gracioso tras otro y que nunca dejara de reírse.

—Sí, lo estás haciendo bien —respondió con una amplia sonrisa, a la vez que se ponía manos a la obra.

—Bueno, yo nunca he estado en un concierto de música —comenté—. Pero a los demás enanos no les parecen bien esas cosas, ¿verdad?

—¿Es que tú solo haces lo que le parece bien a tu padre? —replicó desafiante, teniendo que gritar por encima del ruido del vapor y el fuego.

—Bueno, casi siempre... —contesté.

Omití que había probado cierto té en contra de los deseos de mi padre y que esa era la causa por la que había acabado metido en este follón.

—¿Ah, sí? —Parecía sorprendida—. Bueno, a lo mejor soy muy rebelde, pero yo me largo de aquí a escondidas para ir a ver conciertos constantemente. Alguna vez, podríamos ir a uno juntos. Ya sabes, antes de que el mundo moderno llegue a su fin y todo eso.

—Sí, eh, me parece bien —dije.

Me sonrió y noté que me estaba poniendo rojo por culpa del calor que desprendían aquellos contenedores cercanos que albergaban metales fundidos.

«Antes de que el mundo moderno llegue a su fin...»

Ari parecía estar cómoda ante esa posibilidad. Supuse que tenía su lógica; ella había sabido desde que nació que el mundo no era como nos parecía a los humanos y los críos como yo.

La observé en silencio durante un rato. Era una maravilla verla moverse de aquí para allá en el taller con facilidad, fluidez y elegancia. Me había dado cuenta de que fuera del taller era un poco torpe, como si se pensara cada paso que iba a dar antes de darlo. Pero aquí era una persona totalmente distinta. Cada movimiento que hacía era automático, complejo y eficiente. Enseguida se puso a darle martillazos a algo reluciente y caliente. Golpeó y golpeó una y otra vez rápidamente, sin dar la impresión jamás de cansarse y sin fallar ni una sola vez. Al final, llevó el objeto hasta un recipiente con agua y lo sumergió en él.

El vapor estalló con un siseo, envolviéndola en una nube brumosa. Cuando esta se disipó, Ari sostenía la suave hoja de una daga exquisitamente curvada con un par de pinzas de hierro. Vi mi reflejo distorsionado en su superficie.

—En cuanto se enfríe, la puliré y la afilaré —me explicó—. Aún queda mucho trabajo por hacer, pero acabarás teniendo una daga bastante maja.

—¿Quién? ¿Yo?

—Sí, por supuesto —respondió Ari—. Yo ya tengo unas veinte. Todos los enanos necesitan una daga. Es como un rito de paso. Ya sabes, como cuando a los chavales plebeyos les regalan su primera bici. Doy por sentado que aún no tienes una, ¿verdad?

—¿Una bici?

—¡No, una daga! —exclamó, riéndose.

—No —admití—. La verdad es que mola mucho... O sea, ¡gracias!

—De nada —dijo Ari, como si no hubiera hecho gran cosa.

Sonrió de oreja a oreja y apartó brevemente la mirada. Durante un segundo, ambos nos quedamos ahí sentados, contemplando el suelo de piedra de la cueva. Entonces se puso a limpiar las herramientas, rompiendo el silencio con esos tintineos metálicos.

—¿A los elfos también les regalan dagas cuando son críos? —pregunté, mientras me preguntaba cuántas armas molonas podría tener Edwin escondidas en su enorme habitación.

—No tengo ni idea —contestó Ari—. Son muy reservados. Oye, ¿cómo es eso de ser amigo de un elfo?

—Bueno —respondí, y me callé un momento para pensar con detenimiento la contestación—. Supongo que realmente no lo sé. O sea, ni siquiera sabía que era un elfo hasta hace unos días. Pero es un gran amigo. No me puedo ni imaginar cómo habrían sido los tres últimos años sin él.

De todos mis nuevos amigos enanos, esperaba que Ari fuera quien realmente lo entendiera, por esa razón me resultó tan sorprendente que se mostrara tan escéptica.

—¿De veras?

—Sí, de veras —contesté—. Arriesgó su vida para salvarme, ¿sabes? Me salvó de un oso

polar.

—Bueno, todo el mundo sabe que los elfos pueden controlar a los animales —dijo—. De la misma forma que pueden manipular a los humanos con una voluntad débil. Así que, en realidad, no arriesgó nada...

Al menos, ahora sabía cómo había logrado que el oso se retirara con solo mirarlo fijamente. Aun así, había dado la cara por mí infinidad de veces a lo largo de los años. No obstante, sabía que sería incapaz de lograr que ella comprendiera la relación tan estrecha que tenía con Edwin, porque el tipo de amistad que teníamos él y yo era muy difícil de explicar con palabras.

—Creía que querías colaborar con los elfos para ayudar a los humanos, ¿no? —repliqué, poniéndome a la defensiva—. Para que hubiera una paz duradera, ¿eh?

—Bueno, solo porque no quiera que haya más conflictos y piense que, si colaboramos, los evitaremos, ¿eso no quiere decir que realmente me caigan bien los elfos! —contestó Ari—. O que pudiera confiar del todo en uno...

Nos quedamos ahí callados, mirándonos el uno al otro. De repente, esa calurosa herrería pareció estar más helada que la tundra antártica. No había duda de que la mala relación que había entre las dos razas era algo mucho más profundo que no alcanzaba a comprender.

—¿Por qué, exactamente, a todo el mundo le caen tan mal los elfos? —me atreví a preguntar al fin—. Si ninguno de vosotros conoce a ningún elfo. ¿Qué os han hecho? A ti, en concreto, ¿qué te han hecho? Es que no lo entiendo: desconfías de todo un grupo de seres solo porque te han dicho que lo hagas.

Ari negó lentamente con la cabeza y puso una cara de desprecio, lo cual no le pegaba para nada.

—Es que no lo entiendes, Greg. Han hecho algunas cosas... —respondió.

—Bueno, entonces ayúdame a entenderlo —dije—. Explícamelo.

—Es que ni siquiera tengo tiempo para empezar a...

—Seguro que sí —insistí—. Más te vale empezar en algún momento, porque si no, nunca llegaré a entenderlo de verdad, ¿eh?

Ari asintió a regañadientes, se quitó el mandil y lo colgó junto al estante de las herramientas. Me indicó con una seña que la siguiera. Fuimos a otra cavidad situada cerca de la parte posterior de la caverna, donde había una biblioteca pequeña repleta de cientos, quizás incluso miles, de libros antiguos.

—Aquí tienes ediciones nuevas de algunos textos enanos que sobrevivieron a la caída de la Tierra Separada —dijo—. Seguimos buscando muchos de los originales, pero incluso lo que se ha perdido en la traducción no puede ocultar las injusticias y crueldades que cometieron los elfos. En esta biblioteca, hay más ejemplos de eso de lo que puedes imaginar. Además, hay un sinnúmero de historias más al respecto que han pasado de generación en generación.

—Cuéntame algunas de ellas —le pedí.

Y eso hizo.

Lo que escuché esa tarde cambió mi modo de considerar toda la situación de ahí en adelante. Y me convenció de que las sospechas del Consejo podrían estar bien fundadas: los elfos podrían haber sido perfectamente los responsables del ataque a FLIPAO. Por lo que pude deducir a partir de las horribles historias que Ari me contó, eran más que capaces de hacer cosas mucho peores.

21

DONDE SER UN ENANO NO ES UNA EXCUSA VÁLIDA PARA PERDER AL AJEDREZ

Dunmor y Fynric me habían prohibido ver a Edwin.

Por esa razón, tuve que salir a escondidas del Submundo para encontrarme con él más tarde esa misma noche. Aunque solo habían pasado dos días desde la última vez que había hablado con él, parecía que hacía una eternidad.

—Me han ordenado que no vuelva a hablar contigo —le dije a Edwin, mientras se sentaba frente a mí—. Y que de ninguna manera confíe en ti.

Se le borró la sonrisa de la cara mientras se acomodaba en el sofá de la esquina de una pequeña cafetería.

—¿Todavía nos tienen tanta manía? —preguntó.

—Sí —respondí—. Se niegan a creer que haya elfos en los que se puede confiar. Está claro que no quieren que los ayudes a investigar el ataque.

Edwin asintió como si hubiera sospechado que esa iba a ser la respuesta. Entonces, frunció el ceño y suspiró profundo.

—El Magistrado Élfico me ha dicho lo mismo —dijo—. Estoy desafiando una orden directa del señor de los elfos, de mi padre, por el mero hecho de estar aquí ahora mismo contigo, lo cual es algo que normalmente se castiga con la muerte. O al menos así era tiempo atrás. Ahora creo que solo tienes que pagar una multa o algo así...

—Así que nos han prohibido vernos o confiar el uno en el otro —concluí.

Edwin asintió, todavía con el ceño arrugado. Le dio un sorbo a su café con leche. Aunque podría parecer raro que un chaval de trece años tomara cafés con leche como si fueran agua, no lo era para los críos del PIS. Yo odiaba el café, pero eso probablemente se debía a que desde crío me había acostumbrado a los tés de mi padre.

—La buena noticia —recalcó Edwin— es que no vas a necesitar la ayuda de los elfos para investigar el ataque.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, con una tormenta formándose en mi estómago.

—Bueno... O sea, antes de que te mosquees, por favor, escucha la historia completa...

—Cuéntamela sin más, Edwin —le pedí.

—Fueron los elfos —me dijo, aunque le costó pronunciar esas palabras—. Nosotros..., o, mejor dicho, ellos se llevaron a tu padre.

Tenía los ojos rojos y se mordió el carrillo por dentro. Estaba claro que haber descubierto eso

le había dolido casi tanto como sabía que, sin duda, me iba a doler a mí, por lo cual titubeé, puesto que no sabía si debía gritarle a Edwin, si debía insultarlo de tal forma que habría hecho sonrojarse a un pirata. Pero aún peor que la ira que bullía con furia dentro de mí, tanto que podía sentir mi propio pulso en el globo ocular derecho, era que, en el fondo, me sentía tremendamente traicionado. Era como si alguien estuviera disparando unos petardos en mi tripa.

Pero él se puso a hablar antes de que empezara a ponerlo a caldo.

—¡Aunque ni mis padres ni yo hemos tenido nada que ver! —se excusó—. No fue una actuación aprobada por los elfos, sino que la llevó a cabo un grupo élfico que se autodenomina Verumque Genus. Son una facción de elfos que hace décadas se rebeló contra la altas esferas élficas. Creen que, desde hace mucho tiempo, nos hemos vuelto muy blandos con los enanos y los demás vestigios de la Tierra Separada, incluidos los humanos. Ellos fueron los responsables..., no nosotros.

—¿Cómo sabes que fueron ellos? —pregunté, con las manos aún temblando de furia.

—Porque, según parece, hemos capturado a uno de ellos —contestó Edwin—. Y ha confesado.

—Entonces, ¿cómo es posible que aún no hayáis encontrado a mi padre? —inquirí—. ¿Por qué no os ha dicho dónde está?

—Mira —dijo un desalentado Edwin—. Ojalá lo supiera. Estoy haciendo todo lo posible para averiguar más, pero mis padres no tienen tiempo para informarme al respecto todos los días. Esto me desespera tanto como a ti; sobre todo, ahora que sé que es muy probable que unos elfos estén involucrados. Aunque no sean amigos nuestros.

Podía ver en sus ojos que estaba siendo sincero. No porque sean el espejo del alma o alguna chorrada similar, sino porque los tenía enrojecidos y hundidos en unos párpados oscuros e hinchados. Daba la impresión de que Edwin no había dormido como debía desde hacía días.

—Vale —dije, asintiendo.

—Según parece, afirma que no sabe dónde está tu padre; si no, nos lo habría dicho —me explicó Edwin—. Asegura que se suponía que las cosas no tenían que haberse torcido tanto. Enviaron al trol con uno de sus espías por precaución, ya que los elfos tampoco confían precisamente en los enanos. Simplemente, intentaban investigar cómo habías usado la magia y qué había descubierto tu padre. Pero entonces algo enfadó al trol y se transformó y..., bueno, las cosas se desmadraron.

Algo había cabreado al trol. Y ahora sabía que ese algo era yo. Yo había insultado al trol; a pesar de que me habían advertido de que no lo hiciera. Yo había provocado que se transformara, lo cual corroboraba esta versión de los hechos.

No obstante, este nuevo cargo de conciencia no eliminaba por completo mi sensación de frustración.

—Tiene que haber alguna forma de averiguar dónde está, ahora que sabemos quiénes son los responsables de su desaparición —afirmé.

—No es tan fácil —dijo Edwin—. Mis padres llevan décadas intentando acabar con la Verumque Genus. Pero se les da muy bien realizar sus operaciones de manera encubierta. Si supiéramos dónde están, ya no existirían.

—Bueno, al menos, por fin sabemos que algunos elfos realmente son como los enanos dicen que son.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Edwin—. ¿Qué te han contado sobre nosotros?

—He oído algunas historias —respondí.

—¿Qué clase de historias?

—Oh, ya sabes, cosas como que casi todas las personas más horribles de la historia, incluidos la mayoría de los dictadores, eran elfos.

—Eso no es cierto —me corrigió Edwin—. Desde una perspectiva histórica, hay un número parecido de enanos malvados. Lee Harvey Oswald, por ejemplo.

—Al que probablemente se la jugaron los elfos —repliqué—. ¡El «segundo tirador» era un elfo!

—¡Oh, venga ya! —exclamó Edwin—. No me vengas con *conspiranoias*. Además, los casos individuales no son representativos. Siempre ha habido, hay y habrá toda clase de elfos y enanos, buenos y malos. Pero una vez más, no entiendes lo que pasa, Greg. Individualmente, elfos y enanos tienen tantos defectos como los humanos. Algunos son buenos y otros son malos. Y todos cometemos errores. Señalar quién ha cometido este o el otro no sirve para nada. Además, es una muestra de ignorancia y racismo. O sea, Miley Cyrus es una enana y Justin Bieber es un elfo. ¿De verdad se puede sacar alguna conclusión de eso?

Tenía bastante razón. Podíamos estar así todo el día, ya que todos esos pequeños ejemplos no significaban demasiado, puesto que todo elfo, enano o humano es un individuo y no forma parte de una, no sé, colonia de insectos o algo así con una mentalidad de colmena.

—Vale, quizá no tenga sentido tomar como ejemplo a famosos modernos y figuras históricas —admití—. Pero ¿qué hay de la Tierra Separada? ¿Qué podrías decirme sobre un elfo llamado Vulmer Chaemaris?

Edwin se quedó paralizado a medio trago y, acto seguido, con lentitud, dejó la taza sobre la mesa. Arqueó la cejas y, entonces, sonrió con suficiencia.

—Has estado investigando un poco, ¿eh? —dijo.

—Sí, ¿y cómo puedes explicar lo que hizo?

—No puedo, pero confía en mí, Greg, así que no sigas por ahí —respondió Edwin.

—¿Ah, no? Así que no debería mencionar a Elyon Liaris y su brutal reino del terror en Ven Faldhir, ¿eh? —repliqué, recordando solo algunas de las historias horribles que Ari me había contando ese mismo día—. Eran críos, Edwin. Todos ellos solo eran unos chavales enanos inocentes. Ya sería bastante malo si se hubiera tratado de adultos, pero... ¿unos niños?

Edwin no paraba de negar con la cabeza. Parecía lamentar algo, pero no lo que sus ancestros les habían hecho a los míos, sino algo totalmente distinto. Y, sin lugar a dudas, estaba a punto de descubrir de qué se trataba.

—Solo has oído una versión de la historia, Greg —dijo Edwin—. La Tierra Separada era una época distinta. Por aquel entonces, el mundo era un lugar... brutal, menos sofisticado en general. Todo el mundo cometía atrocidades. Estoy seguro de que tus amigos enanos han omitido, porque les convenía, el hecho de que los enanos solían hacer su vino tradicional con la sangre de inocentes hadas del bosque, ¿verdad? O cómo solían torturar a los animales solo por pura diversión, ¿no? Sí, existía realmente un juego enano que consistía, simplemente, en ver quién podía torturar mejor a un animal. Se llamaba el Precio de la Sangre. El ganador se decidía basándose en cuánto tiempo era capaz de mantener vivo al animal para que sufriera. A que de eso no habías oído hablar, ¿eh?

Negué con la cabeza, puesto que ya no era capaz de mirarle a esos ojos tan penetrantes y

azules. Deseaba desesperadamente dar por sentado que estaba mintiendo, pero sabía que eso no era así.

—Por eso te decía que no siguieras por ahí, Greg —añadió Edwin—. También tenemos la historia de Jog Piemoneda y Huk Doblaforja, dos empresarios enanos; uno era un mercader, y el otro, un herrero. ¿No has leído sobre ellos? ¿Sobre lo que hicieron?

Negué con la cabeza de nuevo.

—Olvídalo, no quiero saberlo —respondí.

—Ya es demasiado tarde —replicó Edwin—. Tienes que conocer nuestro pasado en su contexto. Jog y Huk eran dos enanos estafadores, que siempre estaban a la caza de humanos ricos a los que engañar. En una ocasión, fabricaron y vendieron (a un precio desorbitado) dos cálices a juego de gran calidad artesanal a una codiciosa familia humana de la realeza. Pero no le contaron ni al rey ni a la reina, que eran unos incautos, que habían fabricado esos cálices con los cráneos de sus dos hijos, los príncipes. Así que los monarcas bebieron sin querer hidromiel y vino de los cráneos vaciados de sus hijos fallecidos..., ¡a los que Jog y Huk habían matado! ¡Y lo hicieron solo por diversión! ¡Como broma!

Me quedé ahí sentado, incapaz de pronunciar palabra. Era algo demasiado espantoso como para poder asimilarlo.

—Sé que tienes más historias que contarme sobre elfos —continuó Edwin—. Pero guárdatelas. La Tierra Separada era un lugar horrible, repleto de violencia. Pero nuestro pasado no marca quiénes somos. Somos nosotros mismos los que decidimos quiénes somos en el presente. Sé que eres un enano bueno, Greg, del mismo modo que tú sabes que soy un elfo bueno. ¿No?

Alcé la vista y asentí.

—Por lo cual no puedo dejar que esto vaya a más —dijo—, porque bastantes cosas muy feas ya van a volver de por sí con el regreso de la magia. No necesitamos añadir a eso otra guerra entre elfos y enanos. Podemos llevarnos bien; tú y yo somos la prueba de ello. Podemos promover una paz duradera. Por eso estamos haciendo todo lo posible para ayudarte a averiguar qué le ha pasado a tu padre, aparte de porque yo sea tu amigo y quiera a tu padre como si fuera mi tío. Por eso te estoy ayudando yo, pero mis padres te están ayudando porque quieren evitar a toda costa más guerras. No somos esos monstruos que los enanos dicen que somos.

Asentí lentamente. Tenía razón. Sin los elfos, yo seguiría sin tener ninguna pista en absoluto. Y si Edwin estaba en lo cierto con respecto a que ese grupo de elfos renegados estaba implicado, entonces sus padres eran los únicos que verdaderamente podrían ayudarme a encontrar a mi padre. Dudaba de que los enanos siquiera supieran que había luchas internas entre diversas facciones de elfos, y mucho menos cómo dar con una de ellas.

—Intenta echar un vistazo a tu correo electrónico cuando puedas —me recomendó Edwin—. Pronto contactaré contigo...; con suerte, con más noticias.

—Vale, lo haré —respondí.

Aunque no podía acceder a mi correo en el Submundo (a pesar de que algunos enanos introducían algún que otro móvil de contrabando), sí había bibliotecas con acceso libre a Internet por toda la ciudad.

Edwin permaneció ahí sentado, contemplando su taza vacía de café durante un momento. Entonces, sonrió abiertamente y elevó la vista.

—La Roca —dijo.

—¿Qué?

—Dwayne *la Roca* Johnson —repitió—. Es un enano, lo cual es alucinante. Tiene su gracia, ¿no?

Sonreí de oreja a oreja, a pesar de que me sentí fatal. Así era Edwin; podía conseguir que un hombre que se estaba ahogando se riera si hacía falta.

—Y no te lo vas a creer, pero Kanye West...

—Déjame adivinarlo —le interrumpí—. ¿Es un elfo?

—No, humano —contestó Edwin.

Me reí.

—Por cierto —añadió Edwin a la vez que se levantaba—, jaque mate.

La rotundidad con que lo dijo me puso nervioso. ¿Qué había querido decir con eso? ¿Me la había jugado sin darme cuenta? ¿Acaso unos espías élficos estaban entrando en la cafetería a toda velocidad ahora mismo con intención de detenerme?

—¿Por qué estás tan sorprendido? —preguntó—. Sabías que esto iba a pasar.

—¿Qué...? ¿A qué te refieres? —me atreví a inquirir al fin.

—A la partida, tío —respondió—. Jaque mate. Tu último movimiento ha sido una metedura de pata abismal. Pero lo dejaré pasar porque está claro que estabas distraído. La próxima vez será, ¿no?

—Sí, la próxima vez te ganaré. «Torres» más altas han caído.

Edwin esbozó una sonrisilla de superioridad al oír ese chiste tan horrible y, entonces, se marchó.

Como solo se estaba refiriendo a la partida de ajedrez, debería haberme sentido aliviado, pero, por alguna razón, me sentía más nervioso que nunca. ¿Podían los demás enanos estar influyéndome de tal modo que tal vez ya no confiara del todo en mi mejor amigo?

El mero hecho de pensarlo hizo que se me revolvieran las tripas; porque si eso acababa siendo cierto, entonces, con casi toda seguridad, nunca encontraría a mi padre. Pero todavía confiaba en él; lo tenía claro porque ya había decidido que no le iba a contar a los enanos lo que había descubierto (que un grupo de elfos radicales y renegados se hallaba detrás del ataque). Al menos, aún no. Parecían estar muy cerca de embarcarse en un conflicto con los elfos y, si confirmaba esta sospecha (aunque el líder oficial de los elfos no fuera el responsable), seguramente una nueva guerra sería inevitable.

Así que tendría que confiar en que Edwin y yo podríamos resolver la situación de algún modo.

22

DONDE DESCUBRO QUE LA RELIQUIA MÁS PODEROSA DEL MUNDO ANTIGUO ES UN FANTÁSTICO RASCADOR DE ESPALDA

—No se os va a asignar un nuevo mentor —aseguró con rotundidad Dunmor.

Como su padre dirigía el Departamento de Educación Básica y Adiestramiento en Combate y Lucha Enano, Eagan había conseguido que nos reuniéramos a la mañana siguiente con Dunmor y Borazz Mantorrojo, el director educativo de DEBACLE.

—Thufir Cantera..., esto, Buck, es el mejor mentor que tenemos, debéis fiaros de mí en eso —insistió Borazz, por encima de nuestros quejidos de desesperación—. No os rindáis, acabará cediendo..., siempre lo hace.

—¿Qué quiere decir con «siempre»? —preguntó Eagan—. Creía que este era el primer año que formaban a chavales enanos en el antiguo arte del combate.

Borazz miró a Dunmor como si le estuviera pidiendo consejo sobre cuál debía ser su respuesta. Dunmor meditó sus palabras con sumo cuidado antes de hablar.

—Es la primera vez que vamos a formar a tantos —contestó—. Pero cada década, más o menos, desde hace miles de años, cada secta regional enana escoge a un puñado de candidatos para que sean entrenados. Se convierten en una especie de Guardia Nacional enana; en unos guerreros dispuestos a batallar en caso de que se produzca una catástrofe imprevista. Los llamamos los «centinelas». Por esa razón, sabemos que Buck es un gran formador. En teoría, no se nos permite contaros esto, ya que se supone que los instructores se asignan al azar, pero es el mejor entrenador que tenemos. Tendréis que quedaros con él. Al final, merecerá la pena. Ahora, largaos.

Y así nos tuvimos que quedar con Buck, y él se tuvo que quedar con nosotros.

Más tarde, esa misma mañana, nos encontramos una vez más a Buck en su sofá, jugando a videojuegos, como si no se hubiera movido de ese sitio en ningún momento.

El ambiente estaba muy cargado en la habitación; en parte, por culpa de esa consola sobrecalentada y ruidosa que tal vez nunca apagara. Si esta hubiera podido hablar como un hacha mágica, me imagino que me habría rogado que acabara con su sufrimiento.

—¿Por qué habéis vuelto? —preguntó Buck sin levantar la vista—. Creía que os había dicho que sería inútil entrenaros.

—Pues DEBACLE no está de acuerdo con usted —dijo Eagan—. Nos han obligado a volver, a

pesar de que debo confesar que les hemos pedido que nos asignaran un nuevo instructor.

—Y han sido unos necios al negaros vuestra petición —replicó Buck antes de darle un trago a una lata de Dr Pepper, sin apartar la mirada de la pantalla.

Lanzó la lata vacía hacia atrás. Buscó a tientas algo situado a un lado del sofá, que estaba apoyado en el extremo más alejado de este, y lo cogió. Era una enorme hacha de batalla con una reluciente hoja doble negra. La empuñadura estaba ornamentada con unas complejas tallas. Era la *Sanguinaria*. La misma hacha que mi padre había utilizado para salvarme la vida durante el ataque del trol.

Y me estaba llamando ahora, del mismo modo que había hecho varias veces antes.

Greg.

Me alegro de verte de nuevo.

Por favor, sálvame de este hombre.

Quiero ir a destruir cosas.

Intenté ignorar la extraña voz que oía en mi mente mientras observaba horrorizado cómo Buck usaba el hacha para rascarse esa velluda espalda. Entonces la tiró, como si fuera basura, en vez de una reliquia antigua con unos poderes, supuestamente, sin igual. El arma se estampó contra el suelo con un impresionante ZANKAGONG.

—¿Le han dado la *Sanguinaria* a usted? —preguntó un consternado Eagan con un hilo de voz.

En todo caso, bastaba con ese detalle para confirmar lo que Dunmor y Borazz habían comentado antes acerca de que consideraban que Buck era el mejor.

—¿El qué? —contestó Buck, mirando hacia el hacha—. Oh, ¿ese trasto? Sí, alguien me lo trajo y dijo no sé qué chorradas acerca de que era algo importante según una profecía o algo así. No sé nada al respecto, pero lo que sí es seguro es que es un buen rascador de espalda.

Eagan y Lake se estremecieron, asqueados. Glam abrió otro agujero en la pared de un puñetazo, justo al lado del que había abierto el día anterior. Buck la miró y sonrió de oreja a oreja.

—Permíteme, muchacha, que te diga una cosa —dijo—: ahorra fuerzas. No malgastes tus habilidades con las paredes; en esta vida, uno cuenta con unas energías limitadas. Considéralo como un consejo gratuito con el que me despido de vosotros.

—Vaya, es negativo hasta para ser un enano —comentó Eagan.

—Un hombre muy inteligente dijo en su día: «El más inteligente de todos es aquel que se hace llamar necio al menos una vez al mes» —señaló Buck—. Así que, si hago eso una vez al día, ¿en qué me convierto?

A continuación, se rio entre dientes. Entonces encontró otra lata de Dr Pepper que estaba metida en alguna parte del sofá. La abrió y se la bebió entera de un solo y descomunal trago; acto seguido, lanzó un potente eructo y tiró la lata.

Esta rebotó ruidosamente contra la *Sanguinaria* y terminó debajo del sofá después de rodar.

¿Ves qué locura?

Sálvame.

Actué como si un hacha no estuviera hablando telepáticamente conmigo. Me aguanté las ganas de contestar y me centré en Buck. Mi padre seguía desaparecido, y esto era una pérdida de tiempo.

—¿Qué le pasó para que haya acabado así? —le preguntó Ari—. No siempre ha podido ser un viejo *gwint* con tanta mala leche.

Todo el mundo en la habitación (salvo Buck) lanzó un grito ahogado y se quedó alucinado. Yo lo hice únicamente porque «*gwint*» era una palabra que Edwin se había inventado para dirigirse a mí en esos momentos en que me mostraba muy negativo. ¿Cómo podía conocerla Ari? Y, es más, ¿por qué todos los demás se habían ofendido tanto?

—¡No uses esa palabra, Ari! —exclamó Eagan.

—Qué falta de educación —comentó Glam con un gesto de desaprobación.

—Si decís tales desatinos, padre ha naufragado miserablemente con vos al formaros —afirmó Lake.

—No lo entiendo —dije—. ¿Qué es un *gwint*?

Todos se estremecieron de nuevo.

—Es jerga; un término despectivo que se usa para referirse a los enanos —respondió Eagan—. Así nos han llamado siempre los elfos. Piensa en el peor insulto que haya en tu idioma, pues es diez veces peor, es muy ofensivo.

—Cien veces peor —la corrigió Glam con severidad, mientras fulminaba con la mirada a Ari.

No me lo podía creer. Durante todo este tiempo, Edwin me había estado insultando con una palabrota racista que denigraba a los enanos. Y siempre lo había hecho como quien no quiere la cosa. Una vez más, tuve que replantearme hasta qué punto conocía de verdad a Edwin y a los elfos. Si realmente eran tan buenos manipulando a otros seres, entonces cabía la posibilidad de que me hubiera engañado totalmente. Aunque tampoco es que hubiera tenido muchos amigos en el pasado como para poder hacer comparaciones.

—A mí no me ha pasado nada —contestó Buck—. Siempre he sido así. Y nunca he afirmado que fuera bueno en nada, o de alguna utilidad a alguien. Ahora, si me perdonáis, tengo una cita *online* para jugar con algún chaval de Omaha cuyo apodo es Duende Pillastre.

Señaló a la pantalla. El nombre de usuario de aquel chaval estaba escrito así: Du3nd3Pillastr3.

—No vamos a irnos a ningún sitio hasta que no comience a entrenarnos —dijo Glam, colocándose delante de la tele.

—Bueno, entonces, será mejor que os pongáis cómodos —respondió Buck.

La corpulenta Glam no se movió mientras Buck intentaba ver lo que había detrás de ella. El enano suspiró, pero no dio su brazo a torcer, sino que siguió jugando como si fuera capaz de ver a través de una adolescente enana del tamaño de un defensa de la liga profesional de rugby americano.

Pregúntale por la foto.

La *Sanguinaria* me estaba hablando otra vez telepáticamente. Miré a mi alrededor hasta que vi, colgada en la pared, la fotografía de una mujer y un niño.

—¿Esa de la foto es su esposa? —pregunté.

—¿A qué viene esa pregunta tan descarada, niño? —replicó Buck, señalándome con un dedazo—. «Amar es sufrir, pues, de lo contrario, no puede haber amor.»

Agh, estoy harto de que cite a Dostoievski. Es insufrible. A veces lo hace incluso cuando no hay nadie más aquí.

Ignoré a la *Sanguinaria*; sobre todo, porque no tenía ni idea de qué estaba hablando.

—Así que la amaba..., los amaba, ¿no? —le pregunté a Buck.

—Pues ¡claro que sí, idiota imberbe! —me espetó Buck, quien dejó de prestar atención al

juego para mirarme furioso—. De lo contrario, no estaría sufriendo... ¿Es que no escuchas?

—¿Qué les pasó? ¿Murieron? —inquirí.

Ari me dio un codazo; probablemente, porque pensaba que me estaba metiendo donde nadie me llamaba. Pero la ignoré y no dejé de mirar a Buck. Este hizo una mueca de disgusto y negó con la cabeza.

—No, pero eso casi hubiera sido mejor —respondió—. ¡Me abandonó y se llevó a mi hijo! Solo tenía seis años; lo más seguro es que ahora ni siquiera me recuerde. Malditos sean esos inútiles elfos...

—¿Elfos? —preguntó Eagan.

—¡Sí, elfos! —le gritó Buck—. ¿Es que no escuchas, oruga desgarbada?

—¿Y qué tienen que ver los elfos con que ella lo abandonara? —preguntó Ari, quien ahora parecía sumarse a mi plan.

—Pues ¡todo! —contestó Buck—. Al fin y al cabo, ella era una elfa.

Los cinco clavamos la mirada en él, pasmados. ¿Buck había estado casado con una elfa y había tenido un hijo con ella? Personalmente, esto no me habría parecido nada raro ni me habría dejado alucinado si no fuera porque sabía lo que opinaban todos los demás elfos y enanos sobre la especie rival.

—Sí, era una elfa inútil y mentirosa —continuó Buck—. Conoció a otro elfo, un diseñador de videojuegos rico y famoso, que creó un juego ambientado en el Salvaje Oeste con el que ganó un montón de pasta. Se enamoró de ese asqueroso e impresentable *pointer* y huyó con él, llevándose a mi hijo, al que metió en una escuela elfa muy esnob y a quien no he visto desde hace casi diez años. Aunque le envié cartas, dudo mucho de que haya recibido alguna. Si pudiera averiguar cómo funcionan estos juegos, podría diseñar alguno algún día... y a lo mejor volverían conmigo.

Abrí los ojos como platos al tener una revelación tan alucinante que me sentí como si un antiguo tren de vapor de finales del siglo XIX me hubiera atropellado.

—Puedo devolverle a su hijo —le dije.

Todo el mundo me miró, flipado.

—¿Cómo? —preguntó Buck.

—Es difícil de explicar —contesté—. Pero si pudiera lograr que se reuniera con su hijo, ¿estaría dispuesto a entrenarnos de verdad?

—Greg, ¿qué estás haciendo? —me preguntó Ari, algo inquieta.

—Que me reuniera... —dijo Buck, quien parecía esperanzado—. ¿Con mi hijo?

Asentí. No estaba seguro de si sería capaz de lograrlo, pero tenía que intentarlo; si no, nunca recibiría la formación necesaria para poder rescatar a mi padre. Como daba por sentado que lo tenían cautivo en alguna fortaleza oculta, estaba claro que no podría entrar ahí sin tener ni idea de cómo luchar contra los elfos; sobre todo, ahora que sabía que contaban con el apoyo de un trol al menos. Necesitaba recibir este adiestramiento más de lo que creían los demás enanos.

—Eso es lo único que necesito —afirmó Buck—. Solo quiero que sepa que no lo abandoné y que todavía lo quiero. Me da igual lo que haga después de habernos visto, pero tiene que saber lo mucho que sigo esforzándome, lo mucho que aún me importa...

—Lo conseguiré —le aseguré.

¡No! ¡Por favor, no me dejes con este tipejo! Pero ¡si se come las uñas de los pies! No puedo seguir viendo cómo hace eso.

Intenté no hacer caso a los ruegos de la *Sanguinaria*, porque ¿qué más podía hacer a estas alturas?

—¿Trato hecho? —preguntó Eagan.

Buck me observó, buscando algo en mi mirada. No sé qué halló, pero, fuera lo que fuese, pareció sentirse satisfecho.

—Trato hecho —dijo—. Si consigues que me reúna con mi hijo, os entrenaré como es debido. ¿Necesitas que te diga su nombre?

—No —respondí—. Ya le conozco.

23

DONDE GLAM ME AMENAZA CON PARTIRME ESA CARA TAN BONITA QUE TENGO

—Pero ¿qué narices acaba de pasar? —preguntó Ari mientras nos dirigíamos a la parada de autobús de la calle del piso de Buck.

—Desde luego, espero que sepas lo que estás haciendo, Greg —comentó Eagan.

—¿Cómo habéis desentrañado el misterio de la identidad del primogénito de Buck? —inquirió Lake.

—Íbamos al mismo colegio —contesté—. Al menos, eso creo.

—¿Cómo que «crees»...? —preguntó Ari.

Me paré y asentí.

—Bueno, sí, estoy bastante seguro —respondí—. Había un chaval en mi antiguo cole cuyo pasado encaja perfectamente con lo que nos ha contado Buck. O sea, ¿qué probabilidades hay de que sea una coincidencia?

—¡Casi seguro que muy altas, Greg! —exclamó Eagan—. En esta ciudad, viven casi tres millones de personas..., ¡diez si cuentas los suburbios!

—Si te equivocas, te partiré esa cara tan bonita que tienes —me amenazó Glam—. Vale, quizá no la cara, porque eso sería una pena. Pero los brazos y las piernas sí, sin duda.

Di un paso atrás, levantando las manos.

—Al menos, dadme una oportunidad —les pedí—. Tenemos que intentar hacer algo.

Lake y Ari asintieron.

—Vale —dijo Eagan—. Tal vez sea lo mejor que podemos hacer para poder empezar nuestra formación de verdad.

—Bueno, ¿dónde vive este chaval? —preguntó Ari.

—Bueno, hum, no lo tengo muy claro —admití—. Pero sé dónde encontrarlo.

—¡Genial, vayamos para allá! —exclamó Eagan—. ¿Dónde está?

—En el Patronato Isaacson de Sabiduría —contesté.

Todos lanzaron a la vez un derrotista suspiro de rabia.

—¿Te refieres al mayor colegio elfo de toda la ciudad? —inquirió Ari.

—Bueno, eh, sí —respondí—. Pero tengo un plan. Tenemos algo que ellos no tienen. Algo que puede ayudarnos a entrar y salir sin correr un verdadero riesgo.

—¿Y qué es ese algo? —preguntó Eagan.

—¿Creéis que es posible robar algo de galdervatn de la Grandiosa Sala de las Reliquias Enanas? —les pregunté.

Uno a uno, el escepticismo fue dando paso en su cara a unas sonrisas amplias y maliciosas.

De camino a casa, en un autobús donde solo viajábamos nosotros, los demás charlaron animadamente sobre la *Sanguinaria*, a la que habían visto en casa de Buck:

—No me puedo creer que haya visto realmente con mis propios ojos a la *Sanguinaria*..., ¡la he tenido justo delante de mí!

—El mero hecho de haber estado en su presencia ha sido increíble...

—¡Bendita sea la mano que aferre su empuñadura sagrada, aunque solo fuere por un instante fugaz!

—Yo machacaría cosas con ella. ¡Lo machacaría todo!

—¡No me puedo creer que se la hayan dado a Buck! ¿Dunmor está mal de la cabeza?

—¡La estaba usando para rascarse la espalda!

—¿Es que no sabe lo que es?

—Está claro que no...

—¡Chicos, esperad un segundo! —dije lo bastante alto como para acabar con su animada cháchara—. ¿Queréis explicarme por qué esa hacha es tan especial?

Uno a uno, fueron dirigiendo sus miradas a Eagan, quien sonrió de oreja a oreja y se tomó un momento para aclararse la garganta. Entonces, inició su relato:

—Si bien hay muchos relatos sobre armas únicas y poderosas de los enanos, ninguna de ellas sea tal vez tan inquietante e importante como la *Sanguinaria* —dijo Eagan con suavidad, con el mismo tono que ese tipo que pone la voz en *off* en todos los tráileres de cine—. Es un arma que ha proporcionado a todos sus poseedores un gran poder y que está envuelta en un aura de misterio todavía más grande. Fue forjada para un noble mortal poco antes de la caída de la Tierra Separada, el cual encargó a un joven herrero enano, llamado Lorcan Moñocobrizo, que fabricara un hacha que infundiera temor en el corazón de sus mayores enemigos con un filo inmisericorde y una presencia devastadora. Lorcan forjó el hacha con gran cuidado y fervor, movido por la codicia que despertaban en él las riquezas del noble. Como pago inicial, recibiría una llave con diamantes incrustados, que ya valía fácilmente una pequeña fortuna por sí misma, y a la entrega del hacha, se le libraría el cofre del tesoro que abría, así como todas las riquezas que albergaba este en su interior.

»La *Sanguinaria* era un prodigio surgido de la habilidad enana. Su filo era más negro que un alma vacía y estaba más afilado que ninguna otra cosa que haya sido forjada antes o después. También poseía una poderosa fuerza de voluntad propia; el deseo de derramar la sangre de los enemigos de su dueño. Incluso los más excelsos herreros enanos no son capaces de controlar los poderes que poseen sus armas. De esta forma, fue la propia *Sanguinaria* quien moldeó su habilidad única, que consiste en que el hacha concede al dueño que ella elija el deseo de cobrarse venganza; no obstante, se trata de una venganza tan sangrienta que únicamente conlleva un alivio temporal, ya que siempre acaba provocando un gran sufrimiento.

»Tras entregar el hacha al noble humano, Lorcan Moñocobrizo esperó impacientemente a recibir el resto del pago prometido. El noble ordenó que dejaran el cofre del tesoro (que era, en efecto, enorme y estaba hecho de oro, platino y una amplia gama de piedras preciosas) a los pies

de Lorcan. Mientras el codicioso enano se agachaba para abrirlo, el noble lo mató con la perversa hoja ennegrecida por las llamas de la *Sanguinaria*. Después, guardó el cofre y la llave en su propia cámara acorazada.

»El noble portó consigo la *Sanguinaria* durante muchos años, y esta lo ayudó a impartir justicia contra aquellos que le habían hecho mal. Pero, tal y como se había predicho, el hacha acabó trayendo una gran desgracia a su primer dueño. Tras haberse vengado de muchos enemigos a lo largo de los años, el noble cada vez temía más que los familiares de las muchas víctimas de la *Sanguinaria* buscaran a su vez ajustar cuentas. Por eso, dormía con el hacha siempre junto a la cabecera de la cama, donde la tenía siempre a mano para poder defenderse.

»Una noche, después de haberse emborrachado con la nueva remesa de vino de sus viñedos, perdió el conocimiento y se quedó tendido sobre la cama, por lo cual no se acordó de cerrar con llave la puerta de aquel aposento. Entonces, su hijita entró en la habitación para despertar a su padre e informarle de que un visitante se hallaba en la entrada principal del castillo. El paranoico noble, medio dormido y todavía borracho, la confundió por culpa del aturdimiento con un intruso y, rápidamente, la mató con la *Sanguinaria* antes de darse cuenta de qué estaba ocurriendo. Angustiado, bajó dando tumbos por las escaleras y se quitó la vida. La *Sanguinaria* quedó a los pies de su cadáver.

»Lo más irónico de todo es que el visitante que había acudido al castillo esa noche era, en efecto, un familiar de uno de los muchos enemigos del noble: Kynwyl Plomada, el primo del mismo enano que había forjado la *Sanguinaria* y que luego había sido asesinado por el noble. Kynwyl se topó con el cadáver de este y se sintió un poco decepcionado por no haber podido vengarse; no obstante, le satisfizo que el hombre que había matado a su primo ahora estuviera muerto. Cogió el hacha y el arma fue pasando de generación en generación de un enano a otro de la misma familia, clan y aldea.

»Por lo que sabemos, la *Sanguinaria* siguió ejerciendo una influencia muy poderosa y siniestra sobre la vida de todos sus dueños, concediéndoles grandes victorias y, por último, haciéndoles protagonistas de una tragedia aún mayor. Sin embargo, hace mucho tiempo, antes de la caída de la Tierra Separada, se esfumó de la historia escrita, de tal modo que estuvo desaparecida durante miles de años. Según se recogía en los textos recuperados de *Historias del armamento enano, volumen II*, la *Sanguinaria* elegiría algún día a un nuevo dueño, un enano que se alzaría y devolvería la gloria que le pertenece legítimamente a nuestra gran raza, para cobrarse la venganza definitiva en nombre de todos los enanos.

Eagan concluyó la historia con cara emocionada.

—Vaya —dije, y lo decía en serio.

—Sí, y ahora se la han dado a Buck —apostilló Ari con frialdad.

Esto provocó que volvieran a conversar animadamente sobre las posibilidades que abría esa hacha y los horrores que conllevaba. Al final, eso los llevó a charlar sin parar sobre que, al día siguiente, íbamos a probar el galdervatn cuando intentáramos infiltrarnos en una escuela elfa. Cuando antes de subir al autobús les había contado que yo ya había probado el galdervatn y había hecho magia con él, todos se habían sumido en un silencio sepulcral durante casi treinta segundos, y luego habían vuelto a hablar de forma explosiva. Mientras esperábamos en la parada, les había dejado que me frieran a preguntas sobre qué se sentía. Aunque había intentado responder a sus preguntas de la mejor manera posible, me dio la impresión de que mis respuestas les habían decepcionado bastante. Al final, había logrado calmarlos al recordarles que ellos mismos podrían

comprobar muy pronto qué se sentía.

Pero esta vez apenas los escuché mientras parlotaban sobre el galdervatn, porque no podía dejar de pensar en cierto pasaje de la historia de Eagan: «El hacha concede al dueño que ella elija el deseo de cobrarse venganza».

¡Ahí estaba la respuesta que buscaba! La *Sanguinaria* podría ayudarme a rescatar a mi padre. Estaba tan contento que tuve que hacer un gran esfuerzo para no sonreír como un lunático en ese autobús casi vacío. Después de todo, el hacha ya me había hablado, lo cual era una clara señal de que debía tener algunos poderes. Ahora tenía por fin un plan concreto para salvar a mi padre; o al menos tenía clara una fase de ese plan. Iba a entrar en el PIS, iba a hablar con el hijo de Buck y lo iba a ayudar para conseguir que ese tipo nos entrenara. Después, acudiría a los entrenamientos durante el tiempo necesario como para aprender a usar el hacha y para enterarme de cómo podía hacerme con ella.

Entonces cogería a la *Sanguinaria* y usaría sus poderes para salvar a mi padre.

24

DONDE QUEDA DEMOSTRADO QUE NADIE QUIERE QUE LA MUERTE DE UNA TORTUGA RECAIGA SOBRE SU CONCIENCIA

—¿Estás bien, Greg? —preguntó Ari mientras estábamos sentados en el tren de la línea roja de camino al PIS—. Te veo un poco con cara de orco.

Era un dicho enano que quería decir, básicamente, que tenía cara de estar a punto de vomitar. Habían estado intentando enseñarme todos los enanismos más conocidos que no había podido aprender por haber vivido como un plebeyo.

Estaba nervioso; tanto que solo había comido la mitad de mi almuerzo: cuatro sándwiches de jamón (con poco pan...; vale, en realidad, no tenían nada de pan, solamente eran cuatro pequeños trozos de jamón) y un plato de cecina, acompañados de cuatro huevos cocidos, mostaza, patatas fritas y una fresa.

—Estoy bien —contesté—. Solo un poco nervioso...

—Creía que habías dicho que esto sería fácil —señaló Eagan.

—Debería serlo —dije—. Es que no he visto a ninguno de estos chavales desde que descubrí que eran elfos y todo eso, ¿sabes?

Esta respuesta pareció satisfacerles y reanudaron su conversación sobre si los espectros regresarían en cuanto volviera el galdervatn y se iniciara oficialmente la Nueva Era Mágica. Eagan había leído en uno de los pergaminos recuperados de *Los diarios de guerra*, de Azac Granitoscuro, que decenas y decenas de distintas criaturas y razas mágicas habían desaparecido o se habían escondido cuando cayó la Tierra Separada.

Tras bajar del tren, nos metimos apiñados en un callejón que estaba nada más doblar la esquina del PIS, donde Eagan sacó un frasquito con galdervatn.

Robarlo había sido sorprendentemente fácil.

Habíamos fabricado unas bombas de humo snabbsomn usando algo llamado «poción snabbsomn», por supuesto, la cual se la había entregado a Ari su amiga Alfý Pócimadeplata a cambio de una espada y algunos otros objetos que había forjado el verano anterior. Después habíamos lanzado unas cuantas bombas de humo en la Grandiosa Sala de las Reliquias Enanas y habíamos dejado que aquel gas púrpura cumpliera su cometido. Habíamos sorteado a los guardias inconscientes, habíamos abierto la vitrina de galdervatn valiéndonos de la gran destreza de Ari y de Lake para todo lo relacionado con la metalurgia, y habíamos cogido un frasco de galdervatn que reemplazamos con un frasco de algo llamado «niebla ragnbage», la cual tenía un aspecto

extraordinariamente similar.

Los guardias ni siquiera iban a darse cuenta de que nos habíamos llevado algo. Además, nos imaginábamos que, al despertarse, se sentirían tan avergonzados por lo que había pasado que no informarían del incidente. Y, esa mañana, a esas alturas, aún no habían informado de que se hubiera producido alguno.

Contemplamos asombrados el frasco de galdervatn, cuyo contenido no paraba de girar. Esa niebla se retorció ahí dentro y cambiaba de color como un arcoíris viviente.

—Así pues..., ¿lo bebemos y ya está? —preguntó Eagan.

—¿Cuánto? —inquirió Ari.

—No lo sé, la verdad —contesté, negando con la cabeza—. A lo mejor solo deberíamos beber cada uno una o dos gotas hasta que no quede nada, ¿eh? Entonces, eh, ya sabéis, la magia actuará si lo necesitáis. Y si poseéis esa «habilidad»..., su..., supongo.

Eagan nos miró de uno en uno, con el frasquito todavía en su temblorosa mano. Lake, emocionado, asintió. Ari parecía mostrarse un poco más inquieta. Glam frunció el ceño y le arrebató de las manos el frasco a Eagan; se bebió casi la mitad al instante.

—¡Glam, no te lo bebas todo! —exclamó Ari, a la vez que intentaba quitarle el frasco.

—Pero qué más dará, si no vas a tener la «habilidad» —replicó Glam.

Ari puso cara de pocos amigos y, acto seguido, le dio un sorbito. Luego, le pasó el frasco a Lake, quien sonrió de oreja a oreja, con los ojos brillando de emoción. Tras darle un traguito, se lo pasó a Eagan.

—Quizás uno de nosotros no debería tomarlo —sugirió Eagan, quien contemplaba dubitativo el galdervatn—. Ya sabéis, por si acaso. Para que uno de nosotros tenga..., esto..., la cabeza despejada, ¿no?

—Ya te he dicho que es una sensación muy sutil —insistí—. No es como si...

Me callé, al recordar de repente que probablemente el galdervatn era lo que me había empujado a pelearme con Perry, y, en consecuencia, había provocado que revelara el descubrimiento de mi padre a los elfos, y, en consecuencia, había suscitado que una facción rebelde de estos fuera a nuestra tienda, y, en consecuencia, eso había hecho que yo acabara cabreando a un trol, y, en consecuencia, había llevado a que secuestraran a mi padre y aún no hubiera logrado rescatarlo.

—A lo mejor tienes razón —dije, quitándole el frasco.

Eagan pareció decepcionado durante un mero instante, pero entonces asintió, claramente aliviado.

Di buena cuenta de las últimas gotas de galdervatn. El líquido brumoso que no paraba de dar vueltas era tan liviano que fue como si bebiera vapor. Aunque era casi insípido, noté que una ola de frío me recorría el esófago; era como si me hubiera tragado unas diminutas partículas de hielo. La sensación desapareció con rapidez.

—¿Ya está? —preguntó Glam, quien parecía decepcionada.

—Bueno, como ya he dicho, es algo sutil... y gradual. Además, quizá ni siquiera poseas...

Me callé al ver que sus ojos se transformaban en unos mazos con los que amenazaba con partirme la cabeza. No estaba seguro de si (por nuestro bien) debería albergar la esperanza de que Glam poseyera la «habilidad», o si (por el bien del resto del mundo) debería albergar la esperanza de que no la tuviera.

—Bueno, vale, vamos —dije.

Entramos en el colegio por la entrada principal. Había decidido que lo mejor sería que llegáramos justo al final de la quinta hora de las clases, cuando todos los críos estuvieran a punto de salir a almorzar, pero aún no hubieran dejado las aulas: ese era el único momento en que sabía dónde podría encontrar exactamente al hijo de Buck.

La señora Enlen, la secretaria de la escuela que se encargaba de los temas de asistencia, nos saludó con mala cara.

—¿Qué estás haciendo aquí, Greg? —preguntó con frialdad.

—¿Qué quiere decir? —repliqué—. Vengo a clase.

—No, has sido expulsado, Greg —dijo con cierta arrogancia—. Tu taquilla será vaciada y se te enviará lo que haya dentro por correo en un plazo de dos a seis semanas.

—Oh, bueno, hum, es que... —respondí, intentando disimular que mi repentina expulsión me había dejado alucinado. ¿Me echaban por el incidente de las escaleras o, simplemente, porque era un enano?—. ¿Una de las cosas que dejé en mi taquilla estaba viva y necesita ser alimentada! No podrá sobrevivir dos semanas. ¿De verdad quiere ser la responsable de que se pierda una vida, señora Enlen?

—¿Una criatura viva! —exclamó con un claro tono de desaprobación—. ¡Por Dios, Greg!

—Lo sé —admití—. Pero, de todas formas, ¿no puedo ir a recoger mis cosas? Lo haré muy rápido. Así podremos evitar que el colegio mate a la tortuga que un niño tiene como mascota. Además, la peste a animal muerto y todo eso...

Me miró con cara de pocos amigos.

—¿Quiénes son estos... críos que te acompañan?

—Unos primos que han venido a ayudarme a llevarme mis cosas —contesté—. Es que dejé muchas.

—Vais a tener que firmar todos en la lista de visitas.

Entonces, dio unos golpecitos con un boli a un portapapeles.

—Muchas gracias, señora Enlen —dije, mientras escribía mi nombre y la hora en la hoja—. Disculpe las molestias.

La mujer arrugó el entrecejo y negó con la cabeza lentamente.

Lake, Ari, Eagan y Glam también firmaron el registro de visitas. La señora Enlen no pudo disimular que se sentía fascinada por la musculosa y bigotuda preadolescente que garabateó «Glamenhilda» en la página con unos trazos grandes e irregulares de bolígrafo (que sostenía como si agarrara una raqueta de tenis).

—Bueno, ahora esperad aquí al señor Phiro, por favor —nos pidió la señora Enlen con una sonrisa—. Bajaré enseguida para acompañaros hasta tu taquilla.

—Acompañarnos... —repetí con un hilo de voz.

—Sí, es que no podemos permitir que cinco chicos que no son alumnos del centro campen a sus anchas por estos pasillos —me explicó la señora Enlen, muy satisfecha—. Como bien sabes, Greg, ni siquiera los estudiantes matriculados andan por los pasillos durante las clases sin un justificante.

De repente, quise darme un golpe en los dientes por ser tan estúpido. ¿Por qué había creído que nos iban a dejar entrar y acercarme a mi taquilla sin que nadie me vigilara? ¿Cómo un enano

podía haber sido tan optimista? A lo mejor, como había pasado tanto tiempo con Edwin, se me había pegado algo de su exceso de confianza élfico.

Me reí de manera forzada, y mis risas sonaron terriblemente falsas.

—Sí, por supuesto —dije, asintiendo—. El señor Phiro.

—Por favor, esperadlo en el pasillo —nos ordenó la señora Enlen, quien intentaba taparse disimuladamente la nariz para no tener que oler a Glam.

Salimos al pasillo y nos fuimos acercando unos a otros como quien no quiere la cosa, sin que diera la sensación de que nos estábamos juntando para urdir un plan.

—¿Y ahora qué? —preguntó Eagan—. ¿Quién es el señor Phiro?

—Es un nombre élfico, ¿sabes? —comentó Glam—. ¿Puedo atizarle en las rodillas?

—Cálmate —le pedí, a la vez que echaba un vistazo a mi reloj—. Y nada de atizarle en las rodillas. Dejaremos que nos lleve hasta mi taquilla. En cuanto estemos ahí, ya se nos ocurrirá la manera de deshacernos de él.

—Así que, simplemente..., «ya se nos ocurrirá algo», ¿no? —replicó Ari con cierto escepticismo.

—Bueno, sí, creo que es así como funciona el galdervatn —le expliqué—. Es como si te ayudara cuando más lo necesitas..., supongo.

Me miraron con incredulidad.

—Entonces, tal vez propinarle una brutal paliza como ha sugerido Glamenhilda sea lo más idóneo —señaló Lake.

No tuve la oportunidad de recalcar que no deberíamos sacudir a nada ni nadie, ya que, de repente, el señor Phiro, el director de seguridad del colegio, estaba ahí, justo detrás de nosotros.

—Vale, Greg, vamos —me dijo.

En ese instante, seguramente, mis compañeros se dieron cuenta de por qué no debían intentar reducir al señor Phiro por la fuerza. El director de seguridad del PIS se alzaba imponente sobre nosotros. Medía bastante más de metro ochenta y tenía unos brazos como los de un jugador de fútbol americano profesional; además, llevaba en el cinturón un *walkie-talkie* y un tásar.

—Vamos, que no tengo todo el día —me espetó con un chorro de voz.

Asentí y los cinco lo seguimos por el pasillo hasta llegar a mi taquilla. Los tacones del señor Phiro resonaban con fuerza al impactar contra aquel suelo lustroso. En cuanto estuvo delante de mi taquilla, se giró y señaló hacia ella con su *walkie-talkie*, el cual parecía un juguete de plástico en esa zarpa enorme.

—Adelante, coge tus cosas —me ordenó.

Introduje la combinación y abrí la puerta de la taquilla, que estaba casi vacía: quedó claro que había mentido.

El señor Phiro arrugó el ceño e hizo ademán de llevarse el *walkie-talkie* a la boca.

Pero Ari estiró el brazo más rápida que el rayo y agarró el aparato antes de que superara la altura de la cintura de aquel hombre. Incluso Ari pareció sorprendida por su velocidad y destreza; al instante, supe que eso era cosa del galdervatn, que estaba empezando a actuar.

Lo que sucedió a continuación lo confirmó.

Comenzó a salir agua de las juntas del *walkie-talkie*, como si estuviera conectado a una manguera. Ari lo soltó y dio un paso atrás, sorprendida. El señor Phiro, todavía sobresaltado, seguía agarrando ese artilugio eléctrico que se estaba cortocircuitando y del que salían chispas.

Un CRAC crepitante rasgó el aire.

El señor Phiro cayó inerte al suelo.

—¿Está...? ¿Está muerto? —preguntó una horrorizada Ari entre susurros—. No pretendía... Yo solo...

Eagan se agachó rápidamente y colocó una mano sobre el pecho del guardia de seguridad, que aún se elevaba y bajaba.

—Sigue respirando —afirmó, entonces se puso en pie y le dio una patadita al *walkie-talkie*, que yacía en medio de un charco—. No creo que esto tenga suficiente voltaje como para matar a un tío tan grande. O sea, que no me extrañaría que se despertara enseguida.

—¿Eso quiere decir que ella tiene la «habilidad»? —preguntó Glam, quien obviamente tenía envidia.

—Eso parece —respondí, sonriendo satisfecho a Ari.

Ari, que normalmente se mostraba imperturbable, se sonrojó; las mejillas se le pusieron tan coloradas que dio la sensación de que su pelo morado y plateado brillaba aún más.

—Tenemos que irnos —les advertí—. Pronto saldrán de clase y los pasillos se llenarán de elfos.

—Pero no podemos dejarlo así aquí —dijo Eagan, señalando al señor Phiro, que ya se estaba empezando a mover—. En cuanto se despierte, cerrará a cal y canto el colegio.

Aterrados, contemplamos al señor Phiro. Simplemente, para levantar a aquel tipo del suelo las íbamos a pasar moradas, por no hablar de que luego habría que encontrar un sitio donde esconderlo. Pero antes de que fuéramos conscientes de lo que estaba pasando, una decena de enredaderas gruesas salieron reptando de mi taquilla abierta y se enrollaron alrededor de las piernas del señor Phiro.

Observamos, alucinados, como las enredaderas lo arrastraban fácilmente, con los pies por delante, hasta mi estrecha taquilla. En cuanto las enredaderas lo metieron hasta la altura de las rodillas, nos dimos cuenta de que un elfo de este tamaño jamás cabría ahí dentro. Entonces me acerqué y vi al fin que la parte posterior de la taquilla había desaparecido. Detrás de ella, había una pequeña cueva del tamaño de un armario grande. Tenía unas piedras de granito goteantes y pequeñas estalactitas y todo lo demás.

—¿Cómo...? —susurró un asombrado Eagan—. ¿Cómo es posible?

—El *galdervatn* —contestó Ari en voz baja.

Las enredaderas introdujeron al señor Phiro por entero en la cuevecita que había ahora detrás de mi taquilla. Una última enredadera emergió súbitamente, cogió la puerta de la taquilla y la cerró de un golpe. Nos quedamos ahí, en un semicírculo, boquiabiertos.

—¿Quién de vosotros ha hecho eso? —preguntó Eagan.

—No tengo ni idea —respondí.

—¿He sido yo! —exclamó Glam, aunque el desconcierto y la confusión que se reflejaban en sus ojos la traicionaron—. ¡Es obvio que he sido yo!

—¿De dónde ha salido esa cueva? —preguntó Ari—. ¿Está bien el guardia? ¿Qué va a ser de él?

—No lo sé —respondí—. Pero ahora mismo no tenemos tiempo para preocuparnos de eso. ¡Saldrán de clase dentro de un minuto, y tenemos que llegar a la cafetería!

Me siguieron por el pasillo, dejando atrás mi taquilla, la extraña cueva y las enredaderas,

conscientes de que retenían a ese elfo como rehén y de que, al parecer, uno de nosotros las había creado usando magia enana.

25

DONDE AL VOMITIVO PERRY LE VOMITAN EN LA CARA. OH, QUÉ BONITO JUEGO DE PALABRAS

Llegamos al lugar donde solía almorzar sin que nadie reparara en nosotros.

Mientras nos escondíamos detrás del sofá, me llevé una decepción al ver que, al parecer, alguien había arrancado y se había deshecho de mi planta de rúcula. Segundos después, sonó la primera campana de la comida. Ari, Lake, Eagan y Glam parecían estar aturridos mientras oíamos como los primeros chavales entraban en la cafetería por una esquina.

—Es real —susurró Eagan—. El galdervatn es real. La magia enana está volviendo de verdad...

—Sí, la Era Mágica se aproxima, en efecto —admitió Lake con una amplia sonrisa de asombro—. Lo que presagiaron nuestros ancestros largo tiempo atrás se torna realidad.

Dejamos que esas pesadas palabras pendieran en el aire. Estaba sucediendo de verdad. Los enanos que poseyeran la habilidad acabarían recuperando sus poderes mágicos al máximo en todas partes. Y también los elfos. En medio de ese silencio sobrecogedor, oímos unas suaves pisadas que se aproximaban por ese suelo de mármol. Los pasos se detuvieron justo delante del sofá. Un leve crujido nos indicó que aquella persona se estaba sentando en la silla situada enfrente de nosotros. Justo donde él siempre se sentaba.

Entonces, oí el leve murmullo de la voz de Ranita.

—Eh, recuerda cuando podíamos salvar a los gatitos que subían a los árboles —dijo de ese modo extraño y absurdo con el que siempre hablaba consigo mismo—. O almorzar en rascacielos, o poner de rodillas a los villanos...

Indiqué con un gesto a mis amigos que no se movieran mientras Ranita seguía divagando sobre máquinas del tiempo o algo así; acto seguido, me acerqué lentamente al otro lado del sofá y me coloqué en mi sitio habitual.

Ranita dejó de hablar y me miró.

Se mantuvo impassible mientras continuaba desarrollando el sándwich que había traído de casa. Después, por fin, asintió, indicándome que me había reconocido.

—Ranita... —le dije—. Hum, no estoy seguro de cómo voy a contarte exactamente esto..., o ni siquiera sé si eres el crío correcto, pero..., eh...

Esperó pacientemente a que me explicara.

—Tu padre... —continuó—. O sea, no me refiero a tu padrastro, sino a tu padre de verdad. No

sé si guardas algún recuerdo de él, o si sabes qué fue de él, pero te echa de menos. Yo he..., bueno, una extraña cadena de acontecimientos me ha llevado hasta él. No puedo explicártelo todo ahora mismo, pero te echa de menos y quiere verte. Puedo llevarte hasta él.

Ranita se mantuvo imperturbable. No estaba seguro de si estaba asimilándolo todo, o si no tenía ni idea de qué le estaba hablando, o si simplemente le daba igual.

Pero entonces sonrió de oreja a oreja y asintió.

—¿De verdad? —pregunté.

Ranita volvió a asentir.

—Sí —respondió Ranita—. Me gustaría verle ahora. Mi madre nunca me dirá dónde está.

—Genial, vámonos —dije, a la vez que me levantaba—. ¡Resulta que sé dónde está exactamente!

Durante un segundo, pensé que, en realidad, no iba a seguirme. Pero entonces apartó a un lado el almuerzo y se puso en pie.

—Ranita, estoy aquí acompañado de algunos amigos —le comenté, mientras los demás salían de detrás del sofá.

—¿También son enanos? —preguntó.

Por alguna razón, me sorprendió que lo supiera. Pero, por otro lado, su padre era un enano, y su madre, una elfa; además, asistía a un colegio elfo. Así que supongo que no debería haberme llevado una sorpresa.

—Sí, lo son —le confirmé—. Pero luego os presentaré. Ahora tenemos que salir de aquí.

Ranita asintió y nos dirigimos hacia la puerta de salida que estaba en la otra punta de esa sala.

—¿Ya está? —inquirió Glam.

—Sí, ya está —contesté, sorprendido—. Esta puerta da a una escalera trasera, que nos llevará directamente a la calle.

—Así que nunca voy a poder usar la magia, ¿eh? —preguntó Glam, algo enfadada y con los puños cerrados—. Nunca voy a pegarme con un elfo, ¿no?

Nos detuvimos a escasos centímetros de la puerta de salida. En el otro lado de aquella enorme sala, los chavales estaban vaciando las bandejas en la cafetería. No se fijarían en nosotros siempre que no montáramos ningún numerito en los diez segundos siguientes.

—Glam, ya te cabrearás luego —le dijo Ari, quien era tan consciente de la situación como yo—. Tenemos que salir de aquí... cuanto antes.

—Pero tú sí has podido hacer una magia molona —se quejó Glam en voz alta, alzando una mano como si fuera a señalar de un modo acusador.

Nos quedamos alucinados cuando la elevó, puesto que ya no era una extremidad en absoluto, sino que sus dos manos se habían transformado en unos pedruscos de granito del tamaño de unas pelotas de baloncesto.

Abrió los ojos como platos.

Entonces sonrió.

—¡Sí, a machacar! —exclamó.

—¡Glam, no! —dijimos al unísono Eagan, Lake y yo.

Pero ya era demasiado tarde.

Glam no pudo resistirse a la tentación de usar esos puños/pedruscos mágicos para machacar

algo. Al fin y al cabo, era una Picasombra, así que no se lo podíamos echar del todo en cara. Echó hacia atrás uno de esos pedruscos y lo estrelló contra la pared de ladrillo que había junto a la puerta de salida. Un enorme cráter se formó a la vez que unos trozos de mortero y ladrillo rojo salían disparados por todas partes.

Volvió a golpear la pared. Los chavales que estaban en la otra punta de la sala miraron en nuestra dirección. Había dos agujeros descomunales en la pared de ladrillo y fragmentos de esta por todas partes. Sus puños volvieron a convertirse en manos tan repentinamente como se habían transformado en piedra. A pesar de que Glam pareció llevarse una decepción por no poder seguir dando golpes, aún seguía con una amplia sonrisa dibujada en la cara, donde su bigote se había estirado mucho.

Entonces oí una voz que esperaba no tener que volver a oír de nuevo.

—¿Ese no es Greg Gordinflont?

Miré hacia arriba. Perry y seis de sus amigos se nos acercaban muy enfadados.

—Pues ¡sí, es el Barrilete! —gritó Perry—. Sabía que hoy aquí olía a gwint.

Antes de que fuera consciente de qué estaba pasando, ya nos tenían rodeados. Perry dio un paso adelante, me agarró de la camisa y me elevó del suelo muy fácilmente.

—Has vuelto para que termine lo que empecé, ¿eh? —me dijo burlescamente a la cara—. Tus raros trucos enanos no te van a salvar esta vez.

Pero se equivocaba, por supuesto. Según parece, habíamos ingerido más galdervatn que el que yo había tomado el viernes pasado y todavía nos quedaba mucha magia dentro. Aunque tenía razón en una cosa: esta vez, no me salvé gracias a un truco mágico mío.

Sino de Glam.

Mi amiga me dio un empujón y así logró que Perry me soltara. A continuación, se puso en medio de los dos. En ese instante, abrió la boca para gritarle algo, pero de ahí no salió ninguna palabra, sino que se le desorbitaron los ojos y, de inmediato, se puso a vomitarle, a la velocidad de un misil, un barro negro y espeso en todo el rostro.

Esa sustancia que le escupía a la cara era oscura y húmeda, y olía a tierra fértil. Sobresaltado, Perry lanzó un grito y retrocedió varios pasos, mientras intentaba escupir trozos de barro y seguía recibiendo una lluvia de tierra.

En un primer momento, los colegas de Perry no supieron qué hacer. Se quedaron ahí, pasmados, mirando fijamente a esa chica que vomitaba tierra. Pero entonces, por fin, reaccionaron. Dos de ellos placaron y derribaron a Glam. El barro salió disparado hacia el techo como una fuente de tierra.

Otros dos amigos de Perry agarraron por la espalda a Ari y a Lake, reduciéndolos así con mucha facilidad. Otro dio un empujón a Eagan, quien se dio un golpe tan fuerte contra el duro mármol que se quedó sin aliento. Ranita se encogió de miedo junto a la pared.

Entretanto, una furiosa Glam se resistía como podía a dos de los compinches de Perry. Los dos robustos adolescentes intentaban acorralar a la musculosa enana que no paraba de agitar los brazos y las piernas. Aunque, por muy fuerte que fuera, no daba la impresión de que pudiera mantenerlos a raya mucho más tiempo.

Perry se quitó la tierra que aún le cubría los ojos y me miró con una amplia sonrisa y los dientes negros de barro.

—Buen truco, pero esta vez no te vas a escapar —me amenazó—. Chicos, retenedlos aquí.

Esperaremos a que vengan los de seguridad. Estoy seguro de que el señor de los elfos querrá interrogar a estos *gwints* para ver qué traman realmente.

Podría haber cogido a Ranita y haber salido por patas de ahí; y sí, nos habríamos escapado. Pero Lake, Ari, Eagan y Glam no lo habrían hecho. Por mucho que estuviera haciendo eso por mi padre, no estaba dispuesto a dejar a mis amigos en la estacada. Si hubiera sabido cómo hacer distintos tipos de magia de un modo consciente, quizás hubiera podido hacer algo para sacarnos de ese atolladero. Pero transformarse en piedra o hacer crecer una planta de rúcula no parecían ser unas habilidades especialmente útiles en ese momento.

Intenté lanzar piedras por los ojos. Intenté escupir fuego. Me quedé ahí e intenté desesperadamente hacer algo, cualquier tipo de magia. Pero no sucedió nada.

De repente, inesperadamente, alguien chocó con Perry, que acabó despatarrado en el suelo. Con una agilidad y velocidad imposibles, el asaltante se abalanzó sobre los dos chavales que tenían agarrados a Ari y a Lake: los derribó muy fácilmente con sendos golpes rapidísimos en la sien.

Por fin, lo reconocí.

—Greg, coge a tus amigos y huye —me dijo Edwin, quien ya se estaba acercando a Glam para ayudarla a escapar—. No podré mantenerlos a raya eternamente, y los de seguridad ya vienen de camino. ¡Salid de aquí!

Agarré a Ranita y corrí hacia Eagan, que aún estaba intentando recuperar el aliento, para ayudarlo a ponerse en pie. Ari, Lake y Glam se unieron a nosotros, mientras Perry y sus colegas acorralaban a Edwin. Eran seis contra uno. Teníamos que ayudarlo.

—Llevo años esperando esto, Edwin Aldaron —le espetó Perry despectivamente—. Tu padre no te protegerá ahora que estás ayudando a esos *gwints* que han invadido una propiedad privada, ahora que eres su cómplice.

—¡Vete, Greg! —gritó Edwin desde detrás de esa multitud de matones elfos, a la vez que estos lanzaban sus primeros golpes.

Aunque tenía la intención de quedarme a ayudar, porque tampoco podía abandonar a mi mejor amigo, algo en su tono de voz me indicó que teníamos que marcharnos. Ya.

Corrimos hasta el pasillo más cercano, ya que la puerta de salida ahora estaba bloqueada por siete elfos que se estaban peleando. Como, en teoría, la sexta hora de clase acababa de empezar, atravesamos a toda velocidad unos pasillos vacíos. Al menos, hasta que doblamos una esquina y nos topamos cara a cara con el señor Phiro, Salsa Picante y cuatro guardias de seguridad del colegio.

—Ahí estáis —dijo el señor Phiro, con una sonrisa enorme.

Los restos de unas enredaderas muertas y amarillentas pendían inertes de sus piernas.

—Estos enanos han roto el tratado de paz —comentó burlonamente Salsa Picante—. Han violado la ley antigua y deben ser arrestados de inmediato.

Los guardias corrieron hacia nosotros.

Y nosotros salimos por patas.

Pero como nos pisaban los talones, sabía que nos iban a pillar fácilmente antes de llegar a la salida, situada al final de ese largo pasillo. Me entró el pánico al oír cómo nos iban recortando distancia con unos pasos atronadores. Entonces, oí unos gritos de sorpresa. Una hierba estaba brotando bajo mis pies, a través de las baldosas del suelo.

Miré hacia atrás.

Detrás de nosotros, estaba creciendo todavía más hierba. Toda una jungla de plantas y enredaderas brotaba de manera espontánea en el pasillo. Unos árboles descomunales atravesaron violentamente el suelo, haciendo añicos las baldosas de mármol. Las plantas se extendieron desde las taquillas y las grietas de las paredes, y se enredaron en los pies de los guardias, zancadilleando así a dos de ellos por lo menos.

El grito de angustia ahogado que lanzó el señor Phiro me confirmó que la jungla del pasillo era tan espesa que resultaba infranqueable. Seguimos corriendo hasta que llegamos a la puerta y salimos velozmente a la calle. Miré hacia atrás por última vez. El pasillo entero era un muro verde y marrón, de troncos que se entrecruzaban y plantas y hojas en flor; un manto de matorrales y hierbas. Lo único que se podía ver del señor Phiro, Salsa Picante y los guardias, que todavía estaban atrapados en la mitad del pasillo, eran los brazos y las piernas que agitaban desesperadamente y sobresalían entre el denso follaje.

No sabía quién había creado la cueva mágica que había surgido detrás de mi taquilla, pero sabía a ciencia cierta que esto era obra mía. Y, por primera vez, al pensar en el entrenamiento que iba a recibir, me embargó la emoción por unas razones que no tenían nada que ver con salvar a mi padre.

Si un par de críos enanos podían hacer cosas como estas sin querer, solo había que imaginar lo que podríamos hacer si se nos formaba como era debido.

Los seis apenas hablamos de camino a casa de Buck.

¿Por qué ya no me mantenía al margen de líos? ¿Por qué había robado galdervatn de la Grandiosa Sala de las Reliquias Enanas? ¿Por qué lo había utilizado para entrar en el PIS y, de este modo, iniciar una guerra con los elfos? Una semana antes, nunca me habría planteado hacer estas cosas. Aunque, por otro lado, una semana antes, mi padre estaba perfectamente sano y salvo. Entonces no tenía ninguna razón para actuar con este atrevimiento, para romper las reglas y arriesgar la vida, ya que toda una vida de mala suerte me habría indicado normalmente que no lo hiciera.

—Así que ese tío que nos ha salvado —dijo Ari desde el asiento situado a mi espalda— era tu amigo elfo, ¿no?

—Sí —respondí, dándome la vuelta en el asiento—. ¿Entendéis ahora por qué insisto tanto en que podemos confiar en él? No se parece en nada a los elfos que me habéis descrito.

—Es solo un truco —afirmó Glam—. Creo que nos han dejado escapar. Ha sido demasiado fácil.

—¿«Demasiado fácil»? —repitió Eagan—. Pero ¡si uno de vosotros ha transformado ese pasillo en un bosque tropical para que pudiéramos escapar! De no haber sido así, seguro que nos habrían capturado.

—¡Y no olvidemos que habríamos escapado mucho más fácilmente si no hubieras machacado esa pared! —exclamó Ari.

—Glam machaca —dijo Glam con un gran sonrisa, algo avergonzada—. No pude evitarlo...

—Sí, dale un respiro —intervino Eagan—. Todos cometemos errores.

—Glamenhilda protegió con ahínco a Greg cuando se interpuso entre su asaltante y este —añadió Lake.

Me di cuenta de que Ari se sentía muy frustrada porque ambos seguían defendiendo a Glam; probablemente, se debía a que les parecía atractiva y les gustaba su bigote. Pero, al mismo tiempo, Ari no podía negar que Glam se había puesto en medio para ayudarme a defenderme de Perry.

—Gracias por sacarme de ahí —dijo Ranita unos minutos después—. Nunca quise ir a ese colegio. Mi padrastro me obligó.

Creo que, en los tres años anteriores juntos, no me había dirigido tantas palabras.

—¿Por eso nunca te relacionas con nadie? —pregunté.

—En general, sí —contestó—. Además, muchos de ellos..., bueno, soy medio enano. Eso no mola mucho ahí, ¿sabes?

Asentí, pues sospechaba que así era.

—Bueno, por fin vas a poder explicarme por qué dices esas cosas tan raras, ¿no?

Ranita sonrió satisfecho.

—Solo son letras de canciones —respondió—. Escucho mucha música. Eso ayuda cuando me siento solo, ¿sabes? Me molan mucho las letras divertidas.

—¿Por qué no me lo contaste? ¡Si te lo pregunté un montón de veces! —le eché en cara—. En vez de explicármelo, me diste unas respuestas muy raras.

—Ya —dijo Ranita—. Siempre te decía los nombres de los grupos.

Sonreí de oreja a oreja y negué con la cabeza mientras Ranita sacaba un par de auriculares inalámbricos y se los colocaba en los oídos. Entonces recordé todas las veces que le había hablado: en parte, la culpa era mía, ya que, en realidad, no había hablado con él tanto como creía.

Treinta minutos después, vimos cómo Ranita se reencontraba con su padre, lo cual fue al mismo tiempo conmovedor y un poco embarazoso. Era algo que probablemente no deberíamos haber presenciado de ningún modo. Tampoco ayudaba que fuera un chaval muy raro y que su padre fuera un adicto a los videojuegos gruñón y malhablado, así como todo un maestro del maltrato verbal. No obstante, era obvio que los dos se echaban de menos.

La conversación fue tal que así:

RANITA: [Se quedó mirando a su padre con los ojos enrojecidos, sin decir nada.]

BUCK: [Se quedó mirando a su hijo con los ojos enrojecidos sin decir nada.]

RANITA: ...

BUCK: ¿Recibiste mis cartas?

RANITA: [Negó con la cabeza.]

BUCK: ¡Lo sabía! Nunca te fíes de un elfo.

RANITA: ...

BUCK: Bueno, tú eres medio elfo, así que supongo que quería decir que nunca debes fiarte de tu madre. Te envié muchas cartas. Te echaba de menos. Ella nos separó.

RANITA: [Sonrió levemente.]

BUCK: ¿Quieres quedarte conmigo para entrenar con los demás enanos? No va a ser más que una inútil pérdida de tiempo sin sentido, pero se han embarcado en una misión para hacer no sé qué. ¿Quieres mudarte aquí a vivir conmigo? Está todo manga por hombro, pero es lo que hay.

RANITA: *[Asintió.]*

BUCK: *[Asintió.]*

[Durante un buen rato, reinó el silencio; el resto nos sentíamos tan incómodos que nos quedamos mirando fijamente al suelo.]

BUCK: *¿Necesitas ir a recoger alguna cosa a casa de tu madre?*

RANITA: *No, tengo todo lo que necesito aquí mismo. [Acto seguido, sostuvo en alto un iPod y unos auriculares.]*

BUCK: *Vale, bien. Esta noche, podremos ir a comprarte ropa nueva y alguna otra cosa más. Solo tengo que encontrar las llaves del coche.*

[Se puso a revolver esas pilas de latas vacías de Dr Pepper y cajas de comida para llevar; entonces, al fin, se percató de que el resto estábamos ahí.]

BUCK: *Pero ¿qué seguís haciendo aquí? Volved mañana e iniciaremos el entrenamiento.*

[Fuimos hacia la puerta, porque no queríamos llevarle la contraria ni hacer nada que pudiera llevarle a cambiar de opinión; sobre todo después de todo lo que habíamos tenido que hacer para convencerlo.]

BUCK: *Greg, una última cosa...: gracias.*

26

DONDE A EDWIN NO LE DEJAN PARTICIPAR EN EL FESTIVAL QITRIS

Tras inventarme alguna excusa para separarme del grupo de camino al Submundo, me dirigí a una biblioteca pública cercana.

Ahí vi que tenía un correo que Edwin me había enviado poco después del incidente en el PIS, lo cual quería decir que estaba bien. Bueno, lo bastante bien como para escribir un mensaje muy corto: «Greg, tenemos que vernos. Lo de hoy no ha molado nada».

Mientras tecleaba la respuesta, se activó la ventana de la mensajería instantánea de mi correo electrónico:

Edwin Aldaron: ¿Greg?

Yo: Sí, soy yo... Estoy en la biblioteca pública de Fullerton en Logan.

Edwin Aldaron: No te muevas de ahí. Llegaré enseguida.

Quince minutos después, estábamos sentados a una mesa, el uno frente al otro, al fondo de la biblioteca. Edwin me miraba enfadado solo con un ojo, porque el otro lo tenía amoratado, hinchado y cerrado.

—Gracias... —dije.

Él se limitó a negar con la cabeza.

—Lo sé —afirmé—. Lo siento. Pero tenía que, es..., bueno, es complicado. Pero nos salvaste, Edwin.

—Lo sé —dijo al fin—. Y por eso me he metido en un buen lío. En un lío enorme.

Hice ademán de asentir, pero él me interrumpió.

—No —añadió—. No tienes ni idea. Podría perder mis derechos de sucesión. Mi padre ni me habla. Mi madre me ha abofeteado, no muy fuerte, pero aun así..., nunca había hecho nada parecido. Hoy lo he arriesgado todo por ti. Y eso ha acabado con las posibilidades que tenía de averiguar qué le había pasado a tu padre. Eres consciente de eso, ¿no? Creo que tengo derecho a saber por qué.

—De acuerdo —respondí—. Mira, creo que tengo un nuevo plan para rescatarlo. Pero te lo contaré luego. Porque, primero, tienes razón..., te mereces saber por qué estábamos ahí.

Le expliqué toda la situación. Bueno, casi toda. Lo cierto es que no le hablé de que los enanos se estaban entrenando. No estoy seguro de por qué omití ese detalle. Quizás, en el fondo, pensaba que, si se enteraba de eso, llegaría a la conclusión de que se estaban preparando para algún tipo

de guerra, aunque ese no fuera realmente el caso. Era más bien una forma de prepararse para el desastre, para el regreso de los monstruos o por si acaso los elfos nos atacaban. Pero Edwin tal vez no lo viera de esa manera. En cualquier caso, le conté que Buck era un enano que me estaba ayudando a encontrar a mi padre (lo cual no era una mentira, realmente), pero el resto se lo expliqué exactamente tal y como era. Que la depresión de Buck le había impedido ayudarme, que Ranita era su hijo, con el que había perdido contacto, y que había llegado a un acuerdo con Buck por el que me había comprometido a reunirlos.

Edwin me escuchó, asintiendo muy pensativo. En cuanto terminé, suspiró.

—Greg —dijo, inclinándose hacia delante—, ¿por qué no acudiste a mí, sin más? Yo podría haberle entregado el mensaje a Ranita. ¿Para qué te has tomado tantas molestias y has corrido tanto peligro?

—Es que...

La verdad es que, si había actuado así era, en gran parte, porque había descubierto qué significaba «gwint». ¿De verdad podía confiar del todo en un amigo que se refería a su incauto mejor amigo con un término tan despectivo? Pero, al mismo tiempo, antes, en el PIS, había arriesgado el culo una vez más para salvarnos. Así que estaba claro que el asunto era más complicado de lo que parecía.

—¿No confías en mí? —preguntó Edwin, como si leer el pensamiento fuera uno de sus poderes élficos—. ¿Incluso después de lo de hoy?

—No, no es eso. Confío en ti —respondí, lo cual era verdad; si no hubiera sido así, no habría estado ahí.

—Bueno, supongo que da igual —dijo Edwin—. Hicisteis lo que hicisteis, y ahora tenemos un problema aún mayor que averiguar el paradero de tu padre. Los elfos están más que enfadados. Lo han considerado como un acto de agresión, Greg. Al menos, eso es lo que he podido deducir, ya que mis padres no me van a contar nada más, ¿sabes?

—Sé que hemos metido la pata —admití—. Es que somos así. Después de todo somos unos *gwints*, ¿no?

Edwin sonrió ampliamente.

—Por fin has averiguado lo que significa, ¿eh?

—Sí, pero, entonces, ¿por qué te ríes?

—¿Qué quieres decir? —preguntó inocentemente.

—¡Ed, es el insulto más ofensivo que le puedes lanzar a un enano! Sinceramente, en gran parte, esa es la razón por la que, de repente, no me apetecía demasiado contactar contigo.

—¿Qué? Anda ya —replicó—. Solo es una forma de vacilar. Todos los elfos llaman «gwints» a los enanos. No es para tanto.

—Pues para los demás enanos sí es para tanto —contesté—. Deberías haber visto cómo reaccionaron cuando alguien dijo esa palabra. Así que no me vengas ahora con que no tenías ni idea de que fuera tan ofensiva.

Edwin abrió la boca, pero no dijo nada. Ya no sonreía; por su mirada, pude deducir que estaba realmente preocupado.

—O sea, me imaginaba que no era un apodo cariñoso, pero no tenía idea de que fuera tan insultante —se excusó.

—Pues ahora ya los sabes —respondí—. ¿Vas a dejar de usarlo?

—Esto, bueno, sigo pensando que no es...

—Prométeme que dejarás de usar esa palabra para referirte tanto a mí como a cualquier otro enano —le pedí—. Me debes eso como amigo.

Edwin asintió y lanzó un suspiro que parecía de alivio.

—Bueno, ¿en qué consiste ese nuevo plan? —preguntó.

—Bueno..., es...

Una vez más, dudé sobre si debía compartir los detalles con Edwin. Quizás eso fuera un síntoma de la gran influencia que estaban ejerciendo sobre mí los demás enanos, puesto que estaban logrando que ya no confiara del todo en Edwin. O quizás el problema no fuera que desconfiara de él en concreto, sino de los elfos en general. ¿Y si le contaba algo que no debía y luego él se lo contaba sin querer a los demás elfos?

—Es difícil de explicar —dije al fin.

Edwin frunció el ceño. No había duda de que se estaba enfadando. Y al verle el ojo morado, lo tenía así por haberme salvado, me sentí bastante culpable.

—Mira, ni siquiera yo mismo sé cómo va a desarrollarse el plan —respondí, lo cual era cierto. Seguía sin tener ni idea de cómo la *Sanguinaria*, en concreto, me iba a ayudar a encontrar a mi padre. Simplemente, tenía la sensación, la intuición, de que podría ser así—. Pero la magia será un factor clave, así como una antigua reliquia enana que estoy intentando que acabe en mis manos, pero aún no sé cómo lo voy a lograr. En cuanto eso suceda, sabré más.

Edwin se relajó y asintió.

—De todas formas, quizá sea mejor que no sepa mucho al respecto —señaló—. Al magistrado élfico le ha dado por pensar, de repente, que soy un espía enano o algo así, por lo que ha pasado hoy. Tendré suerte si me invitan al siguiente festival Qitris. Así que cuanto menos sepa, mejor. De ese modo, podré negar que sé algo de forma plausible.

—¿El festival Qitris?

—Sí, es una fiesta élfica muy estúpida —contestó Edwin—. Es la versión élfica del 4 de julio o algo así. Supongo que antes era algo muy tradicional, con arqueros y concursos de magia, y otras cosas tan molonas como esas. Pero ahora consiste básicamente en que unos cuantos elfos ricos muy vanidosos celebran unas fiestas durante toda una semana, donde comen de lujo y beben whisky del caro, mientras fingen que no intentan quedar unos por encima de otros, cuando claramente eso es lo que están haciendo. Pero, bueno, como ahora casi seguro que me habrán prohibido asistir...

—Lo siento —me disculpé.

Edwin se encogió de hombros.

—Fui yo quien decidió intervenir —dijo—. Pero sigo pensando que ojalá me hubieras avisado. Podrías haber evitado todo esto.

Asentí. Tenía razón. Me sentía como un idiota.

—Bueno, lo siento mucho —insistí—. Reunámonos de nuevo dentro de cuatro días, en el mismo sitio, a la misma hora. Quizá nos venga bien a los dos que pase un tiempo; a ti, para que puedas quitarte a los elfos de encima, y a mí, para que pueda dar con la manera de llevar a cabo mi nuevo plan.

—Sí, claro —dijo Edwin—. Nos vemos dentro de cuatro días.

Se levantó y se marchó.

No habíamos soltado ningún chiste malo. No habíamos hablado de ajedrez. Y habíamos sonreído muy poco.

27

DONDE NOS CONSIDERAN HÉROES POR HABER EMPEZADO UNA GUERRA

—Dunmor quiere verte para hablar sobre lo que tus amigos y tú habéis hecho hoy.

Ese fue el saludo de Fynric en cuanto entré en nuestra pequeña vivienda del Submundo aquella noche. Aunque ambos dormíamos ahí, lo cierto era que rara vez nos veíamos. Siempre se levantaba pronto, para irse a trabajar en alguna u otra cosa importante.

—Hum...

—Ya nos está esperando —dijo—. Venga, vámonos.

Lake, Ari, Glam y Eagan, acompañados por sus padres, también estaban esperando, sentados a una mesa situada en una esquina del despacho de Dunmor. Fynric y yo nos sentamos al final de ella, cerca de los Picasombra.

Los padres de Glam eran clavados a ella: gruesos, descomunales y peludos. Aunque todavía no me había acostumbrado a apreciar los atributos que los enanos consideraban atractivos, se podía decir que tenían un porte un tanto regio. Eran impresionantes de una forma sorprendente. Es difícil de explicar.

—He recibido un comunicado oficial del embajador elfo de Asuntos Enanos, Ailas Presceran —dijo Dunmor en cuanto me senté—. Afirma que, hoy mismo, cinco jóvenes enanos han violado el pacto Thrynmoor al emplear magia contra unos elfos, lo cual está estrictamente prohibido por la sección tercera, del artículo catorce, subsección cuarta, cláusula tercera de nuestro duradero acuerdo.

Se calló y, entonces, sorprendentemente, nos sonrió.

—Claro que el bueno del embajador Presceran ha omitido el detalle de que los elfos quizás hubieran violado el tratado primero, hace cinco noches, si realmente contrataron a un trol para secuestrar a uno de nuestros ancianos del Consejo —prosiguió Dunmor, cuya amarga sonrisa dio paso a un gesto muy serio—. No hace falta decir que no podemos corroborar tal cosa. Pero no importa. Quién rompió el tratado primero es irrelevante. Lo que sí es relevante es que la tensión ha alcanzado un punto álgido que no alcanzaba desde hacía cientos de años.

Me quedé ahí sentado, con la mirada clavada en el suelo. Lo que había intentado evitar al ocultar el hecho de que sabía que habían sido unos elfos (en cierto modo) los que habían secuestrado a mi padre ahora iba a pasar por mi culpa. Al intentar resolver el caso por mi propia cuenta, había entrado en un colegio elfo y había provocado que la tensión aumentara tanto que nos hallábamos al borde de un verdadero conflicto.

—A partir de ahora, solo podemos actuar de una manera —continuó Dunmor—. Debemos acelerar los entrenamientos. El galdervatn será presentado en breve. Estamos esperando a que llegue más de las excavaciones de Noruega y Bulgaria. El galdervatn también está siendo enviado a otras sectas separatistas a lo largo y ancho del globo para que ellas también puedan iniciar los entrenamientos. Debemos actuar con celeridad. No os equivoquéis: se avecina alguna clase de conflicto. Si el Consejo acepta esta verdad o no con una votación oficial en la Sesión Global inminente es irrelevante. Lo que sí es importante es que todos vosotros completéis vuestro entrenamiento de combate en no menos de un mes.

Se me revolviéron las tripas. Por eso siempre había evitado tomar decisiones drásticas en el pasado. Los Tripatormentosa tenían una suerte horrible. Solo empeorábamos las cosas. Yo era la viva prueba de eso. Yo solo, prácticamente, nos había empujado a la guerra. ¿Había algo que pudiera hacer para sacarnos de esa situación?

—Así queeeee... ¿no nos van a castigar? —preguntó Glam.

—No. Vuestros audaces actos me han demostrado, nos han demostrado a todos, de qué son capaces los enanos —contestó Dunmor—. Deberíais ser un ejemplo, algo a lo que aspirar. Habéis tomado la iniciativa y luego habéis luchado, a pesar de saber que seguramente fracasaríais. Habéis dado la espalda al pesimismo, a esa suerte miserable que normalmente nos impide actuar. Sois la clase de enanos que nos ayudarán a recuperar la gloria de antaño. O a morir intentándolo.

Al día siguiente, por fin empezamos a entrenar con Buck.

Los demás conversaron animadamente durante el viaje en autobús sobre qué íbamos a aprender primero: ¿a luchar con un hacha o magia? ¿A manejar el arco o técnicas defensivas de combate? ¿A lanzar dagas o algo mucho más molón que ni siquiera podíamos imaginarnos?

Por esa razón, nos llevamos una decepción brutal cuando nos pasamos el día entero en el parque Humboldt abrazando árboles, y no exagero; unos fresnos verdes, para ser más exactos.

—El poder de un enano proviene de su vínculo con la tierra —nos recordó Buck por nonagésima octava vez—. En batalla, uno no es poderoso si es rápido, o hábil, o diestro. Lo que importa es si está en conexión con el entorno, con la misma tierra, que nos da la vida y nos la puede arrebatar cuando le plazca.

Yo estaba tumbado boca abajo sobre la hierba, intentando respirar «el oxígeno de la primera brizna», tal y como Buck nos había ordenado. Aunque, en realidad, intentaba no pensar en todos los perros que, seguramente, se habían cagado ahí, en ese mismo lugar, con anterioridad.

Ari estaba abrazada a un árbol cercano, pues estaba intentando «conocer la historia vital» de esa planta.

A varios metros de distancia, Lake se revolcaba por el suelo de un pequeño campo de béisbol, «descubriendo qué diferencia a los materiales terrenales nativos de los temporales».

Eagan estaba en lo alto de un gran árbol, situado detrás del campo, colgado de sus ramas, «estudiando las divergencias que hay entre las fuerzas naturales de nuestro entorno» (aunque gran parte de sus esfuerzos se centraban en procurar no caerse).

Ranita estaba cerca del enorme estanque que ocupaba el centro del parque Humboldt, recogiendo piedras con las que luego se frotaba la cara, para «acondicionar su exterior a los poderes del interior».

Glam estaba recogiendo flores de la maleza con mucho cuidado, para no aplastar sus pétalos o

su polen, y «conocer los orígenes de lo que hace que nos movamos».

Esas eran las instrucciones que nos había dado Buck. Desde mi punto de vista, eran unas chorradas tremendas. Una pérdida total de tiempo que podía haber invertido en intentar localizar a los elfos que habían secuestrado a mi padre.

—Creía que íbamos a aprender a machacar elfos —se quejó Glam por décima vez al menos.

—Acabaréis entendiendo por qué hacemos esto —nos aseguró Buck, a la vez que daba otro sorbo a una de las doce latas de Dr Pepper que se había traído—. Hasta entonces, debéis seguir hablando con la tierra. No os convertiréis en unos guerreros de verdad si no establecéis un vínculo con ella. ¡Ahora, rotad!

Todos cambiamos de sitio. Ahora me tocaba a mí abrazar de nuevo al fresno verde. Esta era al menos la tercera vez que rotábamos para hacer esos ejercicios de conexión con la tierra.

Unos cuantos indigentes pasaron tambaleándose por ahí y nos miraron alucinados. Uno de ellos le preguntó a Buck si podía darle su última lata de soda. Buck cogió un palo largo y espantó a aquel hombre, mientras lanzaba obscenidades a voz en grito. Entonces volvió cojeando hacia nosotros y arrojó el palo.

Se había dejado a la *Sanguinaria* en casa, lo cual tal vez fuera lo mejor, a pesar de que yo había albergado la esperanza de que la trajera. El arma me había hablado de nuevo esa mañana, cuando llegamos para presentarnos para el entrenamiento.

Por fin, vais a empezar, me había dicho.

Estaba apoyada contra la pared, junto al sofá de Buck.

Estoy harta de estar aquí sin hacer nada.

Pronto me usarás para cobrarte venganza.

Al final, alcanzaremos la gloria.

O, cuando menos, destruiremos unas cuantas cosas.

Me había quedado mirándola fijamente, preguntándome una vez más si me estaba volviendo loco. ¿Por qué nadie más la oía hablar? ¿O acaso les estaba diciendo también las mismas cosas a los demás y todos estábamos disimulando? A lo mejor la *Sanguinaria* se dirigía a todo el mundo. Tal vez yo no era para nada especial.

Pasamos el resto del día abrazando árboles y trepando a ellos, tumbándonos en la hierba y buscando piedras, revolcándonos por el suelo y cogiendo flores, hablando con los elementos y susurrando al viento (no, no estoy de coña), esquivando varios ataques al azar de ardillas y pájaros, y, en general, haciendo el tonto mientras Buck ponía a parir a toda clase de persona que se le venía a la mente:

Los espíritus del bosque eran unos vagos.

Los duendes apestaban.

Los enanos eran unos fracasados.

Los elfos, unos codiciosos.

Los orcos, unos imbéciles.

Los troles de roca, aún más imbéciles.

Las ánimas, unas zorras desalmadas (como su exesposa).

Los policías, unos corruptos.

Así como los políticos y los profesores y los cocineros y los conductores de autobús.

Las ninfas del bosque tenían mal aliento.

Y así, un largo etcétera.

Parecía que no tenía nada bueno que decir de nadie. Pero esperaba, por el bien de mi padre, que toda esta chifladura de conectar con la tierra sirviera para algo y me convirtiera, al menos, en un guerrero aceptable.

Los siguientes días de entrenamiento fueron mucho más emocionantes.

Se trató de una sucesión frenética de actividades y ejercicios que se parecían mucho más a lo que todos habíamos esperado en un principio. Bueno, en realidad, estuvimos medio día más jugando en el parque Humboldt como una panda de *hippies* psicópatas. Sin embargo, después de eso, en cuanto dio la impresión de que ya comprendíamos del todo por qué estábamos ahí, Buck nos dijo que paráramos y añadió:

—Ya estáis preparados.

Entonces las cosas se volvieron un poco más claras, viscerales... y violentas.

Aprendimos qué posturas y movimientos debíamos adoptar para batallar. El modo en que hay que repartir todo el peso del cuerpo, la forma de colocarse para poder realizar unos movimientos fáciles y fluidos. Aprendimos algunas técnicas básicas de esgrima, utilizando espadas enanas de verdad. Aprendimos a lanzar hachas pequeñas (a Ranita y a Ari, esto se les daba especialmente bien). Aprendimos muchas cosas sobre diversos tipos de armas enanas (había un montón). Aunque a mí todo aquello me asustaba, a los demás parecía emocionarlos. Quizá no les hiciera mucha gracia tener que batallar de verdad algún día, pero sí les encantaba, al menos, poder emplear armas muy molonas en los entrenamientos.

No obstante, yo cada vez me sentía más frustrado. Después de todo, la única razón por la que hacía eso era para poder empuñar a la *Sanguinaria* con el fin de contar con su ayuda para encontrar a mi padre. Pero la única vez que le había preguntado a Buck al respecto, me había respondido bruscamente que todavía no estaba listo ni de lejos.

Aunque, claro, no aprendimos todas estas cosas al aire libre, en el parque Humboldt, para que pudiera vernos todo el West Side de Chicago. Imagínate a unos cuantos críos y a un adulto que no paraba de beber soda lanzando hachas pequeñas a algunos objetos en medio de un parque de la ciudad.

En realidad, nos entrenábamos justo en el piso que estaba encima de la casa de Buck.

El segundo día, después de habernos marchado del parque, regresamos a su piso. La *Sanguinaria* seguía ahí, tumbada en el suelo, escondida a medias bajo el sofá. El hacha me volvió a hablar.

¿Ya has acabado de recoger flores? Recógeme del suelo, y destrocemos cosas.

Aunque hice ademán de acercarme a ella, Buck la cogió primero. Después fuimos al pasillo y subimos por el último tramo de escaleras; en su parte superior, había una única puerta pintada de grafitis, cerrada con siete cerrojos, que, obviamente, habían sido forjados por enanos, como se podía deducir por los complejos grabados con los que estaban decorados.

Toda la quinta planta de ese edificio se hallaba tras esa puerta; se trataba de un solo cuarto descomunal, que contaba únicamente con unas cuantas columnas. En realidad, era una armería enana con diversas zonas de entrenamiento. Ahí había una pequeña galería de tiro con arco, unos moldes de plásticos que hacían las veces de blanco para los ejercicios de lanzamiento de hacha y

cuchillo, y unos soportes repletos de espadas romas y armaduras de entrenamiento, así como de hachas de batalla, mazas y ballestas para practicar, entre otras armas y armaduras que no pude identificar.

Era un auténtico centro de entrenamiento enano.

Allí nos llevó Buck durante los tres días siguientes desde el amanecer al anochecer, dejándonos tan cansados que lo único que queríamos hacer después de cada sesión era ir a casa y desmayarnos. Ahí fue donde empezamos a convertirnos en guerreros. Algunos hechos un manojo de nervios (Ari, Eagan y un servidor). Y otros con mucho entusiasmo (Glam, Ranita y Lake). Pronto quedó claro que todos teníamos facilidad para aprender lo que Buck nos enseñaba y, además, se nos daba bien, por muy grosero y bestia que fuera él cuando nos comentaba nuestros fallos.

Era, sobre todo, muy bruto conmigo, por alguna razón que yo no llegaba a entender.

Cuando Ari arrojaba un hacha y alcanzaba solo el borde del blanco, de tal manera que el arma acababa rebotando ruidosamente por el suelo, Buck decía cosas como: «Buen lanzamiento, solo tienes que girar más la muñeca. Así».

Pero cuando yo lanzaba un hacha y esta se clavaba en el blanco a escasos centímetros de su centro, Buck decía cosas como: «Has fallado. Tu oponente ha sobrevivido a esa herida, y ahora, casi seguro, te va a matar muy fácilmente de un solo golpe. Estás muerto, Greg. No ha sido suficiente. Lanzas como un humano. Tienes las manos demasiado pequeñas. ¿Es que no comes suficiente cerdo? Todo el mundo sabe que eso hace que te crezcan las manos. ¿Qué intentas, hacerle cosquillas al arma? ¡Imprime un poco de fuerza a esa hacha, brazo de fideo!».

Aunque no decía todas esas cosas a la vez, por supuesto, sí es una selección de lo que me decía tras cada uno de mis lanzamientos.

Cuando Glam se volvía loca con un muñeco de entrenamiento y lo hacía mil pedazos con su hacha de batalla mientras gritaba furiosa, Buck le decía: «Me gusta la pasión que le echas. Me encanta tu entusiasmo, muchacha».

Pero, entonces, yo sacudía a uno muy fuerte sin querer y le arrancaba su brazo falso y Buck me decía: «¡Lo que faltaba, Greg, acabas de romper el puñetero muñeco! Que no son gratis, ¿sabes?».

Y cuando Lake lanzaba una flecha y no acertaba en la diana ni de lejos, Buck le daba unos consejos muy útiles para poder corregir el error.

Pero cuando yo me preparaba para lanzar un tiro, Buck solía acercarse y atizarme con un palo en los talones, cosa que hacía que fallara por mucho. En una ocasión, mi flecha acabó clavada en el techo. Entonces se me ponía delante, a pocos centímetros de mi cara, y me gritaba cosas como: «¡Concéntrate, saco de grasa!».

Además, cuanto más tiempo pasaba cerca de la *Sanguinaria*, con más fuerza me hablaba el arma. Y más ganas tenía de cogerla y embarcarme en la misión de rescatar a mi padre de una vez por todas. Tenía la sensación de que estaba perdiendo el tiempo, a pesar de saber que no era así. Sabía que necesitaba entrenarme para poder llevar a cabo la misión de rescate. Al fin y al cabo, no podía esperar que fuera a liberar a mi padre de su cautiverio lanzando unas amenazas con firmeza y educación.

Sin embargo, la *Sanguinaria* me incitaba a dejar de ser tan paciente.

Cógeme ahora que no está mirando.

Un enano como Buck no sabe sacarme provecho. Te pertenezco.

Si fueras mi dueño, nadie te gritaría tanto.

¿De verdad quieres salvar a tu padre? Pues entonces ¡deja de perder el tiempo y ven aquí a liberarme!

Vamos, vayamos a por unos tacos. Conozco un sitio estupendo en esta misma calle. Después, destruiremos ese sitio solo para divertirnos.

Si ya me distraía bastante por culpa de un profesor que parecía odiarme, el hecho de tener que acallar constantemente esa voz que oía en mi cabeza con una potencia cada vez mayor (una voz que un objeto inanimado proyectaba telepáticamente en mi cerebro) me llevó a preguntarme si sería capaz de sobrevivir a tres días de entrenamiento sin cortarme un pie sin querer o algo así.

Sin embargo, lo soporté porque sabía que era vital para poder salvar a mi padre. El problema estribaba en que Buck siempre estaba con el hacha en la mano y nunca dejaba que nadie más la tocara. La segunda vez que le hice una pregunta al respecto, me hizo la zancadilla y me estrellé de bruces contra el suelo de madera.

—Eso por hacer preguntas idiotas —me había dicho.

Así que fui consciente de que tenía que esperar el momento oportuno, seguir entrenando hasta que se me presentara la oportunidad. Además, seguramente, sería mejor que aprendiera a usarla bien antes de hacerme con ella.

A pesar de que el entrenamiento era muy duro, las noches en que nos quedaban aún algunas energías, íbamos a la Arena. Ahí, mis amigos me enseñaban cosas sobre los antiguos oficios enanos. Aprendí lo básico sobre el soplado de vidrio y la excavación de cuevas, sobre pociones, alquimia y metalurgia. Aunque todo eso se me daba fatal, me divertí mucho aprendiendo.

Al cuarto día de entrenamiento, mientras nos marchábamos, la *Sanguinaria* me llamó una vez desde la cocina, desde debajo de un montón de basura.

La próxima ocasión que nos veamos, me empuñarás por primera vez.

Y todo cambiará.

Vengarás a tu padre.

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo. No era una pregunta. Ni una petición. Ni una sugerencia.

Era una orden.

28

DONDE DESCUBRO QUE MI DAGA TIENE NOMBRE, SE LLAMA APAGÓN

—Por fin está lista —dijo Ari esa misma noche, un poco más tarde, mientras tiraba de mí para llevarme a un aparte, en la Arena.

—¿A qué te refieres?

—A tu daga —respondió—. ¿No te acuerdas de que empecé a hacer una para ti?

Me entregó algo envuelto en un trapo. Me sorprendió lo ligero que era. Ari observó expectante cómo desenvolvía ese pequeño trozo de tela que envolvía el arma.

Era alucinante.

La hoja tenía veinticinco centímetros de largo, estaba afilada por ambos lados y brillaba tanto que casi me cegó cuando se reflejó en ella el fuego de una antorcha de la pared. El cuchillo brillaba casi como una piedra preciosa. Era totalmente simétrico y estaba ornamentado con un patrón grabado muy intrincado, que, al final, reparé en que era mi apellido: «Tripatormentosa».

La empuñadura estaba envuelta en un cuero blando que se adaptaba a mi mano a la perfección, tanto que me pregunté si alguna noche se me había acercado a hurtadillas para tomarme medidas mientras estaba durmiendo. La parte posterior de la empuñadura no estaba rematada por alguna gema o pieza de oro, sino que había una piedra púrpura redonda, pulida y brillante fusionada a ella.

—¿Te gusta? —preguntó Ari.

—Sí, o sea..., es..., otras, es alucinante —respondí.

Ari sonrió; parecía sentirse aliviada. Era como si hubiera llegado a plantearse la posibilidad de que hubiera podido pensar que su cuchillo no era suficientemente espectacular.

—¿De verdad has hecho esto para mí?

—Pues ¡claro! —exclamó—. A todos nos dieron nuestras primeras dagas cuando teníamos unos ocho años. La verdad es que nunca las hemos usado, pero esta tradición sigue teniendo su gracia.

—Así que es, más bien, un objeto decorativo...

—Bueno, siempre lo han sido en el pasado —afirmó Ari—. Pero ahora..., con todo lo que está pasando, a lo mejor tienes que usarla algún día.

Contemplé la hoja, a la vez que asimilaba esas palabras tan inquietantes. En un principio, era incapaz de imaginarme blandiendo esa hoja afilada contra nada ni nadie. Pero entonces pensé en mi padre y en el trol que nos había atacado. Sentí un nudo en la garganta de pura rabia; de repente,

ya no me costaba tanto verme usando la daga.

—Toda arma enana que se forja especialmente para alguien también tiene un nombre —dijo Ari—. La tuya se llama *Apagón*.

—*Apagón* —repetí—. Qué nombre tan guay. ¿Por qué se lo has puesto?

—Yo no se lo he puesto —contestó Ari, riéndose—. Las armas enanas eligen su nombre ellas solas. Todas las noches, después de haber acabado un arma digna de ser considerada como tal, sueño con ella..., y en ese sueño se me revela su nombre. La tuya ha escogido el nombre de *Apagón*. También dicen que, cuando la magia regrese, algunas de nuestras armas desarrollarán poderes especiales. Pero ¿quién sabe...?

—Gracias —dije—. O sea..., es que no sé qué decir...

—No te preocupes por eso —me aseguró Ari.

Entonces le hice un comentario que probablemente no debería haber hecho. No sé por qué. Quizá porque tenía la sensación de que le debía algo por el cuchillo. Y como no tenía nada que darle, supuse que compartir un secreto estaría bien. O quizá, simplemente, porque estaba harto de ocultarles cosas a mis amigos.

—Sigo viéndome con Edwin —le espeté—. Aunque Dunmor me lo prohibió, continuamos hablando cada pocos días.

Ari no reaccionó del modo que esperaba. Pensaba que lo comprendería. Pensaba que sentiría pena por mí, por esa amistad que tenía con un elfo y estaba destinada al desastre. Después de todo, ella había estado ahí cuando Edwin nos había salvado en el PIS. Jo, había metido la pata hasta el fondo (demostrando así que comprendía a las chicas enanas igual o incluso menos que a las humanas o elfas).

—Greg, ¿le has comentado que estamos entrenando? —preguntó Ari, al borde del pánico—. Sé que es tu amigo, pero no le puedes contar estas cosas. ¡Podrías ponernos a todos en peligro!

—Pero es mi mejor amigo —protesté—. El otro día nos salvó...

—Eso no importa.

—Sí que importa —repliqué.

—No, tienes que ser más precavido, Greg —insistió—. Por mucho que desee la paz, no podemos confiar del todo en los elfos. Esta es una dolorosa verdad que los enanos hemos descubierto después de haber sufrido mucho a lo largo de miles y miles de años. No puedes dejar que una supuesta excepción contradiga todo lo que la historia nos ha enseñado.

¿Y si tenía razón? ¿Y si realmente no podía confiar en Edwin? Yo confiaba en él; nada podía cambiar eso. Pero ¿y si me equivocaba? ¿Quién era yo para creer que era más sabio que los millones de enanos que me habían precedido? Aun así, conocía perfectamente a Edwin. La historia no tiene un rostro (y si lo tuviera, casi seguro que tendría barba). Ni emociones. Solo es una cadena de acontecimientos, donde cada eslabón tiene su propia identidad y su propio contexto. La historia no tiene nada que ver con el vínculo que une a dos seres vivos.

—Imagínate que alguien te dijera que nunca confiaras de nuevo en Lake. O en Eagan —dije—. ¿Cómo reaccionarías? Porque eso es lo que me estás diciendo que haga.

Ari observó con detenimiento mi cara y la tensión abandonó su rostro. Era como si, por primera vez, hubiera entendido de verdad que yo nunca había tenido ningún otro amigo antes de conocerla a ella y a los enanos. Que Edwin había sido mi primer y único amigo durante mucho tiempo.

—Lo siento —respondió—. No debería haberme enfadado tanto. Después de todo, estoy siendo una hipócrita. Estoy del lado de la Fisura que cree que tenemos que colaborar con los elfos. Que todas las razas, todas las criaturas, tenemos que aunar esfuerzos, para asegurarnos de que todo el mundo esté a salvo cuando la magia regrese. Y aquí estoy, enfadándome porque estás hablando con un elfo...

—Bueno, hay más... —la interrumpí.

Arqueó una ceja, muy nerviosa.

—Edwin está bastante seguro de que unos elfos están detrás del ataque a mi padre —le conté—. Pero se trata de un grupo de renegados que actúa por su cuenta e intenta iniciar una rebelión contra su padre y el magistrado élfico... o algo así. No se lo he contado a nadie porque no quería que estallara una guerra...

Ari puso cara de circunstancias, era como si el corazón se le hubiera roto en mil pedazos. Estaba así no por mí o por mi padre, sino porque pensaba igual que yo: que en cuanto el Consejo se enterara de ello, seguro que estallaría una nueva guerra, sin importar qué elfos exactamente fueran los responsables.

—No le voy a contar esto a nadie más —me aseguró Ari—. Por las mismas razones que tú no lo has hecho. Pero ten cuidado, Greg. No podemos arriesgarnos a hacer nada que nos empuje aún más hacia una guerra. Mantener la paz es..., bueno, es mucho más importante que la vida de tu padre.

Respiré hondo, pues sabía que tenía razón. Al mismo tiempo, seguía sin saber dónde estaba mi padre. Así que aún no tendría que enfrentarme a ese dilema.

Pero en cuanto descubriera dónde lo tenían encerrado, ¿de verdad podría arriesgarme (o me arriesgaría) a desatar una guerra total por intentar rescatarlo?

Cuando llegué a la biblioteca esa noche, Edwin ya estaba ahí, con un tablero de ajedrez delante.

—Pensaba que sería divertido darte una nueva paliza al ajedrez —dijo con una amplia sonrisa—. Como en los viejos tiempos.

—Ya, bueno, piénsatelo mejor —repliqué, a la vez que me sentaba—. Ahora sé hacer magia, ¿recuerdas? Si pierdo, te convertiré en un koala con mis molones poderes mágicos.

—Sí, seguro que un enano haría eso —dijo.

Aunque pretendía hacer un chiste, en cierto modo, sonó algo siniestro. Así que se nos borró la sonrisa de la cara, y Edwin me indicó con un gesto que comenzara. Dejó que jugara con las blancas, pues era consciente de que él era mejor y que yo necesitaría el uno por ciento de ventaja que proporcionaba ser el primero en mover; eso me daría cierto control sobre cómo iría la partida. La jugada de apertura que escogiera tendría un efecto dominó.

Hice el movimiento de apertura.

Edwin respondió con el suyo automáticamente; ni siquiera se lo tuvo que pensar.

—¿Tus padres te han vuelto a hablar? —pregunté.

—Sí, más o menos —contestó, contemplando el tablero con el ceño fruncido—. Me han prohibido participar en casi todos los asuntos familiares y entrar en todos los edificios de oficinas de la ciudad de la familia. Pero me han perdonado en cuanto les he contado la verdad: que solo estaba protegiendo a mi mejor amigo del peligro inminente que suponía un imbécil llamado Perry.

Que no me había planteado las consecuencias sociopolíticas ni nada de eso. Me ha dado la impresión de que lo han entendido, a pesar de que se han indignado porque te considero mi mejor amigo. También me ha venido bien que a mis padres nunca les haya caído realmente bien la familia de ese «hijo de Perry».

—Eso es bueno —dije, mientras realizaba el siguiente movimiento—. Supongo que le ha tocado las narices al elfo equivocado. Siempre ha sido como el «Perry del hortelano...».

Edwin esbozó una sonrisilla al oír mi horrible juego de palabras.

—Sí, fue una pelea «a cara de Perry» —replicó con frialdad.

Ambos nos echamos a reír, pero nuestras carcajadas sonaban más huecas de lo habitual. Edwin titubeó ante el tablero, y pensé que tal vez estuviera cavilando sobre cuál iba a ser su siguiente movimiento. Pero entonces me di cuenta de que no se trataba de eso para nada, sino de que estaba intentando dar con la mejor manera de decirme algo que yo no quería oír.

—Aunque las cosas se están complicando —me advirtió Edwin—. O sea, es... Ojalá pudiera parar todo esto.

Se calló para mover un peón, pero yo apenas era capaz de concentrarme en la partida. Esperé a que se explayara.

—Mis padres están planeando algo —afirmó—. Estoy bastante seguro de que no tiene nada que ver con tu padre, pero no sé de qué se trata. Sé que no puede ser nada bueno. Sobre todo, si tenemos en cuenta todo lo que está pasando.

Lancé un profundo suspiro y dirigí la mirada al tablero, porque no quería escuchar lo que fuera que tuviera que decirme a continuación. Hice mi siguiente movimiento; una jugada audaz y agresiva que lo obligaría a hacer unos cuantos movimientos de una manera que, con suerte, podría predecir. Como se le daba muy bien hacer movimientos sorprendentes, mi estrategia en esta ocasión era obligarlo a ir por donde yo quería lo máximo posible.

—Los elfos se están preparando para un gran conflicto —me reveló al fin Edwin—. Nadie se atreve a llamarlo una guerra, pero..., bueno, empezamos a entrenarnos mañana. Todos. Y no creo que sea para defendernos únicamente de los monstruos cuando la magia regrese...

Ambos nos quedamos sentados ahí, en silencio, mirando fijamente el tablero. Ninguno de nosotros estaba pensando en la partida, porque sabíamos perfectamente lo que de verdad significaba lo último que había dicho Edwin. Éramos enemigos natos, y no podíamos esquivar esa realidad, por mucho que hiciéramos todo lo posible por ignorarla. Si bien en un momento dado habíamos llegado a creer que podríamos ayudar a evitar que ambas partes entraran en conflicto, ahora todo parecía inútil. Parecía inevitable que estallase algún tipo de guerra. Lo único que esperaba es que pudiera ser una guerra fría durante el mayor tiempo posible.

Pero también me estaba destrozando por dentro el hecho de que no le hubiera confesado que nosotros también estábamos entrenando. Él confiaba en mí tanto como para haberme revelado que los elfos se estaban entrenando en cuanto se había enterado de ello. Nosotros llevábamos cuatro días de adiestramiento y todavía no le había mencionado nada al respecto.

—¿Y no podemos hacer nada para evitarlo? —pregunté.

Edwin llevó a cabo su siguiente movimiento. No era el que creía que le iba a obligar a hacer, sino uno que nunca me había planteado siquiera.

—No lo creo —respondió al fin Edwin, negando con la cabeza lentamente.

—Nosotros también estamos entrenando —le revelé al fin.

Esperaba que se sorprendiera, pero se limitó a asentir con calma.

—Me lo imaginaba —dijo—. Hay espías elfos por todas partes, Greg, así que ya lo sabíamos.

Aunque me sonaron más a advertencia que a amenaza, esas palabras estaban teñidas de cierto tono amenazador.

Nos quedamos ahí sentados, en silencio, y terminamos la partida. Edwin me ganó. Pero eso importaba poco. Al acabar, ni siquiera fingió que se regodeaba en su victoria, ya que no había obtenido ninguna satisfacción con ella. Había preparado la partida, sabiendo lo que sabía, pero daba la sensación de que no había sopesado de verdad lo que estaba en juego hasta que esas palabras habían salido de su boca.

Si ambos bandos se estaban preparando para una guerra, entonces nuestro destino estaba sellado: seríamos enemigos mortales. No obstante, acordamos volver a reunirnos al cabo de cuatro días. Porque seguíamos siendo grandes amigos. Y quizás eso pudiera seguir siendo así, a pesar de que podía estallar una guerra.

Tal vez fuera una esperanza muy estúpida a la que agarrarse, pero la alternativa era tan deprimente que era mejor no pensar en ella.

29

DONDE LOMDUL ESPADADURA ESCUPE FUEGO

Al día siguiente, descubrimos que solo había un experto en magia enana en el mundo entero.

Como nadie (aparte de mi padre y un puñado de *conspiranoicos*) había creído jamás que la magia regresaría, casi nadie se había molestado en averiguar demasiado sobre cómo funcionaba. De ese modo, ese día, iniciamos nuestra formación como parte de un grupo aún mayor, reunido en un almacén abandonado cerca de los límites de una zona industrial particularmente desolada del parque Garfield.

Entramos en fila en un auditorio donde había cientos de chavales enanos. Vimos a un hombre en un escenario, situado en medio de esa nave, que, por otro lado, estaba vacía. Era bajito y rechoncho; tenía unas cejas pelirrojas extrañamente deformes. Tenía un pelo blanco tan ondulado que parecía que vestía un disfraz barato de mago de Halloween. Lo único que le faltaba era un sombrero puntiagudo. Sin embargo, entonces, aquel hombre rebuscó algo por debajo de su túnica y de ahí sacó uno que se puso en la cabeza.

No me lo podía creer.

—He oído hablar de este tío —nos susurró Eagan—. Es Fenmir Brumusgo. El mayor estudioso vivo de la magia enana. Aunque mi padre dice que no posee la «habilidad».

—¿Quieres decir que el señor mago de ahí arriba, en realidad, no es un mago?

Eagan sonrió abiertamente y se encogió de hombros, mientras Fenmir Brumusgo hacía callar a la multitud con unos cuantos petardos baratos que, supuestamente, tenían que parecer algo mágico. Si bien algunos chavales exclamaron «ooh» y «aah», la mayoría se rio con disimulo.

—¡Bienvenidos! ¡Soy Fenmir Brumusgo! —exclamó—. Soy vuestro instructor de magia. La magia enana ancestral es nuestro aliado más poderoso. Se basa en emplear los elementos de la tierra para hacer cumplir tu voluntad. ¿Alguna pregunta?

Varios chavales levantaron la mano. Fenmir los ignoró y continuó hablando.

—Los enanos son capaces de manipular con maestría las materias primas. Los magos enanos no son distintos en este aspecto. Su magia afecta al viento, la lluvia, la niebla, la tierra, el fuego y otros elementos naturales de la misma índole. ¿Alguna pregunta?

Unos veinte críos levantaron la mano, al menos, o quizá más. De nuevo, Fenmir siguió hablando sin apenas hacer alguna pausa.

—¡La magia enana consiste en manipular lo que ya existe! —gritó—. No supone crear unas energías nuevas, como muchos creen erróneamente, lo cual, claro está, es una idea completamente

ridícula.

Se calló un momento para reírse con cierta arrogancia.

—¿Alguna pregunta?

En esta ocasión, nadie se molestó en alzar la mano.

—Bueno —dijo Fenmir—. Como ya sabéis, se han encontrado muy pocos textos originales enanos que hablen de cuestiones mágicas. Pero ¡eso no será un problema! Pues soy un experto en magia enana. ¿Alguna pregunta? Vale, entonces, empezaremos con la prueba de «habilidad». Un niño cada vez. Para ver quién tiene derecho a quedarse para formarse y quiénes de vosotros no sois dignos de recibir una educación en materias mágicas.

Nos llevaron en manada hasta una fila colosal situada delante del escenario. Ahí reinaba un silencio total. La primera cría en ser sometida a prueba, una niña de once años llamada Rabo Vistaborrosa, subía las escaleras que conducían al escenario. Fenmir, que sostenía en alto un cuentagotas con galdervatn, depositó una sola gota de ese líquido fantasmal y colorido que no paraba de girar en la lengua de Rabo; acto seguido, le indicó con una seña que se apartara a un lado, donde una ayudante, que sostenía un cuchillo y un tenedor, cortó una pequeña tajada de algo marrón y gelatinoso con forma de bloque.

—Esta sustancia que Rabo está a punto de ingerir —le comunicó Fenmir a voz en grito a la muchedumbre— es de una índole terriblemente abominable y repugnante. Se llama seitán y es algo que los humanos suelen usar como sustitutivo de la carne.

Unos chillidos de horror y desaprobación brotaron de la multitud. Fenmir asintió vigorosamente, como si lo lamentara.

—Lo sé, lo sé —dijo—. Es toda una tragedia, sin duda. Sin embargo, es muy útil a la hora de descubrir quién posee la «habilidad» y quién no. La magia enana no opera por entero a nivel consciente, sino que funciona en gran parte de manera instintiva. Y el seitán, que no es más que puro gluten de trigo, es una sustancia que repugna a la lengua y al sistema digestivo de los enanos. Por tanto, es totalmente inevitable que su ingesta provoque reacciones violentas. Procedamos.

La ayudante dio la tajadita de seitán a Rabo Vistaborrosa.

Esta lo mordisqueó y sufrió arcadas. De repente, le brotaron unas hojas de las orejas. Unas hojas propias de toda clase de árboles; yo conté diez tipos distintos, al menos. Salieron disparadas, desplegándose y flotando hacia una muchedumbre compuesta por unos chavales emocionados que no paraban de chillar, la mayoría de los cuales estaban presenciando magia enana real por primera vez en su vida. Después de unos quince segundos, la magia cesó, y centenares de hojas cayeron al suelo del almacén.

Rabo parecía estar sorprendida.

—¡Felicidades! —exclamó Fenmir—. No cabe duda de que posees la «habilidad».

Una enorme sonrisa surcó el rostro de Rabo mientras lo celebraba con unos cuantos de sus amigos que formaban parte de la multitud. El siguiente muchacho subió las escaleras.

—Oh, no —susurró Ari.

—¿Qué tripa se te ha roto? —pregunté.

—Eso no va a funcionar conmigo, he comido seitán unas cuantas veces —contestó—. Al principio, me sabía asqueroso y me costó acostumbrarme, pero ahora me da igual.

—¿Lo ves? Por eso siempre te hemos dicho que no era una buena idea que una enana se hiciera vegana —comentó Eagan.

—¡Es antinatural! —añadió Glam.

—¿Qué voy a hacer? —inquirió Ari.

—Bueno, nosotros ya sabemos que tienes la «habilidad» —respondí—. Así que ya se nos ocurrirá algo.

Aunque asintió, no parecía estar muy convencida.

El siguiente enano era Umi Testamagma. Se le sometió a la prueba, pero no sucedió nada. Fenmir negó con la cabeza, lentamente, y dio la impresión de que Umi se iba a echar a llorar. Un grito ahogado de decepción surgió de la muchedumbre.

Uno a uno, los niños enanos fueron sometidos a esa prueba; de ese modo, quedó demostrado que lo que Dunmor me había dicho aquella primera noche sobre que alrededor de uno de cada diez críos poseían la «habilidad» era cierto. Los afortunados reaccionaban de manera muy diversa al seitán:

- Lomdul Espadadura escupió fuego durante unos segundos.
- A Kasus Cavador se le transformaron los brazos en ramas de árbol.
- Mamreginn Machacaplomo hizo que lloviera en el escenario; sí, dentro del almacén.
- Gorol Destilaoscuro levitó a unos cuantos centímetros por encima del suelo, pero después perdió el control y acabó cayendo hacia atrás de cabeza, con un estruendoso PUM (pero no le pasó nada gracias a su grueso cráneo enano).
- A Thikk Capacerveza le creció al instante una barba enorme durante varios segundos; a continuación, se le cayó y flotó hasta el suelo hasta posarse alrededor de los pies de esa enana (lo cual encantó a la multitud).
- Orir Cazaduendes vomitó algo de arena y luego le brotó un cactus en la coronilla.

Casi una hora después, por fin llegamos al escenario.

Glam fue la primera en subir (había insistido en ello, de una forma bastante violenta, al abrirse paso entre el resto de nosotros a empujones). Se le desorbitaron los ojos de asco al mascar el seitán. Entonces le brotaron unas margaritas por toda la cara y los brazos, cubriéndola de unas flores hermosas. Parecía asqueada y se las arrancó mientras la multitud se reía tontamente.

Lake parecía estar muy nervioso cuando llegó su turno. Y, a pesar de que tuvo muchas arcadas y temblores, no le ocurrió nada mágico. Sin lugar a dudas, se quedó destrozado y bajó del escenario arrastrando los pies y con los hombros hundidos.

Ranita también dio negativo en la prueba. Pero a él no pareció importarle. De hecho, lo más seguro es que incluso estuviera contento, puesto que eso significaba que pasaría más tiempo entrenando con su padre.

Ari se mordió el labio nerviosamente mientras subía al escenario. Contuve la respiración, mientras ella bebía el galdervatn para luego recibir una rodajita de seitán. Lo masticó e hizo como que lo odiaba; hasta tosió y fingió que se ahogaba de un modo exagerado. Pero no pasó nada más.

—¡Negativo! —anunció Fenmir.

—Pero si no puede ser; en realidad, sí poseo la «habilidad» —replicó—. Lo juro.

—Eso es lo que dicen todos, niña —dijo Fenmir—. ¡Siguiente!

Ari me lanzó un mirada de desesperación. No sabía cómo ayudarla. Pero no hizo falta. Se le iluminó la cara: acababa de tener una idea.

—¡Cecina! —gritó—. ¿Quién tiene algo de cecina?

Casi me eché a reír al pensar que era imposible que alguien llevara algo de cecina encima por pura casualidad. Sin embargo, entonces, la mayoría de los aproximadamente cincuenta críos que quedaban en la cola levantaron la mano. Había olvidado que me encontraba en compañía de enanos. Alguien llevó un trozo de cecina hasta el escenario.

Aunque Fenmir pareció dudar, acabó dejando que se lo dieran.

Cuando tenía cinco años, Ari había jurado que nunca volvería a comer carne. Le costó masticar esa cecina tan dura. Tenía los puños cerrados y la cara roja por el asco y el enfado. Un trueno estalló en la calle y el almacén tembló como si fuera a venirse abajo. Un relámpago trazó un arco por el techo, friendo una de esas enormes luces industriales con un CRAC. Una lluvia de chispas y cristales cayó sobre el suelo situado detrás del escenario.

Todo el mundo dio un grito ahogado. Entonces, un crío lanzó un grito de júbilo, y el resto de los chavales lo imitó.

—Bueno, supongo que todos cometemos errores... —dijo Fenmir—. De vez en cuando.

Ari se bajó del escenario; parecía sentirse sorprendida, aliviada y hasta un poco avergonzada.

—Pasa tú —me indicó Eagan—. Yo estoy muy nervioso. Acojonado, la verdad.

—No te preocupes, seguro que posees la «habilidad» —le calmé.

Eagan negó con la cabeza con energía.

—No, no temo no poseer la «habilidad» —dijo—, lo que realmente me aterra es que sí la tenga. No quiero hacer magia. Nunca he querido. Prefiero usar como armas cosas que entiendo, como el lenguaje y la razón.

Debía de ser de los pocos enanos ahí presentes que rezaba para no tener la «habilidad».

—¡Vamos, que no tenemos todo el día! —vociferó Fenmir desde el escenario, dirigiéndose a nosotros.

Eagan, nervioso, subió al escenario, bebió algo de galdervatn. A continuación, masticó el seitán con gran dificultad. Pero no pasó nada. Eagan fue el primer crío enano en abandonar el escenario con una sonrisa enorme, con los brazos levantados en señal de victoria.

Ahora me tocaba a mí.

El seitán estaba blando y pastoso. Y sabía a veneno. Aunque estuve a punto de atragantarme al intentar masticarlo, justo entonces me lo tragué entero. Mientras lo engullía, me di cuenta de que todos los chavales se estaban riendo como locos.

Eché un vistazo a mi alrededor.

Incluso Fenmir y su ayudante intentaban contener las carcajadas como podían. Entonces, por fin, miré hacia abajo y me percaté de que mis piernas se habían transformado en dos trozos de madera achaparrados. La resina brotaba de los troncos que eran ahora mis piernas y caía en forma de gotas al suelo. Un pájaro carpintero asomó la cabeza por un agujerito, situado cerca de donde debería haber estado mi rodilla. Salió volando por una ventana abierta del almacén que se hallaba detrás de mí.

Cuando volví a mirar hacia abajo, mis piernas habían recuperado la normalidad, pero tenía los pantalones cortos manchados de una savia amarilla y pegajosa. Unos pocos críos todavía se reían con disimulo mientras bajaba las escaleras para unirme a mis amigos.

—Bien, supongo que es aquí donde nos separamos —dijo Eagan—. Pero mañana volveremos a vernos en casa de Buck, chicos.

—Oh, no sabéis cuánto me habría regocijado que hubiera obtenido un resultado opuesto en mi examen —comentó un pensativo Lake, con un tono de desesperación medio en broma, medio en serio.

Me sentí mal por él. De nosotros seis, era el único que parecía sentirse decepcionado con los resultados. Ari le dio una palmadita en la espalda y él le mostró una amplia sonrisa. Entonces se encogió exageradamente de hombros, y ese gesto hizo que se le revolviera aún más el pelo.

Y, así, por fin llegó el momento de aprender magia enana de verdad.

30

DONDE ARI ME GOLPEA VARIAS VECES CON UN GARROTE ENORME

Solo quedaron treinta y seis críos enanos en el almacén para participar en la primera sesión de entrenamiento mágico.

—Vamos a empezar con una breve clase sobre la naturaleza de la magia en general —anunció Fenmir—. Después, se os dividirá en pequeños grupos para que mis ayudantes se ocupen de vosotros. Hoy vamos a realizar magia. Como el tiempo es oro, no tiene sentido *delfomorar* esto más.

La multitud estalló en carcajadas, pero yo no le vi la gracia al chiste.

—Ahora bien —dijo Fenmir, a la que vez juntaba ambas manos con los dedos entrelazados—, aquí no vais a aprender ningún abracadabra. Los conjuros enanos no se basan en palabras, lo cual es una idea totalmente ridícula y estúpida. ¿Acaso los mudos no pueden hacer magia? Pues claro que sí. Pronunciar una palabra inventada para lanzar un hechizo es una idea totalmente idiota e ilógica, que han perpetuado los libros y las películas, y de la que podéis iros olvidando ahora mismo.

»La magia enana de verdad se basa en el propósito, el pensamiento y el sentimiento. Es de naturaleza espiritual, no intelectual. Tienes que sentir lo que necesitas que suceda o, si no, no sucederá. Pero, claro, eso hace que nuestros hechizos tengan bastantes matices, ya que un sentimiento es muy difícil de definir, al igual que un propósito individual. Esa es la razón por la que tres enanos pueden intentar lanzar el mismo conjuro y acabar teniendo tres resultados drásticamente distintos. Los sentimientos son únicos en cada individuo y nuestros propósitos son algo innato que no se puede modificar fácilmente. Deseamos lo que deseamos y no podemos mentirnos a nosotros mismos de una forma eficaz..., puesto que el *galdervatn* no te lo permitirá, lo cual hace que la magia enana sea especialmente peligrosa para los inexpertos. ¿Alguna pregunta?

De repente, recordé cuando Glam había machacado a golpes las paredes del PIS, al parecer, en contra de su voluntad. ¿A eso se refería Fenmir? ¿Esa era la razón por la que Glam no había podido evitarlo? No levanté la mano, sino que planteé mi pregunta a voz en grito, aprovechando la breve pausa que había hecho el maestro.

—Así que no podremos controlar del todo la magia que hagamos, ¿verdad? —pregunté—. Si mi deseo más íntimo es comer, entonces la magia creará comida, a pesar de lo que yo realmente intente hacer, ¿no?

Fenmir me miró, sorprendido, como si nunca antes le hubieran hecho una pregunta.

—Sí, eso es lo que le ocurrirá a un enano inexperto —contestó al fin—. Es una conclusión

atinada. Por eso vamos a centrar nuestros entrenamientos en aprender a abordar vuestros pensamientos más íntimos, controlarlos y dominarlos, de tal forma que podáis realizar la magia que pretendéis llevar a cabo. Es más, la magia enana no puede utilizarse de un modo absurdo. Es demasiado pura; no se puede emplear para hacernos la vida más fácil, sino para realizar tareas vitales. Por ejemplo, puede ayudarnos a protegernos, alimentarnos, cobijarnos..., a satisfacer necesidades básicas. Pero no existe una magia enana que os ayude a fregar los platos, o a ganar un partido de baloncesto o a limpiar vuestra habitación. Esos conjuros no existen. Si intentáis lanzarlos, no pasará nada, o tal vez, en todo caso, ocurrirá justo lo contrario de lo que deseáis. La magia enana es sincera por encima de todo lo demás.

Eso parecía encajar a la perfección con los enanos, que eran gente práctica, trabajadora, brutalmente sincera y prácticamente incapaz de ser hipócrita o frívola. Si eran así, ¿por qué debería ser su magia distinta?

Tras la breve lección de Fenmir sobre lo difícil y peligroso que era realizar magia enana, nos dividieron en grupos más pequeños de seis miembros para que lo comprobáramos por nosotros mismos.

En mi grupo, estábamos Glam, Ari, yo y otros tres enanos a los que no conocía. Nuestra ayudante de instrucción mágica (o AIM, como los había llamado Fenmir) nos dijo que se llamaba Tuss Arcodapedra. Era joven, de unos veintitantos años, a juzgar por su aspecto, y bastante guapa, a pesar de (o quizá debería decir «gracias a») que tenía una capa de vello aterciopelado encima del labio superior. ¿Quizá mis genes enanos se estaban activando y me empezaba a resultar atractivo el vello facial femenino? Ya no sabía qué pensar; además, supuse que, de todas formas, realmente no importaba. A la gente le gusta lo que le gusta, ¿qué más daba que a los demás les pareciera bien o no, o si eso encajaba en cómo se supone que deben ser las cosas o en la definición de normalidad?

Fenmir permaneció en el escenario situado en el centro del almacén. Y a todos nosotros nos dieron unas tazas del tamaño de un dedal con galdervatn, el cual bebimos al instante. Hasta los AIM bebieron un poco. La única persona que no lo probó fue el propio Fenmir.

—Primero intentaremos lanzar uno de nuestros hechizos defensivos más básicos —dijo Fenmir—. Podría salvaros la vida en casi cualquier situación letal concebible. Los ayudantes, por favor, hacedles una demostración a los chavales.

Los seis AIM se colocaron juntos delante del escenario. Tres de ellos sostenían unos descomunales garrotes de madera nudosa. Parecían haberlos tallados a mano y ser muy pesados. Glam, que estaba junto a mí, se estremeció, porque se moría de ganas de tener uno de ellos en las manos.

—Proceded —ordenó Fenmir.

Los tres AIM que tenían los garrotes se giraron al unísono, como si fueran a batear a la vez. Todos los críos que se encontraban en ese recinto lanzaron un grito ahogado a la vez al ver cómo iban a golpear con ellos a los AIM desarmados. Pero justo antes del impacto, los AIM se transformaron en piedras (de diversos colores y clases) y los garrotes rebotaron sin causarles ningún daño con una serie de estruendosos ¡ZUACKS!

O al menos eso fue lo que pasó con dos de esas tres parejas.

El AIM situado más a la derecha no se convirtió en piedra, por lo que recibió el impacto del garrote en el hombro derecho. Salió volando hacia atrás y aterrizó en el suelo con un potente PUM. Se revolcó de dolor unos cuantos segundos; luego, poco a poco, se puso en pie. La AIM que

le había golpeado se horrorizó y corrió hacia él para disculparse.

No obstante, se recuperaría perfectamente, ya que los huesos de los enanos son casi indestructibles. Pero no cabía duda de que eso le había dolido; si un humano hubiera recibido esa clase de golpe, seguramente habría acabado con varios huesos rotos.

Fenmir negó con la cabeza.

—Te has mentido a ti mismo, Uruik —dijo—. No te has sentido realmente amenazado, y el galdervatn lo sabía. —Se volvió hacia el resto de nosotros—. Ahora vais a intentarlo todos. La clave es imaginarse el dolor, el daño que sufriréis. Concentraos en protegeros e invocad a la tierra. Pensad en la piedra, en la dura roca, en la protección que os ofrece. Sentíos amenazados, sentid la seguridad que brinda la dura piedra. Entonces, os transformaréis. No existe ninguna palabra mágica que pueda ayudaros, todo es una cuestión de sentimientos, de sensaciones.

Los AIM repartieron unos garrotes entre los estudiantes enanos. Eran tan pesados que algunos de los críos a duras penas podían levantarlos.

—Hum, ¿de verdad es necesario usar unas armas tan peligrosas? —preguntó Ari a voz en grito.

Fenmir la observó con suspicacia.

—¿No has estado escuchando, niña? —inquirió.

—Claro que sí, pero... —respondió Ari, pero el maestro no la dejó acabar.

—Debes sentirte amenazada de verdad para poder realizar esa magia enana —afirmó—. Un conjuro defensivo nunca funcionará si no hay un peligro real. No obstante, os animo a apuntar, por favor, al torso de vuestro compañero. No queremos que nadie sufra hoy ninguna lesión cerebral, ¿de acuerdo?

Tuss volvió a sumarse a nuestro grupo con un montón de garrotes bajo el brazo. Repartió tres de ellos y nos colocó por parejas. Yo estaba con Ari, quien cogió el garrote con indecisión y cara de espanto, nerviosa y tal vez algo sobreexcitada.

A Glam le tocó emparejarse con un chavalillo que era la mitad que ella. Como a la enana le brillaron los ojos mientras admiraba el enorme garrote que sostenía con esas manos colosales, el chavalín la miró con recelo, tragó saliva y dio un paso atrás.

—No os preocupéis —nos calmó Fenmir—. Si bien es cierto que algunos conjuros solo pueden llevarlos a cabo ciertos enanos (según los archivos históricos, hay algunos que han sido realizados únicamente por un enano) y que las habilidades mágicas de todo el mundo son únicas y distintas, también lo es que hechizos tan básicos como este son universales. Todos sois capaces de hacer esto. Proceded cuando estéis listos.

En aquel recinto, todos los críos se encontraban delante de un compañero hechos un manojo de nervios. Solo Glam parecía morir de impaciencia por atizar a su pareja con un garrote colosal. Todos los demás parecían tener el baile de San Vito y alzaron esas armas tan toscas con indecisión.

—Greg..., la, eh, la verdad es que no quiero hacer esto —dijo Ari, quien estaba delante de mí con el garrote apoyado sobre el hombro.

—Tú tranquila —la calmé—. No me vas a hacer daño. Ya he realizado este hechizo antes, así que golpéame con fuerza.

Realmente, no estaba preocupado, porque ya había hecho esto incluso antes de saber que la magia existía.

—¿Listo? —preguntó Ari, a la vez que levantaba el garrote que había estado reposando sobre su hombro.

—Buf —respondí, haciéndome el gracioso—. Veamos de qué pasta estás hecha. Con esos brazos tan finitos que tienes, seguro que eres incapaz de atizarme con ese trasto.

Ari sonrió de oreja a oreja, tomándose la broma con filosofía.

—Tú lo has pedido —dijo, trazando un arco hacia delante con el garrote.

Me preparé para el golpe, a pesar de que ya sabía que no me dolería. De hecho, no iba a sentir nada, como cuando Perry me había golpeado en la cara. Observé cómo el garrote se me acercaba, sin sentir miedo, y esperé a que rebotará en mí como si estuviera lleno de aire en vez de hecho de duro roble.

Entonces, recibí un violento impacto en el hombro y todo se volvió negro en medio de un latigazo de dolor.

Cuando recuperé el sentido, estaba tirado en el suelo y contemplando el rostro de Ari, que parecía preocupada.

—Oh, Dios mío, Greg —dijo—. ¿Estás bien?

El hombro izquierdo me palpitaba de dolor y tenía la sensación de que nunca más podría mover el brazo. Me incorporé, apoyándome en el brazo derecho. El izquierdo pendía inerte. Me di cuenta de que estaba a unos tres metros del lugar donde me había encontrado antes del golpe. ¿Tan fuerte me había dado?

—Greg —insistió Ari—. ¡Di algo!

Estaba seguro de que todo el mundo me estaba mirando, porque era el único chaval que había sido incapaz de convertirse en piedra. Pero nadie me estaba mirando, sino que la mitad de nosotros estábamos tirados en el suelo. Cerca de dieciocho críos enanos se revolcaban de dolor. Sus compañeros estaban agachados sobre ellos, deshaciéndose en disculpas.

Daba la impresión de que el compañero de Glam había sido el único que había conseguido transformarse en piedra. Seguía de pie, aturdido pero ileso. Glam miraba desconcertada el garrote, que ahora estaba partido por la mitad y cuyo extremo más grueso pendía únicamente de unas pocas astillas.

—¿Tienes una conmoción cerebral, Greg? ¿Por qué no dices nada? —imploraba Ari con desesperación, mientras recorría con la mirada todo el recinto—. ¡Socorro, creo que mi compañero puede haber sufrido una lesión cerebral!

—Estoy bien —contesté finalmente.

Ari pareció sentirse aliviada y me ayudó a ponerme en pie.

Volví a tener sensaciones en el hombro, pero eso lo único que hizo fue que me doliera aún más. Y aunque nuestros huesos tal vez fueran prácticamente irrompibles, nuestra piel seguía poniéndose tan negra como un plátano pasado. En mi bíceps izquierdo, ya se estaba formando un bulto morado.

—Quizás os estéis preguntando por qué casi todos habéis fallado —dijo Fenmir de un modo arrogante desde el escenario, sin mostrar la más mínima pizca de compasión—. Pues ¡porque no me habéis hecho caso! Os lo he dicho: la magia enana es una cuestión de sentimientos, de reacciones, de creer. Entonces, ¿por qué habéis fracasado? ¿Por qué?

Como nadie respondió, siguió hablando, sin que se le borrara la sonrisa de la cara.

—Porque ninguno de vosotros ha creído realmente que corriera un verdadero peligro —se contestó a sí mismo—. No podéis mentiros a vosotros mismos y esperar que la magia funcione. El galdervatn siempre sabe lo que sentís realmente. Si no os sentís amenazados o desesperados, o no sentís la emoción instintiva que le corresponde al hechizo que queréis usar, no habrá magia. Intentadlo de nuevo.

Todo el mundo miró a su alrededor con inquietud. No estábamos seguros de si seríamos capaces de soportar más golpes violentos propinados por esos garrotes descomunales que habían sido fabricados con la única intención de destrozar objetos.

Tuss le trajo a Glam un nuevo garrote y le ordenó que cambiara de lugar con su compañero. Durante un momento, a Glam se le desorbitaron los ojos por culpa del miedo, pero entonces se dio cuenta de que yo la estaba observando y cambió de cara, mostrando una confianza impostada. Le dio el garrote a su diminuto compañero y se puso con los brazos en jarra como si fuera indestructible. A pesar de que su compañero a duras penas era capaz de levantar el garrote, al final logró ponérselo al hombro.

Nosotros volvimos a ocupar nuestro lugar. Pero Ari no alzó el arma, sino que negó con la cabeza.

—No te voy a atizar de nuevo —afirmó.

Fenmir debía de estar observándonos, porque bajó del escenario de un salto y se nos acercó.

—Debes hacerlo —le dijo.

—Pero... ¿por qué esto tiene que ser tan violento?

—¿Acaso crees que los elfos, los hombres lobo y los duendes nos atacarán con duros insultos y demandas judiciales? —preguntó Fenmir, muy serio—. No, esas cosas ya no importarán en el nuevo mundo. Debemos aprender a defendernos, y esta es la única manera. La magia enana satisface necesidades reales. Debemos practicar mucho y muy rápido si queremos aprender a utilizarla. ¡Ahora golpea a tu amigo si no quieres ver algún día cómo una espada élfica le parte en dos la cabeza!

Volvió con paso airado al lugar que había ocupado anteriormente en el escenario. Todo el mundo lo miraba, sin mover ni un músculo.

—¡Ahora! —gritó Fenmir—. ¡Intentémoslo de nuevo!

Los chavales enanos alzaron los garrotes al mismo tiempo y atacaron a sus compañeros. Ari levantó el suyo a regañadientes y dio un paso hacia mí.

—Lo siento mucho, Greg —se disculpó.

Me preparé para el impacto y, esta vez, una ola de pánico me recorrió el pecho mientras me palpitaba de dolor el hombro herido, recordándome la agonía que había sentido hace solo unos minutos con el golpe anterior. Me encogí de miedo. Estuve a punto de apartarme. En el último segundo, recordé lo que se sentía al ser de piedra, cómo el puño de Perry había impactado contra mi cara y no había sentido nada.

Una vez más, todo se volvió oscuro.

—¡Greg! —exclamó Ari un segundo después—. ¡Lo has hecho!

Me di cuenta de que todo se había vuelto oscuro porque había cerrado los ojos. Los abrí lentamente.

—¿Lo he hecho?

Ari asintió, emocionada.

—¡El garrote ha rebotado en ti, sin más! —dijo—. Te has transformado en un granito negro brillante. Ha molado mucho.

Parecía que, en esta ocasión, la mitad de nosotros, aproximadamente, había conseguido transformarse. La otra mitad estaba de nuevo tirada en el suelo, retorciéndose de dolor (probablemente, del doble de dolor, puesto que era la segunda vez que recibía tal golpazo). Glam, que tenía una rodilla hincada en el suelo, hacía una mueca de dolor y se frotaba el muslo derecho. Seguramente, había tenido mucha suerte al contar con un compañero tan escuálido que no había podido imprimirle mucha fuerza al golpe.

Ari y yo nos cambiamos de sitio para la siguiente ronda. Desde luego, no me apetecía nada golpear con un garrote gigantesco a mi amiga. Pero sabía que el truco consistía en lograr que creyera que iba a atizarla, ya que, si no, fracasaría como lo había hecho casi todo el mundo en el primer intento.

Así que la miré con mala cara mientras echaba hacia atrás el enorme garrote y le dije:

—¡Esto te va a doler un montón!

No titubeé ni le di tiempo a Ari a prepararse. Incluso di un grito salvaje mientras lanzaba el golpe para darle más dramatismo al asunto. El pánico se adueñó de su rostro.

¡Y funcionó!

Ari se transformó en un mármol de una tonalidad verde grisácea asombrosamente hermoso. Era un trozo de piedra sin refinar con forma de enana tan bonito que poco faltó para que soltara el garrote en el aire. De todos modos, el arma era demasiado pesada como para que hubiera podido parar el golpe. Se estampó contra las costillas marmóreas de Ari con un CRAC y rebotó sin hacer ningún daño, provocando que una serie de vibraciones muy dolorosas recorrieran su mango y se expandieran por mis manos.

Ari volvió a la vida un segundo después, todavía poniendo cara de sufrimiento por un golpe que para ella nunca había sucedido.

—¿Lo he logrado? —preguntó, al darse cuenta de que no había sentido nada.

Asentí, sonriendo abiertamente.

Ella se echó a reír.

Nos pasamos toda la hora siguiente practicando ese hechizo, ya que no todo el mundo le estaba pillando el tranquilo con tanta facilidad. A un crío solo se le transformó la pierna en una piedra de un color naranja apagado, por lo cual recibió un buen garrotazo en la zona lumbar. Otro enano se convirtió en una maraña viscosa de madera y enredaderas, en vez de en piedra; inmediatamente, volvió a ser de carne y hueso y lanzó un alarido de dolor. Otro enano, en vez de petrificarse, se quedó pasmado y se puso rojo de vergüenza y, acto seguido, se llevó las manos a las nalgas a la vez que varias piedras de diversos tamaños salían dando tumbos de los bajos de su pantalón.

Eso provocó que todo aquel que lo vio estallara en carcajadas. Salvo Fenmir Brumusgo, quien, frustrado, negó con la cabeza y les exigió que lo intentaran de nuevo. Insistió en que no pasaríamos a la siguiente lección hasta que todos y cada uno de nosotros hubiese dominado ese hechizo, pues así de importante era.

—Eso es todo por hoy —dijo Fenmir, aparentemente abatido y fatigado, cuando por fin dio su brazo a torcer—. Volved dentro de tres días y lo intentaremos de nuevo; con suerte, podremos aprender más hechizos. Tenemos tanto que aprender... La magia enana tiene unas posibilidades casi ilimitadas. Todo irá a mejor. Tiene que ir mejor. Si no, estaremos condenados.

31

DONDE DESCUBRO LO MUCHO QUE ECHO DE MENOS CONVERSAR CON OBJETOS INANIMADOS

Tener que entrenar de nuevo al día siguiente en casa de Buck fue todo un alivio, ya que tenía el brazo izquierdo tan dolorido que a duras penas fui capaz de desayunar, así que no estaba yo como para recibir golpes en repetidas ocasiones con un garrote enorme.

Aunque, a lo largo del día, Lake y Eagan nos preguntaron sobre el entrenamiento mágico, nos costó mucho darles unas repuestas concluyentes, pues todavía no entendíamos muchas cosas sobre la magia enana.

—¿Qué queréis decir con que no hay que decir nada? —preguntó Eagan mientras practicábamos el lanzamiento de hacha.

—Que no tienes que hablar para nada para hacer magia —contestó Ari—. Solo tienes que sentir y pensar qué quieres que pase.

—Qué raro —dijo Eagan—. Parece tan... fácil.

Ari, Glam y un servidor nos miramos mutuamente y nos echamos a reír. Lake pareció enfadarse porque no entendía qué gracia tenía ese comentario, y Eagan, simplemente, parecía confuso. Ranita nos ignoró a todos y lanzó otra hacha hacia el blanco con una precisión letal. Al final, se había revelado como un lanzador de hachas excelente. Incluso mejor que su padre.

Tras el entrenamiento de ese día, volví a quedarme con un mal sabor de boca. Llevábamos entrenando cinco días y no había avanzado nada en mi misión de encontrar a mi padre. No había avanzado nada en mi plan de conseguir a la *Sanguinaria*. De hecho, no la había visto ni oído en todo el día. Y me sorprendió descubrir que la echaba de menos. Sobre todo, después de lo que me había dicho la última vez que la vi.

La próxima vez que nos veamos, me empuñarás por primera vez.

Y todo cambiará.

Vengarás a tu padre.

En cuanto acabaron las clases de ese día, Eagan le pidió a Buck que nos contara alguna otra antigua historia bélica. Como habíamos descubierto que Buck era un narrador bastante bueno, Eagan, Lake y Glam solían pedirle que nos contara historias sobre batallas del pasado que no aparecían recogidas en ningún texto antiguo, pero que se habían transmitido oralmente de generación en generación en la familia de Buck durante miles de años. Así que después del entrenamiento, Buck se acomodó en su sala de estar para contarnos esa historia. Los seis nos

reunimos en torno a él. Pero yo no estaba prestándole ninguna atención, sino que estaba concentrado en averiguar cómo podía dar con la *Sanguinaria*.

Porque ese iba a ser el día señalado.

Me había hartado de esperar. Mi padre seguía secuestrado y su situación no iba a mejorar con el paso de los días.

—Este relato se titula «La batalla del fiordo de Gnynt» —empezó Buck—. Fue un combate especialmente brutal entre un batallón de enanos y varias compañías de orcos y minotauros, que se habían sumado recientemente a la Alianza de los Elfos. Protegían un fiordo tremendamente importante de las Tierras del Este de S'marth, justo por debajo de las montañas de Rijjvenfeld, y al oeste...

Nadie se percató de que me ausentaba mientras Buck continuaba su historia; me dirigí al pasillo con la excusa de ir al servicio; sin embargo, pasé el baño de largo y me detuve en la siguiente puerta, que estaba cerrada con llave. Cuando estaba a punto de rendirme y probar con la siguiente puerta, me paré al oír una voz familiar en mi mente.

¿Adónde vas?

Estoy aquí dentro.

—Pero si está cerrada con llave —susurré.

¿Vas a dejar que una mera puerta cerrada te impida salvar a tu padre?

Poco faltó para que me pusiera a la defensiva e iniciara una discusión con la *Sanguinaria*, pero el hacha no me lo permitió.

Solo era una broma... Puedo ocuparme de eso.

De repente, se oyó un CLIC.

Aunque estiré el brazo para abrir la puerta, me detuve. Ahí estaba, en el pasillo de un viejo cascarrabias, hablando con un hacha que acababa de abrirme mágicamente una puerta cerrada con llave como si fuese algo que ocurriese todos los días, como si cogiera un tentempié de la nevera.

¿Me estaba volviendo loco?

No, claro que no. Entra.

—Deja de decirme qué debo hacer —le susurré a la puerta.

Solo te estoy animando a hacer lo que sabes que debes hacer.

—No estoy hablando con un hacha —recaqué.

Bueno, en teoría, sí, aunque esta conversación solo esté teniendo lugar en tu mente.

Respiré hondo y por fin empujé la puerta para abrirla. Sin duda alguna, aquella habitación era la armería personal de Buck. En su día, había sido, simplemente, otro pequeño dormitorio más en un piso viejo. Pero ahora tenía las paredes repletas de soportes de los que colgaban armas antiguas y armaduras de toda clase. Algunas armas eran muy toscas y simples, tal vez incluso tuvieran manchas de sangre; otras tenían incrustadas piedras preciosas o contaban con engarces de oro brillante y diseños intrincados.

La *Sanguinaria* reposaba en uno de estos soportes, en medio de otras cinco hachas de batalla de diversas formas y tamaños, que parecían confundirse con el fondo al hallarse junto a ella, como si se tratara de un documental y las hubieran pixelado para preservar su anonimato.

Cógeme.

Salva a tu padre.

—¿Cómo puedes saber lo que nadie más sabe? —susurré.

No sé dónde está. Pero JUNTOS podremos encontrarlo. Mi poder se halla dentro de ti. Solo tú puedes liberarlo. Si me coges, si me dejas elegirte como mi próximo dueño, podremos hacer justicia.

Lo prometo.

Di otro paso hasta el soporte de esas armas. La empuñadura de plata de la *Sanguinaria*, con sus intrincados grabados con forma de espiral, brillaba como si estuviera cargada de electricidad. La hoja era de un negro brillante como la obsidiana, a pesar de que estaba hecha de metal y no de piedra. Relucía y sabía que me estaba contando la verdad.

Extendí el brazo y agarré la empuñadura metálica y sorprendentemente fría de la *Sanguinaria*.
Y el mundo desapareció.

32

DONDE UN HACHA MÁGICA Y YO HACEMOS UNA EXCURSIÓN PSICODÉLICA AL BOSQUE DE LA LUNA DE ENDOR

Decir que, simplemente, fui transportado a otro lugar sería quedarse muy corto.

En cuanto toqué el hacha, los dedos se me entumecieron. Unas chispas azules trazaron un arco hasta adentrarse en la palma de mi mano; entonces, mi piel se volvió transparente. Durante unos breves instantes, vi cómo mis huesos, mis venas y mis tendones brillaban.

A continuación, me ardió el brazo entero. Luego tuve la sensación de que me ardía todo el cuerpo. Todo lo que no fuera el hacha se desvaneció, era como si nos halláramos en un vacío hecho de un fuego oscuro. Ya no era consciente de que pudiera sentir nada en absoluto, sino que estábamos flotando en un «no-lugar» inexistente. Pero ni siquiera estábamos flotando; ahí no había viento, ni suelo, ni arriba, ni abajo.

Entonces, vi a mi padre.

Lo único que pude ver al principio fue su cara, rodeada por los titilantes límites de la realidad. Parecía sucio y mucho más delgado de lo que recordaba. Sin lugar a dudas, estaba exhausto y tenía unas ojeras muy marcadas. Me preocupaba que pudiera estar volviéndome loco. Pero cuando vi a mi padre, eso dejó de importarme.

Poco a poco, fui viendo más cosas. Su pelo enmarañado y su cuello, y su camiseta sucia y rota (se trataba de una camiseta de Mi Pequeño Poni, lo cual dejaba claro que sus captores, o bien se las tenían que arreglar con un presupuesto muy bajo, o bien tenían cierto sentido del humor). Le habían afeitado la barba de un modo un tanto torpe, por lo cual tenía una decena o más de postillas por culpa de los minúsculos cortes que le habían hecho. Había unas piedras detrás de él, colocadas con esmero para formar una pared. Aunque una tabla de madera hacía las veces de cama, ahí no había ni un somier, ni un colchón ni una almohada. Encima de ella, había un solo libro muy desgastado: *La trilogía del elfo oscuro*, de R. A. Salvatore. No estaba claro si la intención de esto era torturarlo, transmitir algún mensaje o, simplemente, dotar de algo de humanidad a aquel entorno. Mi padre estaba encadenado a las barras de acero del bastidor de la cama por ambos tobillos. En una esquina de la celda, había un pequeño cubo muy repugnante.

Porque eso era: una celda.

Entonces, me di cuenta de que no se trataba de un sueño, sino de una visión. Y de que nunca había visto a mi padre tan cansado. ¡Y de que sus captores le habían afeitado la barba! Para los enanos, las barbas no eran una muestra de vanidad, sino más bien un reflejo de la esencia de la personalidad de un enano; como si fuera un símbolo que representa lo que hay dentro de uno. A

pesar de que lo sabían, se la habían afeitado.

Mi padre estaba hablando con alguien que se encontraba fuera de la celda. Aunque a su captor solo podía verle la parte posterior de la cabeza, pude apreciar que tenía un pelo largo y grasiento muy apelmazado. Era alto y delgado, y tenía unas orejas puntiagudas inconfundibles. Tenía la vaga sensación de que me sonaba de algo, pero eso era absurdo, ya que en realidad no conocía a ningún elfo, aparte de Edwin, y este individuo era sin duda mayor y más alto que mi mejor amigo. Además, no podía verle la cara, así que ¿por qué tenía la sensación de que lo conocía? Era por sus gestos, su pose, la forma en que se movía. Era casi como si conociera su lenguaje corporal mejor que el de mi padre, como si hubiera pasado más tiempo con el tipo que tenía a papá secuestrado que con cualquier otra persona del planeta.

Pero eso, obviamente, era imposible.

A menos que, en realidad, no conociera a aquel individuo de nada, pero hubiera una razón distinta y perfectamente racional por la que me sonaba tanto... Como que quizás hubiera conocido a alguien que se hubiera pasado toda la vida intentando emularlo. Pero me negaba a creer que eso pudiera ser verdad, puesto que lo que eso implicaría me dejaría totalmente destrozado. Así que me centré en el gesto de determinación con el que mi padre contemplaba furioso al elfo a través de los barrotes de la celda.

Entonces, tan súbitamente como había aparecido ante mí, todo desapareció.

Estaba de nuevo en un espacio vacío y negro. La empuñadura de la *Sanguinaria* me quemaba la mano; esa era la única sensación que notaba, aparte del dolor que me estaba desgarrando por dentro, de la agonía que me hacía sentir ver a mi padre en tal estado.

Entonces me vi a mí mismo. Jugando al ajedrez con Edwin. Riéndome con otros críos enanos. Entrenando con Buck y los demás. Cenando silenciosa y copiosamente con Fynric en nuestra nueva vivienda provisional. Algunas de esas escenas parecían reales, como si fueran recuerdos. Pero otras parecían meras posibilidades. Como lo de cenar con Fynric, ¿cuándo habíamos cenado él y yo un jabalí asado entero? Que yo supiera, nunca. Aunque pensándolo bien, gran parte de la semana anterior estaba envuelta en una confusa niebla...

Aunque más importante que saber si esto era real o no era saber por qué lo estaba viendo.

¿Por qué la *Sanguinaria* me estaba mostrando estas cosas?

¿Qué querían decir?

¿Sigues sin saberlo? Tal vez tu amiga Glam tenga razón y seas tan guapo como idiota. Vale, te voy a mostrar más cosas.

A continuación, vi a Luke Skywalker hablando con Leia en un puente de madera que unía unos árboles en una aldea ewok en *El retorno del jedi*; una película que solo había visto una vez y que ni siquiera me gustaba. Luego, a un elefante que avanzaba pesadamente por un desierto repleto de malas hierbas. Después, a un tipo deprimido sentado frente a un ordenador, que desplazaba el cursor sin fuerzas por una pantalla que yo no podía ver. Más tarde, a un hombre que charlaba con otro tío en un pasillo corriente y moliente; ambos llevaban unas tarjetas de seguridad cuyo extraño logo, que no reconocí, era un águila.

No tenía ni idea de por qué la *Sanguinaria* me estaba mostrando tantas cosas de una manera tan aleatoria. Sin embargo, por ahora, seguía siendo prisionero del hacha y estaba obligado a contemplar este rompecabezas visual, aunque era incapaz de descifrar lo que todo eso significaba.

Entonces, así como así, se acabó. Volví a estar en la armería de Buck. La *Sanguinaria* yacía

en el suelo, a mis pies. Y, a pesar de que ahora sabía que mi padre seguía vivo, no tenía la sensación de que estuviera más cerca de poder encontrarlo.

¿Sabes qué es lo que tienes que hacer?

Negué con la cabeza.

Pero has visto a tu padre, ¿no?

Asentí.

Puedes fiarte de lo que ves a través de mí, Greg. Así que ya deberías saber qué hacer.

—Pero no lo sé —susurré—. Nada de eso tenía sentido. ¿No puedes decirme...?

No. No sé lo que has visto, Greg. Puedes usar mi poder, pero solo tú puedes descifrar lo que descubras gracias a él. Ahora, vete, haz lo que tengas que hacer antes de que sea demasiado tarde. Intuyo que, en lo más hondo de tu ser, ya sabes la respuesta.

Salí de la habitación andando hacia atrás, dejando ahí a la *Sanguinaria*, aunque no porque no quisiera llevármela; una parte de mí no quería separarse de ella nunca más, pero sabía que era imposible que pudiera sacarla de ahí sin que nadie se diera cuenta.

Inmediatamente, salí de casa de Buck, haciendo oídos sordos a las preguntas de mis amigos mientras atravesaba a todo correr la sala de estar; ya se lo explicaría luego.

Porque sí que sabía lo que querían decir esas imágenes.

La *Sanguinaria* tenía razón. La primera parte de la visión era todo lo que necesitaba. La segunda parte solo había servido para que lo aceptara, para convencerme de que había intuido la verdad desde el principio. Por muy horrible que fuera admitir esa verdad. Las palabras de la *Sanguinaria* retumbaban en mi cerebro:

Ahora, vete, haz lo que tengas que hacer antes de que sea demasiado tarde.

Tenía que hablar con Edwin, porque él era la última pieza de este puzle.

Fui directamente al PIS.

A pesar de que eran cerca de las cinco de la tarde, los chavales aún iban saliendo poco a poco de las diversas actividades extraescolares. Como la limusina negra de Edwin estaba aparcada en la esquina, crucé la calle y me agaché detrás de un cubo de basura a unos pocos centímetros de distancia.

Una anciana que pasaba por ahí me lanzó una mirada asesina, y su perrito, que llevaba una pajarita rosa, me gruñó ferozmente. Como estaba decidido a que nada se volviera a interponer en mi camino, le devolví el gruñido al perrito, que gimoteó. La señora tiró de la correa, confundida y ofendida a partes iguales.

Unos minutos después, Edwin bajó dando saltos las escaleras de la entrada, seguido por su habitual séquito de amigos y chicas guapas. Hizo algún comentario gracioso y todos se echaron a reír antes de seguir cada uno su camino.

Se encaminó hacia el coche que lo estaba esperando mientras su conductor, Benny, abría la puerta de atrás.

Me puse en pie y le saludé con la mano.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó entre dientes, a la vez que me empujaba para meterme en el asiento de atrás antes de que alguno de sus compañeros de clase me viera.

—¿Va todo bien? —inquirió Benny, mirándome con suspicacia.

—Sí, perfectamente —contestó Edwin—. Vámonos.

Benny cerró la puerta y se montó en el asiento del conductor. De inmediato, Edwin pulsó un botón que elevó un panel que separaba los asientos delanteros y traseros, y que impediría que el chófer nos oyera.

—¿Qué estás haciendo aquí? —repitió Edwin.

—Necesitaba verte —respondí.

—Mira, es peligroso que estés aquí...

—No, no he venido solo para eso —le interrumpí.

Edwin me miró a los ojos y su expresión cambió.

—¿Qué pasa? —preguntó, dando la impresión de que esperaba que le dijera que habían hallado muerto a mi padre.

—Sé dónde está mi padre —contesté—. Está vivo.

Una sonrisa de alivio asomó brevemente al rostro de Edwin, que enseguida frunció el ceño.

—¿Cómo narices lo has descubierto? —inquirió—. ¿Y dónde está?

—Es una historia muy rara —respondí—. He perdido mucho tiempo haciendo ver que estaba urdiendo un plan. Esperando a que alguien me dijera lo que necesitaba saber. Pero la verdad es que he tenido la respuesta delante de mí desde el principio: sí, me refiero a ti. Tú sabes dónde está mi padre, y ya no puedo ignorarlo más. Todo este tiempo, he actuado como el típico enano; el miedo o el creer en la mala suerte o lo que fuera me ha paralizado. Pero ahora voy a entrar en acción. Nada me va a detener...

—Tío —dijo Edwin con serenidad—, para el carro. ¿De qué estás hablando?

—A mi padre no lo ha secuestrado una facción de elfos renegados, Edwin —respondí, haciendo un gran esfuerzo por mantener bajo control mis emociones—, lo han secuestrado tus padres.

Edwin negó con la cabeza, mientras abría y cerraba la boca como si tuviera rota la mandíbula.

—Es verdad —afirmé rotundamente—. Tus padres te han mentado desde el principio, ellos lo secuestraron. Sé que tú no podías haberlo sabido. O al menos espero que no. Si hubiera pensado que lo sabías, ni siquiera estaría aquí. Y si estoy equivocado..., bueno, entonces me tienes justo donde quieres y puedes acabar conmigo aquí y ahora.

—Eso no puede ser cierto —replicó Edwin, que se estaba poniendo rojo de furia—. Y aunque lo fuera, ¿cómo es posible que tú sepas algo así?

—He visto a tu padre hablando con el mío en la celda de una prisión —respondí—. No me preguntes cómo he podido verlo; además, da igual. Pero lo he visto. Era él... Tiene tus mismos gestos, o tú tienes los suyos; tú mismo me has confesado que siempre has intentado ser como él desde niño. Ya sé que parece imposible. Pero era él y era real. Tienes que confiar en mí.

Ahora parecía que Edwin estaba a punto de echarse a llorar. Me creía. Sabía que tenía razón y, tal vez, en lo más recóndito de su mente lo había sospechado desde el principio. Pero, al igual que yo, no había querido plantearse la posibilidad de que sus sospechas pudieran ser ciertas. Sin lugar a dudas, a Edwin le estaba costando tanto asimilarlo como me había costado a mí.

—El problema estriba en que todavía no sé dónde lo tienen encerrado —recaqué—. Pero tú sí. A lo mejor esto supone el fin de nuestra amistad. O a lo mejor aún podemos salvarla. Lo único que tengo claro es que aún puedes ayudarme a dar con mi padre.

—No..., no, no puedo —contestó Edwin, sacudiendo la cabeza—. Te juro que no podía ni imaginarme que mis padres fueran capaces de hacerme..., de hacernos algo así. No tengo ni idea

de dónde puede estar. O sea, si se halla en manos de mis padres, podría estar en cualquier parte. Poseen toda una flota de aviones privados. ¡Pueden haberlo enviado fácilmente a Nueva York, a Europa o a la Antártida! Y si aún estuviera en Chicago, ¿cómo podría saber dónde está si aquí tienen decenas de propiedades?

—Está aquí, en Chicago —afirmé—. En una mazmorra secreta. Lo sé. La visión de la *Sanguinaria* no tendría sentido si no fuera así.

—¡Greg, lo que dices no tiene ningún sentido! —insistió Edwin—. ¿Qué es la *Sanguinaria*? ¿De qué visión hablas?

—Ya te lo explicaré más tarde —respondí—. Solo dime una cosa: ¿alguno de los edificios o de las casas de tus padres tiene una sección secreta? ¿Un sótano? ¿Una mazmorra? ¿Una prisión secreta de algún tipo? ¿Algún pasadizo secreto, quizás...?

—No lo sé...

—Sí, sí lo sabes —insistí—. ¡Piensa, Edwin! ¿Te suenan de algo unas tarjetas de seguridad cuyo logo es un águila roja?

—Bueno, eh, sí, ese es el logo de una de las empresas de mis padres —contestó Edwin, llevándose la mano al mentón—. Su sede está en un edificio de oficinas del centro de la ciudad, pero...

De repente, se quedó helado y se le abrieron los ojos como platos como si acabara de tragarse su propia lengua.

—Oh, Dios mío —susurró Edwin—. El edificio Hancock. Hay toda una planta sobre la que nadie sabe nada. Ese piso secreto está entre la planta ochenta y dos y la ochenta y tres. Todo el mundo cree que el edificio tiene cien plantas, pero en realidad tiene ciento una. Nunca he sabido para qué sirve esa planta secreta, pero tendría sentido. ¿Por qué, si no, mis padres siempre lo han mantenido en secreto? Yo ni siquiera debería conocer su existencia, pero mi abuelo siempre confió en mí más que mi propio padre. Él me lo contó confidencialmente.

—Sí, eso es —dije, con las manos temblando—. Mi padre está ahí.

Por fin estás haciendo algún avance, Greg. Vayamos a rescatarlo.

Era la *Sanguinaria*, que, de algún modo, me estaba llamando desde la otra punta de la ciudad. Quizás, al haber tocado al fin aquella poderosa hacha, se había establecido alguna especie de vínculo extraño entre nosotros, como en esa peli antigua: *E. T.*

—¿Cómo puedes estar tan seguro de dónde está? —preguntó Edwin—. ¿Cómo sabes que sigue vivo?

Me daba la impresión de que, si le respondía que lo sabía porque un hacha mágica me lo había dicho durante una visión onírica psicodélica, no iba a resultar muy convincente.

—Eso no importa —contesté—. Pero todo lo que me acabas de contar lo confirma. Ahora todo tiene sentido; encaja con lo que la *Sanguinaria* me ha mostrado. Y ahora tengo que rescatarlo.

—No, no lo hagas, Greg —me suplicó Edwin—. Primero, debo comprobarlo. Si intentas entrar ahí solo, podría ser demasiado peligroso. Prométeme que vas a esperar.

—No puedo hacer eso, estoy harto de esperar.

—Greg, ahí no podré protegerte —me advirtió Edwin—. ¡Vas a iniciar una guerra!

—De todos modos, es más que probable que ya sea demasiado tarde para evitarla, Edwin —repliqué—. Pero eso ya lo sabes. Tus padres, sean cuales sean sus motivos, ya la han iniciado.

—No —dijo Edwin, volviendo a sacudir la cabeza—. No, después de tanto esfuerzo, no lo

pondrían todo en peligro para...

—Pero lo han hecho —le interrumpí—. Y sabes que tengo razón. Al igual que sabes que tengo que hacerlo.

—Greg, no. Por favor, confía en mí como amigo tuyo que soy. Es demasiado peligroso. Aquí hay muchísimo en juego, ten paciencia.

—Ya he sido demasiado paciente —repliqué—. Ese era el mensaje de la visión. Y sí que confío en ti, Ed. Sé que tienes razón. Es muy peligroso y es perfectamente posible que recrudezca una guerra que tus padres han reanudado. Pero mi padre no puede esperar más.

Pero tal vez Edwin estuviera en lo cierto. Quizá no mereciera la pena salvar a mi padre si eso, posiblemente, iba a empujar aún más a una guerra a elfos y enanos. Hay cosas más importantes que la vida de una sola persona.

La nueva guerra es inevitable. Ya está en marcha, y lo sabes. Dejar que tu padre muera solo hará que sientas aún más dolor cuando la lucha de verdad se reanude.

—Déjame en paz —le espeté a la *Sanguinaria*.

Edwin me miró, confuso y preocupado.

—Eh, pero si has sido tú el que ha venido a mí... —replicó.

—Lo siento, no estaba hablando contigo —me disculpé—. Es... difícil de explicar. De todas formas, ¿cómo nos afecta todo esto? O sea, tus padres, los elfos, han secuestrado a mi padre..., e incluso le han afeitado la barba.

Edwin se estremeció.

—¡Sí, eso mismo pienso yo! —exclamé.

—Lo sé —dijo Edwin, con voz temblorosa—. Es algo inimaginable. Pero eso no cambia lo que he dicho. Deja que busque una alternativa, Greg.

Solo intenta ganar tiempo para poder avisar a sus padres.

Ignoré a la *Sanguinaria*. Esta vez, no la creía. Edwin no podía haberlo sabido. Y si estaba implicado de alguna manera en todo esto, ¿por qué me había ayudado, entonces, a averiguar su localización exacta?

¡Porque te está tendiendo una trampa, por eso!

—Greg, prométeme que no irás ahí —me pidió Edwin.

—Eso no puedo prometértelo —repliqué.

—¡¿Por qué no?! —dijo Edwin casi a voz en grito, demostrando así que realmente le preocupaba mi bienestar.

El coche se paró ante un semáforo en rojo en la avenida Milwaukee, donde el tráfico era muy denso, y abrí la puerta.

—Porque no quiero mentirte —respondí al mismo tiempo que salía del coche y me alejaba andando hacia la cercana estación de la línea azul.

Edwin no me siguió. El semáforo pasó a estar en verde y su limusina continuó su viaje hacia el noroeste. Lo único que podía hacer ahora era confiar en que no les contara a sus padres lo que habíamos hablado, tal y como la *Sanguinaria* había afirmado que haría. Esperaba que no me hubiera tendido una trampa.

Si no, nos estarían esperando. Y lo más seguro es que eso supusiera una muerte segura para mi padre, para mí y para quienquiera que me acompañara en la misión de rescate.

33

DONDE UN LEPRECHAUN ME INSULTA GRAVEMENTE

La Sala de Reuniones Dosgrud Capuchargenta era una cámara descomunal escondida entre el complejo laberinto de túneles del Submundo enano.

Tenía ese nombre en homenaje a un antiguo enano, Dosgrud Capuchargenta: el primer cabecilla del Consejo (lo cual significaba que era algo así como el presidente de los enanos, pero con menos poder y responsabilidades que los presidentes de la mayoría de los países; porque, ya sabes, así son los enanos). Dunmor Rompebarbas era el actual cabecilla del Consejo.

La Sala de Reuniones tendría fácilmente el tamaño de todo un fondo del Soldier Field, el colosal estadio donde jugaban los Chicago Bears. Ese recinto de piedra era redondo y, en su parte central, contaba con varias mesas y sillas también hechas de piedra y con una decoración intrincada. Decenas de hileras de asientos habían sido tallados en las paredes, que rodeaban el recinto como si fuera un anfiteatro. Ahí tenían cabida los ciento veinticinco miembros del Consejo; asimismo, había multitud de asientos extra para los consejos extranjeros de visita y el público (algunas sesiones del Consejo estaban abiertas a todo el mundo, y a otras solo se podía acceder con invitación). Hoy, la sala estaba repleta de dignatarios enanos y líderes locales procedentes de todo el mundo, los cuales iban a participar en la primera Sesión Global del Consejo que se celebraba en décadas.

En el centro de la Sala de Reuniones, se hallaban sentados, a una larga mesa y uno al lado del otro, ocho de los nueve ancianos, los líderes electos del Consejo. El voto de cada uno de ellos valía igual que los votos de diez miembros normales del Consejo.

Yo estaba sentado solo en una mesa de piedra mucho más pequeña situada frente a los ancianos del Consejo Enano. El único asiento vacío que había entre ellos era el de mi padre.

Dunmor Rompebarbas estaba sentado en el medio.

Aunque no me sonrió, sí que hizo un educado gesto de asentimiento.

—Cuánto me alegro de volver a verte, Greg —dijo—. Me congratulo de que estés bien.

—Gracias —respondí, aunque no estaba seguro de si podía oírme por encima del ruido que armaban con sus cuchicheos los ciento veinticinco miembros del Consejo (así como los centenares de dignatarios que estaban ahí de visita) que nos rodeaban por todas partes.

Fynric estaba sentado a otra mesa, detrás de mí. No se le permitía sentarse conmigo, ya que solo yo iba a dirigirme al Consejo. Fynric me había explicado anteriormente que los enanos apreciaban muchísimo que uno fuera capaz de hablar por sí mismo. Esa era una de las diversas

razones por las que no existían los abogados en la cultura enana.

Tenía la sensación de que el asiento vacío de mi padre me miraba furioso. Aún estaba marcado con su nombre, grabado en una roca de buen tamaño situada delante de su silla al final de la mesa.

Contuve como pude las lágrimas. Aún no había llorado por lo que había pasado y no estaba dispuesto a hacerlo ahora. No cuando estaba tan cerca de rescatarlo.

—¡Orden! —exclamó Dunmor a voz en grito en cuanto todo el Consejo estuvo ya sentado.

Su voz resonó por toda esa cámara de piedra que había sido excavada con maestría. La forma de las paredes y el techo amplificaron su voz a la perfección, y el silencio reinó en el recinto inmediatamente.

—Estamos aquí reunidos para celebrar la primera Sesión Global desde hace casi treinta años —anunció Dunmor; la acústica de la sala hacía que su voz sonara más parecida a la de un dios que a la de un enano rechoncho que solía comerse los restos de carne de pavo que se le habían quedado en la barba—. Os doy la bienvenida a todos los miembros de diversos consejos locales, que habéis venido de todos los rincones del globo. El orden del día será breve, pero seguramente las consecuencias de las decisiones que vamos a tomar marcarán de un modo importante nuestro futuro. Hoy tenemos que tratar los siguientes asuntos: en primer lugar, escucharemos al joven Tripatormentosa, que ha venido para presentar nuevas pruebas de que los elfos han cometido varias transgresiones, varios actos hostiles; después votaremos para decidir qué medidas vamos a tomar al respecto. En segundo lugar, debatiremos y discutiremos sobre la Fisura, y luego votaremos para zanjar la cuestión de una vez por todas.

Una serie de murmullos y cuchicheos por parte tanto de los miembros del Consejo como del público recorrieron la sala.

Dunmor los ignoró y continuó.

—Pero, primero, permitidme que presente a los ancianos a nuestro joven invitado —dijo Dunmor, quien se volvió hacia mí.

Procedió a presentármelos de izquierda a derecha:

- Wera Picaplana: una mujer pequeña y rechoncha con una barba pelirroja y rala. Cuando nos presentaron, se frotó ligeramente el vello del mentón, y juraría que casi todos los enanos que estaban ahí la miraron con deseo.

- Dhon Tripadragón: un hombre delgado con un pelo negro entrecano. Por alguna razón, Dunmor creyó pertinente señalar que Dhon era todo un tragaldabas que había ganado el concurso más importante de comer alitas de pollo de Chicago durante catorce años seguidos.

- Forgie Panzaónice: un anciano orondo con un pelo blanco rebelde. Cuando sonreía, podía verse que tenía unos dientes totalmente negros.

- Ara Cuevagarida: una mujer bajita y enjuta con una cabeza coronada por una buena mata de pelo blanco y rizado. Vestía un ondulante abrigo de piel y un buen número de joyas relucientes como si se considerara un miembro de la realeza.

- Heb Espadaflamígera: un tipo alto (para ser un enano, ya que seguramente solo medía metro setenta y siete) y musculoso con el pelo gris y una barba negra gigantesca. Dunmor comentó que, actualmente, Heb era el mejor espadachín enano.

- Foggy Pocimasangre: una mujer de mediana edad que sonrió afectuosamente cuando la

presentó. Cuando las lágrimas se asomaron a sus ojos, me di cuenta de que debía de haber sido una buena amiga de mi padre. Dunmor comentó que era la médica del Submundo enano y la encargada de confeccionar las pociones medicinales.

· O'Shaunnessy O'Hagen Jameson: era, con mucho, el hombre más bajo en todo ese recinto; debía de medir alrededor de metro veinte. Su escaso pelo era negro y ondulado y tenía unos ojos negros, diminutos, redondos y brillantes. Siempre parecía tener dibujado un rictus de desdén en la cara.

—O'Shaunnessy, a quien todos llamamos Ooj —señaló Dunmor—, en realidad es un leprechaun, que eran una clase de enanos muy rara de ver. Era uno de los doscientos diecisiete leprechauns que quedan, que se sepa.

Me quedé boquiabierto.

—¿Los leprechauns existen de verdad? —pregunté.

De inmediato, Ooj se subió a una silla de un salto. A pesar de hallarse de pie en ella, su cabeza apenas sobresalía por encima de la de los demás ancianos del Consejo, que estaban sentados junto a él. Me lanzó una mirada asesina.

—Pues ¡claro que existimos de verdad, maldito robaperas! —gritó.

Aunque debo admitir que esperaba que tuviera acento irlandés, hablaba con ese acento tan típico del Medio Oeste y tan habitual en Chicago; si hubiera tenido un espeso bigote y una cerveza y un perrito caliente en las manos, tampoco me hubiera extrañado. Debió de darse cuenta de que estaba intentando disimular como podía una sonrisilla, porque se puso a saltar una cuantas veces muy enojado y agitó su diminuto puño amenazadoramente, dirigiéndose a mí.

—¡Deja de reírte de mí, chaval! ¡Si no, bajaré ahí y te borraré esa sonrisa de la cara con un buen mamporro! —vociferó Ooj.

Los demás ancianos del Consejo pusieron cara de circunstancias, como si aquello fuera algo habitual.

—¿Todos los leprechauns tiene tan mala leche? —le pregunté a Dunmor.

—¡¡¡Oooh!!! —exclamó Ooj, señalándome con un dedo tembloroso—. ¡Eso ha sido racista!

Negué con la cabeza, porque estaba alucinando. Entonces, por fin, intervinieron los demás ancianos del Consejo e intentaron calmarlo. Foggy le puso una mano en el hombro y le dijo algo que no pude oír, pero que pareció apaciguarlo un poco. Al menos, dejó de brincar muy enfadado sobre la silla.

—Estoy seguro de que Greg no pretendía ofenderte —dijo Dunmor—. Todos tenéis que recordar que Greg aún no conoce bien nuestra cultura ni sus matices. Ahora, por favor, siéntate, Ooj, para que podamos comenzar.

Ooj se sentó al fin, pero no dejó de mirarme con cara de pocos amigos.

—Vale, entonces —añadió Dunmor—, declaro oficialmente el inicio de este Consejo Global.

—¿Cómo que no va a haber una misión de rescate? —les pregunté a voz en grito a los ancianos del Consejo poco después de haber explicado que sabía exactamente dónde tenían cautivo a mi padre.

—No la va a haber porque no nos has convencido de la veracidad de lo que has expuesto —contestó Forgie Panzaónice.

—Pero ¿por qué me iba a inventar algo así? —repliqué.

—Porque no puedes fiarte ni una palabra de lo que te ha contado tu amigo —gritó Dhon Tripadragón—. ¡Los elfos son elfos, son todos iguales!

—¡Son todos unos *pointers* mentirosos! —exclamó un miembro del Consejo a mi espalda.

—¡Es un espía de los elfos! —vociferó un *conspiranoico*.

Una de las pocas voces discordantes que oí fue la de Foggy Pocimasangre, la médica del Submundo, la Anciana que sospechaba que era amiga de mi padre.

—¡Escuchémosle! —estaba diciendo—. ¡Tal vez sepa de verdad dónde está Trevor! Seguramente, merezca la pena investigarlo...

Pero fue inútil. O bien no la oían, o bien no querían escucharla.

—Greg, debes entender nuestro punto de vista —me explicó Dunmor de un modo compasivo—. No solo nos pides que nos creamos lo que tu amigo el elfo te contó, sino que las visiones que nos has descrito..., bueno, no tienen ningún precedente. Es más, la *Sanguinaria* solo te dirá lo que quieres oír; no es un ser omnisciente. Se nutre de tus flaquezas y deseos, Greg.

—¡Pfft! —gritó con fuerza Ooj—. ¡Y eso dando por sentado que le revelara realmente algo! Dudo mucho que una reliquia de tal importancia haya escogido a este enano impostor como su próximo dueño. ¡Es ridículo!

Unos gritos de aprobación surgieron de las gargantas de un buen número de miembros del Consejo.

—¡Os ruego que me permitáis hablar en nombre del muchacho! —oí exclamar a alguien situado detrás de mí.

Me di la vuelta y vi a Buck, que estaba cerca de la puerta, escoltado por mis cinco compañeros de clase.

El público dio un grito ahogado. Al parecer, Buck Barbanoble era una figura legendaria entre los enanos, una que rara vez hacía apariciones en público.

—Adelante —le indicó Dunmor.

Buck dio unos cuantos pasos hacia delante hasta colocarse cerca del centro del recinto; casi directamente detrás de mí.

—A pesar de que se me encomendó su custodia, ya que tengo un parentesco lejano con el último dueño conocido de esa hacha, a mí la *Sanguinaria* no me ha dado nada —dijo—. ¡Pero eso no importa! Yo no soy el que ha elegido. Es más, la edad y el estatus de un enano no significan nada para las antiguas armas enanas. ¡Pensar lo contrario es pensar como un elfo!

Se oyeron unos gritos de indignación que procedían del Consejo; con casi toda seguridad, porque esa insinuación que acababa de hacer era muy ofensiva.

El hecho de que Buck realmente me apoyara me dejó alucinado. Al fin y al cabo, se había pasado gran parte del tiempo que habíamos estado entrenando ridiculizándome por lo pésimo que era, básicamente, en todas las facetas del arte del combate enano.

—Nadie sabe cómo o por qué un arma con poderes escoge a un dueño —continuó Buck—. Ni siquiera lo sabían en la Tierra Separada, pues siempre ha sido un misterio. Ni siquiera los mejores herreros enanos escogían los medios por los cuales sus mejores armas encantadas exhibían sus verdaderos poderes, pues eso está en manos de la voluntad de la tierra y los dioses, no en nuestras manos. Es muy peligroso afirmar lo contrario.

Después de que concluyera su alegato, se produjo una acalorada discusión en el Consejo. Al

final, se llamó a todos sus miembros al orden. Fenmir Brumusgo fue el siguiente al que llamaron para intervenir, ya que era el experto más importante en magia enana. Esperaba que me apoyara sin cortapisas, puesto que, a fin de cuentas, en cierto momento, nos había dicho que aquellos que poseíamos la «habilidad» éramos especiales.

—Durante nuestro entrenamiento, no he visto que el muchacho destacara por tener ninguna destreza especial —dijo Fenmir, aplastando así todas mis esperanzas—. Posee la «habilidad», claro está, lo cual es admirable. Pero, aparte de eso, es un chico normal y corriente.

Alguien que estaba detrás de mí (cuya voz se parecía mucho a la de Glam) gritó:

—¿Y eso usted cómo lo sabe? ¡Si ni siquiera posee la «habilidad»!

Esto desencadenó una sorprendente lluvia de carcajadas entre los miembros del Consejo. Fenmir se puso rojo de furia.

—¡Precisamente, de eso iba a hablar ahora mismo! —exclamó—. Por eso soy un instructor tan bueno, porque veo la magia desde fuera. El hecho de no poseer la «habilidad» me permite tener una perspectiva más clara, deja que me centre únicamente en los hechos, las pruebas, el conocimiento de la magia. Eso me lleva a tratar un punto que nadie más ha mencionado y que debería haber hecho que lo que ha contado este muchacho se considerara una sarta de sandeces al instante: ¿cómo es posible que la *Sanguinaria* le haya inducido unas visiones mágicas, ya sean verdaderas o de otra índole, sin que hubiera galdervatn de por medio?

Del Consejo surgió un grito ahogado de aprobación. Y tuve que admitir que tampoco estaba seguro de que yo tuviera una respuesta para esa pregunta. ¿Cómo era posible que la *Sanguinaria* me hubiera mostrado esas cosas sin que hubiera intervenido la magia?

Ví que muchos miembros del Consejo y unos cuantos ancianos asentían.

—Pues ¡porque está resurgiendo más galdervatn del que sospecháis! —contesté al fin—. Tiene que ser eso.

—Dudo mucho que eso sea posible... —replicó Fenmir con desdén.

—¿Y qué pasa con los animales? —grité.

—¿A qué viene ahora esta tontería de los animales? —vociferó Ooj.

—Explícate, por favor —me pidió Dunmor.

Les recordé que los animales estaban recuperando ese sexto sentido que habían perdido hace mucho: su odio instintivo a los enanos, lo cual había provocado que los animales nos atacaran aleatoriamente a todos nosotros casi a diario. El mismo Dunmor me había comentado que eso tal vez fuera una señal del inminente regreso de la magia. ¿Por qué las reliquias antiguas no podían estar experimentando algo parecido?

—Ciertamente, es una cuestión intrigante —admitió Dunmor.

—¡No es más que un montón de necedades elfas! —exclamó Ooj, avivando así las llamas de otro acalorado debate a voz en grito entre los miembros del Consejo.

Rápidamente, Dunmor los llamó al orden de nuevo.

—Votemos sobre este asunto —dijo—. Todos los que estén a favor de que se investiguen las alegaciones de que el anciano Tripatormentosa se encuentra secuestrado por el presunto señor de los elfos, Locien Aldaron, en una planta secreta del edificio Hancock, que digan «sí».

Aunque se oyó un sorprendente número de síes, no más de veinte de los ciento veinticinco miembros del Consejo presentes habían votado a favor. Foggy había sido la única anciana del Consejo en votar en este sentido.

—¿Todos los demás se oponen? —preguntó Dunmor.

Los noes retumbaron de forma atronadora gracias a la acústica de la cámara.

—¿Cuál es el recuento oficial, Rungren? —inquirió Dunmor.

Un frágil enano, que tendría fácilmente ochenta o noventa años, y estaba sentado a un escritorio colocado detrás de los ancianos, alzó la vista al oír su nombre, mientras seguía escribiendo como un loco en varios pergaminos desparramados sobre la mesa.

—Ha habido diecisiete síes, incluido el voto de una anciana —contestó Rungren—. Y ciento once noes, incluidos los votos de siete ancianos. Cinco se han abstenido. El recuento final es de veintiséis a favor y ciento setenta y cuatro en contra.

Me dejó alucinado que el viejo enano hubiera sido capaz de contar los votos basándose solo en el ruido que habían hecho; a mí eso me había parecido un caos total.

—Propuesta rechazada —anunció Dunmor sin ninguna ceremonia.

Un leve suspiro de derrota se me escapó de los labios.

—El Consejo ha hablado, Greg, lo siento —dijo Dunmor con sinceridad—. Pero que así sea: ningún enano hará nada en relación con lo que Greg ha compartido hoy aquí con nosotros. Aún no tenemos ninguna prueba de que los elfos hayan cometido alguna fechoría. Y hasta que no tengamos tal evidencia, no pondremos a prueba su paciencia violando de nuevo el pacto Thrynmoor.

—¡Oíd! ¡Oíd! —gritó Ooj innecesariamente.

—Ahora —continuó Dunmor—, pasemos al segundo punto del orden del día del Consejo Global de hoy...

Sus palabras se vieron interrumpidas por unos súbitos chillidos que procedían del pasillo que llevaba a la Sala de Reuniones Dosgrud Capuchargenta.

A continuación, se oyeron más gritos y chillidos, pero esta vez más cerca. Entonces, varios golpes estruendosos hicieron temblar el Submundo de un modo tan violento que unos trozos del hormigón del techo me cayeron en el hombro.

—En nombre de Landrick el Errante, ¿qué está pasando? —preguntó Dunmor.

Segundos después, recibió la respuesta cuando las enormes puertas de la Sala de Reuniones explotaron, desencadenando una lluvia de fragmentos de vigas de hierro y esquirlas deformadas que cayeron trazando espirales sobre la multitud situada más cerca de la parte posterior del recinto.

El polvo procedente del marco de hormigón de la puerta cubrió toda la entrada como si fuera una tormenta de nieve. El silencio reinó mientras el panorama se despejaba. Enseguida quedó bastante claro a qué nos enfrentábamos.

A troles.

34

DONDE ME ESTRUJAN COMO UN PAPEL

Si había alguna duda sobre a qué nos enfrentábamos, el anciano del Consejo Heb Espadaflamígera la disipó en cuanto se puso en pie y gritó:

—¡Troles de montaña!

Eran cinco en total, cuyo color iba del gris claro, pasando por un verde pálido, hasta llegar a un marrón oscuro, y cuyo tamaño iba del de una gran camioneta a una cabina de camión pequeña. Eran prácticamente calvos y tenían una cabeza repleta de protuberancias, una tez pálida, unos dientes amarillentos y bastantes músculos entre todos ellos como para alimentar a un pequeño poblado de caníbales durante una década.

Además, todos lanzaban unos gritos de ira ensordecedores.

Y tenían mal aliento.

Al menos, Verdoso lo tenía (el trol verde que era el más esbelto y alto del grupo). Lo sabía porque lo tenía delante de la cara, rugiéndome, empapándome con su aliento caliente como si se tratara de una sopa asquerosa.

Me lanzó un puñetazo y, por un momento, estuve a punto de quedarme ahí para iniciar el conjuro que me convertiría en piedra. Pero entonces me di cuenta de que no tenía nada de galdervatn. Así que, rápidamente, me aparté a un lado en el último segundo.

Con su enorme puño verde, destrozó la mesa de piedra en cientos de añicos.

Unos gritos estallaron por todas partes, acompañados de un tremendo estruendo y una gran destrucción. Aunque intenté localizar a mis amigos, no me dio tiempo a hacerlo, porque Verdoso me pisaba los talones y ya estaba lanzándome otro puñetazo como si estuviera jugando en una atracción de feria llamada Machaca al Enano.

Me aparté de nuevo de su trayectoria, y el puño abrió un pequeño cráter en el suelo de piedra.

La atronadora voz de Dunmor retumbó con fuerza en la parte frontal del recinto, incluso por encima de todo aquel caos demencial:

—¡Avisad a los centinelas!

Pero no tenía tiempo para preocuparme por eso. Verdoso seguía persiguiéndome como si le hubieran enviado a darme caza a mí en concreto. Supuse que podía ser; sobre todo, si Edwin les había contado mis planes a sus padres.

Y eso ahora mismo parecía totalmente factible.

Esta revelación me dejó tan destrozado que tardé un poquito en reaccionar ante el siguiente

mamporro de Verdoso. Me atizó un golpe de revés. Más que un tortazo caballeroso, fue como si una bola de demolición se me llevara por delante. Si no me hubiera dado de refilón, seguramente me habría matado, da igual lo fuertes que fueran mis huesos de enano.

En cualquier caso, atravesé volando la sala y acabé en la zona de los asientos de los miembros del Consejo. Aterricé en parte sobre una grada vacía de piedra, y en parte sobre una anciana dama, que era miembro del Consejo y que había permanecido sentada ahí con una mano en la boca, totalmente pasmada. Había olvidado que mi padre y yo éramos los únicos enanos vivos que habíamos visto a un trol en carne y hueso antes de todo esto.

—Perdone —mascullé, magullado, mientras el dolor me recorría por entero todo el cuerpo.

Ni siquiera pareció ser consciente de que había aterrizado sobre su regazo, ya que permaneció ahí sentada negando con la cabeza, sin ser capaz de creérselo, a pesar de que Verdoso se dirigía directamente hacia nosotros, saltando con facilidad por las diversas gradas del estadio.

Rodé y me puse en pie para apartarla rápidamente de un empujón, ignorando lo mucho que me dolían las articulaciones y el terrible dolor que sentía en la espalda, donde había recibido el impacto de los bancos de piedra al aterrizar. Verdoso rugió y se abalanzó sobre mí de cara, como si quisiera comerme la cabeza. Y tal vez eso fuera lo que pretendía hacer. Lo cierto es que no sabía si los troles comían enanos o no. A lo mejor solo eran unos vegetarianos con muy mala leche.

En esta ocasión, en vez de esquivar a esa bestia lanzándome a la izquierda o la derecha, decidí sorprenderla cargando contra ella de frente. Siguió aproximándose y, cuando tuve sus dientes amarillos a muy poca distancia de mi cara, salté hacia delante lo más alto que pude.

Y aterricé justo sobre su nariz.

Agité las manos en busca de algo a lo que aferrarme y acabé agarrándome a sus párpados carnosos, los cuales eran sorprendentemente blandos, así que tomé nota mentalmente de que al próximo empresario rico con el que me topara debía plantearle la idea de fabricar fundas de almohadas y sábanas hechas con párpados de trol.

Verdoso chilló sorprendido mientras me agarraba a su cara utilizando sus párpados como asideros. Tenía los pies apoyados sobre su labio superior y le estaba apretando su nariz puntiaguda con las piernas.

Empecé a tirar sin piedad de sus párpados, procurando entrar en contacto lo máximo posible con sus gelatinosos globos oculares. Chilló y me agarró del abdomen, para intentar arrancarme de su cara. Pero me aferré con más fuerza si cabe y, así, le estiré aún más los párpados mientras seguía tirando para intentar librarse de mí. Rugió de pura ira.

Entonces fue cuando se puso simplemente a estrujarme.

Me aplastó tanto el pecho que no podía respirar. Tenía la sensación de que mi caja torácica iba a estallar en cualquier momento. Aunque mis huesos tal vez fueran tan fuertes como la piedra y el hierro, bajo la presión de Verdoso no eran más que un montón de ramitas quebradizas que se estaban rompiendo. Pero no cejé en mi empeño y confié en que se le cansara la mano antes de que me asfixiara o simplemente me estrujara como un papel.

Diez segundos después, instantes antes de que me sumiera en un coma profundo, Verdoso me soltó de repente y caí de nuevo sobre los asientos de piedra con un PUM ahogado.

Me puse boca arriba, jadeando.

Verdoso agitaba frenéticamente las extremidades, presa de un terrible dolor, intentando

alcanzar algo que tenía en la espalda. Mientras se giraba desesperadamente y buscaba a tientas ese algo, al fin vi que tenía un hacha de batalla enana clavada en la zona lumbar.

Ari estaba bajo sus pies, esquivando los pasos tambaleantes que estaba dando descontroladamente el trol para evitar que la pisara. Se apartó rodando a un lado y corrió hacia mí; subió saltando los asientos de dos en dos.

—Greg, ¿estás bien? —preguntó, agachándose sobre mí.

Me limité a asentir, porque todavía estaba jadeando y era incapaz de hablar.

Lake, que llevaba varias hachas colgadas al cinturón, se encaramó a la espalda de Verdoso, utilizando las muchas verrugas que tenía el trol a modo de puntos de apoyo para las manos y los pies. Estaba preparándose para lanzar el golpe de gracia, mientras yo me recostaba e intentaba recuperar el aliento.

Cuando por fin me incorporé, Verdoso estaba tambaleándose terriblemente. Acto seguido, se tropezó y se estampó al fin contra el suelo. Un orgulloso Lake se colocó sobre el pecho de la bestia, sosteniendo una de sus hachas por encima de la cabeza en señal de triunfo, como un chaval que posara con un rifle junto al primer ciervo que había cazado.

Fue entonces cuando, por fin, pude contemplar que un caos tremendo y una destrucción total reinaban dentro de la Sala de Reuniones. Tres de los troles ya habían muerto: Verdoso, Azul y Marroncito. Protuberancias (el que tenía una cabeza especialmente deforme) se hallaba en esos momentos acorralado por cuatro o cinco soldados enanos muy bien armados y protegidos con armaduras metálicas. Caería en breve.

Solo Musculitos (el más robusto de los troles) seguía campando a sus anchas y haciendo estragos. Cogió a dos desafortunados enanos, cada uno en una mano, y los utilizó a modo de arma para machacar y derribar a más enanos. Al mismo tiempo, unos cuantos enanos intentaban colocarle una cadena al trol en la zona donde la pantorrilla se une al tobillo.

Imploré a los dioses enanos (sobre los que Buck nos había hablado) que ninguno de los cadáveres enanos que veía fuera el de un amigo o un familiar. Aunque eso tampoco habría hecho que esa escena fuera menos espantosa.

—Vamos, tenemos que ir a ayudarlos —dije mientras hacía ademán de levantarme.

Pero noté un dolor tan agudo en la zona lumbar que me vi obligado a tumbarme de nuevo.

—Quédate aquí —me ordenó Ari, poniéndose en pie—. Podrías estar gravemente herido.

—Quédate tú también —insistí—. No quiero...

—Greg. —Ari me sonrió con una cierta tristeza—. Sé cuidar de mí misma. Confía en mí.

Se alejó corriendo para sumarse al combate contra Musculitos.

El trol se había deshecho ya de los dos enanos que había usado como arma y ahora sostenía en sus manos la descomunal mesa curva de los ancianos del Consejo. La blandía como si fuera un sable de piedra; de esa forma, derribó a todo un pelotón de centinelas enanos.

Aunque no necesitaban que Ari los ayudara. Al parecer, uno de los guardias había tomado algo de galdervatn. Decenas de largas enredaderas serpentearon por unas cuantas grietas que había en el techo de piedra y descendieron sobre Musculitos, enrollándose en la gigantesca mesa que este tenía en las manos.

El trol gritó muy confuso.

La enredaderas le arrebataron fácilmente la mesa y luego le golpearon las sienes con ella. Musculitos se protegió la cabeza con las manos e intentó huir. Pero las enredaderas encantadas

dieron alcance al monstruo sin mucho esfuerzo y no pararon de atizarle con la enorme mesa de piedra como una anciana sacudiría a un perro con un periódico enrollado.

Sus músculos se tensaron bajo sus lorzas de grasa mientras intentaba defenderse de esa mesa encantada. Agitando los brazos y las manos frenéticamente, se giró para intentar escapar. Entonces se tropezó con uno de sus hermanos caídos y se trastabilló.

Los enanos que lo rodeaban se apartaron mientras el monstruo chillaba y se estrellaba contra el suelo. Aterrizó de bruces directamente sobre los talones de Verdoso con un PLOP muy asqueroso.

Entonces, todo terminó.

Pero el daño ya estaba hecho.

Nunca olvidaría lo que había visto ahí.

Y, si de alguna manera acababa olvidándolo, sabía que la *Sanguinaria* me lo recordaría una y otra vez hasta que me vengara.

—¡Este trol sigue vivo! —gritó alguien.

Ari me estaba ayudando a bajar cojeando hasta el suelo de la Sala de Reuniones Dosgrud Capuchargenta. Observamos cómo varias decenas de enanos se acercaban corriendo a Marroncito para rodearlo. El trol, cuyo descomunal pecho se levantaba y bajaba lentamente, intentaba respirar como podía.

—¿Quién os ha enviado? —preguntó Dunmor al trol moribundo.

Marroncito sacudió su fea cabeza. O bien no le había entendido, o bien no iba a hablar.

—¡Encantaluna! —gritó Dunmor—. ¿Dónde se ha metido?

—Está muerto, señor —respondió alguien.

Se me partió el corazón. ¿Eagan estaba muerto? Eso no podía ser. Avancé tambaleándome, porque no podía caminar bien. Ari logró sostenerme en pie de algún modo. ¿Es que no lo había oído? ¿No estaba destrozada? Pero entonces oí la voz de Eagan.

—Estoy aquí —contestó, dando unos pasos hacia delante—. Mi padre no ha sobrevivido, pero aquí estoy yo, dispuesto a ayudar.

Me sentía fatal por él; después de todo, sabía cómo se sentía..., más o menos. No obstante, Eagan parecía empeñado en no derrumbarse. Mantenía la cabeza erguida, negándose a llorar. Más adelante, descubrí que esa vieja frase de que «los Belmont nunca lloran» es una máxima que no solo siguen los Belmont/Tripatormentosa (como suele ocurrir con la mayoría de las cosas), por supuesto, sino también todos los enanos.

«Los enanos nunca lloran. Jamás.»

Dunmor titubeó un momento y, a continuación, asintió, a la vez que indicaba al muchacho con una seña que se acercara.

—Lo siento muchísimo, hijo —dijo Dunmor, dándole unas palmaditas en el hombro a Eagan—. Pero necesitamos tu ayuda para poder vengar esta tragedia. Usa tu «habilidad» como Encantaluna para averiguar quién los ha enviado. La tortura no sirve de nada con los troles..., o eso afirman los textos antiguos.

Eagan asintió con valentía y se aproximó al trol. Con cierto pesimismo, me pregunté si sería el mismo trol que había matado a su padre. Aparté ese pensamiento de mi mente, pues no me gustaba adónde me llevaba. Nunca había llegado a conocer a Kiggean Encantaluna, el padre de Eagan,

pero, por lo que contaba todo el mundo, era un gran enano muy bondadoso.

Eagan se arrodilló junto a la gigantesca oreja de Marroncito, que era casi tan grande como él. Le susurró algo al oído, pero no pude oír bien lo que estaba diciendo. Eagan siguió hablando durante un minuto o dos, gesticulando en ciertos momentos para enfatizar lo que decía, a pesar de que el trol no podía verlo. A veces, Eagan posaba la mano con delicadeza sobre el pelo fino y ralo del monstruo.

Al final, dejó de hablar y se puso de pie, mirando al trol en su ojo bueno, que este movió para poder verle. Entonces el monstruo clavó su mirada en alguien situado detrás de Eagan: en mí. El trol abrió el ojo aún más, alzó su gigantesco brazo y me señaló.

—Él —gruñó Marroncito.

Todo el mundo se giró y me miró pasmado.

¿Qué estaba sugiriendo el trol? Negué con la cabeza lentamente. Yo no había hecho nada. Desde luego, era imposible que yo también fuera responsable de este ataque trol.

—Lo hemos seguido hasta aquí —dijo Marroncito con su último aliento y, entonces, se quedó callado.

Todos me miraban fijamente, algunos de forma acusadora; otros, enfadados; y unos cuantos, anonadados. Pero casi todos los rostros, incluido el de Dunmor, reflejaban simplemente tristeza. Tenían que saber que yo no tenía ni idea de que me estaban siguiendo. Tenían que saber que yo nunca guiaría a nadie adrede hasta aquí abajo, salvo que fuera un compañero enano. Ni siquiera a Edwin.

El mero hecho de pensar en mi mejor amigo provocó que se me hiciera un nudo en la garganta.

Mientras Eagan parpadeaba, intentando contener las lágrimas, y se daba la vuelta para alejarse furioso, mi mayor preocupación era asimilar las consecuencias de esta nueva revelación: había bajado directamente al Submundo después de haber estado con Edwin. Seguramente, en ese momento, los troles habían empezado a seguirme. ¿Era posible que hubiera sido él quien los hubiera enviado?

A pesar de que me sentía muy desconsolado, vi un rayo de luz entre tanta oscuridad. Con este ataque, cualquier duda que todavía hubiera podido tener sobre si se debía llevar a cabo o no una misión de rescate para liberar a mi padre se había esfumado. Iba a salvarlo con o sin la aprobación del Consejo, aunque eso supusiera el fin de mi amistad con Edwin.

Con o sin ayuda.

Yo te ayudaré.

Asentí a un hacha mágica que ni siquiera estaba ahí. Su apoyo era lo único que necesitaba. La *Sanguinaria* y yo íbamos a rescatar a mi padre. Con suerte, daríamos con la manera de poner punto final a esta guerra antes de que se reanudara.

35

DONDE HAGO UN LLAMAMIENTO A ACTUAR MUY EMOTIVO E INSPIRADOR QUE HARÍA LLORAR A CUALQUIERA MENOS A UN ENANO

Nada más concluir el ataque, todo el mundo llevó a los heridos al ala médica de la ciudad del Submundo.

Ayudé en la medida que me lo permitieron mi espalda y mis articulaciones doloridas, siendo consciente de que aún no podía irme corriendo a rescatar a mi padre. Por lo menos un tercio de los enanos ya estaba enfadado conmigo, porque era el muchacho que, desgraciadamente, había guiado a cinco troles a una ciudad secreta que nunca antes, en sus más de doscientos años de existencia, había sido atacada. Largarme ahora para llevar a cabo una misión en plan justiciero, dejando abandonados ahí a unos heridos que estaban sufriendo bajo los escombros, no iba a ayudarme precisamente a que apoyaran mi causa.

Después de que gran parte de aquel desastre se hubiera limpiado y despejado con una eficiencia notable, se convocó una sesión de urgencia del Consejo.

Dunmor inició su intervención homenajando a los enanos caídos.

Un soldado del cuerpo de centinelas había fallecido. Al igual que dos enanos en los pasillos del Submundo, quienes simplemente habían estado en el sitio equivocado en el momento equivocado. Cinco miembros del Consejo habían perecido, incluidos un dignatario que estaba de visita y el padre de Eagan, así como la anciana Ara Cuevagarida.

A pesar de esto, prácticamente todos los asientos estaban ocupados y los miembros fallecidos ya habían sido reemplazados por los siguientes candidatos en la lista para ocupar sus puestos en el Consejo. Otros cientos de enanos abarrotaban el recinto como observadores, mientras se intentaba alcanzar un acuerdo y tomar alguna decisión. Yo me encontraba entre ellos, al fondo, con Ari, Lake, Buck, Eagan, Ranita y Glam.

Incluso para tratarse de unos enanos, el estado de ánimo general era pésimo. La inminente votación sobre el tema de la Fisura había quedado totalmente olvidada por el momento.

—Deberíamos rendirnos, sin más —afirmó la anciana Wera Picaplana, quien era incapaz de levantar la mirada—. No podemos permitirnos el lujo de sufrir otro ataque tan devastador, de esta misma índole.

Por todo el recinto, un buen número de gente asintió.

—No podemos ganar —añadió otro miembro del Consejo—. Antes teníamos muy pocas posibilidades..., pero ahora que sabemos que los troles apoyan a los elfos... Buf.

—Estoy de acuerdo —dijo Dunmor—. Simplemente, no estamos listos para este tipo de combates.

Más gente se mostró de acuerdo en la sala.

No me podía creer lo que estaba oyendo.

Después de haber recibido aquel golpe, ¿se iban a rendir sin más? ¿Iban a ceder el control de todo a los elfos? Aunque los enanos estuvieran acostumbrados a admitir la derrota, no pensaba dejar que lo hicieran en esta ocasión. En mi opinión, esa no era una opción. El antiguo Greg les habría dado la razón, sin duda. Probablemente, se habría puesto en pie y habría dicho: «Este es nuestro destino en la vida, será mejor que lo aceptemos de buen grado, en vez de intentar cambiar las cosas».

Pero yo ya no pensaba así.

Incluso después de todos los desastres que habían provocado mis actos recientemente (incluido este último), estaba más seguro que nunca de que se debía luchar contra las injusticias. Había que hacer justicia. Había que rescatar a mi padre. No podíamos quedarnos cruzados de brazos y dejar que los elfos ganaran. Por encima de todo, sabía que esa hubiera sido la actitud de mi padre, ya que él nunca se había quedado cruzado de brazos ni había dejado que el miedo a la derrota o el espectro de la mala suerte lo empujaran a rendirse y a dejarse llevar por la apatía.

—¿Deberíamos, entonces, redactar el borrador de un tratado en el que transijamos con todo? —preguntó uno de los nuevos ancianos.

—¡No! —grité, sorprendiéndome incluso a mí mismo.

—Oh, el traidor ha hablado —comentó alguien, pero la agotada muchedumbre a duras penas reaccionó.

—¡No podemos rendirnos de este modo! —exclamé, y mi voz retumbó y resonó por toda la cámara, con un tono más adulto que nunca—. ¡Somos enanos! ¡Somos fuertes, somos sinceros, somos las gentes originales de la tierra! Los enanos no rehúyen una pelea. Los enanos no caen a manos de sus enemigos, incluso cuando estos llevan todas las de ganar. Los enanos son astutos, audaces, diligentes; somos «supervivientes», los amos de los elementos. ¡Y podemos ganar esta guerra! Sé cómo podemos golpear a los elfos donde más les duele; sé dónde se encuentra la guarida secreta del señor de los elfos. ¡Podremos entrar a hurtadillas en ella cuando menos se lo espere! Sin su líder, flaquearán, se sentirán débiles y asustados. ¡Y como ellos no disponen de magia, sufrirán ante el ataque de nuestro nuevo ejército de enanos magos! Ayer mismo, los vi en acción; ¡realizando conjuros enanos de verdad con una enorme destreza y poder!⁴

»¡Podemos ganar y lo haremos! —continué—. Solo tenemos que creer en nosotros mismos por una vez. Nosotros tenemos el galdervatn, ellos no. Nosotros somos enanos, ellos no. Los enanos no se rinden. Los enanos son los poderosos hijos de la tierra, la Separada y la actual. Únicamente los enanos serán los heraldos de la Nueva Era Mágica y solo nosotros reinaremos con un poder absoluto. Porque... somos... ¡enanos!

Alcé el puño en el aire, a la espera de un atronador aplauso y unos gritos de aprobación, de unos gritos de batalla y de unas lágrimas que clamaran venganza. Esperé, pero no ocurrió nada de eso, sino que se oyó una voz solitaria que procedía del fondo.

—Bah.

—Los enanos siempre pierden, y no hay más que hablar —añadió alguien.

—Sí, no podemos ganar. Con nuestra suerte, no.

Se oyeron murmullos de aprobación alrededor de la cámara y yo me dejé caer, derrotado. Me sentía avergonzado y descorazonado. Pero más decidido que nunca a hacer lo que tenía que hacer..., con o sin ayuda.

Después de la reunión, todo el mundo se separó y siguió su propio camino. Unos volvieron a la enfermería para ver cómo estaban sus seres queridos; otros se fueron a iniciar los rituales funerarios para despedirse de aquellos que habían caído en batalla. Incluso algunos, probablemente, se fueron a casa a gozar de una copiosa cena en la que ahogarían sus penas con una gran cantidad de jugosa carne.

Yo me quedé en la Sala de Reuniones, contemplando mis propias manos. ¿Y ahora qué?

Ya sabes la respuesta.

La *Sanguinaria* tenía razón. Ya no tendría que esperar más. Me marcharía inmediatamente. Rescataría a mi padre esa misma noche. Yo solo. O moriría intentándolo.

Pero entonces alguien agitó una mano delante de mí. Levanté la vista y vi a Ari, que me sonreía con cierta tristeza. La agarré de la mano que me había tendido. Ella tiró de mí para que pudiera ponerme en pie.

—A mí me ha gustado tu discurso —me confesó.

—Gracias —dije.

—Sí, y puedes contar con nosotros —me aseguró Glam—. Te ayudaremos.

Todos ellos estaban ahí: Lake, Ranita, Ari, Glam e incluso Eagan. A pesar de que casi había logrado que los mataran a todos, ahí estaban, dispuestos a arriesgarlo todo de nuevo para ayudarme a salvar a mi padre. Hasta entonces, solo había tenido un amigo así. Se me hizo un nudo en la garganta y no pude hablar. Si lo hubiera hecho, sé que habría roto la regla universal enana.

—No te responsabilizo de la muerte de mi padre —dijo Eagan—. Pero quiero vengarle. Haré lo que haga falta.

Asentí.

—Sabemos que planeas ir a rescatar a tu padre esta noche —añadió Ari.

Ranita asintió con una expresión solemne. Sabía que con eso quería decirme: «Me has ayudado muchas veces, y no pienso rajarme ahora que ha llegado la hora de devolverte el favor. Y esa hora es ahora».

—Si bien el naufragio parece inevitable, os brindaremos nuestro apoyo en vuestra solitaria travesía —dijo Lake—. No temáis, amigo, pues no os abandonaremos.

Asentí de nuevo, mientras seguía intentando no llorar y era incapaz de hablar. Una parte de mí quería decirles: «No, quedaos aquí; no os pongáis más en peligro por mi culpa». Pero lo cierto era que, si realmente quería rescatar a mi padre, iba a necesitar toda la ayuda posible. Además, me encantaba saber que tenía tantos amigos.

Aunque tal vez acabara de perder a uno.

36

DONDE FYNRIC ME DA UN SÁNDWICH DE PAVO Y UNA BOTELLA DE RON PARA AYUDARME EN MI MISIÓN

No hicimos un círculo ni juntamos las manos para luego alzarlas y gritar: «¡Activaos, poderes enanos!».

Pero, básicamente, ese era el espíritu que nos animaba. Les confesé que no tenía ningún plan, ni ninguna idea sobre qué íbamos a hacer una vez que nos hubiéramos infiltrado en esa planta secreta, seguramente muy bien vigilada del edificio Hancock. Tendríamos que improvisar. Sonrieron abiertamente y asintieron; acto seguido, cada uno se fue por su lado para recoger lo que necesitara de su habitación. Nos reuniríamos en la Arena al cabo de veinte minutos.

Antes de que siquiera hubiera cruzado a medias la puerta, alguien me agarró y me apartó a un lado. Era Buck, que llevaba un montón de mantas bajo el brazo.

—No puedo acompañarte, chaval —dijo—, porque sospecho que acabaría encontrando la manera de sabotear la misión. Además, Dunmor se percataría de mi ausencia. Entonces se daría cuenta de que tramabas algo e intentaría detenerte. Así que no te ayudaría en nada con mi presencia. Pero esto sí lo hará.

Me entregó las mantas. Había algo grande y pesado envuelto en ellas y sospechaba que sabía perfectamente lo que era.

Por fin, soy tuya.

Lo cual es todo un alivio... No podía seguir viviendo con este tipo. Ya no lo soporto. ¡Deberías oír el ruido que hace cuando come cereales!

—Gracias —dije, intentando no sonreír ante los comentarios de la *Sanguinaria*—. Y también por apoyarme durante la reunión. Me sorprendió, porque como..., bueno...

—¿Porque soy muy duro contigo en los entrenamientos? —preguntó Buck.

—Bueno, sí —respondí.

—Greg, soy duro contigo porque espero mucho de ti —me explicó—. Eres un Tripatormentosa. Así que te tienes que convertir en el líder de la manada, en el mejor guerrero de tu generación. Lo llevas en la sangre, como le ocurría a tu padre, quien dio la espalda al sendero que estaba destinado a recorrer. Aun así, se ha convertido en un enano muy especial, a su manera. De eso no hay duda. Pero tú puedes ser mejor incluso: puedes llegar a ser el héroe enano más grande que jamás haya existido. Eso significa que has de ser el mejor estudiante y el mejor líder en la batalla, e igual de audaz y fuerte e intrépido como tu padre. Por eso soy tan duro contigo...

para que des lo mejor de ti.

Asentí, sin estar seguro de qué podía decir. ¿Yo iba a convertirme en el líder de toda una generación? Me pareció una tontería hasta que reparé en que estaba a punto de liderar una peligrosa misión en la que iba a asaltar una fortaleza elfa con la ayuda de mis cinco amigos.

—Buena suerte —me deseó Buck.

—Gracias —contesté.

—Y, Greg... —añadió Buck—. Tráeme a mi hijo de vuelta de una pieza, ¿quieres?

Asentí, esperando que no estuviera mintiendo al hacer este gesto y, a continuación, fui corriendo hasta mi casa.

Fynric estaba esperándome. Tras colocar el montón de mantas sobre la cama, me giré hacia él, que me observaba con gesto muy serio. Me dio un sándwich de pavo, al estilo enano. Bueno, de críos siempre habíamos llamado a eso el megasándwich, pero, claro, eso había sido en esa época en que mi padre no quería que supiera que era un enano. Ahora que lo sabía, había descubierto que a todos los enanos les encantaban los megasándwiches (es decir, los sándwiches de pavo al estilo enano), que básicamente consistían en una gran cantidad de pechuga de pavo casera emparedada entre dos trozos de pan de molde.

A pesar de que por culpa de lo que acababa de pasar no tenía mucha hambre, me las apañé para dar buena cuenta del gigantesco sándwich con solo unos pocos mordiscos dados a regañadientes. Supuse que a lo mejor necesitaría esas proteínas para, por ejemplo, tener energías con las que poder enfrentarme a un ejército élfico esa misma noche.

—Que los dioses te acompañen —dijo Fynric después de que me hubiera terminado el sándwich.

Aunque sabía lo que tramaba, pues mi plan secreto era el secreto peor guardado que uno se pudiera imaginar, no hizo ningún ademán de intentar pararme.

Asentí.

—Y trae a Trevor de vuelta —añadió—. Tengo que irme, el Consejo se va a reunir para discutir una posible rendición incondicional. No podré estar aquí cuando te marches.

Me entregó una cajita.

—Por si te entra sed durante la misión —dijo Fynric con una sonrisa maliciosa, y se marchó sin mediar más palabra.

Me acerqué a la cama, coloqué la cajita a un lado y desenrollé el montón de mantas que Buck me había dado.

Me alegro de volver a verte.

—Sí, yo también, *Sanguinaria* —respondí.

¿Sanguinaria?! ¿De verdad es así como me habéis estado llamando?

—Esto, ¿no lo sabías?

¡No! Es horrible y muy hortera.

—Bueno, ¿cuál creías que era tu nombre?

Pues yo me he estado llamando a mí mismo «Carl».

Poco faltó para que me echara a reír. Pero supuse que reírme de un hacha mágica a la que nadie podía oír hablar salvo yo era el último paso que me quedaba por dar para cruzar la línea que me separaba de la locura total. En realidad, al hablar con ella ya estaba pisando esa línea.

Bueno, sea como sea, me muero de ganas de poder probar al fin la sangre elfa de nuevo...

ha pasado tanto tiempo. Vamos a liberar a tu padre, Greg. Después de todo, esa es la razón de mi existencia. ¡Va, vámonos ya, que estoy sediento!

Asentí y aparté a un lado a la *Sanguinaria* para poder cambiarme de ropa. Cogí *Apagón*, la daga que Ari me había forjado, y me la coloqué en mi cinturón. Después, abrí la caja que Fynric me había dado.

Contenía una botellita de ron. Pero ya no llevaba ron en su interior, sino que estaba llena hasta arriba del neblinoso, reluciente y ondulante galdervatn.

Sonreí de oreja a oreja mientras observaba cómo cambiaba de color.

Una exultante *Sanguinaria* lanzó una serie de juramentos a mis espaldas para celebrarlo (yo, desde luego, no habría podido pronunciar jamás esas palabras sin sonrojarme).

De repente, me pareció que esta misión de rescate tenía muchas más posibilidades de éxito de lo que había creído hasta entonces.

En vez de ir a la Armería oficial del Submundo para equiparnos para la batalla, fuimos a la Arena.

Ari y Lake nos guiaron a través de un grupo de chavales que estaba forjando armas en la cavidad de la herrería. Aunque, claro, esto fue después de que todos se pusieran como locos al ver a la *Sanguinaria* en mis manos. Creo que lo que realmente les había sorprendido era que Buck me hubiera dado a mí aquella célebre reliquia histórica, pues ya la habían visto en casa de Buck muchas veces y nunca la habían contemplado con los ojos tan desorbitados.

Ari nos llevó hasta una pequeña fisura que se abría en la pared de roca natural de la cueva situada detrás del taller de soplado de vidrio. Colocó ambas manos sobre la fría y húmeda piedra y empujó. Lentamente, una enorme sección de la cueva se apartó a un lado, dejando a la vista una cámara secreta.

Tras encaramarse a la entrada, Lake y Ari nos indicaron con una seña que los siguiéramos.

Ari encendió una antorcha que había en la pared. Al instante, esta iluminó la pequeña cueva como una lámpara fluorescente industrial; no porque la antorcha fuese especial o algo así, sino porque su luz se reflejaba gloriosamente en los objetos que albergaba la cueva:

- En las hileras llenas de relucientes corazas y armaduras de cuerpo entero.
- En los soportes donde reposaban espadas y hachas de todas formas y tamaños.
- En las estanterías repletas de ballestas, arcos de madera y cubos repletos de flechas de diversas larguras y propósitos.
- En las cotas de malla, los cascos con cuernos y las protecciones confeccionadas con piel de verdad, así como en una amplia selección de calzado militar.
- En una pared, donde había una estantería llena de cálices, tazas de metal, juegos de platos y cubiertos y miniaturas metálicas de animales.

—Estas son solo algunas de las cosas que forjamos durante nuestras primeras prácticas — comentó Ari, al ver que yo estaba mirando las estanterías donde no había armas—. No podíamos deshacernos de ellas. Tienen un gran valor sentimental, ¿sabes?

—Aquello que se hace sin un propósito diáfano no implica un derroche de tiempo y recursos *per se* —dijo Lake—. O eso indica la tradición familiar a la hora de juzgar la relevancia de los

oficios artesanales.

Asentí, a pesar de no haber entendido del todo lo que quería decir.

—Chicos... —dijo Eagan, algo pasmado—, ¿todo esto lo habéis hecho vosotros?

A Ari se le sonrojaron las mejillas mientras sonreía abiertamente y asentía.

Era impresionante. Hasta Ranita tenía los ojos abiertos como platos. La cueva secreta tenía el tamaño de una sala de estar. Y sus paredes estaban llenas de armaduras y armas enanas lustrosas, hermosas e impresionantes.

—Pero ¿qué narices hace todo esto aquí? —preguntó Eagan—. O sea, creía que os oponíais a la violencia en general; sobre todo, a esa tan brutal que reinaba en la Tierra Separada...

—Bueno, me sigo oponiendo a ella —contestó Ari, algo avergonzada—. No forjé todo esto para una guerra de verdad. Hicimos todo esto porque... teníamos que hacerlo.

—¿Alguien os obligó? —pregunté.

—No, no, no es nada de eso —respondió Ari, riéndose—. Es que, simplemente, no podemos evitarlo. Lo llevamos en la sangre; es como si fuera... nuestra vocación, supongo. Cuando no estoy con mis amigos, o viendo un espectáculo, estoy pensando en la forja. Sueño con la forja todas las noches. Todos los días, siempre que podíamos, Lake y yo solíamos pasar cada segundo que teníamos libre aquí abajo forjando cosas; eso fue antes de que muchos otros enanos se mudaran con sus familias al Submundo. No creo que nunca pueda parar de hacer esto; para mí, trabajar en la forja es como respirar, supongo.

Lake asintió.

Ranita, normalmente enigmático y estoico, rozó con un dedo la empuñadura metálica de una pequeña espada corta. Glam ya se las había ingeniado para colocarse un cinturón de guerra de cuero del que pendían tres espadas y un hacha de batalla. Además, llevaba dos hachas más atadas a la espalda e intentaba, frenéticamente, dar con un sitio donde poder guardar dos ballestas que había cogido de las estanterías.

Glam se quedó quieta, al darse cuenta de que todos la estábamos mirando.

—¿Es demasiado? —preguntó.

—Sí, es un poco excesivo —respondió educadamente Eagan.

—Además, sería mejor que te pusieras la armadura antes de colocarte las armas —añadió Ari con una amplia sonrisa.

Glam se partió de risa y se quitó todo lo que se había puesto con tanto entusiasmo.

Estuvimos los veinte minutos siguientes equipándonos para la batalla. Ari y Lake tuvieron que ayudarnos al resto a averiguar cómo colocarnos gran parte del equipo. Y, en algunos casos, nos tuvieron que enseñar qué eran ciertas cosas; por ejemplo, yo intenté usar una coquilla a modo de casco. Lake se había estado riendo tontamente de esa metedura de pata mía durante casi dos minutos.

Al final, acabé equipado de esta forma:

Con un peto de metal que parecía pesar unos veinte kilos y llevaba sujeto al torso con unas cintas de cuero. Con un casco del que sobresalían cuatro cuernecitos lustrosos que habían pertenecido a algún animal. En las piernas, no llevaba ninguna pieza de armadura, salvo una especie de espinilleras y unas gruesas botas de cuero atadas con unas tiras de cuero reforzado. Además, tenía unos protectores metálicos que se encajaban en los pulgares y me protegían los dorsos de ambas manos con cota de malla, y dos pequeñas hombreras que llevaba enganchadas al

peto. Como armas, llevaba únicamente la *Sanguinaria* a la espalda, dentro de una estupenda funda de cuero y piel, y *Apagón* en su vaina en el cinturón.

El resto de nuestro grupo de guerreros iba vestido de muchas y variadas formas. Aunque Ari había optado por llevar una armadura bastante ligera, iba armada con un buen número de pequeñas hachas de lanzar y dagas. Lake, que tenía dos ballestas de tamaño pequeño y un arco normal, apenas llevaba armadura aparte de algo de cota de malla. Eagan tenía una armadura parecida a la mía, así como una espada bastante molona con una reluciente empuñadura de oro en su cinturón y un hacha, entrecruzada con un sable corto, a la espalda. Ranita vestía una armadura casi completa y llevaba una amplia gama de hachas para lanzar y dagas de pequeño tamaño, así como un hacha de batalla más grande.

Y Glam..., bueno, ¿qué era lo que no llevaba Glam? Parecía un robot con todo ese metal que tenía encima. Era alucinante que fuera capaz de mover cualquiera de sus articulaciones, por no hablar de que pudiera caminar. Aparte de vestir una armadura de cuerpo entero con cota de malla, Glam llevaba dos espadas, un hacha enorme, dos más pequeñas, una daga y una ballesta. Tintineaba al moverse como si fuera el llavero más grande del mundo.

Al resto de nosotros nos costó una barbaridad aguantarnos la risa mientras nos marchábamos y cerrábamos la entrada secreta.

Aunque saber a qué estábamos a punto de enfrentarnos nos ayudó a lograrlo, desde luego.

DONDE PAUL RECOGE A LOS PASAJEROS MÁS RAROS DE LA NOCHE

El conductor de Uber, que apareció al volante de una furgoneta Nissan, parecía estar tan alucinado y confuso como la gente de la calle.

A pesar de que en Chicago había mucho personaje peculiar (como aquella vez que, una noche cualquiera de febrero, vi a tres personas vestidas de los pies a la cabeza con unos disfraces de los Cazafantasmas muy molones), seis chavales vestidos con sus respectivos equipos completos de batalla, y que además llevaban unas armas medievales de aspecto muy realista, seguían llamando mucho la atención.

—Hum... —dijo Paul, nuestro conductor—. Espero que uno de vosotros no sea Ari.

—Esa soy yo —respondió Ari, sosteniendo en alto el iPhone que había obtenido en el mercado negro.

—Vale, eh, bueno... —acertó a contestar Paul, quien parecía que estuviera a punto de decirnos que no dejaba subir a gente rara a su furgoneta.

Pero era demasiado tarde; ya estábamos apiñados ahí dentro, con nuestras armas y armaduras tintineando ruidosamente.

Paul, nervioso, nos miró.

—Procurad no, eh, rajarme el tapizado —nos pidió—. Así que hay una convención de *Juego de tronos* o algo así en el centro de la ciudad, ¿eh? Vuestros disfraces molan bastante.

—Sí, eh, la hay —respondí antes de que mis amigos pudieran hacer algún comentario sobre que la serie era racista o estaba plagada de errores—. Hay..., esto..., una convención de fantasía muy, eh, importante..., hum..., en el centro, sí.

Me dio la impresión de que Paul no me creyó. No obstante, se encogió de hombros y señaló a una hilera de edificios que estaban a oscuras, junto a los cuales estábamos pasando con la furgoneta en esos momentos.

—¿Os lo podéis creer? —comentó.

—¿El qué? —pregunté.

—Lo de los cortes de luz. Toda esta manzana está a oscuras, mirad.

—Oh, vaya —dije, dándome cuenta al fin de que toda la manzana estaba a oscuras, salvo por la luz de las farolas. Nunca había visto Chicago sin iluminar. Era espeluznante.

—Sí —añadió Paul—. Me da que lleva habiendo apagones toda la noche. Y está pasando lo mismo en toda la ciudad. Hasta se ha caído Internet antes, durante una hora, más o menos. La

aplicación de Uber también ha dejado de funcionar un rato. Qué locura.

Como ninguno de nosotros sabía qué responderle, nos limitamos a asentir como tontos, lo que provocó que nuestras armaduras tintinearan. Creo que si no hubiéramos estado yendo de camino a combatir de verdad contra los elfos, podríamos habernos parado a pensar qué significaban esos cortes de luz. Habríamos sido capaces de predecir lo que acabaría pasando justo después del amanecer.

Paul encendió la radio. Estaban comentando la noticia de que, recientemente, se había producido una oleada de ataques a personas por parte de pájaros y ardillas en muchos parques públicos de Chicago. A los seis se nos dibujó una sonrisita en la cara, porque sabíamos que todas las víctimas eran probablemente enanas en parte y, desgraciadamente, no eran conscientes de ello.

Mientras nos aproximábamos al centro de la ciudad, saqué la botellita llena de galdervatn y le di un trago enorme. Se la pasé a Ari, quien, tras darle varios tragos, se la dio a Glam, quien acabó con el resto y sonrió de oreja a oreja.

A Paul se le abrieron los ojos como platos; daba la impresión de que le iba a dar un ataque al corazón en cualquier momento.

—¡No podéis beber en mi furgo, chavales! —exclamó.

—No pasa nada; en realidad, no es ron —repliqué.

—Entonces, ¿qué era? —preguntó, mientras se detenía delante del edificio Hancock.

—Una poción mágica —respondí, sonriendo abiertamente mientras bajaba de la furgoneta.

—Supongo que este trabajo no tendría ninguna gracia si no hubiera noches como esta —comentó Paul, negando con la cabeza—. Divertíos en esa cosa de *Juego de tronos*.

Los transeúntes que andaban cerca del edificio Hancock nos miraron boquiabiertos. Bueno, a decir verdad, ya no se le llamaba oficialmente el «edificio Hancock», pero, por la típica cabezonería de los habitantes de Chicago, todo el mundo seguía llamándolo así; de la misma manera que todos nos negamos a dejar de llamar Torre Sears a la Torre Sears. Entramos en el edificio Hancock por el lado contrario al observatorio, donde seguramente los turistas estarían haciendo cola en los ascensores para subir al bar del piso superior, donde podrían disfrutar de unas grandes vistas. Esta parte del edificio estaba totalmente desierta, con la única excepción de dos guardias de seguridad vestidos de azul.

Ari los dejó inconscientes inmediatamente con una bomba de humo de poción Snabbsomn. Les quitamos una de las tarjetas de seguridad y salimos corriendo del vestíbulo camino de la pequeña zona de ascensores que había detrás.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó Eagan.

—Edwin me dijo que la planta secreta se encuentra entre los pisos ochenta y dos y ochenta y tres —contesté—. Así que supongo que deberíamos ir al ochenta y dos y luego intentar subir de alguna forma al de arriba, ¿no? Tiene que haber una entrada secreta o algo así.

Asintieron. Nos metimos en el ascensor y apretamos el botón 82. Nerviosos, observamos en silencio cómo el panel con los números de las plantas se iba iluminando rápidamente del 1 al 25, al 47, al 69, al 82. Entonces, se oyó una débil campanada y las puertas se abrieron lentamente.

Nos encontramos cara a cara con tres hombres que llevaban unas chaquetas con unas insignias en las que ponía «SEGURIDAD CITY SAFE» y pinganillos en las orejas, como los agentes del Servicio Secreto.

—Ya los tenemos —le dijo uno al micro que llevaba en la muñeca.

Avanzaron, bloqueándonos cualquier vía de escape del ascensor.

DONDE DESCUBRIMOS QUE LOS HUMANOS TIENEN UNAS VIDAS DEPRIMENTES

Mientras mis amigos sacaban sus armas, yo me pregunté si realmente estábamos preparados para esto.

Solo habíamos entrenado una semana. Y aunque habíamos aprendido algunas técnicas de lanzamiento de hacha, así como ciertas posturas de combate y diversas formas de bloquear ataques con la espada, lo cierto era que ni siquiera habíamos rascado la superficie de lo que era un combate real. Y toda la formación mágica que habíamos recibido se reducía a un día en que nos habían atizado con unos garrotes de roble, lo cual no se podía considerar realmente un seminario sobre técnicas de guerra mágica.

Como los guardias estaban demasiado cerca como para lanzar unas bombas Snabbsomn, la única opción que nos quedaba era abrirnos paso violentamente. Pero en cuanto vieron nuestras espadas y hachas, los guardias de seguridad, que iban desarmados, alzaron las manos y dieron varios pasos hacia atrás.

Salimos del ascensor.

Uno de ellos se abalanzó sobre la espada de Glam. Por suerte, sus instintos mágicos se impusieron sobre sus instintos guerreros. En vez de atacarle con la espada, lo neutralizó con lo que, seguramente, debían de ser unos doscientos kilos de gravilla suelta que atravesaron con fuerza los paneles baratos del techo.

—Pero ¿qué? —logró decir, antes de recibir una lluvia de piedrecitas.

Los otros dos guardias contemplaron la escena atónitos; de ese modo, a Lake y a Ari les dio tiempo a acercarse lo suficiente con sus armas en ristre para asegurarse de que no intentarían hacer nada parecido. Unos pocos minutos después, los tres guardias estaban atados con cinta de embalar, ya que habíamos encontrado unos rollos de ese material en una oficina que hacía las veces de almacén. Los dejamos ahí, pegados a unas estanterías metálicas en las que había cientos de resmas de papel de impresora.

La planta ochenta y dos era un espacio gigantesco destinado a usarse como oficina. Un gigantesco océano de cubículos y diminutos despachos separados por un laberinto de pasillos grises. Aunque la iluminación era muy tenue, las luces no estaban apagadas del todo.

—¿De verdad los humanos se pasan, eh, todo el día aquí trabajando en estos cubos enanos? —preguntó Eagan.

—Sí, mucha gente tiene trabajos como estos —contesté.

—Jo, el mundo humano es una mierda —sentenció.

Destruyamos este lugar. Ya sabes, solo por divertirnos. Además, también será un acto de compasión, ¿no? Ya que salvaremos a los humanos de esas vidas monótonas que llevan y todo eso, ¿eh?

Ignoré a la *Sanguinaria*, que intentaba convencerme de que me dejara arrastrar por el impulso de destruir por destruir, y saqué un trozo de cecina del bolsillo. Comer siempre me ayudaba a calmar los nervios.

Glam se inclinó hacia mí con una gran sonrisa en la cara.

—¿Tienes más de eso? —susurró.

Le di un cacho.

—¿De verdad tu padre está aquí, en algún sitio? —preguntó Glam, con la boca llena de cecina, mientras cogía una grapadora del escritorio de alguien y la observaba suspicazmente.

Asentí.

—Pero la verdadera incógnita por despejar —respondí, mientras vagábamos sin rumbo por los pasillos— es cómo vamos a subir a la planta secreta que tenemos encima.

—Se supone que eres tú el que tiene todas las respuestas —señaló Ari—. Esta es tu misión, ¡nosotros solo estamos aquí para ayudar!

—Yo estoy aquí para destruir elfos —la corrigió Glam—. Para reducir sus huesos a polvo, como los pétalos de una flor seca.

—Bueno, vale, el resto de nosotros estamos aquí para ayudarte —dijo Ari.

—Yo quiero vengar a mi padre —le recordó Eagan.

—¡Vale, olvidaos de por qué estamos todos aquí! —dijo Ari—. A lo que voy es que la *Sanguinaria* nos ha guiado hasta aquí, así que a lo mejor el hacha tiene algunas respuestas...

Pronunció aquellas últimas palabras con un hilo de voz porque acabábamos de doblar una esquina y nos habíamos topado con seis guardias más delante de nosotros. Unos guardias armados que desfundaron sus armas en cuanto nos vieron.

Rápidamente, Lake cogió la ballesta que llevaba colgada al cinturón.

—¡Lake, no! —gritó Eagan.

Pero ya era demasiado tarde.

Los guardias apretaron los gatillos. Pero en vez de caer una lluvia de balas sobre nosotros, se oyeron tres pequeñísimas explosiones cuando las pistolas les estallaron en las manos. Hicieron unas muecas de dolor y echaron los brazos hacia atrás. Confusos y tremendamente doloridos.

Un montón de pistolas humeantes yacían a sus pies. Unas piedrecitas bloqueaban los cañones de varias de ellas. Otras se habían deformado hasta ser unos cachos de metal irreconocibles que desprendían humo. Me pregunté quién de nosotros había lanzado ese hechizo.

Los guardias se recuperaron rápidamente, puesto que estaban menos conmocionados que lo que habría estado un guardia de seguridad humano.

—Unos de ellos tiene la «habilidad» —dijo uno de los guardias—. Y es obvio que ha obtenido algo de yysterio.

—Así que los rumores son ciertos —añadió otro de los guardias elfos.

Los seis sacaron unas pequeñas espadas de algún lugar del interior de sus ondulantes gabanes. Las espadas de los elfos eran más pequeñas y finas que las nuestras, pero estaban hechas de un metal reluciente que era prácticamente traslúcido. Esas hojas parecían ser lo suficientemente

afiladas como para dejar calvo a un yeti con un solo corte.

Lake disparó con su ballesta.

Rápidamente, el elfo líder trazó un semicírculo con su espada, cercenando la punta de la veloz flecha, cuya trayectoria desvió, de tal forma que acabó sobrevolándoles la cabeza. La parte de madera, ahora roma, rebotó sin hacer ningún daño en la pared que tenían detrás. La punta de metal tintineó al caer cerca de la pila de pistolas rotas.

Ari les lanzó sus dos últimas bombas de poción Snabbsomn. Las cápsulas explotaron, envolviendo el extremo del pasillo donde estaban los elfos en una niebla púrpura. Pero, para asombro nuestro, los guardias elfos todavía seguían en pie cuando la neblina se fue disipando.

—¿Creéis que la poción Snabbsomn funciona con los elfos? —preguntó uno de ellos, riéndose de un modo fanfarrón.

—¡Bueno, entonces habrá que hacer esto de la forma más divertida posible! —exclamó Glam con un sonrisa de oreja a oreja, empuñando una espada en cada mano.

Ari, Lake, Eagan y Ranita también sacaron sus hachas y espadas. Yo hice ademán de coger a la *Sanguinaria*, pero el arma me detuvo en cuanto toqué su empuñadura.

No, Greg. Vámonos, esta es la distracción perfecta que te permitirá completar tu misión.

—Pero no puedo dejar en la estacada a mi amigos —repliqué, mientras observaba cómo se aproximaban sin vacilar a los elfos.

Olvídalos. No les pasará nada. ¿Quieres rescatar a tu padre o no?

El hacha tenía razón. Después de todo, para eso estábamos aquí. Además, en cuanto mis amigos alcanzaron a los elfos y las espadas y hachas entorchocaron, realmente me dio la impresión de que podrían defenderse a la perfección. Tal vez no fuera una lucha totalmente justa; bueno, en realidad, no lo era, ya que Glam y Ari contaban con la ayuda de la magia enana, y los elfos, al parecer, aún no tenían galdervatn (o yysterio, como lo habían llamado ellos).

Me escabullí y corrí en dirección contraria, dejándolos ahí para que distrajeran a los guardias elfos.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

No lo sé. Sácame de esta funda y lo averiguaremos.

Saqué a la *Sanguinaria* y la sostuve con ambas manos. Mi cara se reflejó en la superficie negra de esas relucientes hojas dobles. Me sorprendió mi gesto; parecía decidido, pero al mismo tiempo furioso. Nunca me había visto con esa cara.

Cierra los ojos.

Y eso hice.

Ahora, ¿qué es lo que más deseas?

De repente, tuve otra visión. Esta fue más concreta y clara que la primera. Me vi a mí mismo destrozando furiosamente una pared con la *Sanguinaria*. Atravesando capas y capas de yeso, pladur e incluso vigas de acero y listones de madera.

Sabía lo que tenía que hacer.

39

DONDE LA SANGUINARIA Y YO DESTROZAMOS CON FURIA MEDIEVAL A UNA DESAFORTUNADA FOTOCOPIADORA ANTIGUA

Poco tiempo después, estaba destrozando a hachazos una pared de verdad.

Aunque estaba sudando la gota gorda, no me podía creer la facilidad con la que esa hacha tan poderosa lo rajaba todo. Cortaba el pladur como si fuera papel. La madera como si fuera poliestireno. Incluso trinchaba los clavos de acero como si fueran un trozo de queso.

Unos minutos después, acabé en otra habitación; una que era un falso cuarto de suministros. Dos desconcertados guardias elfos, vestidos con armaduras de cuero y armados con arcos y espadas, flanqueaban una puerta en el otro extremo.

E intentaron desenvainar torpemente sus hojas élficas. Aunque es probable que sí estuvieran bien entrenados, no cabía duda de que esta era la primera vez que se enfrentaban a un intruso real. Tampoco daba la impresión de que esperaran tener que hacerlo algún día.

¡Actúa ya! Pártelos en dos antes de que pierdas el factor sorpresa.

Poco faltó para que le hiciera caso a la *Sanguinaria*, incluso di un paso adelante. Pero lo cierto era que yo no quería partir en dos a ningún ser vivo. Nunca había matado a nada ni a nadie, y nunca había querido hacerlo..., aparte tal vez de a algunas hormigas y mosquitos. En vez de dejarme llevar por la poderosa y vengativa energía que recorría a la *Sanguinaria*, creo que me apiadé realmente de ellos, porque, si no, no habría lanzado el conjuro que lancé a continuación.

¡Decapítalos, Greg! Son el obstáculo que te impide rescatar a tu padre.

No le hice caso y me concentré totalmente en no permitir a los elfos que desenvainaran sus armas. Aunque estos hicieron todo lo posible por sacar las espadas de ahí, fue en vano. Las hojas estaban atascadas en sus vainas; atrapadas por millares de granitos de arena que habían aparecido mágicamente en los estrechos huecos del revestimiento interior de las mismas. El metal élfico rechinaba al rozar la arena, pero las espadas no salían de su sitio.

Los guardias lanzaron entonces unos alaridos de dolor y sorpresa, en cuanto las empuñaduras adquirieron un brillo rojizo, como si las acabaran de sacar de un fuego abrasador. Tras mirarse las manos quemadas, volvieron a mirarme y se dieron cuenta de que había utilizado magia enana, por lo cual no tenían nada que hacer contra mí.

En ese instante, hicieron algo que nunca hubiera esperado: huyeron, pasaron a mi lado, abriéndose paso a empujones muy nerviosos, y luego se fueron corriendo por el pasillo.

Has sido muy necio al dejarlos vivir. Ahora alertarán a unos refuerzos mucho más capaces

que ellos.

—No importa —respondí—. Nos habremos ido antes de que vuelvan.

¿Ah, sí?

Hice caso omiso a la *Sanguinaria* y la utilicé para reventar la puerta que los elfos habían estado protegiendo. Daba a una pequeña habitación, en la que solo había una gigantesca fotocopiadora. Era vieja y estaba amarillenta; sin lugar a dudas, había sido fabricada mucho antes de que yo hubiera nacido.

¿Tanto follón por este armatoste?

Pero la *Sanguinaria* sabía, al igual que yo, que no habían estado protegiendo una fotocopiadora corriente y moliente. Como era muy pesada y no la podía mover, supuse que debía introducir una contraseña secreta en el panel de control. Pese a que apreté el botón de encendido, la pantalla siguió apagada. El cable del enchufe pendía inerte en el suelo junto a la máquina. Eché un vistazo detrás de la máquina, pero solo vi la oscuridad más absoluta.

La fotocopiadora ocultaba la entrada a un pasadizo secreto.

Una vez más, intenté moverla, pero no hubo manera.

Estás perdiendo el tiempo. La respuesta la has tenido en tu espalda todo el rato.

Miré hacia atrás, a la empuñadura de la *Sanguinaria*. Luego posé la vista en la vieja fotocopiadora. Me encogí de hombros y cogí el hacha.

Una parte de mí esperaba que la máquina se resistiera de alguna manera. Al fin y al cabo, su exterior de plástico y sus componentes internos metálicos eran algo sólido y duro, no estaban hechos de goma blanda o madera frágil.

No obstante, la *Sanguinaria* la cortó como si fuera mantequilla. La hoja negra destrozó la máquina; con el primer golpe, sus cables y sus entrañas de plástico salieron volando por todos lados. El hacha atravesó la máquina tan fácilmente que se fue a clavar en el suelo, a escasos centímetros del dedo gordo de mi pie.

La arranqué de ahí y lancé otro hachazo. Al cabo de unos minutos, la máquina estaba hecha pedazos, y sus restos, esparcidos a mi alrededor como si hubiera estallado. Detrás de ella, había una abertura que conducía a un túnel secreto escondido.

Un túnel que me llevaría hasta mi padre.

40

DONDE PUEDO COMPROBAR QUE LOS DUENDES SON MÁS FEOS QUE PICIO

¿Qué estás haciendo, Greg? Tenemos que volver y continuar con tu misión!

De nuevo, ignoré a la *Sanguinaria* mientras desandaba mis pasos y volvía con mis amigos. Tenía razón; saber que estaba a solo unos minutos de dar con mi padre hacía que me resultara muy difícil resistirme a la tentación de meterme en ese túnel secreto yo solo. Pero también sabía que no podía dejar tirados a mis amigos, luchando contra seis guardias elfos e infinidad de refuerzos. Además, seguramente, me esperaban más guardias más adelante, así que iba a necesitar su ayuda para poder rescatar a mi padre.

Cuando los encontré, el combate se había trasladado del pasillo estrecho hasta el gran espacio destinado a oficinas. Ahí había cubículos con las paredes rotas y pedruscos, y troncos de árboles esparcidos aquí y allá (con casi toda seguridad, eran los escombros que había dejado la magia enana a su paso). Daba la sensación de que, a pesar de que aquello había quedado hecho un desastre, había sido una victoria bastante fácil.

En esos momentos, mis amigos estaban atando y amordazando con cinta de embalar a los seis guardias magullados. Eagan y Glam estaban en plena discusión.

—Si los matamos, no seremos mejores que ellos, ¿no lo ves? —le decía un suplicante Eagan.

—¿Glam machacar elfos! —bramó la enana a modo de contestación, a la vez que elevaba sus puños, que se habían transformado en unas bolas de demolición de piedra.

—¿Por qué? —insistió Eagan—. ¿Con qué fin? ¿Qué conseguirás con esto?

La duda asomó al rostro de Glam, que pareció despertar de un estado en el que le había sumido la ira de la batalla. Sus manos recobraron su forma habitual.

—Vale, como quieras —contestó, dando su brazo a torcer.

Me brindó brevemente una amplia y seductora sonrisa, al mismo tiempo que intentaba poner ojitos de cordero degollado, o eso di por hecho. Aunque, en realidad, parecía más bien que se acabara de tragar un gigantesco cubo de Rubik.

—Chicos, la he encontrado —anuncié—. He encontrado la entrada secreta a la planta oculta.

—Jo, Greg, pero ¿qué te había hecho este chisme? —preguntó Ari, mientras daba patadas a los restos triturados de la fotocopidora.

Me encogí de hombros, a la vez que intentaba disimular una gran sonrisa en la que había orgullo y vergüenza a partes iguales.

—Nos presentamos voluntarios para iniciar la subsiguiente invasión de esta cueva artificial — declaró Lake heroicamente, al mismo tiempo que se arrastraba hacia el interior del túnel secreto. Después de unos segundos muy tensos, gritó con una voz hueca y retumbante—: ¡Albricias! ¡Proceded a seguirnos raudos y veloces!

El túnel era estrecho y oscuro. Mientras nos arrastrábamos, palpábamos a tientas lo que teníamos por delante, por si nos aguardaban ahí algunas arañas y ratas. Pero después de haber avanzado unos tres metros, más o menos, el pasadizo se expandió lo suficiente como para que pudiéramos ponernos en pie. Además, ya había bastante luz como para que pudiéramos ver. Las paredes eran de yeso y estaban limpias; apenas había rastro en ellas de polvo o telarañas, lo cual era sorprendente.

Al final del túnel, había una escalera metálica.

Subí por ella hasta llegar a una trampilla cuadrada y de madera. La empujé y se abrió silenciosamente, gracias a unas bisagras bien engrasadas, hasta golpear el suelo que se hallaba por encima de mí. Atravesé la abertura y me puse en pie rápidamente, para evaluar si había alguna amenaza.

La trampilla llevaba a un largo pasillo.

Aquello no se parecía en nada a las oficinas corrientes y molientes del piso de abajo (y seguramente tampoco a las del de arriba). Este pasillo estaba iluminado por unas tenues llamas verdes que danzaban en unos apliques de cristal muy ornamentados que se hallaban en las paredes, separados unos tres metros los unos de los otros. Varias decenas de metros más adelante, había una bifurcación.

Las mismas paredes ya no eran de yeso y pladur, sino de madera tallada. No habían sido construidas con tablones de madera, sino talladas con delicadeza a partir de un solo árbol descomunal. A juzgar por los granos de madera, supuse que el pasillo entero había sido tallado a partir del tronco hueco de una secuoya gigante (*Sequoiadendron giganteum*).

Estábamos dentro de un tronco que había sido transformado en un pasillo, el cual se hallaba dentro de un rascacielos colosal del Chicago.

Olía a madera de un modo embriagador. Sonaba una música suave que procedía de alguna parte, pero cuya fuente costaba precisar. Daba la sensación de que esta provenía de unas flautas mágicas y de unos pequeños instrumentos de cuerda. Aquel pasillo redondo era como un gigantesco canal acústico, donde la música rebotaba en las paredes y reverberaba en la lejanía.

Los demás ya habían subido por la trampilla y estaban junto a mí, contemplando pasmados el piso secreto. Era una especie de balneario orgánico que parecía salido de una película sobre gente tan exótica y rica que podría haber sido perfectamente un sueño.

—Jo, tío, la versión de los elfos del Submundo es mucho mejor que la nuestra —admitió Eagan a regañadientes.

—Je, esto es muy moñas —comentó Glam con una sonrisa de oreja a oreja—. Demasiado delicado, como los elfos.

—Venga, vamos —dije, a la vez que avanzaba.

Mi padre estaba tan cerca que no me encontraba de humor como para ponerme a discutir un plan. Así pues, continué adelante. Mis amigos me siguieron en silencio. Al llegar al final del pasillo, escogí la rama derecha de la bifurcación. Por pura intuición.

Bueno, fue por eso y porque también la *Sanguinaria* me dijo:

Ve a la derecha.

Esos pasillos desiertos y etéreos hacían que todo resultara más espeluznante y tenso de lo que ya lo era. Daba la sensación de que era una trampa. Glam hasta lo expresó en voz alta.

Pero ya estábamos muy metidos en la boca del lobo como para dar la vuelta.

Continuamos avanzando, sin que hiciera falta que la *Sanguinaria* diera más instrucciones. No sé si fue cosa del galdervatn que recorría mi cuerpo, o de la propia y cautivadora magia de la *Sanguinaria*, o de algún vínculo invisible que me unía a mi padre, o de mi propio e innato sentido de la orientación enano (o tal vez una combinación de todo lo anterior), pero sí tengo muy claro que de repente supe exactamente adónde iba.

Sabía cómo encontrar a mi padre.

Atravesé varios pasillos de madera vacíos, cada uno de ellos tallado de un trozo distinto de una secuoya antigua. Cada uno de ellos iluminado por las extrañas llamas verdes. Cada uno de ellos resonando con esa música extraña y fascinante. Ya estábamos cerca..., podía notarlo.

Sin embargo, entonces, doblamos una esquina y nos encontramos cara a cara con un pequeño ejército de elfos bloqueando el único camino que llevaba a mi padre.

Y no era un ejército cualquiera. Los imponentes Locien y Gwen Aldaron, los padres de Edwin, el actual señor de los elfos y su reina, encabezaban esas fuerzas. Detrás de ellos, había diez soldados elfos armados con unas hojas brillantes y unos arcos elegantes. Estaban flanqueados, desde los pasillos opuestos, por una decena de criaturas verdes monstruosas, con unas piernas largas y delgadas, y unas cabezas deformes que sobresalían sobre unos torsos desgarrados y grotescos; su misión era, básicamente, atraparlos ahí. No eran más grandes que unos hombres de baja estatura, pero tenían un aspecto bestial y nervudo.

—Duendes —susurró Lake muy bajito, mientras miraba a las espantosas criaturas de brillante piel verde.

—¿Cómo es posible? —preguntó Ari, a la vez que preparaba sus armas.

Pero no tuvimos la oportunidad de especular mucho más, ya que Locien lanzó un ataque sin titubear. Sin habernos ordenado primero tirar las armas y rendirnos. Sin dar ninguna muestra de que había reconocido al muchacho (o sea, a mí) que había estado tantas veces en varias de sus casas para acudir a las barbacoas y a las fiestas de cumpleaños de su propio hijo.

—¡Espere, señor Aldaron! —grité—. Soy yo, Greg. Podemos solucionar esto hablando.

Locien Aldaron se limitó a sonreír. Pero llamar sonrisa a eso no sería exacto, pues era más bien un rictus sádico, como si una pequeña culebra desalmada serpenteara por su cara.

Vaya, menudo imponente.

¿De verdad eres amigo del hijo de este psicópata?

Pero no tuve tiempo para responder a la *Sanguinaria*, porque Locien ya había lanzado su ataque. El señor de los elfos llevaba una larga vara, en cuya parte superior había un orbe reluciente de color azul, con la que trazó un pequeño arco para, acto seguido, empujarla hacia delante. Una bola de energía azul surgió del orbe y se acercó a gran velocidad hacia nosotros.

Nos encogimos de miedo instintivamente; no había tiempo para hacer mucho más.

La luz azul alcanzó a Ari en el hombro. El corazón me dio un vuelco.

Sin embargo, como había logrado transformarse en piedra justo antes del impacto, la bola de energía se disipó sin causar daño alguno en su hombro pétreo con un chisporroteo. Al instante, recobró su forma original, ilesa pero aturdida.

Locien Aldaron acababa de usar magia élfica.

Ahora no solo nos superaban en su número, sino que ya no contábamos con la ventaja que nos proporcionaba ser los únicos que tenían magia. Los seis nos tensamos mientras los duendes se aproximaban desde los lados y el pequeño ejército de elfos avanzaba de frente. Locien me volvió a sonreír con desdén y blandió su vara, dispuesto a lanzar otro hechizo élfico.

Nos preparamos para librar la batalla de nuestras vidas.

41

DONDE DEBO ADMITIR QUE, BUENO, VALE, A VECES LOS ENANOS SÍ LLORAN

Greg, no puedes quedarte. Debes rescatar a tu padre.

Un momento después, Ari me dijo algo parecido. Fue como si hubiera oído a la *Sanguinaria*.

—¡Corre, Greg! Vete a buscar a tu padre —dijo con voz entrecortada—. Nosotros los contendremos.

Esta vez, no quería abandonarlos. No cuando lo tenían todo en contra. Pero sabía que tenía que hacerlo. Si me quedaba y nos derrotaban a todos, entonces toda esa misión (y nuestra probable muerte) no habría servido para nada.

Mis amigos entablaron combate con los duendes y los elfos. El caos estalló a mi alrededor. Me giré y di un buen hachazo a la pared de madera con la *Sanguinaria*, sin alzar la vista para ver qué estaba pasando, quién estaba ganando o perdiendo.

La *Sanguinaria* reventó la pared con gran facilidad. Atravesé como pude el pequeño agujero que había abierto y entré en un pasillo de madera adyacente. Corrí por él y me abrí camino a hachazos por otra pared, que me llevó a la parte posterior del pasillo que llevaba a la prisión.

Me abrí paso cortando, rajando y reventándolo todo hasta llegar a una puerta de madera que había en un pasillo vacío. Aunque me pareció que era muy raro que nadie lo protegiera, también pensé que no sería de extrañar que todas sus fuerzas estuvieran ahí atrás, enzarzadas en una batalla descomunal contra mis amigos.

Rápidamente, reventé la puerta, sin ni siquiera molestarme en comprobar si estaba abierta. Detrás de ella, había un pasillo de piedra frío y húmedo, que se parecía más al Submundo que los agradables pasillos que habíamos recorrido para llegar ahí.

Dentro, había varias hileras de celdas con barrotes de acero. La mayoría de ellas estaban vacías. En unas pocas, había uno o dos duendes con cara de pocos amigos; y en otra de ellas, había un elfo que me rogó que lo sacaré de ahí cuando pasé junto a él. Aunque ignoré sus chillidos, me pregunté qué habría hecho para que su propia especie decidiera encerrarlo en la versión élfica de Guantánamo. A lo mejor pertenecía al grupo radical Verumque Genus, al que los padres de Edwin habían culpado del ataque a FLIPAO.

Por fin, llegué a la antepenúltima celda y miré a través de los barrotes de hierro. Una figura encorvada yacía en el suelo, en una esquina.

—¿Papá? —pregunté.

El hombre se dio la vuelta y se incorporó. Aunque tenía mirada de loco y un rostro demacrado

con una barba rala y descuidada, era mi padre, de eso no había duda.

Sonrió de oreja a oreja.

—Sabía que tenías lo que hacía falta —afirmó con orgullo.

—Lo siento mucho, papá —dije—. No debería haber...

—No, Greg —me interrumpió—. No has hecho nada mal. Ahora, salgamos de aquí.

Tragué saliva y asentí, y le dije que no se acercara. Se quedó en la esquina mientras yo lanzaba un hachazo contra los barrotes de hierro con la *Sanguinaria*, esperando en parte que el hacha rebotara en medio de una lluvia de chispas. Pero la hoja negra cumplió su cometido y atravesó los tres gruesos barrotes de un solo golpe. Después destrocé la base y luego dos barrotes más.

Mi padre salió corriendo al pasillo.

Me rodeó con sus brazos y, aunque olía horrible, incluso para tratarse de un enano, yo le devolví el abrazo. Fue entonces cuando me di cuenta de que, en realidad, nunca había esperado que fuera a verlo vivo de nuevo. Por fin, dejé que las lágrimas fluyeran. Él también estaba llorando. Los dos nos olvidamos de que los enanos nunca lloran. Me hubiera gustado quedarme así para siempre. Pero, al final, él se apartó. Al fin y al cabo, aún teníamos que volver con mis amigos y escapar de ahí de algún modo.

Y ahora es cuando suena una música cursi.

Ignoré a mi hacha y, avergonzado, me sequé las últimas lágrimas. Mi padre se frotó los ojos llorosos; estaba confuso, era como si nunca antes hubiera llorado. Supongo que era su primera vez. Desde luego, yo nunca lo había hecho; y ahora entendía por qué existía esa regla. Era una sensación realmente desagradable. Me ardían los ojos y tenía la cara pegajosa por culpa de la sal de las lágrimas.

Ambos tosimos, incómodos, como si así quisiéramos hacer ver que no acabábamos de romper esa regla universal enana.

Vaya, qué violento es esto, Greg.

—¿No has encontrado ninguna oposición? —preguntó al fin mi padre, quien probablemente estaba pensando que se estaba fugando tan fácilmente que tenía que ser una trampa.

—Mis amigos están luchando contra los guardias ahora mismo —contesté.

—¿Amigos? —replicó—. ¿Y dónde están los centinelas enanos?

—El Consejo no me creyó cuando les conté que estabas aquí —respondí.

—Qué sorpresa..., enanos... —masculló mi padre—. Bueno, venga, vayamos a ayudarlos.

Asentí y encabecé la marcha. Atravesamos corriendo los pasillos, y no los agujeros que yo había abierto, con la esperanza de poder flanquear a los elfos por el otro lado. Desenfundé a la *Sanguinaria* y le di a mi padre la daga *Apagón*.

Chillidos, gritos, tintineos y toda clase de ruidos extraños retumbaban por el pasillo que teníamos delante. Por el fragor del combate, cabía deducir que, aunque mis amigos estuvieran perdiendo, seguían dando mucha guerra.

La *Sanguinaria* gritó de ira y emoción.

Doblamos la esquina y nos sumamos a la batalla.

42

DONDE SE DEMUESTRA QUE LOS TROLES DE ROCA SON REALMENTE TAN IMBÉCILES COMO AFIRMABA BUCK

Lo primero que vi fue un duende.

Estaba de espaldas a mí mientras lanzaba piedras por el pasillo contra un objetivo invisible. No estaba seguro de cómo había logrado ir desde el flanco derecho de los enanos hasta allí, aunque, ahora que lo pienso, tampoco tenía ni idea de cómo, supuestamente, se desarrollaban las batallas como aquella.

Di un paso y me dispuse a golpear a aquel duende en esa cabeza llena de protuberancias con la parte ancha de mi hacha, utilizándola como si fuera un matamoscas gigante. Se oyó un PUM y ese ser verde y desgarbado se desplomó inerte sobre el liso suelo de madera.

El duende gruñó de dolor cuando pasé por encima de él; rápidamente, detuve un espadazo que me acababa de lanzar un elfo que estaba cerca. Me di la vuelta mientras el guardia contraatacaba, moviéndose más rápido de lo que hubiera creído posible. Su afilada hoja no me acertó en el hombro por escasos centímetros.

Mientras tanto, mi padre se estaba enfrentando con dos elfos cercanos; apenas era capaz de mantenerlos a raya con sus torpes movimientos y con solo una pequeña daga como arma. Lo único que lo mantenía con vida era cierta picardía nacida de la desesperación y los instintos guerreros innatos propios de un Tripartormentosa.

El elfo y yo intercambiamos varios golpes y bloqueos; yo, con mi hacha; él, con su espada. Cada vez que nuestras hojas se encontraban, unas chispas verdes y azules llovían a nuestro alrededor. En varias ocasiones, pudo haberme matado, pues sin duda dominaba mucho mejor que yo el combate cuerpo a cuerpo.

Si seguía vivo y coleando era únicamente gracias al galdervatn y a la armadura de Ari. Cada vez que la hoja del elfo lograba sortear mis lentos movimientos defensivos, rebotaba sin causar ningún daño en las partes de mi cuerpo que se transformaban en piedra o en las placas metálicas de la armadura.

Por fin, logré apartarme de él y rodé hasta llegar a una pequeña zona despejada en ese pasillo atestado. Me persiguió, pero una piedra apareció de la nada volando y le golpeó directamente en la cara: lo dejó inconsciente.

Detrás de mí, Ari, que sonreía abiertamente, evitó en el último segundo a un duende que se le abalanzaba sobre el cuello. No sabía quién más seguía vivo o qué más estaba pasando. Aquello era un caos. De repente, alguien me quitó a la *Sanguinaria* y lo único que pude ver fue la cara de

otro duende, al que tenía tan encima de mí que nuestras narices solo estaban separadas por unos escasos centímetros.

Dos duendes más me agarraron de las piernas y los brazos, de tal modo que, antes de que pudiera ser consciente de lo que estaba ocurriendo, ya me habían colocado boca abajo, dejándome indefenso.

Eagan gritó en algún lugar. Lake respondió a voz en grito, desesperado. Ambos parecían estar muy lejos.

Por detrás de uno de los duendes, vi a mi padre, al que también habían reducido; la sangre manaba de las múltiples heridas que tenía en el brazo, el hombro y las costillas. Entré en pánico y, de repente, lo único que quería era salir de ahí. De ese pasillo de madera atestado donde los duendes estaban a punto de despedazarme con sus manos desnudas.

Apagón, que seguía en manos de mi padre, empezó a brillar con un color rojo muy intenso. Relucía y zumbaba repleta de energía. Entonces fui consciente de que estaba desarrollando un poder, tal y como Ari me había dicho que algún día podría llegar a hacer. La hoja refulgió con fuerza, con un rojo brillante, sobresaltando a los elfos y a los duendes cercanos, que se quedaron parados un breve instante.

Entonces, las luces se apagaron.

No solo las luces del edificio, o las luces de la calle, o de la ciudad... Dio la sensación de que la luz había dejado de existir súbitamente en todas partes. Estábamos sumidos en una oscuridad total. Oí gritos y chillidos mientras aprovechábamos el factor sorpresa para liberarnos y huir del peligro.

En cuanto los duendes dejaron de sujetarme con tanta fuerza, cerré los ojos y me imaginé una vía de escape y algo que desatara el caos y la destrucción. Oí un potente CRAC y cómo unas rocas caían. Los duendes me soltaron mientras se oían varios PUM sordos y caí al suelo. Y supe, a pesar de que no podía verlo, que acababa de invocar mágicamente varios pedruscos enormes que habían atravesado el techo para caer sobre los duendes.

Corrí, a pesar de que no podía ver, confiando únicamente en mis instintos y en el galdervatn. Oí unos gritos y un gran alboroto a mi alrededor. De repente, la luz volvió. Lake y Eagan estaban desarmando a un guardia elfo. Ari lanzó una flecha que alcanzó a otro elfo en el hombro. Glam le machacó la cara a un duende con un puño rocoso. El signo de la batalla estaba cambiando.

Pero fue entonces cuando apareció el trol de roca.

Porque, como no podía ser de otra forma, siempre tenía que aparecer un trol de roca en medio de una batalla colosal entre elfos, duendes y enanos. Si no hubiera estado tan liado luchando por salvar el cuello, habría puesto cara de no poder creérmelo.

El trol de roca atravesó las paredes violentamente, gritando de rabia, sin pronunciar ninguna palabra coherente. Solo emitía unos rugidos salvajes y agresivos.

Era distinto a un trol de montaña. Menos humano. Aunque poseía una forma humanoide, más o menos, tenía la piel cubierta de unas rocas puntiagudas que se asemejaban a costras. Contaba con unas manos y piernas grandes. A pesar de que estaba encorvado, podía tener fácilmente dos metros setenta o tres metros de altura, y era tan ancho como una casa de tamaño pequeño.

—¡Kurzol! —le gritó Locien Aldaron al trol—. ¡Destrózalos! ¡Despedázalos!

Kurzol rugió de nuevo y golpeó con ambos puños el suelo. Lo atravesaron entero, abriendo dos agujeros gigantescos. Un duende próximo se cayó por uno de ellos.

—¡No destruyas el edificio, idiota! —exclamó Locien, quien intentaba librarse de unas enredaderas mágicas que le habían rodeado los brazos—. ¡Destroza a los enanos!

Kurzol volvió a bramar.

—No te temo —gritó Glam, con los brazos en jarra, a mi lado, como si realmente tuviera la intención de pegarse ella sola con el trol—. Adelante, blandengue.

Me abalancé sobre ella sin pensar y la empujé al suelo justo cuando Kurzol arremetía contra nosotros.

—¡Apártate! —chilló—. ¡Lo tenía justo donde quería!

Kurzol aterrizó a solo unos metros, con ambos brazos extendidos, como si fuera un ariete. Se estrelló contra el suelo, deslizándose por él en diagonal y reduciendo a astillas todo lo que halló a su paso en esos pasillos de madera.

Noté que me estaba transformando en piedra mientras caía a la planta de abajo junto a un amasijo de duendes, elfos, armas, madera y otros materiales que formaban parte de esa estructura.

Todos aterrizamos estruendosamente en medio de un montón caótico de polvo y escombros. Durante varios momentos gloriosos, ahí solo reinaron el silencio y la oscuridad.

43

DONDE DEBO RECONOCER QUE, VALE, LOS TROLES DE ROCA SON AL MENOS LO BASTANTE LISTOS COMO PARA APRENDER DE SUS ERRORES

Cuando por fin recobré el sentido, estábamos en la planta inferior.

Toda esa sección del piso oculto se había venido abajo, por lo cual ahora volvíamos a estar en medio de ese océano de cubículos de las oficinas del piso ochenta y dos. Aquel enorme trol de roca llamado Kurzol estaba tumbado boca abajo por ahí cerca.

El combate se reanudó enseguida, a pesar de que estábamos rodeados de escombros, de que toda la batalla se acababa de trasladar unos cuatro metros más abajo, a otra planta totalmente distinta del edificio Hancock, y de que eso era una locura.

Greg, encuéntrame. Me necesitas.

Miré desesperadamente a mi alrededor en busca de la *Sanguinaria*, esquivando varios espadazos al mismo tiempo. En un momento dado, si en el último segundo Ranita no le hubiera clavado a un elfo una pequeña hacha que lanzó desde la otra punta de la sala, este me habría matado ensartándome una espada por la espalda.

Estoy aquí, Greg. Date prisa.

Por fin, la vi, brillando con un color morado bajo una pila de escombros. Corrí hacia ella y me agaché, para esquivar una flecha élfica a la vez que agarraba la empuñadura de la *Sanguinaria*, cuya energía me recorrió por entero mientras la sacaba del montón de ruinas.

Entonces nos sumamos de nuevo a la batalla.

La lucha fue cruel y despiadada, pero ineficaz en gran parte porque la magia que empleaba cada bando era muy torpe y contrarrestaba la del enemigo. Los conjuros detenían las flechas, los hechizos opuestos se anulaban mutuamente y las espadas y hachas apenas hacían daño por culpa de los sortilegios defensivos y las armaduras encantadas. Resultaba obvio que tanto los elfos como los enanos no habían combatido de tal forma desde hacía miles y miles de años.

En medio de todo aquello, me di cuenta de dos cosas:

1. En algún momento, en medio de aquel combate, Locien y Gwen Aldaron habían desaparecido entre los restos del techo derrumbado. Sus soldados rasos chillaban de pánico mientras buscaban entre los escombros a sus líderes caídos.
2. Íbamos a perder. Si bien era cierto que, cuando el piso superior se había venido abajo, un buen número de duendes y soldados elfos habían quedado neutralizados, también lo era que habían llegado el triple de refuerzos para reemplazarlos. Además, Kurzol había

recobrado el conocimiento. Había aprendido de su error y ahora caminaba con cuidado por aquel recinto, lanzando ataques brutales prácticamente imparables.

Poco después de haber caído de la planta de arriba, acabamos rodeados y atrapados en una oficina típica de un mando intermedio, situada en una esquina de aquel piso. Un escritorio de caoba destrozado era lo único que nos separaba del ejército élfico, del que también formaba parte un furioso trol de roca. No íbamos a poder mantenerlos a raya mucho más tiempo, ni siquiera usando la magia. Detrás de nosotros, unas paredes de cristal muy sólido nos permitían tener unas vistas espectaculares del lago Michigan y del centro de Chicago.

Pero no nos ofrecían ninguna vía de escape.

Lo único bueno de esa situación era que todos nos hallábamos ahí. Y aunque no estábamos completamente ilesos, todos seguíamos vivos (por ahora): Ranita, Ari, Lake, Eagan, Glam y mi padre. Glam llevaba a un inconsciente Lake al hombro. Y casi todos estábamos sangrando al menos de alguna herida u otra.

Pero nos tenían acorralados; a pesar de todo lo que habíamos hecho, la misión estaba a punto de fracasar.

—No tenéis adónde ir —dijo uno de los oficiales elfos mientras nos rodeaban—. Arrojad las armas y rendíos.

Detrás de él, unos elfos chillaban aterrados mientras seguían buscando entre los escombros al señor de los elfos y su esposa.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Ari.

Tenía el pelo manchado de sangre y parecía exhausta. Todos parecíamos estar agotados. Mi padre a duras penas se mantenía en pie, tras haber sufrido varias heridas. Miré hacia atrás, por la ventana, donde el Gran Lago se extendía en la oscuridad de la noche más allá de la ciudad. Bajé la vista y contemplé esas calles tan concurridas, repletas de faros de coches, ochenta pisos más abajo.

Realmente, solo teníamos una vía de escape.

—Saltad —respondí.

—¿Qué?! —exclamó Eagan.

Me giré y rompí con la *Sanguinaria* el colosal ventanal que teníamos detrás.

—Saltad —repetí.

44

DONDE, SIMPLEMENTE, SIETE ENANOS VUELAN POR EL CIELO DE CHICAGO

Era perfectamente posible que hubiéramos saltado hacia una muerte segura y más que espantosa.

Pero en lo más hondo de mi ser, sabía que no sería así. Y no porque nuestros robustos huesos pudieran sobrevivir a algo así; una parte de mí sospechaba que ni siquiera los huesos de unos enanos podrían soportar una caída desde esta altura. Más bien, iba a ser la magia enana lo que nos salvaría, ya que procedía de los elementos de la tierra y se valía del entorno que nos rodeaba, que manipulaba.

El viento me había dicho que saltara, por patético que suene.

Sí, es bastante patético, Greg.

Después de que rompiera la ventana, los elfos que nos rodeaban se quedaron pasmados. Mis compañeros me miraron como si estuviera loco. Por un momento, pensé que sería el único en saltar. Pero entonces todos asintieron, nos agarramos unos a otros y saltamos por el ventanal hecho añicos de esa oficina; de ese modo, siete enanos volaron por el ventoso cielo nocturno de Chicago.

Los elfos apenas tuvieron tiempo de reaccionar; además, ¿qué podrían haber hecho? ¿Saltar por la ventana para seguirnos?

En un principio, caímos en picado, como lo haría un grupo de siete personas después de haber saltado por la ventana de un octogésimo segundo piso. Pero entonces me concentré y deposité toda mi fe en el viento, y unas ráfagas de aire cobraron fuerza. De repente, nos vimos atrapados por un túnel de viento que giraba sobre sí mismo y era tan violento e intenso que no solo detuvo nuestro descenso, sino que también nos empujó fuertemente hacia el este, hacia el lago Michigan.

Los coches que recorrían Lake Shore Drive fueron azotados por las ráfagas de aire cuando los sobrevolamos.

Los siete volamos por encima de un malecón de hormigón.

Por encima de una playa oscura y vacía.

Cuando nos encontrábamos a varios cientos de metros de la orilla, el viento amainó y caímos al frío lago. Como las armaduras que llevábamos nos hundían como si fuéramos piedras, intenté quitarme como pude el peto repleto de abolladuras que llevaba atado al pecho. Nunca sabré si al final logré quitármelo porque usé la magia o porque simplemente conseguí desatar esas correas. Lo que sí sé es que, en cuanto me libré de esa pesada armadura metálica, nadé hacia la superficie,

aunque por culpa de la *Sanguinaria* ascendí con una considerable lentitud.⁵

Por fin, salí a la superficie y di una bocanada de aire fresco.

Entonces, hice recuento: solo vi tres cabezas más flotando en la superficie del lago: a Ranita, a Eagan y a mi padre. Después, aparecieron dos más: Glam, quien todavía sujetaba a Lake, que estaba inconsciente.

—¿Dónde está Ari? —gritó Eagan.

Cogí mucho aire y, acto seguido, volví a sumirme en las profundidades del lago. El agua estaba muy oscura; la única fuente de luz eran las luces de la ciudad que se reflejaban por encima de mí en la superficie. Pero, en ese instante, la *Sanguinaria* empezó a brillar con un color azul a mi espalda. Ví que un pez grande se alejaba a toda velocidad a mi derecha y entonces la vislumbé, a duras penas, delante de mí bajo esa luz difusa; la armadura la estaba arrastrando al fondo, a pesar de que se resistía como podía.

Batí las piernas para acercarme a ella y le cogí la daga que llevaba en el cinturón, con la que le corté las correas de la armadura. Para cuando logré quitársela, Ari ya no se movía, estaba totalmente inerte. Con unas energías nacidas de la desesperación, conseguí arrastrarla hasta la superficie. Después, nadé inmediatamente hacia la orilla.

—¿Está bien? —preguntó Glam, que estaba detrás de mí, tragando agua del lago por haber abierto la boca.

No respondí, sino que me limité a seguir nadando; con una mano, agarraba a Ari de la camisa. Eagan la agarró de los pies y siguió nadando solo con los pies por detrás de mí; de esa forma, nos ayudó a ir más rápido. Y así fue como llegamos al malecón de hormigón que recorría el lago entero entre las playas públicas. Salí del agua y tiré de Ari para subirla al embarcadero.

Eagan fue el siguiente en subir. El resto del grupo, Ranita, Glam, Lake y mi padre todavía estaban a tres metros de la orilla, aunando esfuerzos para poder arrastrar a Lake. Eagan o yo tendríamos que hacerle maniobras de reanimación cardiopulmonar a Ari; aunque no tenía ni idea de cómo se hacía correctamente.

Pero entonces se dio la vuelta y tosió, escupiendo ella sola un montón de agua del lago.

Lancé un suspiro de alivio.

Después ayudamos a los demás a subir al malecón de hormigón. Un corredor pasó velozmente a nuestro lado, mirándonos con cara rara. Lake se giró a un lado y gruñó, mostrando así alguna señal de vida.

Mi padre se acercó a mí. Aunque estaba jadeando y sangrando, también estaba vivo y había recuperado la libertad.

¡Lo habíamos conseguido! Habíamos rescatado a mi padre y todos, absolutamente todos, habíamos salido con vida de ahí. Elevé la vista hacia el edificio Hancock, que se encontraba únicamente a unas cuantas manzanas. El ventanal hecho añicos por el que habíamos saltado parecía muy pequeño y apenas era visible allá en lo alto, en el cielo nocturno.

Sonreí..., pero la sensación de victoria no duró demasiado.

Mi padre me sonrió abierta y débilmente. Acto seguido, se desplomó.

45

DONDE DESCUBRO QUE LA SANGUINARIA NUNCA SE CALLA

—Me temo que no puedo hacer nada más sin un antídoto.

Miré fijamente a Foggy Pócimasangre, la médica jefe del Submundo, quien también era una anciana del Consejo y buena amiga de mi padre, mientras se acariciaba los pelos de la barbilla y negaba tristemente con la cabeza. A continuación, bajó la vista y se marchó de la habitación.

Después de todo, tal vez no hubiera logrado salvar a mi padre, que había sido herido por una espada élfica envenenada. Esa misma mañana, Foggy Pócimasangre me había explicado que la herida acabaría provocándole la muerte si no lograban averiguar qué veneno habían utilizado. Sin lugar a dudas, era un antiguo veneno élfico de la Tierra Separada, que no era detectable ni curable con la medicina moderna (ni enana ni de otra clase).

Estaba junto a su cama cuando mi padre abrió los ojos, que tenía inyectados en sangre.

—Papá, lo siento mucho —dije.

—No, has hecho bien —replicó, con una voz fatigada—. Poder verte una última vez ha sido más que suficiente.

—Pero..., pero, si te mueres, nunca lograré vencerte al ajedrez —contesté.

Acababa de decir algo muy patético. Pero la angustia dominaba mis pensamientos y era verdad que toda la vida había estado esperando a que llegara el momento en que le ganara una partida. Y no solo lo había esperado yo, mi padre también.

Papá sonrió.

—Greg —dijo—, ya has hecho algo mucho más importante que eso. Vas a ser un gran enano. Ya lo eres. Pero tienes que prometerme una cosa...

Asentí.

—No dejes que esto engendre más violencia —añadió—. No permitas que los enanos vayan a la guerra. Aunque he estado muchos años buscando el galdervatn, nunca lo busqué con ese propósito. Lo que pretendía hacer con él era promover una paz duradera, no destruirla. Prométemelo.

—Lo prometo —le aseguré, esperando que no fuera una mentira.

Sonrió y asintió, con cara de agotamiento, antes de cerrar los ojos y desmayarse.

Aún podemos salvarlo.

La *Sanguinaria* me había estado hablando desde que habíamos vuelto. Cerré los ojos e intenté ignorarla. Pero ¿por qué hacía eso cuando a lo mejor tenía razón? Al fin y al cabo, sabía que había

una manera de conseguir el antídoto.

Le cogí la mano inerte a mi padre y se la apreté. Como sabía que no tenía nada más que decirle, me marché.

Ari estaba fuera, en el pasillo.

Me dio un abrazo.

—Lamento haberos puesto a todos en peligro —le confesé.

—No digas eso —contestó—. Todos lo haríamos de nuevo sin pensárnoslo dos veces. Y sé que tú harías lo mismo por nosotros.

Asentí.

Ven conmigo, Greg, aún tenemos mucho que hacer.

—Además, gracias a nosotros —continuó Ari—, el Consejo sabe que los elfos vuelven a ser capaces de usar la magia y que quizás el señor de los elfos haya muerto o resultado gravemente herido en la batalla. Tu padre tal vez lo pague muy caro, pero no habrá sido en vano.

Asentí: tenía razón. Había peleado por salvar a mi padre, pero luchar por él también suponía defender la causa enana. Sobre todo, ahora que los elfos iban a ser los responsables de su más que probable muerte. Los demás enanos estaban en lo cierto; lo habían estado desde el principio: no se podía y no se debería confiar jamás en los elfos.

—Así que el Consejo por fin va a hacer algo al respecto, ¿no? —pregunté.

—Ahora mismo, lo están debatiendo —respondió Ari—. El Consejo ha recuperado el ánimo al enterarse de lo que han sido capaces de hacer seis críos enanos, que apenas habían sido entrenados, con la única ayuda del factor sorpresa y algo de galdervatn. Y si el señor de los elfos ha muerto de verdad, entonces los elfos carecen de un líder. Estarán desorganizados y reinará la anarquía entre ellos durante días, tal vez durante semanas o más. Casi seguro que mañana el Consejo acabará formulando alguna clase de plan de actuación agresivo.

Asentí.

Greg, debes darte prisa si aún quieres salvar a tu padre.

—Tengo que irme —dije, haciendo caso por fin a la *Sanguinaria*.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Ari.

—Sí, es solo que... necesito pasar un tiempo a solas para poder digerir todo esto.

Ari asintió y me dio otro abrazo.

Greg...

—Lo sé —susurré mientras recorría el pasillo en dirección hacia nuestro piso—. Voy para allá.

46

DONDE VOY A UNA BIBLIOTECA PÚBLICA A BUSCAR VENGANZA

Cuando llegué, la hoja normalmente negra de la *Sanguinaria* brillaba con un color azul y ardía por las ganas de revancha.

Deja que te ayude a vengarte.

—¿Vengarme? —dije—. Creía que habías dicho que podríamos salvarlo.

Quizá podamos hacerlo, pero su posible salvación está en manos de la misma persona de la que queremos vengarnos. Y ya sabes a quién me refiero, ¿verdad, Greg?

Asentí, cogiendo el hacha para meterla en una bolsa grande de deporte, que me puse al hombro. Después salí a la calle para ir a la biblioteca, que no es un lugar muy habitual para vengarte de tu enemigo mortal. Pero era ahí donde empezaría a andar el camino que me llevaría, o bien a hacer justicia, o bien tal vez a salvar a mi padre.

Ya tenía un correo esperándome cuando accedí a mi cuenta de *e-mail* desde un ordenador público. Era de Edwin. Lo había enviado esa mañana a las 5:23 de la madrugada, hacía poco más de una hora:

Greg, realmente eres un gwint salvaje tan malo como el resto de ellos. Mis padres tenían razón desde el principio: los enanos son unas criaturas repugnantes que no son unos animales por muy poquito. Es muy probable que mis padres hayan muerto por culpa de tu brutal ataque a su santuario. ¿Eres consciente de lo que me has hecho?

Teclé la respuesta:

Sí, lo mismo que tú me has hecho a mí. Arreglemos este asunto entre nosotros: solos tú y yo. Sin lacayos. Sin amigos. Sin ejército. Nos veremos en Navy Pier a las 7:30 de la mañana.

Solo tuve que esperar tres minutos (los más largos de mi vida) para recibir su respuesta:

De acuerdo, gwint.

Como me había ido tan deprisa del Submundo, se me había olvidado que tenía que conseguir más galdervatn. Iba a volver ahí para hacerme con algo de esa sustancia, pero la *Sanguinaria* me

detuvo.

No lo necesitas. Me basto y me sobro para ayudarte a hacer justicia.

Durante los últimos días, había aprendido una lección: cuando un hacha mágica te habla, es mejor confiar en ella. Sobre todo, porque, si no hubiera sido por ella, nunca habría podido compartir esos últimos momentos con mi padre.

Me dirigí directamente a Navy Pier. La gente con la que viajé en el autobús estaba charlando sobre los apagones de electricidad e Internet que habían estado sufriendo casi todas las ciudades importantes a lo largo y ancho del globo durante las últimas veinticuatro horas. Los científicos seguían desconcertados al respecto, ya que ignoraban qué causaba tales anomalías. Yo sospechaba qué había detrás de eso, pero en esos momentos no estaba como para ponerme a cavilar sobre las consecuencias futuras de todo aquello. En lo único que podía pensar era en Edwin y en que tal vez supiera dónde podría hallar el antídoto para anular ese antiguo veneno élfico.

Había escogido Navy Pier porque era un sitio público donde ese traidor (es decir, mi mejor amigo) no podría presentarse con todo un ejército de soldados elfos que lo ayudara a derrotarme. Además, era lo bastante temprano como para que no estuviera a reventar de turistas y mirones.

Nos encontramos cerca de la descomunal noria.

Me hallaba a tres metros de él, con la *Sanguinaria* todavía dentro de la bolsa de deporte. Me fijé en que llevaba un abrigo largo y ondulante que sabía que escondía una espada élfica. Unos pocos turistas pasaron a nuestro lado, totalmente ajenos a lo que planeábamos.

La rabia ardía en los ojos de Edwin. Casi daba la impresión de que estaban en llamas. La persona más bondadosa que jamás había conocido no tenía nada que ver con el Edwin que tenía ahora delante, cuyo rostro estaba deformado por el dolor y la ira.

—Te dije que no atacaras el edificio Hancock —me espetó, apretando los dientes—. Podía haberte ayudado a liberar a tu padre sin recurrir a la violencia. Pero, en vez de eso, ignoraste lo que te había dicho. Como una panda de enanos *gwint*, habéis entrado por la fuerza, destruyéndolo todo a vuestro paso, sin pensar. Y luego os habéis preguntado qué habíais hecho. Pues bien, Greg, te voy a dar la respuesta: lo que habéis hecho es asesinar a mis padres. Los enanos ya no encajáis en este mundo, sois como un elefante en una cacharrería. Mis padres tenían razón desde el principio. Y pensar que siempre os he defendido tanto a tu padre como a ti... ¿Y todo para qué? Habéis acabado demostrándome que ellos tenían razón.

—¿Tus padres han... muerto? —pregunté, con el estómago revuelto porque me sentía culpable.

—Han desaparecido —contestó Edwin, con un nudo en la garganta—. Pero se les ha dado por muertos.

Las decenas de turistas que teníamos cerca no nos hacían ni caso, distraídos por un alboroto que estaba teniendo lugar al final del muelle; no obstante, ninguno de los dos nos tomamos la molestia de ver qué pasaba.

—Pero ¡tú me traicionaste primero! —grité—. Sabías que era un enano y nunca me lo dijiste. ¡Tus padres atacaron nuestra tienda! Después de la última vez que nos vimos, ordenaste a unos troles que me siguieran hasta el Submundo, donde mataron a hombres, mujeres y niños.

Edwin negó con la cabeza.

—Estás mintiendo —afirmó.

—No —repliqué—. Ojalá mintiera... porque eso significaría que no lograste engañarme..., manipularme, como llevabas haciendo todo este tiempo.

—Yo no hice tal cosa, pero no espero que un *gwint* como tú comprenda ciertos matices —dijo Edwin—. ¿Cómo has podido pensar que yo sería capaz de hacer algo así? Fuiste tú quien acudió a mí ayer mismo, ¿recuerdas? ¿Cómo es posible que te hubiera estado esperando con una trampa, en la que iban a participar esos troles? ¡Lo más probable es que mis padres hubieran ordenado a unos elfos que me siguieran y que luego ellos te siguieran a su vez, después de que volvieras a aparecer de nuevo por el PIS! Fuiste tú quien provocó esa desgracia por ser tan impulsivo. No es mi culpa.

Dudé. No quería creerle. No podía.

—Así que supongo que también vas a asegurarme que no tienes ni idea de con qué han envenenado a mi padre, ¿verdad? —le espeté—. ¿O de cómo salvarlo? Dime, dime dónde hallar el antídoto para salvar a mi padre y seré piadoso contigo.

Edwin se echó a reír. Pero no de un modo triunfal o para regodearse, sino de amargura y frustración. Estaba al borde de las lágrimas.

—Aún no lo entiendes, ¿verdad? —respondió—. Yo nunca he tenido nada que ver con nada de esto, Greg. Jamás he sabido nada de nada. ¡Solo he intentado ayudarte! Mis padres me mintieron. Así que no tengo ni idea de qué le han hecho a tu padre o de qué venenos élficos me hablas. Pero, ¿sabes qué?, seguramente, mis padres están muertos, así que no van a volver a casa pronto. ¿Por qué no irrumpes en nuestra casa y buscas el antídoto tú mismo? Me da igual. Además, se te da muy bien entrar por la fuerza en los sitios sin que te inviten.

La *Sanguinaria* brilló intensamente a través de la lona de mi bolsa de deporte.

Está mintiendo. Debes obligarle a decírtelo.

No sabía qué creer. Pero, en cualquier caso, Edwin tampoco iba a darme otra oportunidad. Porque, al parecer, él también tenía algunas cuentas que saldar.

—Pero no puedo dejarte marchar sin más —dijo Edwin—. Ahora no. Ya no. —Desenvainó la espada, que medía un metro veinte y tenía una hoja simétrica y curva que relucía como si estuviera hecha de diamantes. Casi daba la sensación de que zumbaba de energía—. Si sobrevives a esto, podrás registrar las casas de mis padres con total libertad. De hecho, hasta te voy a sugerir que eches un vistazo detrás del cuadro de Chuck Close que hay en un dormitorio, pues ahí era donde escondían gran parte de sus secretos élficos. Considéralo mi último regalo como amigo. Tu padre y tú siempre me caísteis bien, de verdad, Greg. Así pues, acabar contigo hoy va a ser una victoria muy agridulce.

Saqué a la brillante *Sanguinaria* de la bolsa.

—Edwin, no lo hagas —le advertí—. No tenemos por qué hacer esto.

—Oh, claro que sí —replicó—. Supongo que, después de todo, no podemos escapar de nuestro destino.

—Nosotros decidimos nuestro propio destino —repliqué, implorante—. Eso es lo que tú siempre me has dicho. Pero si tú siempre has sido un «hacha» en todo. Por favor, piensa bien si realmente debemos hacer esto. Es una *elfstupidéz*. ¡«Es'pa'da» darte de leches! Hum, eh, seguro que se me ocurren más, espera...

Durante un momento, dejó de fruncir el ceño. Un leve destello de lo que había sido su gran sonrisa asomó brevemente en su rostro. Pero entonces cerró los ojos y respiró. Cuando los volvió a abrir, toda la ira había vuelto a ellos, más intensa que nunca.

En ese instante, arremetió contra mí.

47

DONDE MI (EX)MEJOR AMIGO SE DEJA «LLEVAR» UN POCO; OH, OTRO BONITO JUEGO DE PALABRAS

Unas chispas surgieron cuando nuestras hojas entrechocaron.

Como Edwin era rápido y ágil, me costó mucho defenderme de sus veloces ataques. Estaba claro que a él se le daba mejor que a mí el combate cuerpo a cuerpo porque había practicado mucho más ese tipo de lucha. Pero la *Sanguinaria* prácticamente actuaba con voluntad propia, ayudándome a anticipar sus movimientos.

A pesar de que Edwin era muy rápido, la fuerza bruta de mi espada igualó la lucha. Cada vez que lograba lanzar un ataque, Edwin se veía obligado a retroceder varios pasos, incluso aunque hubiera conseguido bloquear mi embestida. Mis hachazos eran tan fuertes que golpeaban a Edwin como si fueran un puño de hierro.

No obstante, eran muy escasos y espaciados, pues estaba muy atareado desviando sus veloces golpes como para poder contraatacar. Giramos y arremetimos y nos defendimos a través de aquel muelle, que estaba casi desierto, porque todo el mundo estaba en el otro extremo, donde una gran muchedumbre estaba mirando algo que había en el agua.

Pero no nos importaba.

Lo único que nos preocupaba era destruirnos el uno al otro.

Tras pararle tres espadazos rápidos, logré darle un empujón con el hombro en su desprotegido pecho. Edwin se trastabilló hacia atrás, hacia donde debería haber estado la cola de la noria. Acabó con la espalda apoyada sobre un cartel en el que ponía: «CERRADO POR MANTENIMIENTO».

Rápidamente, me abalancé sobre él y elevé la *Sanguinaria* por encima de mi cabeza, como si estuviera a punto de partir en dos un trozo de madera, pero logró esquivar el hachazo en el último segundo. La hoja de mi arma atravesó varios cables gruesos y reforzados con acero situados detrás de él.

La noria gruñó en cuanto una súbita ráfaga de viento procedente del lago la alcanzó. Edwin y yo miramos hacia arriba mientras esta se mecía de forma vacilante. La *Sanguinaria* acababa de cortar tres de los cables que soportaban su peso.

Nos miramos y echamos a correr en cuanto la colosal noria por fin se vino abajo.

Se estrelló contra el muelle, acompañada del potente rugido del acero retorcido y la fibra de vidrio hecha añicos. Gracias a la *Sanguinaria*, pude desviar una viga de metal que seguramente

me habría aplastado mientras la noria se desmoronaba a nuestro alrededor.

Ambos estábamos ilesos en medio de aquel tremendo desastre. Entonces un relámpago estalló detrás de Edwin, en el lago, entre unos ondulantes nubarrones oscuros. Un trueno retumbó segundos después.

Alcé la *Sanguinaria*.

Edwin blandió su espada.

Pero en vez de atacarme de nuevo, sonrió taimadamente. Al instante, su hoja brilló con un color naranja y estalló en llamas.

¡Edwin sabía hacer magia! Alucinando, di un paso atrás. No estaba seguro de cómo funcionaba exactamente la «habilidad» en los elfos, pero Edwin la tenía, eso seguro.

Me señaló con su espada flamígera, de cuya punta surgió un fuego, que saltó como una especie de lengua llameante. Me aparté de su trayectoria. La cabina de fibra de vidrio de la noria que tenía detrás se derritió.

Noté el calor de las llamas, pero no sentí dolor.

Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba recibiendo una lluvia de agua chisporroteante y humeante. No caía del cielo; parecía proceder directamente de mí.

Era magia enana.

¿Cómo era eso posible? No había ingerido nada de galdervatn desde hacía casi doce horas. No obstante, podía notar cómo la magia recorría mi cuerpo. Cada vez que había tomado galdervatn, me había ido acostumbrando más y más a esa sensación, que ahora era menos sutil. Sabía que, de alguna forma, la magia me había encontrado ella sola.

Edwin se preparó para otro ataque. Me concentré en él y bajé el hacha. Cargó contra mí, sonriendo abiertamente, ya que, al parecer, me hallaba con la guardia baja. Pero entonces se detuvo abruptamente y salió volando hacia atrás en cuanto una ráfaga de viento le golpeó en el pecho como un yunque.

Soltó la espada, que, tras surcar el aire, cayó al suelo con estrépito. Me concentré en ella y el viento sopló con más fuerza si cabe hasta elevar la espada del Edwin en el aire. Después de sobrevolar el puerto deportivo, se sumergió en el fondo del lago.

Edwin se recuperó y se puso en pie. Extendió ambos brazos hacia mí y dos relámpagos verdes surgieron de sus manos. Al instante, alcé a la *Sanguinaria*, que absorbió el rayo con facilidad.

Frustrado, Edwin gritó y lo volvió a intentar.

La *Sanguinaria* absorbió fácilmente su segundo ataque. Entonces, redirigió esa energía contra él. Edwin chilló de dolor al caer al suelo, sin poder mover los brazos.

—No te levantes —le dije, de pie junto a él.

Acaba con él.

La *Sanguinaria* temblaba de sed de venganza. Después de todo, eso era lo que se le daba mejor.

—Da igual lo que me hagas —respondió un ceñudo Edwin—. Nunca serás más que un despreciable *gwint*.

—Nunca deseé que pasara esto —le confesé—. Yo no les he hecho nada a tus padres. Fue Kurzol, su propio trol de roca, el que causó sus muertes. Yo estuve ahí, lo vi.

—Pero eso no habría pasado si me hubieras hecho caso y te hubieras mantenido al margen —replicó—. Yo tampoco quise nunca que ocurriera esto, Greg. Yo siempre te apoyé; quería ayudarte

a rescatar a tu padre. Después de todo, te dije dónde estaba. Lo único que quería era ser tu amigo. Sabía que estaba diciendo la verdad, y me rompió el corazón.

—Tus padres tenían prisionero a mi padre —dije—. Esa fue la chispa que desencadenó todo esto. Pero eso no tiene por qué destrozarnos la vida.

—Sí, lo encarcelaron —admitió Edwin—. Fue culpa suya. Pero ya es demasiado tarde. Lo más probable es que hayan muerto por culpa de tu ataque. Eso no podré olvidarlo jamás. Lo hecho, hecho está. Nuestra amistad se acabó.

Elevé el hacha en contra de mi voluntad, era como si alguna fuerza invisible estuviera guiando mis actos.

Hazlo. Si no lo haces, esto nunca terminará. No puedes dejar que se marche; ha jurado que vengará a sus padres y la violencia reinará hasta que lo consiga. Le has hecho una promesa a tu padre. ¡Cúmplela!

La *Sanguinaria* me empujaba; prácticamente, me exigía que la bajara con todas mis fuerzas. Y eso hice.

Sin embargo, clavé el hacha en el muelle de madera junto a la cabeza de Edwin, fallando por menos de treinta centímetros.

Solté el hacha. Él clavó la mirada en la hoja negra.

En cuanto dejé de agarrar su empuñadura, todo desapareció: el ansia de matar y de venganza se esfumó en el viento. Edwin no hizo ademán alguno de coger el hacha, pero me miró, sorprendido. La furia aún brillaba en sus ojos, pero también estaba teñida de tristeza.

Negué con la cabeza.

Yo no era esa persona vengativa y violenta. Yo nunca haría daño a Edwin ni podría hacérselo, con independencia de que fuéramos grandes amigos o los peores enemigos. Lo único que estaba haciendo era perder el tiempo; el mismo Edwin había dicho que la clave para que mi padre sobreviviera aún podría estar en una de las casas de sus padres.

—Recuerda este momento —le dije a Edwin—. Recuerda que he sido compasivo con mi mejor amigo. Si es que alguna vez volvemos a vernos.

Se le dibujó una mueca burlona en la cara y estuvo a punto de decir algo, pero no se lo permití. Invoqué aún más viento, que lo elevó del suelo y se lo llevó hasta el lago, donde lo arrojé al agua a varios cientos de metros de la orilla. Como Edwin tendría que nadar un buen rato para llegar hasta ella, sabía que tendría tiempo más que suficiente como para plantarme en su casa. Aún cabía la posibilidad de que pudiera salvar a mi padre.

Estuve a punto de marcharme, dejándome a la *Sanguinaria* ahí.

Pero el hacha me habló.

Sabes que volverás a necesitarme. Esto no ha acabado, ni por asomo.

Tenía razón. Suspiré y arranqué el hacha del muelle. En cuanto estuvo de nuevo en mi mano, me arrepentí un poco de haber dejado que Edwin saliera ileso de todo aquello. Sabía que esos no eran mis verdaderos sentimientos, que la *Sanguinaria* intentaba doblegarme, manipularme para alcanzar sus propias metas egoístas, así que decidí ignorarla. Había dejado marchar a Edwin, y lo volvería a hacer si pudiera.

Me di la vuelta y contemplé la ciudad. Entonces, me quedé helado. Solté la *Sanguinaria*, que cayó con estrépito al suelo.

Alucinado, vi qué había distraído a todos los turistas del muelle durante nuestra pelea.

48

EL ALBA DE LA MAGIA

El silencio reinaba en la ciudad.

Los edificios se habían quedado sin electricidad. La ciudad entera se hallaba a oscuras bajo la luz de la mañana. Todos los coches en Lake Shore Drive estaban parados, no arrancaban. Los conductores deambulaban por ahí, rascándose la cabeza, perplejos.

No se oía ningún claxon. Nada se movía, solo las personas. Los móviles yacían inertes en las manos, los bolsillos y los bolsos. Eran cosas inútiles.

La tormenta que había a mis espaldas rompió el silencio con más truenos. Una bruma colorida y ondulante se elevó por las alcantarillas y flotó sobre la superficie del lago como si fuera una niebla. Esa neblina arcoíris se desplazaba en espiral entre los edificios, se filtraba al exterior por las grietas de las aceras.

Era el galdervatn.

Una Nueva Era Mágica estaba comenzando.

Nada en este mundo volvería a ser igual...

AGRADECIMIENTOS

Gracias:

A Pete Harris, por toda la inspiración y el trabajo duro que invirtió en esta historia.

A todo el equipo de Temple Hill y Putnam, que me ayudó a hacer de este libro lo que es: a Wyck Godfrey, Jennifer Besser, Kate Meltzer, Katherine Perkins y a todos los demás con los que no tuve la oportunidad de trabajar directamente.

A dos duendes de verdad, Ginny y Fernet, que han estado viviendo en mi casa.

A BBB (sacáis lo peor de mí, y eso me encanta).

A las barbas.

A la carne (sobre todo, la casquería).

A las grandes porciones.

A todos los elementos fantásticos que he tomado prestados y/o de los que me he burlado con cariño.

A Steve Malk, como siempre.

Gracias especialmente:

A la gente a la que le importan mucho las casas grandes, los coches lujosos y el dinero (por inspirar a los malos).

A los habitantes de las alcantarillas de todas partes.

A las hamburguesas con beicon.

Y no le doy las gracias en absoluto:

Al seitán.



Chris Rylander es autor de otras dos series de literatura juvenil. Es fan del chocolate y de las patatas fritas. Vive en Chicago, donde está escribiendo la segunda entrega de esta serie.



NOTAS

¹ Una nota al pie de página muy rápida sobre lo mucho que nos gustaba la pizza a mi padre y a mí: sin querer, arruinamos al negocio donde hacían nuestra pizza favorita en su ahora infame primer (y último) Miércoles de Comer Hasta Reventar. Esa era otra característica de los Belmont: nos encantaba mucho, muchísimo, comer. No menos de cuatro Belmont han sido coronados campeones mundiales en diversas competiciones de tragones.

² Vale, sí, una vez fui al colegio con los bolsillos llenos de beicon. En parte, como broma (¡el gordo huele a beicon! ¡Ja, ja!); en parte, porque me suele entrar hambre en el cole, y el beicon es el mejor tentempié que puede haber. De todas formas, digamos que no fue una gran idea por infinidad de razones.

³ Lo cual era cierto. Siempre llevaba una camisa de repuesto. Si vinieras a una de las copiosas cenas que la familia Belmont se mete entre pecho y espalda en vacaciones, comprenderías por qué eso se ha convertido en un hábito.

⁴ Claro que eso no era exactamente lo que había presenciado el día anterior, pero estaba intentando dar un discurso que les levantara el ánimo y no actuar como el típico enano.

⁵ Echando la vista atrás, si hubiera sabido lo que acabaría pasando, la habría soltado y habría dejado que se hundiera en el fondo del lago. Pero tal vez esa sea una historia para contar en otra ocasión.